

11 (328A - 10)

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección *buch*

Clasificación *11.1.328A - 10)*

Cutter.....

Año Ed. *1940* Copia *1-1.2*

Registro Seaco *SIR*

Registro Notis. *AAG2766*

BIBLIOTECA NACIONAL



905797



Pedro Nolasco Cruz

DON PEDRO N. CRUZ

El único literato que haya estudiado la producción literaria chilena en sus cumbres y que haya sometido a crítica la del siglo XIX, es Pedro Nolasco Cruz. Quienquiera darse cuenta del valor de nuestros más renombrados escritores debe acudir a él.

No que no haya habido y haya ahora críticos de valer; pero ninguno ha acometido la empresa de estudiar nuestros escritores en su totalidad. La mayoría son críticos ocasionales y de la actualidad inmediata. Además usan de la crítica subjetiva y hasta diría sentimental o impresionista. Casi, casi son "lanzadores de libros", con más vista al mercado que al valor absoluto y relativo de las obras.

La tarea que se impuso Pedro N. Cruz exige todas las lecturas, conocimientos y rectitud que él adquirió en su larga vida. Tenía vocación relevante por las letras y desde su niñez hasta su senectud, a lo largo de más de medio siglo, no hizo otra cosa que leer y escribir.

*Y como este de continuo fué mi oficio
Este ha de ser continuo mi ejercicio,*

como dice de sí mismo el poeta colonial don Juan de Mendoza Monteagudo.

Cruz estudió en su juventud los clásicos griegos y los latinos; luego los grandes escritores europeos, especialmente españoles, desde que, diseminándose el imperio romano, como una cápsula madura cuyas semillas la tempestad esparce, fueron brotando y formándose las naciones modernas; y para gozarlos en su integridad, aprendió el latín, el francés, el italiano, el inglés; y ya maduro, el alemán.

Y como su vocación por las artes era completa, entendía y practicaba la música y la pintura.

Era en suma, un humanista y no habría hecho un mal papel en el renacimiento italiano del siglo XVI.

Sólo que, modesto, concienzudo y retraído, vivió alejado de cenáculos y tolderías literarias, tan transitorias y trashumantes como colonias de gitanos; y se contentó con escribir en la Revista de Artes y Letras (1884-1891) y enviar después sus estudios críticos, reposados y ardientes, a los diarios de su predilección doctrinaria, "El Independiente", "La Unión", "El Diario Ilustrado".

De ahí una relativamente escasa difusión. Porque si los doctos y aficionados los buscaban para deleitarse y reposarse en ellos, la fervorosa juventud de poetas y cuentistas, cuya algarabía atruena el ambiente literario, y pontifica en los periódicos, y crea y derriba reputaciones de un día o un año, no tomó en cuenta esta voz poderosa que venía de las profundidades del clasicismo y emergía por las troneras del torreón de sus convicciones doctrinarias y estéticas. Y es que clasicismo y estética objetiva suenan a vejedes y

son para la juventud reformista, virtudes tan "fuera de su oficio" como la doncellez de Maritones.

Y no obstante la añejez del manantial clásico ¡cuánta frescura en las producciones de Cruz! Es como la corriente subterránea que procede de altas cumbres y mesetas y brota en el valle, limpida y refrigerante.

En la obra de Cruz hay tres clases de frutos: las revistas de costumbres y caracteres, que para el Chile de fines del siglo pasado son como para la España de mediados del siglo las de Mesonero Romanos y Estébanez Calderón; las novelas, que captan los sentimientos o la sensibilidad de mozos y mozas de ese período; y la crítica de nuestros más difundidos y famosos escritores del siglo XIX.

Los dos primeros frutos son de su juventud; el último de su virilidad y madurez.

* * *

Pedro N. Cruz Vergara nació en 1857 (18 de abril). Aquí vendría como de molde encajar un cuadro de nuestro país, su política, sociabilidad y literatura a la fecha de su nacimiento; pero como él no vió y observó nada de eso, sino hasta que terminados sus estudios, se asomó al mundo, es excusado.

Esos veinte primeros años fueron del encierro de la siemiente bajo tierra. Vino de Talca, su cuna, al colegio de los Padres Franceses. Hizo allí sus humanidades; y luego, el curso de leyes en la Universidad de Chile; y a los veinte

años recibió su diploma... para colgarlo de la pared en un marco y tomar los implementos del agricultor.

Su familia era de terratenientes que a la fecha de su irrupción en la vida no estaban muy holgados. Pero sus tíos, don Vicente y don Bonifacio Correa Albano, lo ayudaron a laborar la tierra y establecer un molino. Pese a la herencia ancestral, aquel abogado novel, lleno de Virgilio y Horacio, del Romancero y Quevedo, de Dante y Macaulay, de seguro pensaba más en el germinar de una fantasía que en el del grano de trigo y más en el deleite de un buen párrafo que en el sabor de un pan hecho con la harina de su molienda; ello es que dejó el campo, las viñas proyectadas y las piedras del molino.

En Santiago fué nombrado secretario del partido Conservador. Era entonces su caudillo don Carlos Walker Martínez, orador tribunicio, poeta, historiador, de actividad incansable y valentía rayana en la temeridad; y Cruz, tímido, modesto, metódico no pudo menos de admirar y querer al abnegado adalid de sus ideas. Años después en 1904, publicó su biografía.

En 1903, Cruz fué nombrado Subsecretario del Ministerio de Guerra y Marina (hoy de Defensa). Según testimonio de uno de los empleados del Ministerio (1) el Subsecretario fué querido y respetado de todos por su rectitud, su benevolencia y su expedición para el trabajo. Nunca los negocios que allí se despachaban anduvieron más en orden y las resoluciones fueron más rápidas. Aquel Subsecretario suave y silencioso tenía el don de la regularidad y del as-

(1) Columbano Millas R.—Los secretos que divulga un secretario.

cendiente sobre el personal, sin ruido y sin apremios. Hasta los militares mandones, que arrastran el sable por las antesalas del Gobierno, componían la voz para ponerse a tono con la sobriedad y cortesía del jefe de la oficina.

Y, para terminar la historia escueta de su vida pública, después de 10 años de Subsecretariado, en 1913 fué nombrado Notario Público y de Hacienda, en que murió en 1939 (11 de noviembre).

El funcionario no eclipsó al literato. Aquél pasó, dejando en la memoria un recuerdo de rectitud, probidad y benevolencia que acaso se extinguirá con la vida de quienes lo trataron; pero el literato debe vivir, porque en sus obras se perpetúa la huella de un hombre, que corriendo tras la ideal Belleza, decoró su frente con la luz que de ella fluye y porque en sus obras el lector, según la observación de Pascal, creyendo habérselas con un escritor, se encontrará con un hombre.

* * *

Las primeras publicaciones de Pedro N. Cruz fueron de observaciones social y literaria. Hay unos viajes al Parnaso por modo maravilloso, como de sueño, en que las Musas hablan de las condiciones en que deben ser escritas las historias, las representaciones teatrales, las novelas. Estos viajes al Parnaso tienen largo abolengo; y las de Cruz, en estilo ligero, impregnado de fina ironía, valen por los preceptos que pone en boca de las musas y que parecen o son

una profesión de fe literaria, a cuyos preceptos contrapondrá más tarde las obras nacionales.

Aun cuando el estilo tiene la precisión clásica española, en tales viajes más aparece la huella de Luciano de Samosata que la de Cervantes, y en el autor se nota el esfuerzo por ajustarse a tan altos modelos.

A estos viajes siguen composiciones de crítica social, de costumbres políticas, de divagaciones sobre literatura. Toca temas de nuestro ambiente y problemas de trascendencia, como el descantado efecto educativo del teatro, de la siempre reclamada protección oficial para estímulo de la producción.

Aquí se revela el carácter de Cruz. Observador frío, ha dejado al penetrar en el campo de la crítica, todo el bagaje tradicional de preceptos recogidos en sus vastas lecturas, y se apresta a juzgar por sí mismo, contrastando los prejuicios de siglos con la realidad actual.

¿Enseña, morigera o pervierte el teatro? ¿Es verdad que los Estados deben favorecer su desarrollo como una escuela de buenas costumbres?

Cruz observa que el efecto del teatro es fugitivo. Dura la impresión en los ánimos lo que la representación. Al salir del recinto, el espectador se sacude de las emociones sentidas, como al despertar de las de un sueño y se dispone a entrar en el cauce corriente de la vida, de sus intereses, sus pasiones, sus costumbres. Se toma la obra teatral como una fantasía que arrastra al espectador a un mundo irreal, y cuya contemplación le causará un goce liviano o una impresión dolorosa o dulcemente sentimental. No de-

jará más huella en su vida que la sensación de una carrera desenfrenada o de una montaña rusa.

En cambio, su eficacia es mayor para desmejorar las costumbres. En imaginaciones jóvenes, no troqueladas por la vida, la liviandad en los dramas, en que la falta aparece siempre justificada como una condición del ambiente o necesidad psicológica ineludible, puede ser tomada como un concepto más amplio de la vida o el ejemplo de una civilización superior.

Mas, en todo caso, la impresión es pasajera; y no hay tal que el teatro sea una escuela de costumbres, digamos, una función docente.

No menos realista y desengañado está Cruz en lo de creer que la protección oficial sea favorable al aparecimiento de los grandes ingenios. Puede la facilidad o el estímulo multiplicar las obras publicadas o los estudios emprendidos, pero no dar nacimiento a talentos superiores; y una multitud de mediocridades no da lustre a una literatura.

Y si los que, arrimando el ascua a su sardina, invocan el ejemplo de los ingenios que fueron protegidos de reyes o magnates, observa que el ingenio creó la protección, no ésta el ingenio. Así Horacio no habría dejado de ser el gran lírico sin Augusto ni Cervantes el incomparable escritor sin el duque de Lerma.

En cuanto a costumbres y tipos sociales, desfilan por sus artículos el gomoso de salón, el petulante literato, el sabihondo ignorante, el político campanudo, el candidato chasqueado, el liberal presumido, el campesino macuco, la devota sin corazón; y a través de ellos y por ellos vemos la

sociedad chilena del último cuarto del siglo XIX. Vemos a Cruz armado del lente que Mesonero Romanos aplicó al Madrid del primer tercio, no con tanta acuciosidad ni tan enamorado del detalle urbano, pero sí con más filosofía y en forma más sintética.

No tuvo Cruz la intención de dejarnos la estampa completa de la vida santiaguina; trazó el esquema de aquello que le vino a la mente en sus colaboraciones a la Revista de Artes y Letras; y a pesar de producción tan desperdigada, es la más abundante que se haya acumulado sobre un período de nuestra vida ciudadana.

Y no que nadie lo intentara, sino que nadie arrimó tantos materiales al pie de la obra de nuestras costumbres. Porque "costumbristas" hubo siempre y entonces, a porradas. Se difundían aquí las obras de los españoles que, ya en son de pintura o de crítica moralizante, se escribían en la Península. Larra, Mesonero Romanos, Estébanez Calderón, Pereda, infundían ánimos y ponían la pluma en la mano a Jotabeche, Ruiz Aldea, Vicente Reyes, Manuel J. Ortiz y cien otros que publicaban en periódicos o revistas de ocasión descripciones de fiestas populares y campestres y de tipos, generalmente tomadas de entre los labradores. Pero ninguno de ellos colecciónó más variedad, que Cruz, tomadas de la clase alta y media; sólo que no las delineó amorosamente y con fines de sencilla exhibición, sino que las ensartó en el tridente de su crítica moralizante; propiamente les hizo una autopsia. Su escritorio es una mesa de disección.

* * *

Dos novelas hizo Cruz: Esteban y Flor del Campo. Nacieron en el campo, en ese periodo fecundo de su vida de agricultor y molinero, que abarca un decenio, desde que colgando su diploma de abogado (1877) se dedicó al trabajo fructuoso, hasta que se vino a Santiago para ser secretario del partido conservador, a fines del siglo.

Ambas novelas nos cuentan las peripecias sentimentales de campesinos mezclados con gente de la capital. Esteban es hijo de labradores que con gustoso sacrificio, le dan educación que culmina en el título de abogado. ¿Qué hacer con él? Cuando está resuelto a volverse a su pueblo, un compañero de aula, hijo de un minero enriquecido, lo convida por cortesía al baile que da su familia. Esteban acepta por conocer los esplendores de la vida fastuosa de la aristocracia santiaguina. Obtiene un frac prestado. Un contertulio oficioso lo presenta a los dueños de casa, cuya hija Sara está en sazón de niña casadera. Se enamora de ese joven de apuesto garbo y maneras torpes y reticentes, pero que respira sinceridad y sencillez. Era ella inteligente, de espíritu recto, de voluntad tenaz. El joven, perseguido por sus émulos, zaherido por los gomosos presumidos, enfundados en vanidad, se retira disgustado. Al salir es provocado por uno de aquéllos y le da una recia bofetada. Resuelve irse a su tierra. Ha hecho un mal estreno. Pero la viudita que le ha conseguido la ropa de etiqueta y que lo codicia, es pariente de Sara y cede a ésta el campo al conocer sus sentimientos y le procura en su casa una entrevista

con Esteban. El amor teje la tela que los envuelve. La historia sigue con naturalidad; la intriga se enreda y desenreda con su inevitable cortejo de dulzuras y sinsabores, confianza y desesperación; y al fin, el amor triunfa de la vanidad de la madre de Sara, se impone a la rectitud de don Pedro, hijo también de cuna humilde y enriquecido por la suerte, y de las arterías de don Lizardo, un aristócrata arruinado, codicioso y sin escrúpulos; y Esteban y Sara se casan.

Esteban es retoño de antiguo abolengo. Sus padres literarios son Pedro, en "El Huérfano" de don Daniel Barros Grez y Martín Rivas en la novela de Blest Gana.

Es de la familia de los que suben por su talento y su integridad y perforan ancha brecha en el cerco de la aristocracia de la sangre o del dinero... El caso es aplicable a todas las aristocracias que en el mundo han sido; pero en Chile con mayor abundancia. Es justo reconocerlo; y sí, es cosa como ha sido, por falta de historia, de guerras y tragedias como las de las naciones de los viejos continentes, se ha mantenido por un siglo como directriz política, social y económica del país, ha sido precisamente por la ingestión de sangre nueva y frescas energías de la clase media. El amor y el interés han sido los casamenteros que han ingerido en la vieja cepa retoños vigorosos. Esa constante fusión del pasado con el presente social es felizmente lo que permite el ensanche de la democracia sin lucha y sin dramas, pese a las declamaciones demagógicas de ideólogos importados o extranjeros.

"Flor del Campo" es el reverso de Esteban. Es la vieja historia del señorito que seduce a la hermosa campesina y la deja, para retornarse a su mundo. Las características de la

novela de Cruz, son la realidad de los tipos, cogidos en su medio, sin las exageraciones a que impulsa la fantasía. El héroe no es un seductor, sino un seducido por el encanto sencillo y fresco de la joven campesina, que se enriquece con ingenuo señorío y delicadeza. El amante, que no es un adolescente, sino un joven ya formado, siente el remordimiento de su flaca voluntad que se dejó llevar de la pasión y causó una desgracia que quiere, si no reparar, dulcificar, y así procede, de acuerdo con el cura del lugar.

Los lectores de hoy conocen la hermana menor de "Flor del Campo"; es "Flor de Durazno", del eminente novelista argentino, Hugo Wast (1). Y como al fin, estas naciones tienen un común origen, unas mismas religión e idioma, las costumbres en el fondo son muy semejantes y sólo se diferencian en la raza genuina, por los detalles que aportan el suelo, la producción y el clima. Así en ambas novelas, el señorito viene de la ciudad, con finuras y elegancias que deslumbran; el campesino es sórdido y cicatero; el novio tímido y torpe; y el cura, conoedor del corazón humano y de las uvas de su majuelo, tiene la rectitud y franqueza que le inspira su ministerio. Sólo el final difiere porque las costumbres y el concepto de la vida difieren entre el cosmopolitismo y avidez de la populosa Buenos Aires, ya muy distante del campo y su amplia generosidad, y la todavía semicolonial Santiago, cuya aristocracia rural mantiene su raigambre en el agro; y así pasa, que la heroína de la nove-

(1) Hugo Wast es seudónimo de don Enrique Martínez Zubiría.

la de Wast sufre profundas miserias en la ciudad con su criatura a cuestas; y la de la fantasía de Cruz encuentra al fin, por mediación del cura, un marido, a quien lleva una dote de su amante.

En ambas novelas lucen la exactitud de la observación de la realidad y el estilo sencillo, preciso y correcto.

La elaboración de la trama debió ser trabajosa en Cruz. Si hábil y naturalmente bien dotado en la observación de cosas y personas, con ojo ejercitado en percibir detalles y rasgos característicos, su imaginación es poco fértil para combinar y construir esas armazones complejas, llenas de adornos y líneas que se entrecruzan sin perjudicar la unidad del conjunto; o dicho sin metáfora, en que un nudo ingenioso e interesante agrupa personas típicas que actúan según su carácter, y que convergen a la intriga central y contribuyen al desenlace. Son las obras de los que nacen con aptitudes y vocación por las obras de la fantasía.

Las novelas de Cruz carecen de interés dramático porque la trama es sencilla y son pocos los personajes que actúan. Procura darles intensidad torciendo el camino por la atracción de algún personaje que sobreviene, pero que no logra desviarlo tanto que despierte angustia o desazón en el lector. No obstante, el interés no decae porque la verosimilitud de la historieta le da el valor de la realidad vivida, o como se decía en su tiempo, de un documento humano; y porque el estilo claro, sencillo, lleno de benevolencia y a las veces, de su punto de ironía, hace su lectura liviana y atractiva.

* * *

El estilo de Cruz es trasunto de su persona. Ante todo es claro y preciso; va siempre a la substancia, sin rodeos ni perifollos. Desdeña los adjetivos que no sean indispensables; y procura dar a cada cosa su nombre propio, prefiriendo el de uso corriente en Chile. Construye la proposición con sencillez, en orden lógico; y de propósito rehuye las ondulaciones, trasposiciones y arabescos que dan a la frase donaire y musicalidad, como se experimenta en los clásicos del siglo de oro español. Cruz va a las ideas derechamente, por un encadenamiento cerrado de razones y motivos.

El influjo, que en su mente se combinó, de griegos, latinos y españoles se nota en sus primeras producciones. Hay reminiscencias visibles que fluyen, acaso naturalmente, del fondo de su conformación literaria; pero con el correr del tiempo, esa envoltura de seda que encierra la crisálida se rompe y surge la persona propia, con vida libre, con criterio suyo, con la intensa voluntad de hacer su vida y expresar sus ideas.

¡Un sueño presuntuoso! La perfecta originalidad es un imposible. Somos el eslabón de una interminable cadena, que ata todos los seres a normas intraspasables.

Amén de que nuestras ideas y conocimientos son limitados y apenas sabemos de algunas leyes que relacionan las cosas entre sí, la forma de expresión está condicionada a tales ideas y conocimientos. Podrá el vestido ser ajustado o suelto, armónico o extravagante, de cromatismo apropiado

do o chillón, siempre guardará consonancia con la figura humana. Así el estilo.

El de Cruz tiene la sencillez y discreta elegancia del pueblo griego.

La imaginativa literaria, que es la escala inferior de la fantasía creadora, esmalta la expresión con imágenes y ondulaciones que le dan brillo, movimiento y sugerencia; y no creo que nadie, si no es de propósito, desdeñe el donaire y la gracia que están a su alcance. Quiero pensar que Cruz las rehuyó de intento; quiso ser sencillo, claro y escueto como un silogismo.

Más, al través de esa prosa limpia, se adivina la armazón interior o el núcleo formado por la fusión clásica. Lentamente va derivando de la simplicidad griega a la gravedad y macisez española y luego a la diafanidad y medida del francés.

Es una evolución, que presupone un núcleo vital.

No nació como diz que brotó Minerva "la de los grandes ojos", perfecta y armada de un muslo de Júpiter, sino que se formó de la lenta elaboración de los antepasados, en la que sobre el ápice del alma en que radica la herencia se combinan los caracteres propios y las adquisiciones del estudio y la meditación. Y por esto digo que la originalidad completa es inalcanzable.

Sea como quiera, Cruz se formó su estilo propio y a medida que su personalidad literaria se desarrolla, las percepciones se aclaran, las ideas se perfilan y toman relieve y la observación se envuelve en suave ironía de estimulante pícor.

Debió, estudiando su capacidad y complejión, darse cuen-

ta de que no descollaría como novelista ni costumbrista, a pesar de la agudez de su percepción; y fué derivando hacia la crítica, en que sobresalió.

Sin embargo, tiene un libro justamente elogiado, que a pesar de sus cuarenta años de existencia, encuadra hoy en la moda reinante de la biografía novelada. Es la biografía de don Carlos Walker Martínez. Recogida de labios del héroe, tiene la frescura y la viveza de una autobiografía. La vida del diplomático, del caudillo de un partido en época de lucha intensa, del orador y el poeta tiene páginas que parecen arrancadas de la epopeya. Cruz las presenta con fuerza contenida, con sobriedad clásica. La vida del uno, la redacción del otro son modelos en que debería estudiar la juventud que hierve en ideales de belleza moral y literaria.

* * *

Si cuanto escribió o publicó Cruz es digno de ser leído, para darse cuenta de la evolución literaria en Chile, sus estudios críticos no sólo deleitan e interesan, sino que adocrinan y nos dan una idea muy exacta del valor absoluto y relativo de los escritores notables del país. Y ello porque Cruz no escribió críticas de obras aisladas, sino de autores, vistos a través de todas sus obras.

Tenía Cruz las facultades y la preparación para tal empresa. A su enorme bagaje literario, al conocimiento de lo más saliente de la producción mundial y de la preceptiva (fué profesor de literatura en el Colegio de los Padres Franceses y escribió un texto que debiera servir en todos los

liceos) tenía el talento que sintetiza y ve el conjunto sin perder de vista los detalles: cualidad propia del filósofo. Y algo más considerable: rectitud y franqueza. Aislado de círculos y campanarios de literatos, ninguna consideración le estorbó para ser veraz y sincero.

Su concepto de la crítica está expresado en algunas de sus producciones.

En su estudio "Los Seudo-críticos", dice: "El verdadero crítico no anda con tales contemplaciones. No desparrama así los calificativos de "divino, bellísimo, adorable", y cuando concluye que una obra es mala, procura con frases breves, incisivas hundirla en el olvido".

"El buen gusto distingue y escoge, la ilustración alumbra, los conocimientos técnicos allanan la comprensión".

Y añade:

"Sucederá esto (el que el crítico se pierda en vaguedad de generalizaciones) mientras el crítico, por cierta facultad propia que tiene de lo racional y de lo intuitivo, no penetre hasta el alma misma del autor, se identifique con él y sepa las evoluciones de las ideas literarias desde su nacimiento; mientras no discierna con claridad la especie de inspiración que anima la obra, sin lo cual no podrá juzgar del vigor o debilidad con que es manifestada ni dar a las distintas partes y permenores el lugar e importancia que le corresponden.

"Sólo así podrá elevarse a miras vastas, verdaderas, completas; sólo así podrá desprenderse de las preocupaciones de las escuelas, de sus propias y naturales tendencias y emitir juicios bien fundados!"

¡He aquí un programa!

La obra crítica de Cruz se inició con un artículo despectivo sobre el poema de Pedro de Oña, Arauco Domado, que deja (con justicia) bueno para nada; una exposición y juicio sobre el libro de Merimée acerca de la vida y obras de Quevedo; y un razonado juicio sobre Moratín, don Leandro Fernández.

Este último estudio, publicado en la Revista de Artes y Letras dió ocasión a una réplica harto interesante de Juan Agustín Barriga, que se encuentra en Discursos Literarios y Notas Críticas, 1915. Cruz juzga a Moratín mediano poeta y menos que mediano dramaturgo, acaso porque se propuso enseñar a hacer dramas a los españoles, modificando a su amoño los franceses, singularmente algunos de Molière; y Barriga lo tiene por excelente poeta y un buen dramaturgo. Ambos demostraron conocer a fondo la literatura española de las primeros decenios del XIX y tener una fina percepción crítica. No me he de meter, como árbitro oficioso, a fallar en el pleito; pero bien vale la pena leer ambos alegatos.

Dentro del concepto crítico de Cruz se explica su severidad, que tampoco se la negó a Quevedo, con ser un admirador del admirable escritor peninsular.

En cuanto a los escritores chilenos . . .

* * *

Pero anotemos primero cuales fueron los fines que Cruz se propuso al someter a juicio a nuestros principales escritores. Lo expuso en el prólogo de sus Estudios sobre la Li-

teratura Chilena, (1.er volumen, Zamorano y Caperán, 1926), y dice así:

"Los artículos recopilados por primera vez en estos volúmenes (sólo publicó el I; el II es éste) tienen doble objeto: estudiar a nuestros principales escritores en su aspecto literario y rebatirlos cuando atacan la Iglesia Católica".

El segundo fin, parece anacrónico.

Parece además que cualquier crítico, aun cuando tal propósito turiera, no lo diría; pero Cruz era profundamente sincero y despreocupado del parecer ajeno. Ha desaparecido la lucha ardiente que por espacio de medio siglo ocupó la mente y la pluma de infinita gente; el problema social ha derivado de la religión hacia la economía política; y no obstante ¿podremos juzgar anacrónico el rebatir afirmaciones y opiniones anticatólicas que permanecen en pie en las obras de historia y polémica que aún tenemos y que tendrá que leer quienquiera que deseé conocer nuestros valores literarios?

Ello es que durante la segunda mitad del siglo XIX toda la lucha política, que fué intensa; todo proyecto de reforma constitucional o legal con miras a la organización social, giró alrededor de la Iglesia y su influjo sobre las conciencias, e indirecta o directamente sobre la política.

Los escritores más considerables, Lastarria, Vicuña Mackenna, Amunátegui, Barros Arana fueron liberales de batalla y no nada impermeables al fluido político cuando escribieron historias.

En Amunátegui, Lastarria y Barros Arana, las inclinaciones políticas se unieron al sentimiento patriótico, que les arrastró a un paralogismo.

¿Cómo, a su juicio, dar al movimiento de independencia una razón eficaz de ser, sino suponiendo que el gobierno español fué despótico y retrógrado? El instinto de libertad que se decora de rectitud y dignidad les pareció poco para justificar la revolución; de ahí que, por instinto o por raciocinio, dieron en recargar los tintes sombríos de la colonia y en amontonar detalles y naderías que comprobaran la tiranía y la pequeñez del gobierno peninsular, la ignorancia, monotonía y limitación de la vida de la colonia; y al hacerlo, los contraponían con la libertad, comunicación exterior, comercio y discusión de la incipiente república.

¿Podían sentir los colonos la diferencia de su vida con la de los republicanos, si no la conocían? ¿Podían aspirar a una sociabilidad distinta, de la cual no tenían la menor idea?

Pero, supuestos el atraso, la monotonía, la ignorancia y el aburrimiento de la vida colonial ¿quiénes tenían la culpa? La Monarquía y la Iglesia.

Es verdad que el "paternalismo" monárquico era más tolerable que la policía inspectiva y reglamentaria de nuestros días republicanos y muchísimo menos intrusa que el socialismo estatal que hoy nos agobia; y que si hubo un poder que contribuyera con más recursos y actividad a matar la monotonía y el aburrimiento fué la Iglesia, que daba pasto al espíritu, atractivos a la imaginación, materia al sentimiento con sus predicaciones, su culto y sus devociones; y es, por lo tanto, verdad que nuestros abuelos, en la quietud de su vida—no conociendo otra mejor,—vivieron tranquilos y tocaron la felicidad que estaba al alcance de sus ambiciones y sus medios; pero, para esos historiadores, el

Trono y el Altar fueron los causantes de que en la colonia no se echaran de menos los modos de vivir, gozar y sufrir en república... de que no tenían la menor idea.

Contra tales suposiciones, que da por hijas de prejuicios y de odio disimulado a la Iglesia, se yergue Cruz, armado de la historia y la lógica.

Tenía razón; y la tiene hoy, y la tendrá mañana.

Los historiadores no se detuvieron en la "ominosa obscuridad" de la colonia, sino que traspasando los lindes que puso la revolución libertaria, invadieron, con sus prejuicios a cuestas, la época de la naciente república; y en nombre de un liberalismo o pipiolismo, solapado y temeroso en Amunátegui, arrogante y declamatorio en Vicuña Mackenna, campanudo y grave en Lastarria sometieron a a juicio de residencia, siendo ellos acusadores y jueces, uno (Amunátegui) la "Dictadura de O'Higgins" en que no aparecen los actos dictatoriales; y los otros (Vicuña M. y Lastarria) la "tiranía" de Portales, que consistió en reprimir y castigar los intentos revolucionarios de algunos amargados, precisamente cuando la República estaba en guerra exterior con la Confederación del Alto y Bajo Perú de Santa Cruz.

¿Y por qué? Porque Portales puso término a la anarquía de los fugaces gobiernos llamados liberales que sobrevinieron en el país a la caída de O'Higgins y su régimen se concretó en la Constitución del 33, que abolió la liberal del 28.

Y como, en los 8 meses de su primer Ministerio, el acto inicial de su gobierno fué el dar de baja por un decreto a todos los militares vencidos que habían servido al régimen

liberal, creó un cuerpo de descontentos, siempre dispuesto a las asonadas y revueltas; y a esta disposición de ánimo llaman liberalismo. Si en vez de echarlos fuera del ejército los hubiera Portales mantenido en sus cargos y pagádoles, cómo desde entonces se hizo, regularmente su soldada ¿cuántos se habrían mantenido en la fe política anterior?

Más tarde, Vicuña Mackenna escribiría una historia del gobierno de don Manuel Montt, en son de revolucionario vencido; historia de sus correrías personales, del gobierno del decenio y movimientos populares, simpática, caudalosa y atractiva como todo lo suyo, pero apasionada, declamatoria y virulenta. De ella puede extraerse, filtrándola y decantándola, una historia de la más progresista y severa de las administraciones del país, y la conclusión sería enteramente contraria a la que expresa Vicuña Mackenna.

Ello es que al combatir Pedro N. Cruz en un estudio sereno, razonado y apoyado en hechos y doctrinas lo que en algunos escritores hay de excesivo, de sistemático y de falso, tuvo la virtud de ser equitativo y sensible al valor literario.

¿No fué don Domingo Arteaga Alemparte un liberal jacobino, descreído y lleno de odio a la religión católica y su Iglesia? ¿Y quién no obstante, ha celebrado con mayor convicción que Cruz su gusto y delicadeza, su sólida cultura, su juicio certero, su capacidad crítica?

Y don Zorobabel Rodríguez ¿no fué un gran periodista católico, diputado, profesor, etc.? Es de suponer que Cruz lo pusiera en los cuernos de la luna; y sin embargo, al juzgar su obra de poeta y novelista lo encuentra sólo me-

diano. Es que Cruz es, ante todo, un crítico sincero y desapasionado, de un admirable buen gusto y abundosa lectura.

* * *

En muchos artículos de crítica social y aquí y allá en sus estudios, Cruz zahiere o burla del liberal y del liberalismo, cuya intromisión en el juicio histórico flagela en sus estudios.

Esa actitud despectiva puede ser juzgada hija de la pasión, no de la observación; pero no habría causa para ello. Eso que hoy sería anacronismo, era realidad en su tiempo.

Los liberales venían de los albores de la independencia. Tengo para mí que el liberalismo de entonces no era una doctrina que agrupa partidarios, sino una actitud, una inclinación natural. Frente al poder que obra, habrá siempre grupos que lo discuten, unos por razón, otros por rebeldía; frente a los que deciden por su influjo, venido de la posición social o la fortuna, hay una masa de olvidados o desestimados que protestan. En 1810, nadie había levantado una bandera en nombre de principios de gobierno; simplemente alentaban los audaces adoctrinados (muy pocos) la idea de una independencia absoluta de España, contra la masa que sentía la conveniencia y la belleza de un gobierno, ejercido por los nacionales, en nombre y bajo sujeción del Rey. Andando el tiempo y enconándose la lucha, se acentuaron los sentimientos que dividían esos grupos.

Pipiolos y pelucones eran agrupamientos sociales; pasan

a ser políticos después de O'Higgins. Cayó éste, no empujado por el pipiolismo, sino por la aristocracia individualista, llena de prerrogativas, abatida por O'Higgins en la imperiosa necesidad de gobernar y de juntar fondos para la admirable expedición libertadora del Perú. En la vorágine anárquica que siguió, los pipiolos que se agitaban, gritaban y desfilaban, tomaron preponderancia contra los graves y enfundados aristócratas que esperaban en sus casas el ser rogados de tomar el poder. Desde entonces, los pipiolos adquieran consistencia y conciencia de su número y aspiración a partido. El triunfo de Prieto los desconcierta y reduce a poco.

Levantan cabeza ante la elección de Bulnes y se fortalecen bajo Montt. Entonces aparece el doctrinario, Lastarria; pero aparece en las nubes, cabalgando a Claviteño, envuelto en la niebla de una ideología que pocos entendían. Menos entendían a Bilbao, un místico sibilino, siempre arrobase en la contemplación de visiones para él sólo perceptibles.

Tal es, por lo demás, la evolución de todos los partidos. Un sentimiento, una actitud congrega los individuos; un examen razonado posterior los ata con postulados, aspiraciones y programas que constituyen la bandera.

Mientras luchan desde abajo, aman la libertad; cuando triunfan y toman el poder, aman la autoridad. Así los liberales de 1840, después de un cuarto de siglo de gobierno (ingresaron a él en 1873), serán iguales a los conservadores de la primera mitad del siglo y habrán olvidado sus tendencias progresistas y libertadoras.

Hacia 1845, los principales que formaban un círculo, se

decorarán con los nombres de los revolucionarios franceses de 1789-93. "Los Girondinos" de Lamartine les habían caldeado la cabeza y el corazón. Vicuña Mackenna nos ha conservado (*Los Girondinos chilenos*) los apodos que algo dicen del carácter o apariencias de los liberales chilenos.

Lastarria era Brissot, jefe de la Gironda; Francisco Bilbao, Vergniaud, el orador; Manuel Recabarren, amigo de Bilbao, el marsellés Barbaroux; Rafael Vial era Fonfrede; Juan Bello, Ducos; Domingo Santa María fué Louvet, popular escritor girondino; y Marcial González, Pethion, en razón de haber sido alcalde como éste; Pedro Ugarte se llamó Danton, por lo impetuoso en los discursos; Manuel Bilbao Saint Just; y Eusebio Lillo fué apellidado Rouget de l'Isle, por ser poeta. Hasta los moderados Amunátegui llevaron nombres revolucionarios, el de dos hermanos Lameth: Miguel Luis era Teodoro y Gregorio Víctor, Carlos.

¿Se acordaban de este bautismo los liberales encaramados en el poder en las postrimerías del gobierno de Errázuriz Zañartu? (1873). Treinta años después, los girondinos de 1845 defendían la interpretación presidencial de la Constitución, en contra de la parlamentaria; estaban por el mantenimiento de la autoridad del Ejecutivo, de que habían usado y abusado en los gobiernos anteriores; en tanto que los conservadores que con Prieto, Joaquín Tocornal y Portales, forman el trípode en que se asentó el orden y la autoridad, defendían los fueros del Parlamento y la libertad.

Pero si habían dejado el gorro frigio y puestose la casaca de entorchados palaciegos, no habían dejado de ser jaco-

binos en punto a religión. Era el legado de sus historiadores y publicistas.

La guerra exterior de 1879-81 procuró una tregua política al país; pero la administración siguiente—1881-86—de don Domingo Santa María—el girondino Louvet de 1845—fué de ruda lucha doctrinaria. Se la llamó lucha teológica; y la batalla se trabó alrededor de los proyectos que ahora son leyes, de cementerios laicos, registro y matrimonio civil. Hasta 1882, los cementerios eran parroquiales y el estado civil, nacimiento y muerte constaban en los registros de las parroquias. Preciso es reconocer que eran deficientes y que pudo tornárseles eficaces con algunas reformas; pero el fin confesado de esos proyectos era excluir a la Iglesia de la vida civil y social; y en ese terreno se trabó la batalla. También se extendió al campo electoral, porque el gobierno quería un Congreso adicto y sumiso... como antes y como ahora: que es verdad inconcusa que todo poder tiende al absolutismo.

Nunca como entonces la oratoria parlamentaria fué tan brillante y caudalosa. Se elevó a la altura de la inglesa, que tomaban por modelo nuestros congresales. El gobierno, que hasta entonces disponía de un enorme poder electoral y que podía con la policía atoderarse de las "calificaciones" o cédulas de inscripción de los ciudadanos y suplantarlos por sus secuaces, entorpecía la votación de los adversarios o hacia cambios eficaces en las urnas; pero elegía los hombres de mejores disposiciones para la lucha parlamentaria; y no con menor acuciosidad lo hacían los opositores. De ahí que hombres de gran inteligencia, de fácil y elegante palabra, de abundante ilustración, en su mayor parte abogados,

intervinieran en los debates en que más que la razón, el sentimiento hacia el gasto.

Fueron los días brillantes del parlamentarismo. Del lado del gobierno, estaban Zegers, Mac-Iver, Augusto Matte, Isidoro Errázuriz, Amunátegui (Miguel Luis), Balmaceda y otros; del lado de la oposición, Carlos y Joaquín Walker Martínez, Abdón Cifuentes, Ventura Blanco Viel, Juan Agustín Barriga, Máximo R. Lira, Manuel G. Balbon-tín, etc.

En las elecciones de 1882, el partido conservador quedó excluido; en las del 85 apenas lograron escapar a las falsificaciones y asaltos de mesas, dos diputados; pero en elecciones complementarias de ese año de 17 diputados y algunos senadores producidas por anulación de votos, ganó el partido muchos asientos en la Cámara. Era ya una respectable minoría.

No obstante, las discusiones de carácter religioso no menguaron hasta 1888, y puede dar una idea del ardor de esa lucha un discurso de mayo de 1887 de don Julio Zegers, en que dijo que la religión amenguaba los caracteres y perseguía la ciencia, afirmación que recogió Carlos Walker en su magnífico y ardoroso discurso. Durante dos sesiones, en que pasando revista a la historia desde las persecuciones romanas, saltando de cumbre en cumbre de los acontecimientos, hasta los días inmediatos de nuestra América, puso en claros ejemplos la fuerza y elevación del carácter que inspira la fe; apología de la Iglesia la más brillante, exultadora y ardiente que se haya hecho en la tribuna parlamentaria y que resonó en toda América.

En el hecho, el liberalismo seguía en Chile la corriente

jacobina que ha tenido hasta los albores de nuestro siglo la política francesa, de que siempre hubo en Chile numerosos secuaces; y como estaba aquí en el poder, y disponía de cuantiosos presupuestos, de empleos e influencia, era el enemigo contra el cual la oposición descargaba sus reclamaciones y sus iras. Y valga para caracterizarlo en ese período de su historia y predominio una definición picaresca de un clérigo, gran orador y admirable conferencista, don Alberto Ugarte; el cual decía con guño de malicia y ademán gráfico que los liberales eran... uña y carne!

Esta situación que duró cerca de un tercio de siglo, de Errázuriz Zañartu a Balmaceda, es la que vió Cruz cuando surgió al mundo de las letras; en ella se desarrolló y de los oradores de la lucha se nutrió por propia convicción, y por el contagio del medio, cuando fué secretario general del partido conservador.

Por eso en sus artículos de crítica social no falta un liberal muy semejante a los pipiolos del año 30, presuntuoso, ignorante y entrometido; y por eso enderezó su crítica a establecer y catalogar los valores literarios del siglo XIX y defender de paso a la Iglesia de las inculpaciones y suposiciones de que esos escritores la hicieron objeto.

Pero este fin no enturbia su juicio, como he dicho antes.

* * *

La finura de su sentido estético le hace descubrir a Vicente Pérez Rosales, por largo tiempo desconocido u olvidado. Con decir que en la síntesis del desarrollo intelec-

tual de Chile que sirve de introducción a la Biblioteca de Escritores de Chile no figura; y que en el prólogo, que escribió don Luis Montt, si reconoce que "Recuerdos del Pasado" es tal vez el libro más original que hasta hoy ha producido la prensa chilena", sostiene que Pérez Rosales tiene mejores títulos que su libro para ser recordado por los chilenos.

Cruz le consagra un largo estudio en 1911; rastrea los orígenes de su prosa sencilla, espontánea y clara, su gracia natural y sostiene que las debe tanto a su propio ingenio como a la medida francesa, que por haber vivido tanto tiempo en Francia le fué connatural. Su vida aventurera y trabajosa como la de Cervantes le dió como a éste, una dulce filosofía y una ironía simpática con que mirar la varia escena del mundo.

En "Francisco Bilbao" (1894) hurga con fino escalpelo en la urdimbre intelectual y moral del llamado "precursor" del radicalismo. Hoy que el radicalismo ha perdido en el camino sus pendones antirreligiosos, la sombra de Bilbao se hunde en la prehistoria.

La disección de Cruz, es desapiadada, porque es serena y fría. Además, estamos a cerca de un siglo de la irrupción de Bilbao en la escena política, con su artículo "Sociabilidad Chilena", que levantó entonces tanto escándalo en la religiosa y quieta sociedad santiaguina.

Dos recuerdos me asaltan al rememorar a Bilbao.

Cuando murió en 1836 el gran satírico español Mariano José de Larra, sus funerales dieron motivo a la popularidad de un nuevo poeta. Cuéntase que al entrar en el cementerio el cortejo fúnebre, se levantó un joven pálido y

melenudo que leyó con arte y voz emocionada esas quintillas que comienzan:

*Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana,
Vano remedio del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana!*

La sindéresis no anda bien; pero la armonía y el sentimiento, relevados por el arte de la declamación, sacudieron la multitud. Un poeta había nacido: era Zorrilla.

Pocos años después, en 1844 llevaban en Santiago al cementerio el cadáver de un hombre infatigable, tan iluso como honrado, descreído como el satírico español, mas no tan desengañado como él: don José Miguel Infante, el campeón del federalismo. Al entrar el cortejo al cementerio, lo detuvo con ademán solemne un joven pálido y melenudo, de intensas pupilas azules y con voz tonante clamó:

"Antes de pasar los umbrales de la muerte ¡Infante! recibid el bautismo de la inmortalidad!"

Ambas irrupciones en momentos semejantes se parecen; pero difieren en tonalidad.

El poeta captó el momento, preñado de dolor, de la muerte trágica de un hombre que habiendo hecho reír a una nación, se mató de pena; y el soñador chileno se enfundó en la ropa de un hierofante o sacerdote de un Dios desconocido para otorgar la inmortalidad a un hombre eminente.

Zorrilla fué creciendo en gracia y sabiduría delante de

sus connacionales; fué el cantor de las glorias y leyendas de su patria y de los esplendores moriscos; y Bilbao se estabilizó en ese papel de augur sibilino y no pasó más allá de "Sociabilidad Chilena"; al contrario, como lo demuestra Cruz, a medida que vive y envejece, las ideas se le embrollan cada vez más; sólo conserva el tono solemne y el admán indicativo de augur.

"Sociabilidad Chilena" provocó indignación general en Santiago. Acusado por el Fiscal, el jurado de imprenta lo condenó por "inmoral y sedicioso" en 1844.

Diez años después, en 1854 otro jurado de imprenta tenido en París condenó por "inmoral" a Gustavo Flaubert, el gran novelista, por su "Madame Bovary".

Es, si queréis, un consuelo tonto; pero es al fin un consuelo pensar que si fuimos entonces los chilenos y lo somos todavía motejados de retrógrados, ignorantes y fanáticos por haber multado a Bilbao, vamos en buena compañía con los franceses que condenan a Flaubert diez años después. Pudo el novelista desquitarse del agravio escribiendo otras obras notables como *Salambó*, *Educación Sentimental* y *Tentaciones de San Antonio*; pero el escritor chileno no avanzó sobre su primera producción. Si en ella habló de una libertad sin adjetivo, absoluta y abstracta, emitió un concepto claro; pero cuando viajó por Francia, conversó con Quinet y Lanmenais, ya separado de la Iglesia, y quiso compaginar el concepto de libertad, con los del deber y el derecho, de que le hablaron sus amigos, no pudo hacerlo; y cuando tenía que expresarlos se le hacia un enredo más inextricable que hilo de volantín.

Por lo que Cruz llega a la conclusión de que Bilbao fué

un niño precoz que se estancó a los 21 años; y que conservó y acaso acrecentó con los años, la ingenuidad, la rectitud moral y la fantasía humanitaria de esa edad.

La crítica que ha levantado más protestas, más por adhesión tradicional que por convicción razonada, es la de las obras de don José Victorino Lastarria. El pontífice del liberalismo de la mitad del siglo pasado sale maltraído y menguado de ese estudio de su vida y obras.

Ya éstas han envejecido; y aun cuando la Universidad ha hecho una edición voluminosa de ellas, sus tomos se encuentran todavía vírgenes en las librerías de viejo.

Observa Cruz que Bilbao es más popular que Lastarria: provoca polémicas ardientes y tiene un monumento en su provincia; Lastarria no. Ni siquiera formó escuela ni hay quien pueda decir que sigue su sistema o doctrina.

Y es que Lastarria fué un divulgador inteligente de publicistas europeos, cuyas ideas no calzaban con nuestro modo de ser. No cuidó de adaptarlas a nuestras realidades sociales y políticas. "Pretendió", como dice Cruz, regenerar la sociedad por medio de razonamientos científicos, de doctrinas transplantadas de otras partes y que eran ajena al modo de ser social de esta república".

Tampoco tuvo condiciones de hierofante o caudillo. Miraba a sus conciudadanos desde la altura de la tarima del profesor y generalmente, desde la altura de la torre de Babel de su vanidad.

No discutía ni aceptaba que pudieran discutirse sus lecciones; él enseñaba, y para su confusión y su petulancia, veía y sentía que la turba multa que le oía era incapaz de

comprenderlo, menos de seguirlo en sus profundas lucubraciones.

Y no obstante, es claro. Concibe con precisión y se expresa con nitidez. Sólo la pasión perturba su juicio.

Si sus obras políticas y jurídicas han pasado con el tiempo a que se aplicaron, queda y permanecerá su historia del movimiento intelectual que se inició en 1842. El fué quien procuró encauzarlo y fomentarlo. Verdad es que los académicos de Bellas Letras se sacudieron de su tutela, como chicos de escuela cuando el maestro vuelve la cara a otro lado. Ausente año y medio del país, la Academia, que no lo había saludado al llegar, lo invitó para que asistiera a una sesión en honor de un literato de provincia, que era una mediocridad.

La indignación de Lastarria no tuvo límites.

Pero esa ingratitud o sublevación no quita que los Recuerdos Literarios sea lo único coordinado que tenemos de los comienzos de nuestra historia literaria después de la Independencia.

Cruz ha juzgado la obra de Lastarria y ha sopesado la opinión de los "admiradores de Lastarria". Son tres, don Alejandro Fuenzalida Grandón (*Lastarria y su tiempo*), Augusto Orrego Luco (*Impresiones y recuerdos*) y don Paulino Alfonso (*Don José Victorino Lastarria*). Estas obras fueron escritas para promover la erección de un monumento al escritor y profesor.

Cruz, contraponiendo sus ditirambos con la historia, ciertas afirmaciones contra la Iglesia o el catolicismo con el juicio de eminentes mundiales y ciertos olvidos con citas

oportunas, puso en claro los excesos de su admiración y las fallas de su proselitismo. Y con ello acabó de delinejar y dar consistencia a la personalidad de Lastarria.

* * *

Hay una disciplina literaria en que los chilenos han descollado en el Continente y en que su fama ha saltado por sobre los aledaños patrios. Es la historia. Los nombres de sus cultivadores han resonado en el Continente. Es acaso el país que tiene más historias de los de origen español; y como observa Menéndez y Pelayo (*Historia de la Poesía Hispanoamericana*, tomo II cap. XI), siendo Chile una colonia secundaria durante la dominación española, "tiene historias más largas que la de Roma de Momnse y que la de Grecia por Curtius o por Grote".

Juzga el polígrafo peninsular que si merece aplauso el ardor con que los chilenos esclarecen sus anales patrios, hay en las obras "cierta falta de armonía y de proporción".

Cruz estudia separadamente los tres grandes historiadores, Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna.

De Amunátegui aplaude sus primeras obras, que revelan estudio y cuidado en la redacción; no las últimas, que rellenó de documentos y copias de archivos.

De Barros Arana elogia con calor la acuciosidad en aclarar puntos oscuros, por pequeños que sean; la impersonalidad del relato; la claridad con que se expresa, el enorme trabajo de investigación; y de Vicuña Mackenna, . . . la persona,

"Su trato ameno, afectuoso, llano; su sinceridad, ingenuidad y viveza casi infantiles; su alma entusiasta, generosa, completamente ajena al odio y malquerencia, y su abnegación y extraordinaria buena voluntad para servir le hacían en extremo simpático. Tenía influencia en todas partes y la empleaba en ayudar a cuantos solicitaban su recomendación". En cuanto a sus historias—y son decenas de volúmenes—las desdeña, porque son abundosas en exceso, no siempre exactas, generalmente apasionadas y parciales, carecen de plan y unidad, van en confusa mezcla lo grande y lo trivial, y no logran fijar el carácter de sus héroes, porque los juzga con extremoso calor según que los hechos que realizan son gratos o ingratos al autor.

Ello es cierto, por desgracia; pero ¿cuál escritor de historias ha logrado en Chile más lectores, ha procurado más goce al espíritu y alumbrado mejor las incidencias de nuestra corta vida nacional y delineado con más relieve nuestro carácter?

Vicuña Mackenna. Sucede que apesar de su producción abundante y desordenada, es el que más conocía nuestra historia y sus hombres, el mejor observador de nuestras menudencias cotidianas, de la vida popular, de los entretelones de la historia representada; y el de imaginación más viva y ardorosa.

En sus manos, la historia civil grave y decorosa, se torna en representación viva y animada de una tragi-comedia y los hombres actúan según sus pasiones, sus ideas, sus intereses o sus odios; y cuando tales sentimientos son en ellos apocados, el autor los atiza, los calienta, les presta su ardor de correligionario, de adversario o de autor dramático

y los mueve, los lleva y los trae como a los muñecos de un retablo.

Tenía encarnado en todo su ser el amor a su tierra y su historia; todo en ella le es simpático y todos sus hombres pertenecen a una familia de que él es parte. Y es tan sincero, tan espontáneo en sus afectos que hasta cuando colma de injurias a un personaje—por ejemplo a Portales o Montt—no levanta indignación en el lector, porque lo contagia su sinceridad.

El estilo es descuidado, a veces ampuloso y vulgar; las imágenes vagas, porque no ha tenido tiempo de diseñarlas; tiende a la declamación, sonora como nueces vanas; aspira a la elocuencia académica y cae en la tribunicia de plaza pública; quiere pintar un personaje, pero no logra coger su alma y gira a su alrededor anotando detalles insignificantes; y no obstante, interesa y deleita porque es variado, caudalosísimo en hechos, detalles y referencias, lleno de vida y humana simpatía. Si hubiera vivido en nuestro tiempo de historia novelada, habría sido un maestro de enorme divulgación.

Pero Cruz tiene sus cánones a que ajusta su crítica. Discurre largamente sobre los modos de escribir la historia y se queda en el sistema que recoge los hechos importantes, los encadena a la realidad, da la esencia de los documentos y los redacta de modo que de ellos fluya la lección que está en su fondo; que da a las personas sus proporciones efectivas y los sitúa en el lugar en que actuaron y los juzga conforme al tiempo en que vivieron y obraron; en suma, un sistema que funde armoniosamente la historia narrativa y la filosófica.

Desde este ángulo de visión, Amunátegui y Barros Arana son sencillamente cronistas minuciosos y rastreros, enamorados del detalle y el documento, más atentos a estimar y a contar el trabajo de hallar la verdad que la verdad misma.

* * *

No es mi ánimo—ni lo toleraría el lector—hablar de todas las críticas de Cruz, para criticarlas a mi vez; me he detenido en Bilbao, Lastarria, Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna porque son hombres que aun tienen parciales y son objetos de estudio y temas de discursos.

Representaban, además, las figuras más salientes de un largo período de nuestra historia y fueron portaestandartes de un sistema político, que consciente o inconscientemente insuflaron en las obras que escribieron. En su estudio Cruz puso serenidad e imparcialidad, más no indolencia; ha hecho en ellos justicia, conforme a la regla que Portales daba para gobernar, distribuyendo palos y bizcochuelos según los casos.

El sistema de Cruz es el de los *Ensayos de Maccaulay* y *Sainte Beuve*. Para juzgar al hombre lo coloca en su medio, frente a la obra que va a emprender.

Rehace la historia; trae a cuenta hechos olvidados o pretendidos; pesa la importancia de todos ellos, da relieve a las ideas que entonces predominaban, a las reformas incubadas, a los obstáculos que surgían, a las pasiones en juego; y ubicado el actor, estudia sus capacidades, su vocación, los

estímulos que lo impulsan; y en seguida juzga su obra en sí y en relación con el medio.

Sea como ilustración de la rectitud indagatoria con que procede el caso de la acusación que en el prólogo de las obras recopiladas de Blanco Cuartín hace don Juan Larraín a Zorobabel Rodríguez. Atacó éste a Blanco Cuartín que era redactor de "El Mercurio" (1883), después de haberlo sido de "El Independiente". Larraín cree que Rodríguez sintió inquina contra Blanco por el cambio de casa y atacó con rudeza a su maestro y amigo. Una deslealtad. Larraín no indaga las causas; se limita a lamentar que ambos contendientes, hombres cultos, se prodiguen insultos procaces.

Cruz investiga; y recuerda los antecedentes que explican el caso y justifican a Rodríguez.

"El Mercurio", que era conservador, cambió de dueño y ofreció a Blanco Cuartín el cargo de redactor y éste aceptó. Era el tiempo álgido de las "reformas teológicas" y la lucha religiosa bajo Santa María. Este había enviado sus pasaportes al Delegado Apostólico, don Celestino del Frate, que no había hecho otra cosa que presentarle una carta autógrafa de León XIII en que el Papa daba al Presidente de Chile las razones por las cuales no podía nombrar Arzobispo de Santiago a don Francisco de Paula Taforó. Esto pasó en 10 de enero de 1883. Cinco días después Santa María envió sus pasaportes al Delegado Pontificio, intimándole la salida del país.

Blanco Cuartín, de conservador "ultramontano", o sea, adicto en estas controversias a la dirección de los prelados, había pasado a "conservador laico", o sea, al grupo de cató-

licos que aceptaban las reformas llamadas teológicas del gobierno; y como tal, publicó el 22 de enero un artículo destemplado en que aplaudía la despedida a Del Frate, denostaba a los conservadores de ultramontanos, ponía en ridículo su actitud y hasta aplicaba calificativos poco respetuosos al Pontífice.

El 27 de enero replicó Rodríguez desde "El Independiente" y fué duro con Blanco; contestó éste, duplicó aquél, suavizando los términos y Blanco cerró la polémica con un artículo violento titulado "La Jauría".

El caso se explica.

Igual afán de rectitud y verdad despliega Cruz en todos sus estudios. Y es por ello un crítico considerable, que sirve de guía a los que quieran valorizar nuestra producción literaria; y como en el sistema que aplica sigue las normas con que Sainte Beuve reemplazó la crítica sentimental, impresionista e individualista (de que aun quedan muchísimos secuaces) por la del estudio de la calidad y capacidad de los autores, el medio en que pensaron y su filiación artística; y cómo, con la amplitud relativa a nuestro país, su juventud y producción escasa, ha sometido a juicio a todos nuestros autores, bien merece ser llamado el Sainte Beuve chileno.

M. CORREA PASTENE.

Octubre de 1940.

JOSE JOAQUIN VALLEJO

JOTABECHE

Obras precedidas de un estudio crítico y biográfico de don Alberto Edwards.—Volumen VI de la Biblioteca de Escritores de Chile.

I

El estudio de don Alberto Edwards es el mejor de los que hasta ahora ha publicado la Biblioteca de Escritores de Chile. No era de esperarlo, porque el autor es más conocido como aficionado a la política que como literato. Acerca de ella ha publicado numerosos artículos que no carecen de interés, y la ha cultivado, sobre todo, con trabajos y diligencias de hombre de partido.

El señor Edwards es ordenado y metódico en la exposición, explica las diversas circunstancias de la vida de Vallejo que acompañaron la producción de sus artículos, reseña el estado social y político de esa época, y abunda en observaciones sensatas y oportunas.

La parte propiamente literaria deja algo que desear.

No expone con precisión la naturaleza del ingenio de Vallejo y el mérito relativo de su obra. Las reflexiones críticas son pocas, un tanto vagas, y casi desaparecen en la mul-

titud de datos biográficos. Dejan, sin embargo, la impresión de que se trata de un talento vigoroso, original, muy nacional, que gozó de gran popularidad en su tiempo. No hay duda sobre esto último. Tampoco la hay en que Vallejo es escritor que manifiesta el carácter nacional, por los asuntos mismos en que se ejercitó; pero es muy discutible que sea original y vigoroso.

A mi juicio, hay que rebajar algo la importancia que, entre nosotros, tiene Vallejo. Ya es tiempo de reaccionar contra el criterio lugareño de juzgar a los autores, de ensalzarlos desmesuradamente y como que no hay nadie como ellos, nada más que porque son de casa.

Cuando vivíamos en poco y tardío comercio intelectual con sociedades más adelantadas, era natural que, si algo bueno aparecía entre nosotros, fuera alabado con entusiasmo, más de lo justo, porque lo juzgaban comparándolo con las demás producciones chilenas y no con las extranjeras.

Ahora no es lo mismo. Todavía es lícito tratar con indulgencia y aun exagerar un poco los méritos de autores jóvenes que comienzan a escribir y dan esperanzas, para alentarlos. Pero no conviene hacer lo mismo con autores fallecidos hace tiempo y que han pasado al juicio de la posteridad. Estos deben ser juzgados, no solo con referencia a la producción nacional, sino con relación a los más perfectos que en el género respectivo ha producido el mundo, y con relación al concepto más alto que de la materia de que se trata podamos tener. Esta es la única manera de progresar, de levantar el espíritu, de enderezar lo torcido, de corregir lo defectuoso.

José Joaquín Vallejo tenía dotes notables de observa-

dor de las costumbres, perspicacia, variedad en la percepción, buen gusto y dotes de escritor, esto es, instinto para encontrar la expresión conveniente. Era de natural jovialidad, sano, sensato. Pero su fuerza de observación no pasaba de ciertos límites. Veía lo ridículo de algunos actos, de algunos caracteres; sabía manifestar su impresión con gracia, sencillez y buen humor; pero falta o es muy débil, en sus cuadros de costumbres, el fondo humano que les da vigor y realce.

El escritor que llamamos propiamente de costumbres, ve en los actos y caracteres manifestaciones de un modo de ser social, y los describe con fidelidad. Es ameno, risueño, un tanto malicioso, benévolos con las flaquezas, severo con los vicios, de los cuales no se ocupa sino que se aparta de ellos, indicándolos con un gesto grave. Nota con jovialidad las pequeñas ridiculeces de la vida ordinaria. Puede entretener mucho, corregir un poco y ayudar a la cultura y a la buena educación.

Para conseguir esto y evitar que el artículo de costumbres se convierta en una charla amena e ingeniosa, pero insustancial y frívola, es preciso que, en los cuadros, aparezca la relación que hay entre esas manifestaciones de un modo de ser social y la naturaleza humana. Es preciso buscar en ésta una base, un fundamento y manifestarlo por medio de reflexiones oportunas o de hechos que las sugieran al lector.

En esta parte es débil Vallejo: tiene poca perspectiva. En general, sus cuadros y escenas son como figuras recortadas y pegadas en otra parte: no tiene fondo.

Este defecto de Vallejo proviene, en gran parte, de que

carecía de cultura suficiente, porque era poca la que había en esos tiempos. Además imitó a un modelo que no le convenía y que no era apropiado para su modo de percibir las cosas.

El señor Edwards sostiene que, aun cuando Vallejo era apasionado por don Mariano José de Larra, no lo imitó, y aduce esto como una prueba del vigor de su talento. Han tenido esta opinión, antes que el señor Edwards, casi todos los que han escrito sobre Jotabeche. Podemos ver en ello más el natural deseo de enaltecer a un compatriota que el resultado de un estudio detenido.

Como prueba incontestable de la originalidad de Vallejo, cita el señor Edwards un corto artículo titulado *Una Prensa*, escrito antes de que aquí fuera conocido Larra. Ridiculiza Vallejo en ese artículo a un mandón de provincia que tomó medidas para impedir que establecieran en su villa una prensa que creyó destinada a imprimir periódicos, y resultó que se trataba de una prensa para uva.

Aun cuando el artículo es en sí poca cosa, indudablemente manifiesta dotes de observación e imaginación viva. El asunto está bien tomado, con vivacidad y espontaneidad. Pero ese artículo de ningún modo indica claramente para cuál género literario ha nacido el autor. Vemos una escena bien presentada, aunque de un modo poco culto. Hay facilidad en el diálogo, intención burlesca. Podría indicar aptitudes tanto para el diálogo o el cuento satírico, como para la novela realista, para el sainete, tal vez para los cuadros de costumbres, y menos para esto que para lo demás, porque la intención es más bien agresiva y no benévolas y filosófica como a este género conviene.

Los ingenios que han tenido vocación vigorosa, desde temprano encuentran su género literario o lo adivinan. Sus primeros ensayos se muestran como una curiosidad, en que aparecen como en germen cualidades que, más tarde vemos desarrolladas y llevadas a un alto grado de perfección.

Adviértese que Vallejo, cuando escribió *Una Prensa*, en 1840, tenía cerca de treinta años, (había nacido en 1811) edad más que sobrada para que un talento original y vigoroso hubiera dado muestras inequívocas de sus tendencias especiales. En lo que escribió inmediatamente después, tampoco desarrolló el género que en él supone tan vigoroso y original el señor Edwards, sino que se dedicó a escribir artículos de sátira política muy usados entonces.

En 1841 escribió, en forma de carta, un artículo descriptivo sobre una excursión a la cordillera en la parte en que nace el Maipo. Este artículo, el primero de la serie de Jotabeche, no es de costumbres sino de viajes, y lo anima un afecto poético, un sentimiento vago de grandiosidad delante de los espectáculos de la naturaleza. Esta carta manifiesta disposiciones para el género descriptivo.

En 1842 publicó el artículo *Copiapó*, que es en gran parte descriptivo y en parte de costumbres. Aquí sí que aparece este género por primera vez bien determinado. ¿Y por qué? Porque poco antes fueron conocidos entre nosotros los artículos de *Fígaro*.

Vallejo, fué atraído por Larra. Este le determinó la vocación, y, como es natural, le sirvió de modelo. En 1843, escribía: "Adoro a Larra, y rara vez me duermo sin leer alguna de sus preciosas producciones".

Larra, satírico y escéptico, veía en los actos de la vida una

prueba de que la naturaleza humana estaba llena de contradicciones, que era algo que no tenía rumbo ni concierto, y se burla de ella con un fondo de menosprecio, de irritación o de indiferencia. Lleva a sus cuadros de costumbres mucha vivacidad e intención en orden a un fin, que era esa especie de desorden o ridiculez que veía en la sociedad que criticaba.

Vallejo carecía de tal intención. Era un hombre sensato, religioso, padre y esposo excelente, amigo de servir a sus conciudadanos y le sonreía la fortuna. De modo que, cuando imita a Larra, le falta el espíritu del modelo, y de ahí viene la superficialidad de sus cuadros.

Claro está que las escenas y figuras de estos cuadros son chilenas; pero la manera como están presentadas es la de Fígaro. De Fígaro es la forma del diálogo, la clasificación de los caracteres, el modo de describirlos, el modo de desarrollar las escenas, de notar los dichos y observaciones de la vida ordinaria.

Decir que Vallejo no imitó a Larra porque tomó en la sociedad chilena las escenas y los caracteres, es lo mismo que decir que tal pintor chileno de paisajes que ha adoptado la manera de tal pintor francés, no lo imita sin embargo, porque pinta paisajes chilenos, nuestras cordilleras, cerros, árboles, ranchos, y no paisajes de Francia.

A más de que esta imitación es visible en el modo general de Jotabeche, pueden señalarse partes en que ella es evidente e innegable.

Por ejemplo el artículo *Teatro de Copiapó*, está calcado sobre el de Fígaro *Representación de la Fonda y de Las Aceitunas*.

El Liberal de Jotabeche es como *El Ministerial* de Fígaro.

Los Cangalleros de Jotabeche, ha sido inspirado por *Los Calaveras de Fígaro*.

Las varias *Cartas de Jotabeche* han sido sugeridas por la *Carta de Fígaro a un bachiller su corresponsal*, y por las *Cartas de un liberal de acá y de un liberal de allá*.

En éstas, Fígaro habla de estamento, Portugal, carlistas, libertad de imprenta. Vallejo habla del subdelegado Mardones, del subdelegado de San Antonio, de cambio de Ministerio, nulidad de elecciones, descubrimientos mineros; pero Vallejo trata estas cosas como había visto que Fígaro trata las que a él le importan.

Del artículo *La diligencia de Fígaro* han salido *El puerto de Copiapó*, *Un viajecito por mar*, *La salidas a paseos*.

Y por todas partes hallamos rasgos sueltos que hacen recordar a Fígaro. No hay, por tanto, motivo para que el señor Edwards sea tan categórico cuando dice: "No ha faltado quien vea en Vallejo sólo un feliz imitador de Larra, mostrando con ello conocer poco a Fígaro, y menos todavía a Jotabeche". Mas cierto sería decir que poco conoce a Jotabeche y menos todavía a Fígaro, el que sostiene que aquél no imitó a éste.

Reconocer que Vallejo fué imitador feliz, no quiere decir que fué escritor vulgar. El que imita con acierto a un ingenio sobresaliente, podrá no tener el mérito de la originalidad y la fuerza de inventiva y expresión que la acompañan; pero tiene también su mérito propio. Lo tiene en cuanto debe poseer aptitudes que en algo participan de la excelencia del autor imitado, y en que sabe aplicarlas con

oportunidad a objetos que aquél no trató, aumentando así la producción artística y ocasionando nuevos goces al espíritu.

Vallejo, dentro de la imitación, se mueve con bastante desembarazo, y aun llega a competir con su modelo en la descripción de algunas costumbres caseras, como en *Una enfermedad* y *Las amas de mis hijos*.

Por donde se puede presumir que, si hubiese tenido más cultura literaria, habría alcanzado a puntos más altos en el género que cultivó

II

Hay en Vallejo un fondo de afectos que le es propio: el hogar, el amor a su tierra, la admiración ingenua y sencilla a la belleza y virtudes de la mujer, la compasión hacia el desgraciado. Cuando manifiesta estos afectos no imita a Larra, las ideas le brotan espontáneamente, respira con libertad, comunica al lector una impresión suave, compasiva, humanitaria.

Se despide de algunos amigos que ha ido a dejar al vapor, vuelve a tierra, y exclama: "¡Qué tristeza! ¡Qué silencio por todas partes! Un perrito aullaba en la playa buscando a su amo que había partido. Yo sentía un vacío inexplicable en el corazón". Al llegar a su tierra después de una corta navegación, se despide de su barco: "¡Adiós, lindo barco, díjele al bajar su escala: que las aguas del Pacífico te sean siempre tan amigas como los brazos que hoy esperan en tierra a Jotabeche!" En un paseo por la tarde, llega hasta el cementerio, lo ve enteramente aban-

donado y hecho un muladar, y se indigna de que en semejante lugar entierran a sus paisanos.

"Si cuando yo muera, todavía se hacen enterrar como ahora mis paisanos en un lugar tan indigno, protesto en tiempo y forma, y como si tratara de anular una elección, (*he aquí un rasgo a lo Figaro, bastante importuno*), contra la fuerza que se emplee para arrastrar hasta allí mi cadáver. Y encargo desde luego a mis amigos que lo conduzcan en alta noche, ni más ni menos que si *cangalla* fuera, a ese cerrito aislado que hay en un rincón de la amable y pintoresca Chimba. Quiero ser sepultado al pie del saúce que se ve en su cumbre, sauce que desde entonces será mi universal heredero, porque pienso y es mi intención dejarle mi nombre".

Figaro, en el *Día de difuntos*, sale a la calle. Un vértigo espantoso se apodera de él. "Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo". Atormentado por la horrible pesadilla, quiere refugiarse en su propio corazón. "¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! ¡Aquí yace la esperanza!"

¡Cuanto distan de tan amarga desesperación, los modestos y poéticos deseos, los dulces afectos del buen corazón de Jotabeche!

Un hombre como Vallejo no podía concebir a la mujer del mismo modo que Larra o los satíricos.

No descubre en ella artificios criminales, ardores com-

primidos, vanidad, egoísmo, astucia refinada; sino que la ve llena de hechizos, de inocente malicia. Son sirenas angelicales y traviesas que atraen al hombre sin más objeto que el de escoger un marido para vivir tranquilas en su hogar. Esta es concepción de alma sana y bondadosa.

He aquí un párrafo en que habla de la mujer. Lo transcribo por entero porque, a mi juicio, es lo más espontáneo y propio que ha escrito Jotabeche en punto a costumbres.

"Con las nietas de Eva pasa peor cosa. Véalas usted en el primer ardor del sentimiento, en la época en que buscan un dueño, un corazón que comprenda el suyo (si lo encuentran, cóbrenme las abricias), un eco que les responda, un amante protector, a algún *infeliz* a quien hacer dichoso. Entonces las gracias del cultivado talento no les parecen lo bastante; para tan poca cosa, poco les parece la posesión de ese tren omnipoente; todavía recurren a cuanto el arte, el genio y la elegancia les ofrecen de más fascinador e irresistible. Estudian un modo de andar que nos haga parar embelesados a contemplarle; si hablan, son donaires; si a un tiempo miran y sonríen, le cogen a uno entre dos fuegos; si dicen *no*, tratan de que se entienda que *tal vez sí*, si dan el *sí*, es para hacer más temible que lo revuquen con un *no*. En cada rizo, en cada vuelta del pelo alrededor de la cabeza hay una mala intención, un designio asesino, y en las flores que nacen de su seno, mil consejos de amor para rendirse por de pronto, dejando para después aquella antigüedad de *antes... mira lo que haces*. Ahora sus vestidos siempre son el resultado de las más profundas combinaciones y muchas veces la formal decisión de un consejo de familia, ¿creéis que haya en ellos un

adorno, un solo pliegue sin su objeto que llenar, sin su misión que cumplir? ¿No responden todos de *mancomún*, y cada uno *in insolidum* a la hechicera cuyo cuerpo estrechan, de hacerla tan amable como en su ardiente ambición desea serlo?

"Y sin embargo, esta ambición que sólo con los años debía entibiarse, muere con la soltería; un marido es la parca que la sofoca y la destruye, y con la menguante de la luna de miel, mengua también la pasión de ser querida y admirada. En habiendo intimidad matrimonial ya no hay para qué ser buena moza, ya no hay para qué peinarse a la griega o a la *Maintenon*; el vestido anda suelto, el pañolón a la rastra, los zapatos encanclados, el pelo de su cuenta y toda la persona en el mas desabrido *allá se te lo haya*. El piano es un embeleco; el canto *ya no asienta*, porque si se aprende la música no es más que para casarse; el corsé se guarda para cuando repican fuerte, las gracias se van quién sabe a dónde, y al marido, al *hijo* como matrimonialmente se le llama, le dejan el esqueleto de encanto. ¿Habrá valor, señor, para que un pobre hombre sufra este chasco? Y luego se enojan si uno les dice embusteras, que especulan con la constancia.

"Por el santo de mi nombre, *San Jotabeche*, que es preciso convenir en que así como la amistad más quebradiza es la más estrecha, los amores más insípidos y menos intelectuales son los amores caseros; los *amores anidados* son como un chocolate sin espuma, un *dieciocho* sin bailes. Y la culpa se la tienen *ellas*; pues consta que a los maridos no se les acaba el gusto; por eso solemos verles inquietos fuera de casa, a pesca de amoríos que tengan sal y pimienta".

Lo anterior está escrito más bien en chileno que en castellano, y nuestra manera familiar de expresarnos no brilla por la delicadeza y la finura; pero hay aquí impulso verdadero, observación propia y exacta. Esto lo ha visto Jotabeche con sus ojos. Tales aptitudes debió haber cultivado. Pero no podía encontrar su guía en Larra, escéptico, agriado con la vida y sacudido por pasiones criminales.

No lo habría encontrado tampoco en Mesonero Romanos, culto, ilustrado, ameno; pero descolorido y sin nervio.

Aun cuando sólo en septiembre de 1846 imprimieron en Chile una edición de sus *Escenas matritenses*, como complemento de dos ediciones ya publicadas de las obras de Fígaro, es indudable que ya era aquí conocido *El Curioso Parlante*, seudónimo de Mesonero Romanos. Muy bien puede ser que el *Corpus Christi* de Jotabeche, escrito en junio de 1846, haya sido sugerido por *La procesión de Corpus* de Mesonero Romanos. Hay cierta analogía entre ambos artículos, por lo menos en cuanto a la composición.

La literatura inglesa tenía excelentes modelos que convenían de todo punto al temperamento literario de Jotabeche, pero seguramente no los conoció. En los artículos del incomparable Addison en *The Tatler* y *The Spectator*, en muchos autores de ensayos, entre los cuales no puede dejar de ser citado especialmente en este caso Carlos Lamb, habría encontrado nuestro autor guías seguros para enseñarle a manifestar con arte lo que le era propio, esto es, sus afectos íntimos, su modo risueño, benévolos y ligeramente malicioso de considerar la vida.

Ahí pudo haber aprendido a buscar la naturaleza humana como fondo de los cuadros de costumbres, con lo cual

se les da un carácter permanente que siempre interesa. Ya van pasando y muy aprisa las costumbres que él pintó. ¿Qué quedará de eso en poco tiempo más? Muchas minuciosidades que no se comprenderán bien y que parecerán algo fastidiosas. En *The Espectator*, nos interesan hasta ahora e interesarán siempre aquellas antiguas costumbres inglesas, porque tanto ellas como los caracteres no están simplemente descritos haciendo resaltar lo cómico, sino que están observados a través de la naturaleza humana. *One touch of nature makes the whole world kin:* un rasgo humano nos hace a todos parientes.

III

Vallejo no puede ser razonablemente exaltado más allá de una medianía aguda, ingeniosa y oportuna, que daba fundadas esperanzas de surgir algo más; pero que no alcanzó a tener desarrollo por falta de cultura y de buenos maestros. La brevedad de su carrera literaria que alargándola cuanto es posible, comprende desde 1840 hasta 1847, y muy poco nutrida, no manifiesta vigor y fecundidad.

Pero, se dirá, ¿cómo, si no tiene grandes méritos, ha podido ser tan admirado entre nosotros? ¿Cómo? Por circunstancias ocasionales que ayudaron no poco a su fama.

En 1841 comenzó a extenderse en Chile la moda literaria del romanticismo, traída sobre todo por los emigrados argentinos del tiempo de Rosas en quienes había prendido fácilmente.

Los chilenos, poco propensos a exaltarse fueron algo re-

hacíos a la nueva escuela; pero siempre ésta cundió lo suficiente para malear nuestra literatura, todavía bastante débil, escasa y que sólo entonces comenzaba a ser cultivada seriamente. Demás está decir que tomaron el romanticismo por el lado del atropello a toda regla de arte. El lenguaje era hinchado, petulante, afrancesado.

Vallejo, sensato, de buen gusto, de carácter independiente, lejos de seguir la nueva escuela, se atuvo a la naturalidad y sencillez. Publicó entonces la carta de que ya hemos hablado en la cual refiere una excursión a la cordillera. Esto fué verdadera novedad. Lució más así sus dotes para la descripción y sobresalió del vulgo sin esfuerzo. Luego cundió la afición a Fígaro y a los artículos de costumbres, género que alcanzó extraordinaria boga. Vallejo, que tenía aptitudes para eso, las ejercitó con general aplauso, sin dejarse llevar por la moda de imitar las extravagancias del romanticismo, y aun combatiéndola con gracia y eficazmente. Es justo reconocerle este mérito.

Fué un escritor que llegó en el tiempo preciso para que sus obras tuvieran popularidad y realce.

Si Vallejo llega algún tiempo antes, no habría tenido eco en medio de las agitaciones políticas y de la escasa afición a la literatura, cuanto más que, sin Larra, habría andado vagando entre los artículos de periódico vulgares y groseros, y los artículos descriptivos con tendencias humorísticas.

Si llega algún tiempo después, no habría parecido escritor tan nuevo y oportuno, habría llamado menos la atención en una sociedad de más cultura literaria, no habría

tenido tanta importancia como escritor de un género que ya no despertaba interés.

Tuvo buena suerte.

No la tuvo otro autor que, a mi juicio, supera a Vallejo en todo, que tiene con él numerosos puntos de contacto, que también es descriptivo y escritor de costumbres, Vicente Pérez Rosales. Este es mucho más culto, delicado, ilustrado, y su estilo es más sencillo, natural y elegante que el de Vallejo.

Uno y otro describen a Copiapó, sus costumbres, sus minas, los cangalleros, Chañarcillo. Vallejo toca estos puntos en varios artículos, y Pérez Rosales en el capítulo XII de sus *Recuerdos*. Prefiero a este último. En ningún caso podría considerársele inferior a Vallejo.

Si Jotabeche tiene artículos en que lo ridículo de las costumbres está expuesto con vivacidad e ingeniosa malicia, en cambio Pérez Rosales es más ameno y artista. El capítulo I de los *Recuerdos*. "De cómo el Santiago de 1814 al del 22 no alcanzó a ser ni la sombra del Santiago de 1860" es una revista y comparación de costumbres hecha con un tacto y distinción a que nunca alcanzó Jotabeche.

En cuanto a gracia y ligereza para relatar, no hay comparación entre uno y otro: sólo las tres páginas de Pérez Rosales en que cuenta el desafío del huaso Rodríguez, verdadero cuadro del más brillante colorido español, valen más que todos los relatos de Vallejo: *Un chasco, El Ultimo jefe español en Arauco, Francisco Montero*.

Pérez Rosales es también más original que Jotabeche. En la descripción de caracteres suele seguir la manera de Larra; pero con libertad. En las escenas de costumbres se deja

llover por su propia índole, y aun tiene formas nuevas, como la escena dramáticamente dialogada con que termina el capítulo XII de los *Recuerdos*.

Ahora bien, mientras el seudónimo de Jotabeche ha llegado hasta nosotros rodeado de la mayor popularidad, mientras casi todos nuestros literatos se han ocupado en Vallejo, dedicándole artículos unos, estudios detenidos otros, y otros folletos extensos, Pérez Rosales ha sido poco estudiado, poco conocido, y estimado más bien de oídas como un simple escritor entretenido. Más fama tenía, en su tiempo de conversador ameno y variado que de escritor.

¿Por qué hay tanta diferencia en la popularidad de uno y otro? Porque Pérez Rosales no llegó a tiempo, no tuvo buena suerte, no fué favorecido por las circunstancias.

Cuando aparecieron las publicaciones de Pérez Rosales, absorbían la atención del público, no las escuelas literarias como en tiempo de Vallejo, sino la guerra del Pacífico, la política, la reforma liberal. En las letras había una especie de renacimiento con señalada tendencia política, por parte de los liberales. La ilustración era mayor y más general, escribían muchos, el género de costumbres había pasado a segundo orden como algo frívolo y de simple pasatiempo. El gran género literario, el género importante, sabio, trascendental, era la historia tal como la cultivaban Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna. Todos preferían descubrir una real orden, un bando, una carta antigua, una acta perdida entre manuscritos polvorrientos, a escribir cosas que tuvieran por objeto la belleza, el recreo del espíritu o dilucidar una cuestión social.

Pérez Rosales mismo no se atreve a dar importancia al-

guna a lo que escribe. Habla de su libro como de un juguete; da excusas por publicar semejante cosa. Y, sin embargo, sus *Recuerdos* son uno de los poquísimos libros de que puede justamente enorgullecerse nuestra literatura. Nació calladamente y calladamente ha llegado hasta nosotros.

Pero el tiempo pondrá las cosas en su lugar. Abájanse los adarves y álzanse los muladares, dice el refrán. Y, por esto, hay que andar con tiento en aceptar sin examen las reputaciones literarias de época reciente. Es preciso analizarlas por diversos aspectos, y separar lo que hay en ellas de accidental y pasajero. Y antes de consagrirlas en forma definitiva, por medio de estatuas o monumentos, conviene esperar el dictamen del gran crítico, el tiempo, porque muy bien pudiera suceder que las estatuas y monumentos, en vez de glorificar a nadie, vinieran simplemente a servir de testimonio del mal gusto de una época.

En cuanto a la recopilación misma de los artículos de Vallejo, no ha sido hecha con buen criterio por el señor Edwards: ha publicado todo, o casi todo lo que ha encontrado de ese autor.

Domingo Arteaga Alemparte, en su discurso de incorporación en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile (1866), que versó sobre el elogio de José Joaquín Vallejo, hablando de la brevedad de la carrera literaria de este escritor y de su escasez de producciones durables, dice: "Estas dos circunstancias han disminuido considerablemente su herencia literaria, reduciéndola a un volumen de 300 páginas, y cuyas proporciones poco lograría aumentar un compilador escrupuloso".

El señor Edwards no ha sido compilador escrupuloso. Ha

aumentado el volumen con artículos, cartas y discursos parlamentarios insignificantes. Estas producciones ni corresponden a la reputación de Vallejo, ni manifiestan el espíritu de su época. Lo que manifiestan es que Vallejo, cuando no estaba dentro del género descriptivo o el de costumbres, era un autor bastante vulgar, cosa que no había necesidad alguna de exhibir al público.

Los artículos publicados en el periódico *La Guerra a la Tiranía* no valen nada. En cualquier periódico de guerrilla, como los llaman, hay artículos como esos y mucho mejores.

Sus breves discursos son de los que ordinariamente se pronuncian sobre objetos comunes de administración pública. Hay uno que, según lo dice el señor Edwards en su introducción, sólo es célebre porque en el exordio Vallejo lanzó algunas pullas acerca del talento de Lastarria, y éste lo interrumpió diciéndole: "Tiene razón Su Señoría; tengo talento y lo luzco". ¿Vale la pena publicar un discurso por tal motivo? Cuanto más que, en las obras de Lastarria y principalmente en sus *Recuerdos Literarios*, abundan ingenuidades de esta especie y mucho más curiosas.

Las cartas privadas de Vallejo, el diario sobre las elecciones del Huasco, las crónicas parlamentarias, la correspondencia diplomática, todo eso es mediocre y de escasa importancia.

La Biblioteca debe contener producciones seleccionadas, y así lo dispone el artículo V del decreto que la establece y que se publica en cada volumen.

Si las obras de un escritor no alcanzan para llenar un volumen del tamaño corriente, bien pueden agregarse las

de otro escritor de esa misma época que se encuentren en iguales condiciones.

Antes de terminar, permítaseme decir algunas palabras sobre un asunto que, en parte, es personal.

Una de las dificultades de la crítica que causan más desazones a los que se dedican a ella, es la natural propensión de los autores criticados a protestar de las censuras y a buscar algún desquite. Creen que lo que han escrito está muy bien escrito, y no sufren que alguién diga que no es así; aun les causa verdadera sorpresa que señalen en sus obras errores o defectos. No miran si la intención del crítico es buena o mala, no examinan las razones que da; sólo ven ataques infundados que, en vez de inducirlos a meditar, los enojan y provocan a replicar con acritud más o menos disimulada.

No hay duda de que muchos pseudo-críticos escriben con mala intención y con el objeto de herir al autor y vengar emulaciones o agravios; pero estos perniciosos escritores no deben ser confundidos con los que honradamente cultivan una rama del arte literario que, tal como es considerada en los tiempos modernos, contribuye en gran manera al progreso de las letras y a la cultura social.

Dígolo con motivo de una réplica en que cierto autor, cuya colaboración en la Biblioteca, había criticado yo como deficiente, me acusa de ser injusto y apasionado en los juicios, tanto políticos como literarios, y me hace algunos disparos con escopeta de salón. Protesta, como todos, y busca el desquite.

Las polémicas entre el que critica y el autor criticado, deben siempre evitarse, salvo casos muy excepcionales. Nada

resulta de ellas porque, en el fondo, versan sobre puntos de amor propio. Por tal motivo no he replicado ni repliqué en circunstancias análogas.

Sensible es lastimar, sin quererlo, a personas a quienes siempre querría uno complacer; pero debemos ser muy exigentes en lo que se refiere a la Biblioteca, porque estamos todos interesados en ella.

Esta publicación es una muestra permanente y la más auténtica de nuestra cultura: servirá de base a los extranjeros para juzgarnos. En ella encontrarán la manifestación de nuestra fuerza intelectual de nuestro modo de ser, de nuestras inclinaciones y carácter.

No solamente las obras seleccionadas manifestarán la cultura de Chile en las diversas épocas, sino que el estudio preliminar sobre cada autor y la forma en que se hace la selección muestran la cultura de la época en que se realizan estos trabajos.

¿Qué dirá el extranjero si ve que ahora recopilamos obras insignificantes y de ningún mérito? Dirá que ahora carecemos de gusto literario, puesto que damos importancia a obras que no la tienen.

¿Qué dirá si ve que un estudio de introducción está escrito a la ligera, buscando la variedad y el brillo, sin hacer ningún análisis? Dirá que aquí no sabemos lo que es esta clase de estudios.

Y no inculpará particularmente estos defectos al que hace el estudio y la recopilación. Si no que los achacará a nuestra escasa cultura literaria, para lo cual no le faltaría razones.

Según está expuesto en cada volumen, la Biblioteca es

una publicación oficial a cargo de una comisión permanente, presidida por el Ministro de Instrucción Pública y compuesta de individuos que deben ser prominentes en las letras, comenzando por el decano de la Facultad de Humanidades, el secretario general de la Universidad de Chile, el director de la Biblioteca Nacional. Claro está que, para el extranjero, lo que la Biblioteca publica ha sido juzgado y aprobado por personas que representan de manera auténtica el gusto y cultura literaria de Chile.

Natural es, por tanto, exigir a los que colaboran en la Biblioteca que pongan, en sus trabajos, suma aplicación y cuidado, de modo que no comprometan nuestro crédito literario.

1912

VICENTE PEREZ ROSALES

"RECUERDOS DEL PASADO"

(Volumen III de la Biblioteca de Escritores de Chile)

I

La amenidad, la gracia festiva, el arte de presentar las cosas por su aspecto más interesante y de elegir los pormenores apropiados, son cualidades que, en forma natural y espontánea, escasean no poco en nuestros escritores. Estos se inclinan, de suyo, a la minuciosidad grave, bien desmeñizada, con abundantes razones para explicar su importancia, y también con un fondo de presunción a menudo ingenua e inconsciente. Es lo que podemos observar tanto en el trato y en las relaciones sociales como en la producción literaria. Personas que conversen con ingeniosa naturalidad, que sepan variar oportunamente los asuntos, que no se pierdan en detalles, que hablen de su propia vida sin ponerse a sí mismos en primera línea, son aquí tan poco comunes como los escritores sinceramente amables y naturales.

Por esto causa sorpresa Vicente Pérez Rosales, con sus *Recuerdos del Pasado*, libro verdaderamente agradable y ameno. Nuestra literatura hasta aquí no ha producido nada igual.

El título pudo ser mejor: los recuerdos son siempre del pasado. Tal vez quiso el autor añadir a la palabra recuerdos un rasgo elegante y poético; pero el rasgo está demasiado incluido en esa palabra para que fuera oportuno expresarlo.

Esta obra se lee con suma facilidad, con interés tranquilo. Distrae sin ocasionar el menor esfuerzo de atención. Produce una sensación de bienestar, como la que experimentamos cuando oímos referir aventuras interesantes a una persona muy culta, discreta e ingeniosa. Pérez Rosales estaba dotado de dotes muy singulares para agradar en la conversación, y cautivaba a su auditorio con la facilidad y elegancia para expresarse y con la vivacidad de sus relatos. Ha conservado estos atractivos en lo que ha escrito y ha dado una prueba de buen gusto, tacto y distinción como nadie entre nosotros. Merecen investigarse las causas de este caso excepcional.

Las cualidades de que hablamos son propias del genio francés. Los buenos escritores de esta nacionalidad no tienen rival en el arte de presentar bien las cosas, de variarlas y entretejerlas, de decir únicamente lo que conviene o se debe decir, de ser oportunos, de no insistir más de lo preciso, de expresarse con claridad y sencillez, de animarlo todo con jovialidad y donaire. Pues bien, Pérez Rosales se asimiló esas cualidades, se connaturalizó con ellas, no en grado superior, por cierto, sino con relativa excelencia.

No es un afrancesado ni mucho menos; no es de aquellos escritores cuyos artículos, tejidos con hebras sacadas de revistas y periódicos parisienses, más parecen malas traducciones que obra original.

El afrancesado imita con afectación y exagera lo que resalta más: tiene el gusto llamado cursi, que es lo contrario del gusto francés.

Ni en la forma o modo del concepto, ni en las expresiones, ni en los giros, tiene nuestro autor nada de francés. Ha conservado la índole chilena y ha educado y perfeccionado su gusto en conformidad al mejor modelo. Para conseguirlo, contó con naturales aptitudes y fué favorecido por circunstancias especiales.

Nacido en 1807, tuvo la suerte de crecer en un hogar donde había tradiciones de cultura raras en una época en que la instrucción que se daba era muy reducida. Su abuelo paterno, español, dejó manuscrita una voluminosa historia de Chile. Su abuelo materno, extranjero también, leía mucho, y su madre le enseñó a leer y las primeras nociones de inglés. Su inclinación a las letras tuvo de este modo estímulo para desarrollarse.

Tenía también gustos artísticos pues, según lo manifiesta en su libro, sabía algo de dibujo y pintura.

De dieciocho años de edad fué a París. Estudió allí cinco años en un colegio regentado por españoles ilustres. En esa época, encontrándose en el medio más adecuado para el cultivo de sus dotes de escritor, adquirió el buen gusto hacia el cual se inclinaba naturalmente y sin esfuerzo. En cuanto al idioma francés, lo poseyó hasta dominarlo por completo. Refiriendo su permanencia en California en el

año 1850, dice que allá los chilenos eran entonces mal queridos y que él "pasaba por francés". Siendo agente de colonización en Hamburgo, publicó en francés su *Ensayo sobre Chile*.

Así comprendemos cómo Pérez Rosales ha podido sobresalir en cualidades literarias que, como indicaba al principio, poco se avienen con nuestro modo de ser.

En los *Recuerdos*, cuenta escenas interesantes de su vida, que fué muy llena de aventuras.

En la niñez experimentó las violencias del gobierno español de la reconquista. Su familia era perseguida con tenacidad. Su madre fué aprehendida en su casa por San Bruno en persona, y como el niño irreflexivamente y dando alaridos se lanzara sobre el terrible capitán de talaveras, éste de un revés lo tiró al suelo en las piedras del patio. Con mucha razón celebraron en la casa de Pérez Rosales, como en ninguna otra, la victoria de Chacabuco. Dieron en ella un fastuoso sarao a los vencedores y ahí conoció nuestro autor por primera vez a San Martín.

Poco después, la noticia del desastre de Cancha Rayada los hizo emigrar a Mendoza. Allá estuvo en un colegio y vió fusilar a don Luis y don Juan José Carrera, a quienes había conocido en Santiago porque eran muy amigos de su madre.

Vuelto a la patria, fué víctima de la cruel excentricidad del comandante de un buque inglés a quien recibían con muchas atenciones en su casa. El comandante, que había presenciado una reprensión hecha a Pérez Rosales por su madre, quiso probablemente dar una lección al muchacho. Se ofreció para llevarlo a Valparaíso y tenerlo unos días a

bordo. Le aceptaron el ofrecimiento, fuése con el niño al puerto y de allí a poco zarpó con su buque a Europa llevándose a Pérez Rosales, sin decir ni avisar nada, y lo dejó completamente abandonado y sin recursos en Río Janeiro.

Repatriado por unos amigos de su familia que allá se encontraban, quedó con índole aventurera. Con otros compañeros se embarcó en una nave, cuyo capitán se ofreció a llevar gratis a cierto números de jóvenes que quisieran ir a estudiar a Francia: era un medio de establecer relaciones entre esa nación y nuestra República. En París estuvo, como ya queda dicho, en un buen colegio dirigido por españoles de nota, como Silvela el jurisconsulto, Vallejo el matemático, el ex ministro de Portugal Ferreira, don Leandro Fernández de Moratín con quien tuvo cierta intimidad y a quien acompañó en sus últimos momentos.

Ya en esa época Pérez Rosales se ensayaba en las letras. Hablando de Moratín dice: "En tres ocasiones le llevé mis primeros ensayos literarios para que me diese su parecer sobre ellos, y otras tantas, después de habérmelos hecho leer, colocó silencioso el escrito dentro de un sobre, lo lacró y escribió sobre él estas palabras: "Te prohíbo que corrijas el borrador de este escrito. Dentro de seis meses volverás a leerle y tú mismo parecer entonces será lo que es ahora el mío".

El célebre clásico español mantenía inexorable el precepto de Horacio, *nonumque prematur, in annum, membranis intus positis*, guárdate la obra nueve años en carterra. Moratín redujo el plazo; pero agregó el lacre.

En París, Pérez Rosales acompañó varias veces a San Martín en sus paseos; vió a Morillo, el general español ad-

versario de Bolívar; a Dumas, que comenzaba entonces a darse a conocer y que sólo contaba con veinte pesos mensuales para vivir. Asistió a la primera representación de *Hernani*, célebre en los fastos literarios. Admiró con juvenil entusiasmo a la famosa Malibrán; presenció la revolución de julio de 1830 y, por salir a la calle a curiosear con don José Joaquín Pérez, se encontró de improviso entre el pueblo por un lado y los soldados por otro, a punto de irse a las manos. Felizmente confraternizaron los contendientes. "El susto que nos llevamos entonces, dice Pérez Rosales, no he tenido hasta ahora otro que pueda igualarlo".

Antes de embarcarse para Chile, en 1830, recorrió la región vinícola de Burdeos y adquirió algunos conocimientos prácticos en este ramo; pero estimaba que su viaje y el de sus compañeros se había malogrado, lo cual le sugiere algunas reflexiones.

"Mal camino, dice, seguirán siempre los padres de familia que, sin dar primero a sus hijos la instrucción elemental, les separan de su lado y de su patria para que vayan a estudiar en Europa, en perverso francés o mal inglés, aquello que pueden aprender en Chile en correcto castellano. Sólo debe pasar a Europa el joven ya formado que, habiendo adquirido en las aulas patrias cuanto en ellas puede aprenderse, desea perfeccionar sus conocimientos profesionales, o aquellos otros que caracterizan al hombre de mundo y que sólo pueden adquirirse en el roce ordinario que motivan los viajes entre todo linaje de gentes, en el prolífico estudio de las costumbres y en el inmediato contacto con los hijos de las naciones más cultas del Viejo Mundo.

"Volvimos, pues, los que allá fuimos con poco más del triste alfabeto por aprendizaje, sin siquiera poder decir cuando llegamos, que sabíamos tanto cuanto encontramos que sabían, sin salir de Chile, aquellos mismos que suspiraron por no podernos seguir. Pero, para ser justos, es preciso confesar que aquello de superfluidades, de *gabachismos* y de meter en todo *ex cathedra* la mano, nadie hasta ahora nos ha podido aventajar".

Sin embargo, para él, por lo menos, no fué tan perdido el viaje. Quizás poco o nada aprendió en punto a conocimientos científicos razonados y metódicos; pero, seguramente sin que él lo sospechara, educó su gusto y adquirió aquellos otros conocimientos que, según él dice, caracterizan al hombre de mundo.

A poco de haber vuelto a Chile, tuvo que buscar la manera de ganarse la vida porque su hogar experimentó serios reveses de fortuna. Fué sucesivamente agricultor, fabricante de licores, tendero, curandero, minero en la parte central del país, contrabandista de tabacos y ganados por la vía andina que recorrió muchas veces en distintas direcciones, pintor de decoraciones de teatro. En todo le fué mal o poco menos. Activo, constante y esforzado para el trabajo, no tenía la mirada certera del hombre de negocios. El mismo reconoce que tenía más corazón que cabeza.

Después partió a Copiapó a explotar minas en esas regiones que a tantos habían enriquecido; pero, como siempre, la suerte no le fué favorable. Llegaron entonces las noticias de fabulosos descubrimientos auríferos en California. Fué allá y pasó penurias sin cuento.

Vuelto a Chile sin recursos, vino a parar en funcionario

público. Consiguió que lo nombraran en 1850 agente de colonización en Valdivia y le tocó recibir a los primeros emigrantes alemanes. En esa colonia su recuerdo es conservado con gran veneración.

En 1855, fué enviado por el gobierno a Europa como Agente de Colonización y Cónsul de Chile en Hamburgo.

Los Recuerdos del Pasado terminan con la vuelta a la patria. En 1859 fué nombrado Intendente de Concepción y poco después se retiró a la vida privada. Más tarde, en 1876, lo eligieron senador por Llanquihue. Murió en 1886, de setenta y nueve años de edad.

II

Los varios incidentes de esa vida tan agitada están referidos con gracia ligera, con ingenuidad maliciosa y modestia encantadora. La modestia es cualidad relevante en Pérez Rosales y es una de las que lo caracterizan. Refiriendo su propia vida, tiene el mérito singularísimo de hacer a un lado su persona en la narración y de eclipsarse con la mayor delicadeza.

En los autores de este género, es común pecar por cierta exhibición de la propia personalidad. Andan como estorbando y tapan, sin quererlo, las cosas que están mostrando. Los hay verdaderamente modestos que querrían ocultarse; pero no hallan cómo hacerlo. No es cosa fácil relatar escenas que uno ha presenciado o en que ha tomado parte, sin llamar hacia sí la atención.

Parece que Pérez Rosales, en su modestia, tuviese miedo al lector, lo cual algunas veces perjudica el relato. Teme

alargarse, demorarse más de lo debido y ser pesado. Consecuencia de esto es el apresuramiento de la narración, la rapidez de las transiciones, la escasez de detalles en puntos interesantes. Hay escenas que están simplemente bosquejadas, con buenas pinceladas es cierto; pero sin los pormenores que sirven para completar el cuadro.

Esto no es raro en los escritores que reunen la modestia y el buen gusto. El escritor satisfecho de sí mismo está completamente cierto de que no dice cosa inútil, desenvuelve sus conceptos con traquiliidad y pausa, y aburre al lector.

No en toda la obra de Pérez Rosales se advierte desconfianza en sí propio. La parte en que refiere sus trabajos como funcionario en Valdivia está ampliamente desarrollada sin timidez alguna; pero es por causas especiales que veremos más adelante.

El principal atractivo de los *Recuerdos del Pasado* viene, a mi juicio, del concepto especial que Pérez Rosales se ha formado del mundo, de la sociedad, de los sucesos históricos. Es un concepto ingenuo, infantil, como el que se habría formado un niño vivo e inteligente.

La impresión que los sucesos ocasionan a un niño no pasa más allá de fijarlos en la imaginación acompañados de ciertos afectos, sin inducirlo a reflexionar. Y es lo que acontece a nuestro autor: describe con viveza los rasgos salientes de las escenas que ha presenciado; pero los sucesos no le sugieren ideas o consideraciones generales.

Sus reflexiones, bastante escasas, parecen agregadas en virtud de razones literarias, como ser para llenar blancos, para ligar un punto a otro, para poner un poco de lastre a cosas ligeras y no parecer superficial. Y son de esas re-

flexiones más o menos comunes que los niños se apropián fácilmente y que parecen decir mucho y nada dicen.

Así, por ejemplo, después de referir la admiración que despertó en Río Janeiro el primer vapor que surcó las aguas de esa bahía, espectáculo que presenció en 1821, cuando allá lo dejó abandonado el comandante inglés, dice lo siguiente:

"En el día, en vista de los milagros del vapor, de la fotografía y de la electricidad, cuando más es permitido suspender el juicio sobre el alcance del poder del hombre; pero negarlo nunca".

He aquí una de esas frases vacías, pero que son muy buenas para salir del paso, y que son usadas en brindis, en discursos o informes oficiales. Llenan un hueco y en nada comprometen. Antes del diluvio, pudo decirse eso mismo cuando celebraban los primeros inventos de Tubalcaín o de Tubal, y lo mismo, podrán decir los que admiren a los inventores del siglo cuarenta. Ese calor sincero que hay en la frase de Pérez Rosales es una muestra de infantil ingenuidad.

El niño no es impresionado sino superficialmente por las bellezas de la naturaleza. Así, a Pérez Rosales, la cordillera no le causa impresión estética; pero llaman su atención curiosidades que le interesan como minero y agricultor, o cosas extrañas, como esos trozos de hielo que llaman penitentes.

El niño no penetra los caracteres, sino que lo mueven las cualidades exteriores de las personas. Del mismo modo nuestro autor, que conoció a muchas personalidades importantes, no pasa de describir su aspecto físico y de contar al-

gunas anécdotas respecto a sus costumbres. San Bruno, San Martín, Dumas, Moratín, el matemático Vallejo, Abd-el Kader, don Juan Manuel Rosas y otros, pasan como si los viéramos desfilar por las calles.

Pero todo esto, aquí no choca, no es falso, porque corresponde a un concepto de la vida humana que, no por ser de orden inferior, deja de ser natural y verdadero. Pérez Rosales, lo repito, agrada como agrada un niño con sus descripciones llenas de sinceridad, frescura y ligereza, y, si el niño, por presumir de hombre, se entromete en cosas que no son de su edad, entonces si que choca y desagrada.

Se comprende, por tanto, que nuestro autor sobresalga en la descripción de esos individuos del pueblo, aventureros y audaces, cuyas hazañas son propias para herir profundamente las imaginaciones infantiles.

Uno de los capítulos más interesantes de los *Recuerdos*, es el que refiere las aventuras del huaso Rodríguez. Sobre todo la escena en que éste provoca y mata, en singular desafío a machete, a su adversario, es de todo punto excelente por la vivacidad y vigor con que está descrita.

Las observaciones anteriores sobre el espíritu de Pérez Rosales son generales y no se aplican a todas las partes de su obra. Aquí y allí tiene intercalados cuadros de costumbres y tipos del pueblo y de la sociedad, que ya no son tan espontáneos sino que manifiestan estudio y observación atenta. Indudablemente son debidos a la moda que, a mediados del siglo pasado invadió a la literatura española y americana, originada por los artículos de costumbres, satíricos y jocosos de *Fígaro*. No había escritor que no tratara de imitarlo ensayándose en ese género. Pérez Rosales imitó co-

mo los demás y con buen resultado porque tenía muy buenas dotes de observador.

III

Los capítulos que dedica a sus trabajos como Agente de Colonización en Valdivia, son también de otra especie. Hay diferencia notable entre ellos y el resto del libro, comenzando por el estilo.

En esos capítulos la expresión es corriente, la frase llena y armoniosa. En lo demás del libro hay vacilaciones en el estilo: tan pronto es fácil, tan pronto laborioso, ya es elegante y distinguido, ya un poco afectado inclinándose a los giros cervantescos sin ser muy correcto.

En el relato sobre la colonización de Valdivia la ilación de las cosas está bien hecha; en lo demás con frecuencia la ilación se corta y hay saltos repentinos de un asunto a otro.

La causa de esta diferencia está en que Pérez Rosales había publicado en periódicos separadamente y en diversas épocas, algunas de sus aventuras, sin pensar en una narración de su vida, hasta que la hizo a instancia de sus amigos, para lo cual aprovechó las publicaciones ya hechas. Tres ediciones hizo de su obra, siempre aumentándola y completándola. No alcanzó a imprimir la última que fué publicada un mes después de su muerte.

Los *Recuerdos del Pasado* no han sido, pues, un libro concebido y escrito en su conjunto en cierta época, y por eso notamos en él variedades de estilo y alguna falta de ilación. Pero esto no constituye defecto notable, en este caso, porque vemos la sinceridad del autor, el propósito de no

cambiar la impresión original que en él habían despertado los sucesos. Ha tenido ese buen gusto.

La parte que publica la Biblioteca de Escritores de Chile y que refiere la colonización de Valdivia y sus propios trabajos como Agente de Colonización, escrita en edad madura y con un objeto práctico, está tratada con uniformidad y amplitud. En algunos puntos tiene apariencias de folleto escrito por un empleado público en defensa propia; aun se propasa a exaltaciones inesperadas en escritor tan decoroso y circunspecto. Fué atacado, efectivamente, por individuos que, por razones económicas de orden público o privado, temían la inmigración, y lo atacaron también los católicos, porque la colonización se iba a ensayar por primera vez y despertó en ellos alarmas muy justificadas el hecho de que el gobierno trajera inmigrantes de una religión distinta de la que profesaban todos los habitantes de la República. Pérez Rosales, sin dejar de ser ameno, se defiende con moderación y dignidad, salvos dos o tres arrebatos que no pudo contener, y discurre con mucha sensatez acerca de la colonización, sin que falten los correspondientes datos estadísticos del funcionario estudiioso y lleno de celo en el cumplimiento de sus obligaciones.

Al funcionario se deben también algunas intercalaciones en el resto del libro, de datos estadísticos y geográficos, puestos ahí, sin duda, para que todo no fuera entretenimiento sino que hubiera también algo de provecho. Ahora esos datos están anticuados y sólo sirven para suspender el relato y aguijonear el deseo de proseguirlo.

La verdad es que, a pesar de los buenos deseos de Pérez

Rosales, su libro nada enseña y no fué concebido para enseñar. Seguramente ha de ser mirado como poca cosa, como juguete, por los jóvenes de la época actual que exageran la moda de lo hondo y de lo trascendental. Pero esa obra ha sido escrita para entretenér y lo consigue plenamente. Una obra es artísticamente buena cuando consigue el objeto que el autor se propuso, cuando la cosa resulta bien hecha. Ahora bien, vale mucho más un juguete que divertente y que cumple con su objeto que una máquina sabia y complicada destinada a prolijos trabajos; pero que, por defectos de construcción u otra causa, funciona mal y ha sido arrumbada en un desván. Cosa parecida acontece con las producciones literarias a la moda, que presumen de trascendentales y no trascienden nada sino con la intención, y por ahí quedan, al mes de publicadas, satisfaciendo únicamente a sus autores.

La nueva edición de los *Recuerdos del Pasado*, que publica la Biblioteca de Escritores de Chile presta a las letras un verdadero servicio, porque contribuye a popularizar una obra sana, amable, culta y animada por el verdadero espíritu chileno.

No sería justo terminar sin decir dos palabras acerca del *Ensayo sobre Chile*, mencionado anteriormente. Es una obra de simple propaganda y que ya está en gran parte anticuada; pero puede ser presentada como modelo en su especie.

Los asuntos tan variados que tratan las obras de esta clase, están expuestos con orden, claridad y método excelentes. Domina el buen gusto francés, que también sobresale en estas cosas. Sabe nuestro autor amenizar materias tan

áridas como la geografía, la forma de gobierno, el clima, la estadística, los productos de toda clase; y también la fauna y la flora consideradas con respecto a su utilidad.

El estilo del *Ensayo*, que es muy bueno, ofrece algo curioso. La portada de la versión castellana dice así: "Ensayo sobre Chile, escrito en francés y publicado en Hamburgo por V. Pérez Rosales, y traducido al español para el uso de las bibliotecas populares por Manuel Miquel, 1859".

Ahora bien, puede ser que me equivoque; pero parece indudable que la pluma que ha escrito la traducción es la misma que ha escrito los capítulos de los *Recuerdos* que refieren la colonización de Valdivia. En aquella y en éstos el estilo, la frase, las expresiones y giros son exactamente iguales. No hay la menor diferencia.

El estilo corre con la mayor naturalidad, y no presenta giros laboriosos, frases forzadas, ni vacilaciones alrededor de la expresión correspondiente del otro idioma como pasa en las traducciones.

¿Cómo avenir esto con lo que dice la portada del libro? No sabría explicarlo sino suponiendo que Pérez Rosales, hubiera revisado la traducción transformándola por completo. En fin, no es esto cosa de importancia sino de simple curiosidad. Basta insinuarla, sin insistir en ella.

1911

ALBERTO BLEST GANA

I

En las poesías, dramas y novelas de nuestra literatura, no sobresalen todavía obras que, aun cuando no alcancen a alturas superiores, tengan, por lo menos, el sello de la impresión estética ocasionada por la observación directa y personal. Hay algunas excepciones, pero son casos aislados que no bastan a dar índole especial a nuestra literatura.

En general, domina una inspiración reflejada, ajena, que es tomada como propia. Cultivan esos géneros literarios, casi exclusivamente jóvenes entusiastas y ansiosos de nombradía.

Se apasionan de algún autor extranjero brillante y extraño, que ha conseguido ser popular por estas cualidades; imaginan que su índole artística es como la de ese autor; se sienten poseídos por las impresiones que él ha experimentado y buscan, en la naturaleza o en las personas que los rodean, objetos para manifestar esas mismas impresiones.

Pero la obra de arte no es producida de este modo. El verdadero ingenio es fecundado por la realidad. La realidad, en la producción de la obra de arte, es como una fuerza, como un agente que se lanza a herir al ingenio artístico. Del choque resulta la inspiración, el pensamiento luminoso, la percepción intuitiva de la belleza y de los medios de manifestarla.

Los jóvenes escritores a que me refiero no están poseídos por afectos que les sean propios, no han sido heridos por la realidad y la violentan para dar a conocer, por medio de ella, impresiones que ella no les ha sugerido. No son sinceros y naturales, aunque crean serlo, sino fingidos y exagerados, porque lo que dicen no es lo que sienten sino una modificación de lo que otro ha sentido. No son precisos y exactos en la expresión, sino vagos, ampulosos y procuran deslumbrar, porque no obran por observación propia y no saben con exactitud lo que deben expresar. No son ni pueden ser originales porque están copiando a un modelo.

Es común, por ejemplo, encontrar en nuestras poesías o narraciones novelescas, insignificantes escenas o descripciones de la naturaleza envueltas en afectos cuya vehemencia no corresponde a lo mezquino del objeto que las ocasiona. ¿De qué proviene esta desproporción? De que el autor no es sincero, de que no es cierto que aquella escena o aquel espectáculo de la naturaleza le haya ocasionado esa impresión: la tenía de antemano, y no por haber nacido en él sino, porque se la había transmitido el autor bajo cuyo influjo se encontraba.

No ha hecho más que aplicarla a otro objeto. De este

modo, tienen que resultar exagerados los afectos con relación a lo que se describe.

De tales tendencias literarias se aparta notablemente don Alberto Blest Gana, novelista de verdadera originalidad en sus concepciones, de imaginativa clara y fértil, y que se ha inspirado en la realidad directamente y con vigor, sin ceder, salvo en puntos accidentales, al influjo de autores extranjeros.

Es de admirar esto último si atendemos a las circunstancias de su vida. Nació en Santiago en 1831. Tenía cuarenta años y ya había sido Intendente y Diputado, cuando el Gobierno lo envió a Washington como Ministro Plenipotenciario. En 1873 pasó, con igual carácter, a Londres y, más tarde, a la Legación de Chile en París. Jubiló después de haber prestado importantes servicios a la República, especialmente en la guerra del Pacífico. Ha pasado, pues, treinta y cinco años en Europa, sin haber vuelto a su patria. En tales condiciones, un escritor muy difícilmente habría podido substraerse al influjo de los escritores europeos. Que el señor Blest Gana lo haya conseguido, es prueba de la fuerza y originalidad de su ingenio. Y no lo ha debilitado la edad: cuando publicó *Los Trasplantados*, contaba más de setenta años.

Posee, en alto grado, una de las principales facultades del novelista: la imaginación. Para inventar el asunto de sus novelas, es de rara fecundidad, tanto más notable cuanto que la acción de casi todas ellas pasa cuarenta o cincuenta años atrás, cuando la sociedad chilena era de vida muy uniforme.

Ahora ha variado mucho con la imitación de los usos y

costumbres europeas, y, sin embargo, nuestros aspirantes a novelistas producen poco, y ese poco es casi siempre exótico o tiene las apariencias de tal, y dan como razón que el modo de ser de nuestra sociedad es tan monótono, que no hay materia para la trama de una novela. Blest Gana prueba que no es exacto lo que afirman.

Apoyándose siempre en la realidad, desenvuelve la acción de una manera amplia y natural. Anuda y desata intrigas, muy complicadas a veces, con grande exactitud en los pormenores, sin esas aceleraciones del relato a que recurren los autores para pasar por alto puntos que no han imaginado con suficiente claridad.

Parece que todo lo hubiera visto y lo recordara con entera lucidez. Nos transporta a épocas algo remotas, casi un siglo atrás, como en *Durante la Reconquista*, sin esfuerzo alguno, como si hubiese vivido en esa sociedad y describiese lo que había presenciado.

Pero las novelas de Blest Gana no dejan la impresión que ocasiona una obra de arte completa y acabada. El comienzo es lento e inseguro. No hay unidad en la acción. Los incidentes toman demasiada importancia, y el autor se extiende en ellos, olvidando a menudo el asunto principal.

Termina la novela de golpe, de una manera algo forzada e imprevista. No da, a lo que parece, importancia al arte de la composición, que hace que todos los elementos o partes de la obra tiendan directamente al objeto principal, para presentarlo con fuerza y relieve, y dar a la obra unidad y armonía.

La falta de unidad en la acción es defecto grave en aque-

llas novelas cuyo interés se funda principalmente en los sucesos, como son las de nuestro autor.

Si hay varias intrigas independientes entre sí, el interés que despiertan se reparte y es menos intenso, y la curiosidad del lector se ve contrariada por las interrupciones al pasar de una acción a otra, lo cual daña a la impresión que debe resultar del conjunto de la obra.

En las novelas que penetran hondamente en el corazón humano, la falta de unidad no es tan censurable, porque las observaciones que se encuentran a cada paso sobre la realidad de la vida atraen hacia ella la atención, constituyen un punto de primordial interés y dan cierta unidad a la novela.

En *Ana Karenine* de Tolstoi, hay dos acciones bien distintas; pero puede decirse que se reúnen en cuanto contribuyen poderosamente a la manifestación de la vida real.

Durante la Reconquista, novela muy extensa, tiene tres acciones diversas. Forman una los esfuerzos de los patriotas para preparar el campo al Ejército Libertador, que se organizaba en Mendoza.

Los protagonistas son Manuel Rodríguez y el Capitán San Bruno.

Componen otra los amores del joven patriota Abel Malsira con una prima suya y con una apetecible viudita española; y la otra, los amores contrariados de Trinidad Malsira con el coronel español Laramonte.

Estas tres acciones, si bien están hábilmente enlazadas entre sí, podrían sin dificultad ser separadas unas de otras y componer una novela cada una, porque tienen mucho desenvolvimiento y están llenas de incidentes. No abarca-

mos el conjunto de la obra. El lector se desorienta: no ve concentrado en un individuo o en un grupo el objeto principal del relato. Pero hay en ella notable fecundidad y fuerza de imaginación; mucha riqueza, claridad y exactitud en los pormenores; los caracteres están pintados con viveza, y los de personajes chilenos tienen bien señaladas las cualidades que nos son propias. Se asemeja a un vasto panorama de nuestra tierra lleno de animación y bañado de luz, que abunda en puntos hermosos y en dilatadas perspectivas. Es de las novelas que completan la historia. No alcanza ésta a exponer con tanta verdad, como lo hace *Durante la Reconquista*, el estado social de Chile en esa época.

Como los novelistas superiores, en partes culminantes, se remontan a las alturas del genio, así nuestro autor en esta obra suele llegar a la altura de los novelistas superiores.

El fracaso de una conspiración de los patriotas en la Cárcel de Santiago, insidiosamente urdida por el capitán San Bruno para aterrarlos con el castigo; la lucha en una carbonera, a la luz de un candil, entre el malvado Juan y su ama de leche que defendía una gruesa suma de dinero enterrada en casa de sus amos para los patriotas, lucha paventosa que termina con el asesinato de la pobre vieja; las circunstancias que provocaron la enfermedad de Trinidad Malsira y su muerte, son páginas de extraordinaria realidad que no pueden leerse sin honda emoción.

Durante la Reconquista es la mejor de nuestras novelas, y no creo que haya en la literatura chilena, una obra poética, histórica u oratoria que la iguale en inspiración y en dominio del asunto.

Fué publicada en París, después de algún tiempo que

allá residía Blest Gana, y causa extrañeza que descuidara la composición, en la cual son tan eximios los franceses. Se dice que tenía escrita la novela en gran parte cuando salió de Chile; pero nada le estorbaba corregirla. Sin duda no ha querido deliberadamente prestar atención a ese punto, porque *Los Trasplantados*, concebida y escrita en Francia, adolece del mismo defecto, bien que en menor grado, porque la acción es sencilla; pero a menudo desenvuelve los incidentes hasta perder de vista el asunto principal. Aun se entretiene en cosas insignificantes: dedica páginas enteras a contar con prolijidad las insípidas travesuras de dos niños regalones.

Pinta en ella a una familia de sudamericanos residente en París, devorada por la ambición de figurar entre la nobleza, y llega hasta obligar a una de las hijas de la casa, Mercedes Canalejas, a casarse con un príncipe arruinado a quien detestaba. Amaba ella a un joven estudiante, compatriota suyo, de quien era correspondida. Excesivamente sumisa, obedece a su familia; pero se suicida en la misma noche del matrimonio. Tan extraña resolución de Mercedes no proviene de su educación ni de teorías insensatas: es un medio de terminar la novela. Blest Gana, cuando necesita desembarazarse de los personajes, da en lo trágico y acude a la violencia: unos mueren fusilados o de resultas de enfermedades repentina y mortales, otros se vuelven locos, otros se suicidan.

Los Trasplantados, contiene numerosas escenas que parecen tomadas del natural, que están percibidas con vivacidad y referidas con ingenio. En el fondo asoma un espíritu burlón y a veces sarcástico que da a esas escenas un

carácter satírico. En varios pasajes se nota el influjo de la escuela naturalista. Nuestro autor ha tratado de arreglar su obra a la moda; pero sin modificar el concepto que tiene de la novela como género literario. Para él, la novela es una narración de escenas de la vida humana, animada con la descripción de costumbres y la pintura de caracteres y pasiones. No va más allá: observa simplemente la realidad; con su clara y lúcida imaginación, combina, ordena y completa lo que ha observado, y lo presenta de modo que interese y agrade al lector. Es sincero, nada tiene de afectado y presuntuoso. No es ésta, por cierto, la tendencia moderna; pero el concepto que Blest Gana tiene de la novela, es el mismo que han tenido ingenios cuyas obras han sido y son delicia de la humanidad.

II

Las demás novelas de nuestro autor son de campo más reducido. Las ocupan, en buena parte, cuadros de costumbres. La trama, si bien claramente imaginada, es algo floja, los afectos son superficiales y las pasiones, más verbosas que vehementes. Falta perspectiva moral y material. Algunas, sin embargo, merecen notarse, y, en primer lugar, *Martín Rivas*, que pinta bastante bien el amor gradual de una aristocrática y orgullosa joven, hacia un pobre y caballeroso estudiante provincial que alojaba en casa de ella. Esta novela también se duplica con los amores de un amigo de Martín, que son interesantes y pasan a menudo al primer término.

El ideal de un Calavera, sugiere por el título, la idea de

una pasión grande y extraña, cuyo origen y desenvolvimiento dejarían ver profundidades del alma. Tal fué, sin duda el propósito del autor; pero no ha conseguido realizarlo. El amor de Abelardo, el calavera, hacia la mujer que para él encarna el ideal de amor, es ficticio. Lo que más interesa es la parte en que Abelardo, mientras procuraba vanamente conquistar a la mujer ideal, seduce a una joven de la clase media, lo cual da ocasión para describir costumbres de esa clase social, en lo que sobresale nuestro novelista.

La Aritmética en el Amor, novela doble como otras, tiene algunas partes dramáticas que describen el desengaño de un marido burlado.

Por estas novelas y por otras que les son inferiores, no se puede medir el ingenio de Blest Gana, sino por las que lo dan a conocer en toda su amplitud, como *Durante la Reconquista* y *Los Trasplantados*. En todas, sin embargo, es de alabar la facilidad y la naturalidad de la invención, como también las partes accesorias, esto es, las descripciones y la pintura de las costumbres. Para lo último, sobre todo, tiene nuestro novelista muy singulares aptitudes. Faltan, es cierto, esos toques a un tiempo ligeros y profundos, que descubren en los usos e inclinaciones por peculiares que sean, una manifestación de la naturaleza humana y que les dan cierto carácter universal que por nacionales y extranjeros puede ser comprendido. Pero esto no quita que Blest Gana sea un observador agudo, de buen humor y con cierta gracia cómica que verdaderamente regocija.

Sus descripciones de lugares y edificios son claras y completas, mérito no común. Da cierta poesía melancólica, como de recuerdos de la infancia, a los destortalados casero-

nes de nuestros abuelos y a sus huertos espaciosos y descuidados, con frondosas higueras en los rincones, emparrado al medio, y árboles frutales con alguna rama desgajada que se levantaban entre los retoños, el pasto y la cicuta.

En sus novelas no abunda el paisaje; pero hay algunos bastante bellos como el siguiente de *Durante la Reconquista*:

"Pero esa habitación sin arte, ese edificio pesado, con sus puertas macizas y sus ventanas sin vidrieras, con su techo aplastado, su alero bajo y sus toscos pilares sobre basas de piedra mal canteada, tenía, sin embargo, el suave encanto de la poesía ambiente, que se desprende, como una emanación armoniosa, de los paisajes de Chile. El llano parecía enviar a las casas, desde sus grandes potreros cubiertos de espinales la paz de las cosas que ignoran la marcha devastadora del tiempo. En una quebrada vecina, un bosque de canelos, que daban su nombre al fundo, alzaba sus ramas elegantes, con sus plateadas hojas de magnolia. Frondosas pataguas al lado de ellos levantaban sus verdes copas, donde venían a buscar sombra y misterio las tórtolas y las torcas. En la vega, a la derecha, el agua brillaba entre las finas espigas de la totora, devolviendo sus reflejos al sol, con diáfana y cambiante luz, como las alegrías de la niñez. Allá distante, un cordón de cerros dibujaba en la atmósfera rosada, la sinuosa línea de sus crestas caprichosas, y acentuaba con majestad, el tinte sombrío de sus faldas erizadas de espinos y de trébol. Todo bañado en la luz apacible de un cielo sin nubes, como dormitando en la inocencia campestre, con vibraciones quedas, con ecos familiares que, sin turbar el silencio, reunen en un concierto sencillo el vuelo de las aves que pasan, el mugido perezoso

de las vacas, el lamento lejano de sus terneros, que sueñan con el aprisco, y el porfiado y estridente grito de los queltegües, siempre alarmados y medrosos".

Esta es una descripción verdaderamente bella, real y poética. Nuestros jóvenes escritores no describen de esa manera: más buscan la belleza pictórica que la belleza poética. Está de moda dar golpe juntando colores de toda especie, intensos, suaves, crudos, mezclados, brillantes, opacos, con nombres comunes, técnicos o inventados para indicar el matiz. Es moda de mal gusto y presuntuosa que, valiéndose del lenguaje, intenta rivalizar con la pintura en el empleo del colorido, medio de expresión que es propio de este arte.

Blest Gana posee en alto grado la facultad de inventar; pero no sobresale en el conocimiento de la naturaleza humana. Sólo penetra las impresiones y movimientos del alma que preceden inmediatamente a los actos, y, cuando intenta profundizar y analizar, cae en esa fraseología vaga y sutil de los pensamientos que se escriben para el álbum de una señorita. Percibe bien lo que individualiza a los hombres y los distingue entre sí; pero no aquello más interior que los reune y confunde en una misma especie. Por esto sus personajes no despiertan simpatía: interesan, no tanto por sí mismos, como por el papel que desempeñan en los lances y sucesos, o por singularidades de carácter que entretienen.

Suele presentar pasiones bien estudiadas, como la de Trinidad Malsira hacia el coronel Laramonte y la de Luisa Bustos hacia Abel Malsira; pero el lector no se explica por qué Trinidad, educada en el mayor respeto y sumisión a sus padres, ama con tanta violencia y pasa por encima de

todo, ni porque Luisa reconcentra su pasión sin que tropiece con grandes obstáculos para declararla. No vemos la relación de cualquiera de esas pasiones con la naturaleza del alma de la cual se han apoderado. Así como amaron de esa manera pudieron amar de cualquiera otra.

Tomando los personajes de Blest Gana como personificaciones de afectos, inclinaciones o pasiones ya formadas, puede decirse que están bien dibujados todos los de alguna importancia que figuran en sus dos novelas principales y la mayor parte de las mujeres de sus demás novelas. Ha observado el carácter de la mujer con más perspicacia que el del hombre, y lo presenta con naturalidad y delicadeza.

En cuanto al estilo, descuida el lenguaje y no es castizo ni correcto. Tiende a la expresión vulgar y cae a veces en la familiaridad casera. Su frase corriente y de giro algo elegante, abunda en palabras ociosas, en términos que se acercan a la idea y que necesitan agruparse para decir algo. Falta carácter al estilo, y sin embargo, hay fuerza y originalidad de intención, hay amable sencillez en la percepción de las cosas; pero esto no trasciende al estilo por falta de conocimiento del lenguaje, de estudio y de buen gusto para escoger la expresión conveniente. *Durante la Reconquista* es la que menos adolece de estos defectos. *Los Trasplantados* está llena de galicismos intolerables, y tanto que más agradaría traducida al francés. Es raro encontrar escritores de alguna inspiración que, como Blest Gana, consideren elemento secundario el lenguaje, esto es, el medio de expresión, y que desconozcan su importancia y los recursos que ofrece para realzar el pensamiento y revestirlo con la belleza propia de la forma.

Otro defecto, pero de muy diverso orden, tiene nuestro autor: se burla de los sacerdotes.

En *La Aritmética en el Amor*, refiriéndose a un joven, dice, sin venir al caso, que "mentía como un jesuíta". Para conseguir el aplauso de los incrédulos y enemigos de la religión, emplea el recurso bastante usado de injuriar desdenosamente a una orden admirable por su organización, por su celo para defender a la Iglesia, para propagar la verdadera ciencia en las naciones civilizadas y la verdadera civilización en los pueblos incultos o salvajes.

Prueba de cordura habría dado Blest Gana si, en vez de injuriar a los jesuítas, les hubiera llevado los manuscritos de sus novelas para que los corrigiesen. Necesita lecciones de arte literario y ellos se las habrían dado con muy buena voluntad, porque decir jesuíta es como decir virtud y ciencia. El padre profesor de literatura le habría aconsejado, entre otras cosas, sin sonreírse, que limpiara sus novelas de algunos pensamientos bastante cursis, como esta preciosidad de *El ideal de un Calavera*, tan repulida que casi no se entiende: "En amor, la ausencia es una letra de cambio girada a un plazo que sólo expira con la vida del portador del crédito: las bellas especuladoras ponen sus capitales en giro mientras llega la época del vencimiento".

A los religiosos de otras órdenes los coge por el lado de la comida. En *La Aritmética* figura un fraile, personaje que está de más, el cual no hace otra cosa sino comer cazuela y valdiviano y tomar mate en casa de sus confesadas, y formar intriguillas para llegar a prior. En *Durante la Reconquista*, describiendo la fila de religiosos que iban en una procesión, advierte que los había flacos y gordos, y dice de

estos últimos: "Otros, rechonchos y mosfletudos, de cerquillo espeso y nuca rojiza, como pescuezo de pavo armado, cantaban maquinalmente sin sombra de unción, como pensando en la cazuela y el chancho arrollado del almuerzo". Cuando publicó esto Blest Gana, hacía ya muchos años que era diplomático y que residía en París, dos razones para que hubiese adquirido *esprit* y supiese zaherir con ingenio y cultura. A juzgar por la muestra, nada había aprovechado en este punto. Pero lo que más llama la atención, es ver a nuestro novelista tan relamido y superfino con las bellas especuladoras que comercian con sus capitales, y tan falso de respeto y aun grosero con hombres que dedican la vida a su propia perfección moral y al provecho espiritual del prójimo.

Algo compensa este defecto con una excelente cualidad: no traspasa los límites de la decencia, no es en modo alguno voluptuoso y rara vez tiene, en esta materia, pinceladas de color subido. No utiliza el arte, el documento humano, el estudio social o psicológico, en excitar malas pasiones y ofrecer abundante pasto a las imaginaciones licenciosas, lo cual es recurso probado para atraer lectores, ganar dinero y ser objeto de la más profunda admiración de los necios.

Volviendo a la parte literaria, tiene Blest Gana graves defectos de composición y de estilo, penetra poco el corazón humano, su gusto no es muy depurado y pudo, con más disciplina artística, haber producido obras más bellas que las que ha escrito; pero así y todo es de viva y fecunda imaginación, risueño descriptor de costumbres, original, sincero y de agradable naturalidad. Para el chileno tienen particu-

lar atractivo: en sus obras soplan brisas del suelo natal y las sociedades que pinta, aun cuando pertenecen a generaciones ya pasadas, nos interesan porque, en el modo de ser y en las sencillas costumbres de nuestros mayores, descubre rasgos que constituyen el fondo del carácter nacional.

1908

ADOLFO VALDERRAMA

I

Valderrama es un escritor de vulgaridad escogida, culto, de forma aceptable y correcta. De las ideas que circulaban en su tiempo, ha elegido algunas de distinto orden y de cierta trascendencia, literarias, sociales, morales, políticas, patrióticas; pero las mantiene en bosquejo, sin darles un desarrollo nuevo ni imprimirles carácter. Lo que hace es extenderlas por medio de recursos literarios, de amplificaciones, de frases, de movimientos en torno de la idea, de argumentos afectivos.

Es artista y literato a medias. Tiene afectos nobles, impulsos hacia lo grande, lo bello, que lo guían como luz lejana y vacilante porque carecen de vigor y determinación suficientes. La obra en que más bien podía manifestarlos era la novela íntima, confidencial, de forma epistolar, en la cual puede descubrir el autor el fondo de su alma y discurrir de todo sin ahondar demasiado.

En esta forma escribió su novela *Maria*, la obra que más lo caracteriza. Es de acción sencillísima. Félix, el protagono-

nista, joven decepcionado, de carácter melancólico, buscando salud y descanso, va a La Serena, lugar donde había nacido y que no visitaba hacía muchos años.

Ahí se anamoró de una hermosa viuda que le correspondió fácilmente. Pero no duró mucho la felicidad del joven, porque supo que su amada tenía fama de coqueta y tal vez de algo más que eso, con lo cual entró en dudas e inquietudes que le desarrollaron una enfermedad que lo aquejaba: se declaró una tisis rápida y murió.

En el fondo de esta novela hay una imitación descolorida de *Werther* y aun de *René*, esas dos novelas famosas que expresaron con tanta profundidad y energía el malestar moral de la sociedad europea de fines del siglo XVIII. En la concepción de *Maria* han influído ellas indudablemente, neutralizadas por el carácter chileno tranquilo y positivo. No faltan los lugares comunes del romanticismo: disgusto de la sociedad, visitas al cementerio, interrogaciones a la naturaleza, enojo contra la hipocresía social, amor apasionado y loco en un temperamento enfermizo, amor a un bien moral vago sin base determinada, y nadie habla de matrimonio aun cuando no haya obstáculo alguno para contraerlo.

Pero Valderrama mira más allá de lo que alcanzan sus fuerzas y el lector siente que el tiro queda corto. La expresión es débil, el pensamiento carece de profundidad, las observaciones sobre la vida, el bien y la belleza, son blandas y vagas. Los gritos de la pasión, bien que fuertes y verbosos, no llegan al alma. Falta la visión exacta que penetra inesperadamente el corazón humano y lo hace apare-

cer en un instante a nuestra vista hasta en sus menores detalles.

La ejecución es deficiente, de mano poco experta. El punto culminante de la novela está a un paso de lo ridículo: no llega a ello, pero el lector alcanza a divisarlo.

María, para rendirse al amor de Félix, elige secretamente las circunstancias más románticas. Invita al joven a un paseo por la playa en la tarde y, una vez ahí, insiste en que se embarquen los dos solos en la balsa de unos pobres pescadores. ¡Se alejan de la playa conversando amorosamente y, cuando ya están algo distantes, María tira los remos al mar, y así, flotando a merced de las olas, celebran su himeneo. Mientras tanto ha anochecido y el mar está agitado. Pasado el primer momento de embriaguez, Félix tiene miedo. Cualquiera lo habría tenido hasta helarse, desde el momento en que arrojó María los remos. Y habrían percidido los amantes, si no es por unos pescadores que el autor tenía reservados para que prestaran oportuno auxilio.

Lo que hace más extravagante esta escena, es que ha sido provocada por María, cuyo carácter, bosquejado muy a medias, no permite suponer en ella explosiones tan formidables. La novela debió llamarse "Félix", porque María figura muy en segundo término, simplemente como el objeto del amor del joven.

María hará sonreír a nuestros realistas; pero bueno es que tengan presente que a lo más puede parecer monótona y falta de interés, mientras que las novelas de nuestros pequeños realistas a lo Goncourt o a lo Zola, parecen desde ahora una colección de obscenidades y groserías llenas de afectación, por aparentar originalidad y vigor de expresión

y de concepto. Más tarde esos libros serán mirados como simples indecencias escritas por pedantes, o, más cierto, no serán mirados de modo alguno porque no pasarán de una edad a otra.

Mucho falta a *María*; pero algo tiene y es la bondad natural del autor que se transparenta a través del asunto de la novela, y acabamos por simpatizar con ese corazón bueno, leal y generoso.

Estos afectos se manifiestan con más ingenuidad y llaneza en cuatro narraciones cortas que hay en el mismo volumen. Creo que en las mejores de estas obritas, Valderrama ha experimentado el influjo del amable e ingenioso escritor ginebrino Rodolfo Topffer. Esto, por lo menos, es indudable en *El Miedo*. Topffer es autor de un corto relato con el mismo título, que ha sido muy imitado en todas partes. Valderrama tiene buen gusto para seguir a su modelo, conservando cierta originalidad y carácter propio.

II

De los discursos reunidos en el volumen, el mejor es el que pronunció Valderrama en el acto de su incorporación en la Facultad de Humanidades, que trata de la necesidad de estudiar la lengua castellana. Es un discurso académico, de miras pocas amplias y de erudición más ostentosa que sólida; pero sensato y práctico. En ese tiempo era general el empeño de mantener la pureza del lenguaje y escribir correctamente. Valderrama es de corrección pasadera y de frase fácil y cadenciosa; pero tiende a la declamación.

De este defecto adolecen notoriamente los demás discurs

sos, salvo los que elogian a los doctores Zazie y Petit, que son más moderados y contienen datos históricos de estos dos médicos franceses que fueron de los primeros que dieron impulso y buen rumbo a la medicina en Chile. La opinión de Valderrama es autorizada en esta materia. Ejercía con éxito la profesión de médico, fué profesor de la Escuela de Medicina y escribió buenos tratados sobre algunas enfermedades.

El Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena, extensa memoria presentada a la Universidad de Chile en 1866, es un estudio literario débil sobre una materia de escaso interés.

La poesía chilena hasta 1866 no ofrece sino producciones más o menos medianas. La mediocridad en el arte no tiene historia: siempre es una misma cosa que nace y muere dentro de una misma época. Dicha historia tiene que reducirse a la enumeración de unos pocos nombres con fechas y calificativos, y a señalar tal cual producción que sobresalga un poco.

Valderrama da bastante extensión a su trabajo. Tiene éste una introducción, en la cual el autor amontona a su gusto las frases deciamatorias, y está dividido en períodos.

El primero es el período colonial, del cual lo más notable es Pedro de Oña, versificador incansable, autor de poemas que abundan en esas ridiculeces de los improvisadores que atropellan todo, a trueque de poner inmediatamente un consonante o remotar sonoramente una estrofa. Pero los despropósitos de Oña suelen ser tan imprevistos, tan ingenuos y espontáneos que dan una sensación de vivacidad simpática y alegre. Valderrama le dedica algunas páginas y hace de sus obras un análisis pobre y desganado.

A más de Oña, figuran el padre López, el padre Oteiza y el padre Escudero, poetas repentistas y amigos de la broma, cuyas producciones son buenas para chascarrillos de sobremesa. Y esta es la producción del período colonial.

Del período de la independencia sólo cita a dos: a Camilo Henríquez, autor de versos tan prosaicos que no puede llamarse poeta como el mismo Valderrama lo reconoce, y doña Mercedes Marín de Solar, poetisa estimable que más bien pertenece al período contemporáneo del autor.

En este último período examina ligeramente a una media docena de poetas: Sanfuentes, Lillo, Matta y otros, y se contenta con nombrar a otra media docena, sin duda para no desagradarlos si no figuraban en la lista. Valderrama no deja de tener buen sentido crítico: los encomios que hace de todos estos poetas son moderados, y no señala a ninguno como superior y capaz de formar escuela, por corta que fuese.

Nuestro autor habría tenido que reducir mucho su bosquejo si se hubiese limitado propiamente a la parte histórica y crítica; pero, se ha extendido a puntos literarios, no tocantes al arte mismo o a la belleza, sino a las circunstancias históricas que pueden alentar y favorecer el desarrollo del arte o que pueden hacerlo retrogradar.

El problema que trata con más amplitud es la influencia de la libertad política y religiosa en el arte. Valderrama es inclinado a excitar los afectos patrióticos, a tocar la Canción Nacional para entusiasmarse y entusiasmar a los otros. Aquí se le ofrecía para ello una ocasión oportuna por estar fresca la guerra con España en 1865. ¿Por qué la época de la colonia fué tan pobre de poetas? Porque no había

libertad, dice Valderrama, por la tiranía española, por la opresión política que ahoga los impulsos nobles y elevados. ¿Por qué la época de la independencia fué tan pobre de poetas? Porque era preciso consolidar la libertad. Había que organizar gobierno antes de cantar. ¿Por qué hay en el período contemporáneo tantos que cultivan la poesía? Porque hay libertad y ella es la fuente de todo género de progreso, dice Valderrama.

No desconoce, ni podía desconocer, que la libertad política y religiosa no es condición necesaria para el desarrollo vigoroso de la poesía. Ya había tratado este punto don Antonio José de Irisarri, notable literato guatemalteco que tantos servicios prestó a nuestra República, y demostró que la falta de libertad no fué obstáculo para que florecieran las letras en el más alto grado, en el siglo de Augusto, en el de Luis XIV y en España bajo una monarquía autoritaria y la Inquisición.

Valderrama no lo niega; pero empeñado en cargar a la dominación española toda causa de atraso en Chile, busca maneras sutiles de desvirtuar la autorizada opinión de Irisarri, y explica el florecimiento de la poesía en esas épocas, diciendo que los poetas fueron cortesanos, que recibían favores y pensiones del monarca y no experimentaban, por consiguiente, los resultados de un gobierno tiránico.

Para Cervantes busca una razón más curiosa.

"Se alegará tal vez, dice, que Cervantes fué el autor menos cortesano, que fué perseguido y que escribió su Quijote en la desgracia; sea: pero es que hay en la vida de los pueblos algo que hace olvidar la esclavitud: la gloria nacional, y cuando el manco inmortal de Lepanto escribió su libro

imperecedero, las lágrimas de los oprimidos se secaban con el resplandor de la grandeza de la patria".

Este párrafo puede servir como muestra de los argumentos efectivos y de los rasgos declamatorios de Valderrama. Semejante modo de discurrir podrá despertar el entusiasmo de la multitud; pero es impropio de un estudio serio y razonado.

Reflexionando más pausadamente se puede sostener con fundamento una cosa diversa.

Desde luego, esos ingenios no fueron grandes poetas porque recibieron pensiones y favores, sino que recibieron pensiones y favores porque eran grandes poetas. Conquistaron su fama luchando desde abajo. De oscuro nacimiento, sin otro estímulo que la fuerza de su genio, pobres, desdeñados por los nobles, oprimidos por las necesidades y la indiferencia, surgieron, sin embargo, impusieron su fama y fueron recompensados. De modo, pues, que su genio se desarrolló a despecho de todas las tiranías imaginables.

En cuanto a la libertad política, a la tiranía política, estos son conceptos modernos que no pueden aplicarse a las sociedades antiguas sino desconociendo por completo su organización.

Como muestra de espíritu cortesano, cita nuestro autor las alabanzas de Molière a Luis XIV. Cualquiera que conozca un poco el siglo de Luis XIV y haya recorrido la gran cantidad de memorias, de cartas, documentos y obras literarias de todo género de aquella época, habrá visto que, en esa especie de adoración al soberano en que concurrían los más altos ingenios y los súbditos más humildes, nada había de simulación, de forzado, de lo que entendemos por

servilismo, sino que obran simplemente en conformidad a su modo de ser social. Esas alabanzas que ahora pueden parecer exageradas más allá de lo que permite la dignidad personal, no eran adulaciones obligadas por la necesidad de obtener favores o pensiones: eran el común modo de sentir y de expresarse, y a nadie llamaban la atención en lo más mínimo como la cosa más natural del mundo.

Hace poco hemos visto con asombro universal las manifestaciones de pesar y de abnegación que los japoneses han hecho por la muerte de su soberano, y que sobrepasan todo cuanto es dable imaginar. ¿Podemos decir que los japoneses gozan de la libertad como la entendemos nosotros? No. ¿Podemos decir que están oprimidos? Tampoco. ¿A quién se le ha ocurrido hablar de servilismo japonés? A nadie. Están organizados, de una manera distinta y, en punto a gobierno, entienden las cosa de otra manera.

Pues lo mismo pasa con las sociedades antiguas. Cuando aparecieron las ideas de libertad en la forma moderna, principió a cambiar en los individuos el modo de entender la organización social y ya comenzaron a haber oprimidos y opresores.

En la sociedad colonial no hubo esta división sino en las proximidades de la independencia. Los naturales estaban tan conformes como los españoles con el régimen colonial, y no había en esto bajeza ni envilecimiento alguno, porque someterse al orden de gobierno que uno cree racional, sea por parecerle mejor que otro o por ser el único que conozca, es un ejercicio de la libertad humana que de ningún modo envilece al hombre. Habría bajeza y degradación si los naturales, convencidos de que vivían bajo un orden so-

cial injusto y tiránico, se hubiesen resignado a soportarlo atemorizados, sin hacer nada por recobrar sus derechos y halagando a los opresores que los maltrataban.

Pero nuestros antepasados de ningún modo fueron así: tan nobles y altivos de carácter fueron bajo el régimen colonial como en la época de la independencia. El valor y abnegación que en esta época desplegaron no pudo nacer de un día para otro en un pueblo entero. Cuando los chilenos estimaron que se les debían conceder ciertos derechos, los reclamaron, y, cuando quisieron elegir ellos mismos sus gobernantes y no depender de nadie, lucharon y vencieron.

Nuestra Canción Nacional dice: "De tres siglos lavamos la afrenta". Pero no hay tal cosa. De los tres siglos de la era colonial, no hubo ni veinte años de lucha, y no sé que haya habido uno solo de afrenta, a menos que llamen así el tiempo de la reconquista.

Es preciso repetir estas cosas siempre que se ofrezca, porque nuestros historiadores liberales han extraviado la opinión a este respecto. Desfiguran la era colonial por echarla de progresistas que miran con lástima e indignación períodos de atraso, y muy particularmente por dañar a la religión católica que dominaba bajo ese régimen, a la cual atribuyen en gran parte la estancación de la colonia.

A Valderrama no lo anima tal propósito. Como queda dicho, sólo ha querido tocar la Canción Nacional a propósito de la falta de poetas. Pero ya vemos que no pudieron ser obstáculo para el desarrollo de la poesía, ni la falta de una libertad política completamente desconocida, ni una tiranía que no existió, ni la falta de libertad religiosa que a

nadie pudo perjudicar porque todos profesaban una misma fe.

Pero el hecho es que, en el largo período colonial, no hubo poetas. ¿Por qué? Podemos indagarlo.

Desde luego, los hombres de genio o de muy superior talento deben ser considerados aparte de los ingenios más o menos comunes. Los primeros entran en lo extraordinario. Aparecen ya aislados, ya por grupos, en diversas circunstancias. Unas naciones son más favorecidas que otras con hombres de esta especie, y las hay que pasan siglos sin contar uno solo. Cuando alguno de ellos aparece, nada lo detiene. Su fuerza creadora a todo se sobrepone. No tuvo la suerte de tenerlo la época colonial.

Con los ingenios comunes no acontece lo mismo. Siendo su estro, su inspiración, débil y vaga, necesitan un estímulo de afuera que la vigorice y circunstancias especiales que favorezcan su desarrollo.

Ahora, por ejemplo, estamos viendo a diario que se pide protección por diversas razones, para los que cultivan las bellas letras. El autor dramático dice que, sin teatro y sin compañías dramáticas que cooperen con eficacia a la representación de las obras nacionales, carece de estímulo para producirlas. Otros poetas o novelistas dicen que no tienen aliciente para escribir si no pueden imprimir sus obras por falta de recursos: sí, aun cuando gasten para imprimirlas, no se venden; si no hay certámenes con premios de alguna consideración que estimulen a los autores; si los periódicos no los alientan publicando estudios y análisis de sus obras.

Las autoridades y los periódicos procuran satisfacer estas

razonables exigencias, y el resultado es indudablemente satisfactorio porque la producción aumenta en forma notable por esta causa.

Es cierto que es una producción pálida, imitadora, algo artificial, de forma exagerada; es cierto que proviene de jóvenes llenos de ilusiones, que, con un poco más de edad, dejarán de ser poetas; pero, con todo, contribuye mucho a la cultura artística, al estudio y estimación de la belleza.

Pues bien, en la colonia no había teatro, ni llegaban acá compañías dramáticas contratadas en Europa; no había imprentas, ni periódicos, ni certámenes con buenos premios en dinero y cierto número de ejemplares gratis. Y no había, porque unas cosas no se usaban en el mundo y otras sólo se encontraban en ciudades populosas y adelantadas que podían sufragar los gastos considerables que exigían las imprentas y periódicos.

Si faltaba todo esto, natural era que faltaran los poetas comunes, como faltarían ahora si no pudieran contar con ninguno de esos auxilios. Quedarían siempre algunos poetas que cantarían a sus amadas; pero tengamos por cierto que, en la colonia, también los hubo. Eso sí que sus manuscritos no saldrían del recinto de los hogares y habrán quedado perdidos. Los poetas de ahora tienen la suerte de que sus libros impresos, aun cuando queden arrumbados, han de permanecer catalogados por lo menos en la Biblioteca Nacional y podrán dar así testimonio de que, en este tiempo, se cultivó la poesía.

Esta consideraciones explican de una manera natural la falta de poesías en la colonia. Achacarla a la supuesta tiranía española es cosa que no lleva camino, cuanto más que

no ha habido gobierno autoritario que no se complaciera en estimular las artes, para gloria de él mismo y para distraer y deslumbrar al pueblo.

III

Valderrama, empeñado en sostener su tesis de que España a toda costa quiso impedir en la colonia el vuelo del ingenio, presenta como prueba incontrovertible un documento "digno, según dice, de ser conservado porque él demuestra de una manera evidente el estado de la poesía en la época que estudiamos".

Advertiré que escribía cuando Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna habían puesto de moda los documentos históricos, y era opinión general que, sin exhibir algún documento, el punto tratado no tenía la debida seriedad.

Ahora bien, el documento, transscrito íntegramente según lo exigía la moda, es la concesión del privilegio ordinario para imprimir y vender el libro con la tasa correspondiente, previo informe de que no contenía cosa alguna contra la fe católica.

Valderrama, poco versado, por lo visto, en esta materia, creyó que ese documento era especial para las colonias españolas y que envolvía una medida destinada a impedir cualquiera manifestación de ingenio. Tan extraordinario encuentra el documento que no se atreve a presentarlo en nombre propio, sino que advierte en una nota que lo toma de un estudio sobre la vida de don Pedro de Oña publica-

do por don Gregorio Víctor Amunátegui en un periódico dirigido por don Diego Barros Arana.

Convencido de que con ese documento probaba sin lugar a duda la opresión colonial, dice inmediatamente después de transcribirlo:

"En vista de semejante actos, casi es imposible concebir cómo podía haber quién se diese al estudio de las letras, y sobre todo quién tuviera el valor de escribir y la sangre fría necesaria para hacer pasar su pensamiento por tanta humillación".

El privilegio fué otorgado por el virrey, marqués de Cañete, en Lima en 1596. Pues bien, ocho años después, en 1604, el rey otorgaba en Valladolid, casi en los mismos términos, con iguales fórmulas y previa aprobación de que el libro no contenía cosa alguna contra la fe y las buenas costumbres, el privilegio para imprimir y vender la primera parte del *Quijote*. En 1615 y en igual forma, otorgó el rey el privilegio para la segunda parte. Lo que no impidió el vuelo del genio de Cervantes, ¿podría embarazar en lo menor a un Pedro de Oña?

Me he detenido en este rasgo de Valderrama porque manifiesta cuán superficiales eran sus conocimientos literarios y que, en la crítica, procedía más por preocupaciones que por un imparcial estudio de las cosas. No podemos negar que tenía generalmente un gusto escogido; pero sus ideas no se desarrollaban lo suficiente y cualquiera preocupación las extraviaba.

No creo que el *Bosquejo* sea obra que valga la pena conservar. Los datos históricos que contiene andan en muchos libros y publicaciones chilenas, de modo que ni por ese la-

do tiene mérito especial ese ensayo para ser incluído en la Biblioteca de Escritores de Chile.

A mi juicio, conviene publicar en ellas obras de unos pocos autores que, si bien medianos, han sobresalido algo en su época, para guardar testimonio de la cultura literaria entonces corriente; pero es indispensable seleccionar lo mejor, lo que más caracterice a esos autores, lo que indique hasta dónde podía alcanzar su esfuerzo intelectual. No hacer una selección rigurosa es abultar o formar volúmenes inútilmente.

Para dar a conocer a Valderrama, bastaba *Maria* y las narraciones cortas, el discurso de incorporación y aquellos en que elogia a los doctores Petit y Sazie. A esto podían agregarse algunas poesías escogidas. Todo lo cual alcanzaría a llenar la mitad de un volumen. La otra mitad pudo ocuparla otro autor de las condiciones de Valderrama.

No ha sido esta la opinión de don Enrique Nercasseau y Morán, que ha recopilado las obras y ha escrito la introducción. Ha llenado un volumen entero con obras en prosa de Valderrama y nos anuncia una selección de las obras en verso que vendrá más tarde. Es demasiado para un autor mediocre.

La introducción es una simple biografía como las que se hacen para los grandes diccionarios biográficos o enciclopédicos. Algo más debió haber sido. El decreto que organizó la Biblioteca habla de "un estudio biográfico y crítico". Los juicios del señor Nercasseau y Morán son someros y más van, al parecer, encaminados a dar prestigio al autor cuyas obras le han encargado recopilar, que a dar al público una idea exacta del mérito de esas obras. Califica,

por ejemplo, a Valderrama como "uno de los hombres que más bien han cumplido con la condición de enriquecer la literatura del país con obras de indiscutible valor, en casi todos los departamentos del arte y de la ciencia humana". Esto es de todo punto excesivo.

Pero si, por lo que a la crítica toca, la introducción es deficiente, y si no puede ser interesante como biografía porque no trata de un autor superior, debe ser alabado su estilo que, si bien carece de carácter señalado y de los rasgos propios de la personalidad del escritor, tiene la elegancia, el desembarazo y la corrección de los buenos escritores castellanos.

El señor Nercasseau y Morán es un gramático eximio. El estudio de la lengua lo ha ocupado toda la vida. Hubo una época en que tuvo verdadera influencia entre la juventud estudiosa y, mediante sus esfuerzos, se corrigieron muchos vicios en nuestro lenguaje y se tributó el debido respeto a las decisiones de la Real Academia Española, corporación conservadora de la pureza y unidad del idioma.

Una cosa de otro orden merece los mayores encomios en el señor Nercasseau y Morán: es haber transcrita la relación de los últimos momentos de Valderrama, hecha por el sacerdote que lo asistió en ese trance.

Es siempre conveniente y, en época como la actual sobremanera útil, mostrar a la sociedad cómo hombres de ilustración, de talento, versados en ciencias y en letras, reconocen llenos de fe y con profunda convicción la verdad católica, y esto en momentos trascendentales y solemnes que dan inesperadas luces al entendimiento para juzgar los actos de la vida.

No admiro a Valderrama como escritor: Dios no le dió aptitudes algo sobresalientes para el cultivo de las letras. Pero eso no obsta para que haya sido un entendimiento muy cultivado y apto para desempeñar con acierto las funciones que le correspondieron tanto en la enseñanza científica como en la política, en la cual tuvo parte importante como senador y Ministro de Justicia e Instrucción en el gobierno de Balmaceda.

El señor Nercasseau y Morán nada nos dice acerca de las ideas religiosas de Valderrama. Por la relación de sus últimos momentos era de creer que toda su vida fué fervoroso católico; pero, por las obras recopiladas, parece que, si era creyente en el fondo de su corazón, no siempre fué hijo declarado y sumiso de la Iglesia.

Se inclina profundamente delante de Voltaire. Para nombrar a Jesucristo emplea esta perífrasis: "el tierno y melancólico pensador de las orillas de Genezaret", lo cual está diciendo a las claras que, en esa época, lo había perturbado Renan. Y, en general, tiene señalado aire de racionalista. Pero en la hora suprema, vió claro y su muerte fué ejemplar. Para edificación del lector copio aquí la relación hecha por el virtuoso sacerdote don Carlos Cruzat Hurtado, y publicada en una revista pocos días después de la muerte de Valderrama que fué el 30 de noviembre de 1902:

"A la vista de nuestro Señor Sacramento se incorporó, y con acento fuerte y conmovido, con piadosa emoción, repitió los actos de fe, esperanza y caridad, imploró la misericordia divina, y perdonó a los que le habían causado daño . . .

"Absenté en la contemplación del gran misterio de amor, permaneció largo rato en acción de gracias.

"Durante el día sentía una fuerza admirable para comunicar sus delicias espirituales, se manifestaba indiferente a los efectos de la medicina; su alma estaba sana, y esperaba con serenidad la hora de la muerte.

"En la noche, me apresuré a visitarlo; y después de haber recibido tiernas y sinceras manifestaciones de gratitud y cariño, le dije: Amigo mío, ¡qué día tan feliz ha sido este para usted!

—"Como médico que conozco el estado de mi corazón, tan sensible a las grandes impresiones que pueden paralizarlo en un momento, no sé, no me explico cómo no he muerto de felicidad y gusto. Usted me ha dado—agregó—la verdadera vida.

"En la mañana siguiente, el exhortaba al arrepentimiento de sus pecados, a la resignación con la voluntad de Dios, al desprendimiento de las criaturas y al amor divino.

—"¿Quién pretenderá resistir a ese poder soberano? Sólo el insensato ofuscado por la soberbia.

"¡Verdad infalible! exclamaba: Creo cuanto me habéis enseñado, espero en vuestra misericordia inmensa, y os amo porque sois bondad infinita.

"Me acojo a las enseñanzas de la Iglesia, mi Madre. La Esposa de Jesucristo me ha abierto los tesoros del perdón y de la gracia.

"El aliento entrecortado del moribundo revelaba que en cortos instantes todo habría terminado.

"¡Confianza, le repetí, confianza en Dios misericordioso!

"Señalándome el Crucifijo, con una mirada lánguida, dí-

jome con voz casi imperceptible: "Tengo en mis manos al Padre de las Misericordias".

"Poco después, se adormecía para despertar en la presencia del Rey de los siglos".

¿Qué importa que las obras literarias y científicas de Valderrama no despierten admiración, si él mismo es una obra admirable de la gracia de Dios? ¿A qué más puede aspirar el hombre?

1912.

RAFAEL FERNANDEZ CONCHA

Las obras de Rafael Fernández Concha forman un conjunto de ciencia teológica, filosófica y social tan sólido como una pirámide de piedra.

Y la comparación también es aceptable en otro sentido, porque, así como la pirámide tiene una superficie plana, sin altos ni bajos, sin adornos, ni nada que pueda estorbar a una línea recta, así también, en las obras de Fernández Concha, la superficie, es decir, el estilo o la expresión literaria, es enteramente plana, sin altos ni bajos, ni adornos de ningún género.

La frase está bien hecha, los términos son castizos y correctos, el giro no carece de elegancia, las expresiones son claras y sencillas, hay verdadera intención literaria; pero el tono no cambia: es siempre sosegado, blando, imperturbable, y, como la materia es a menudo abstrusa, luego sentimos el peso de la monotonía.

A veces, sin embargo, la superioridad del asunto lo inflama, lo eleva y entonces manifiesta su admiración con elocuencia noble y majestuosa. Tiene pasajes que, como vere-

mos más adelante, no desmerecen de los mejores de la literatura chilena.

Laboriosa es, sin duda, la lectura de sus obras; pero es labor de las más provechosas: ilustra y convence en puntos de vital importancia para el individuo y la sociedad, nos ennoblecen a nuestros propios ojos demostrando el verdadero destino del hombre, nos da idea de las perfecciones divinas, y nos incita a amar a Dios cuando estudia y analiza los medios recónditos de que Dios se sirve para levantar hacia El el alma humana y hacerla participante de su gloria.

Hay una idea general que domina en todo lo que ha escrito nuestro autor, y que es como el vértice de la pirámide adonde se dirigen y en donde se reunen las líneas de esa figura. Esta idea puede condensarse en las siguientes proposiciones: el hombre tiene un fin último, único, puesto que es el último, al cual están subordinados todos los actos individuales y sociales. El hombre es libre para obrar o no obrar y, si obra, puede hacerlo de tal o cual manera; pero existe una ley divina, de la cual es única depositaria la Iglesia católica, y sólo conformando sus actos a dicha ley puede el hombre alcanzar su fin último, en el cual encontrará su perfección y reposo, y que consiste en ver a Dios en El mismo, amarle en su propia esencia y gozarlo tal como es.

Estas proposiciones que, digan lo que digan los incrédulos, son en absoluto las más trascendentales que pueden ofrecerse a la consideración del espíritu humano, están desarrolladas y aplicadas en los diversos tratados de Fernández Concha en forma verdaderamente magistral, y con tanta firmeza y lógica que uno adelanta en el conocimiento

del asunto, como si fuera subiendo peldaños tallados en la roca viva.

Desde temprano manifestó Fernández Concha mucha fuerza en el raciocinio y gran intuición filosófica para percibir el conjunto de una cuestión por complicada que fuese, para señalar con acierto los puntos esenciales y analizarlos metódicamente. Más tarde, cuando penetró en el estudio de la filosofía escolástica, estas cualidades se desarrollaron en alto grado y llegó a dilucidar elevados y sutiles puntos de metafísica con la precisión y desembarazo de un maestro.

Nació en Santiago en 1833. Hizo sus estudios en el Instituto Nacional y, en 1855, obtuvo el grado de licenciado en Leyes y Ciencias Políticas y el título de abogado.

La memoria que presentó para optar al grado de licenciado es muy interesante. Versa sobre "la facultad de testar y el artículo 1345 del Proyecto de Código Civil", artículo que corresponde al 1182 del Código promulgado.

Es un trabajo muy bien hecho, claro, conciso. La materia está tratada con viveza juvenil y con la seguridad algo categórica y exclusiva con que sostiene su tesis un estudiante aventajado y que pisa firme. Ahí descubre patentes sus notables aptitudes filosóficas. No discurre sobre concordancias, aplicaciones o explicaciones de artículos de Código, sino que va directamente a las causas y orígenes de los preceptos legales. "En una palabra, dice, quiero saber si la sucesión testada o intestada es de derecho natural o de derecho escrito", y concluye valientemente así: "La sucesión, pues, testada o intestada es de creación de la ley civil que le ha dado vida, forma y aplicación".

Posteriormente, profundizando el origen de la sucesión

legítima o ab-intestato en su *Filosofía del Derecho*, mantiene la doctrina anterior; pero reconoce que, si bien dicha sucesión no tiene existencia real sino en virtud de la ley positiva, tiene en la ley natural su fundamento o razón de ser.

Lo más interesante de la memoria, y en ella me detengo porque los primeros ensayos de un talento superior son siempre dignos de estudio, lo más interesante, digo, es la refutación del comentario de don Andrés Bello al mencionado artículo del Código.

Bello era partidario de la absoluta libertad de testar y Fernández Concha cree que la facultad de disponer de los bienes está sujeta a las restricciones que exigen la coexistencia de los hombres y el bien doméstico y público. Analiza párrafo por párrafo lo que sostiene Bello y le retuerce con vigor los argumentos. En una parte le demuestra que ha incurrido en "un error psicológico". Trata, como es natural, a su formidable adversario con toda consideración; pero, en el fondo, uno cree divisar cierta punta de ironía. Refiriéndose a él no lo califica como notable jurisconsulto, ni emplea otros términos parecidos a ese, sino que habla de "la maestría del pensador y del gramático". Termina así su refutación: "He contestado trozo a trozo todo el razonamiento del señor Bello y, si bien su expresión es tierna, elegante y concisa, la idea a mi parecer no debe consignarse en el Código".

A la verdad, el comentario de Bello, más que comentario a un artículo de Código, parece un pasaje de discurso archiacadémico, y los argumentos más cautivan por lo bien dichos que convencen por la solidez.

Señalada muestra de fuerza intelectual y de independencia de juicio daba ese joven de veintidós años que así salía al paso a don Andrés Bello, que en ese tiempo estaba en el apojo de su influencia y magisterio.

Su aplicación al estudio, el orden superior de sus conocimientos, su erudición en edad tan temprana, fueron bien pronto reconocidos públicamente en forma brillante. En abril de 1857, cuando sólo contaba veintitrés años, fué designado miembro de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas, en reemplazo de don Antonio García Reyes, ilustre como publicista, literato, orador y magistrado.

Su discurso de incorporación versó sobre el sistema de los estudios jurídicos que entonces regía, y muy principalmente sobre la importancia que debe tener en el curso de leyes el estudio de la Filosofía e Historia del Derecho. En este discurso está como esbozada la *Filosofía del Derecho* que publicó veinte años más tarde, y aun se notan en gestación en el discurso puntos que, en esa obra, están superiormente tratados, por ejemplo, la crítica de los sistemas éticos. Como discurso vale poco. Tal vez el señor Fernández Concha, trató de corresponder debidamente a la honra que la Facultad le dispensaba, y recargó de erudición su discurso y tomó un tono algo ahuecado y pomposo, ajeno de su carácter.

En agosto de ese mismo año 1857 fué nombrado profesor de Derecho Canónico de la Universidad, en reemplazo de don Miguel María Güemes, distinguido abogado y catedrático, que poco después desempeñó los más altos puestos en la magistratura y en la administración pública.

Mientras tanto se había despertado en él la vocación

eclesiástica, y en 1859 ingresó al Seminario Conciliar. Inmediatamente lo nombraron profesor de Derecho Canónico en dicho establecimiento, y desempeñó el puesto sin dejar de profesor el mismo ramo en la Universidad.

En enero del año siguiente se ordenó de sacerdote, habiendo recibido todas las órdenes sagradas de manos del señor Arzobispo Valdivieso en el espacio de un mes.

Poco después fué designado Promotor Fiscal del Arzobispado, y, más tarde, Provicario y Provisor Oficial.

Desempeñaba este último puesto y era también diputado al Congreso Constituyente de 1870 cuando, en 1872, publicó la primera de sus grandes obras: *Derecho Público Eclesiástico*. No podría decirse que es la mejor, porque todas ellas están muy entrelazadas, tienden a un mismo fin y están animadas por un mismo espíritu; pero, en esa, la materia se presta a ser más bien abarcada por el lector que en las demás, cuya materia o tiene muchas ramificaciones, o se extiende a un campo muy dilatado, o abunda en abstractaciones.

Literariamente considerado, el *Derecho Público Eclesiástico* tiene un carácter menos didáctico que las otras obras de Fernández Concha. Hay en ella algo que es más personal y propio: un fondo de afecto excitados, de convicción ardiente, de fe profunda, que da vigor y lustre al raciocinio.

Y ésto se explica. En ese tiempo el liberalismo dirigía a la Iglesia golpes repetidos, desconocía sus derechos y procuraba apartarla de los actos más solemnes de la vida: el nacimiento, la fundación de la familia y la muerte. Preparaba así el campo para que germinara sin obstáculos la

semilla del indiferentismo o de la incredulidad. La obra de Fernández Concha apareció, pues, en tiempos de combate, y transpira en ella el calor de la pelea en cuanto era compatible con su temperamento tranquilo y sosegado.

Para dar a conocer bien lo que es la Iglesia, da algunas nociones de la religión en el orden natural y en el sobrenatural; y como la religión, o sea el conjunto de las relaciones de la creatura con el creador, o de las criaturas entre sí con respecto al Creador, debe ser conforme a nuestra naturaleza, estudia la naturaleza humana y establece una doctrina clara, precisa y segura. Es la que enseña la filosofía escolástica, la que enseña Santo Tomás, cuya solidez está comprobada por la experiencia: dominó en los siglos de fe y ha resistido a las embestidas de tres siglos de incredulidad. Mientras los sistemas filosóficos adversos al dogma católico surgen, brillan una temporada y desaparecen, la filosofía escolástica, en sus puntos fundamentales, se mantiene firme, de tal suerte que los incrédulos no pueden hacer otra cosa que declarar dogmáticamente que ese sistema ha terminado su tiempo, que es cosa añeja y anticuada y está definitivamente muerto.

Es el mismo recurso que han empleado desde época inmemorial contra la Iglesia Católica. Hace quince siglos decía San Agustín en un conocido pasaje: "Hay falsos profetas que miran a la Iglesia y dicen: va a morir y muy pronto desaparecerá su nombre y no habrá ya cristianos: llegó su hora. Y mientras están diciendo ésto, veo que mueren ellos todos los días, y la Iglesia permanece siempre en pie, anunciando el poder de Dios a todas las generaciones que se van sucediendo".

Pues, igual cosa estamos viendo que hacen los incrédulos modernos con la filosofía escolástica. Dicen que ha muerto y está viva; pero hay quienes les creen sobre su palabra y ésto es lo que los otros buscan. En todo caso, de este modo se libran de los apuros de estudiarla y de los muchísimos mayores de refutarla.

En el *Derecho Público Eclesiástico*, Fernández Concha expone la doctrina sobre los diversos órdenes de facultades del alma, sobre el libre albedrío y la moralidad de las acciones, de una manera suscinta; pero esta misma doctrina, convenientemente desarrollada y, aplicada según los casos, forma el fondo filosófico de sus demás obras.

Es de notar que Fernández Concha tiene especial intuición acerca de las operaciones del entendimiento y de la voluntad en orden al bien, de modo que, al darnos a conocer la naturaleza del alma humana, va mostrándonos cómo ella está dispuesta para un fin último, que es *Dios*. Esta especial aptitud suya, la facilidad con que dilucida las cuestiones relativas al bien último, dan carácter a su doctrina y explican naturalmente la elección de los ramos en que se ha ejercitado.

En el derecho público eclesiástico, la Iglesia, la sociedad religiosa, se constituye por un bien común que es *Dios*; en la filosofía del derecho, es esencial y primario el conocimiento del bien en que se cifra al fin del hombre; objeto de la teología mística son las vías extraordinarias para llegar a la omnímoda unión con el Sumo Bien. En tales materias se ocupa Fernández Concha en sus diversas obras, por donde vemos que ejercita sus especiales aptitudes en

aquello que les es propio y donde pueden obrar más eficazmente.

Tratando en el *Derecho Público Eclesiástico* del dogma como parte de la religión, habla de la necesidad de la revelación para suplir la deficiencia del entendimiento humano, y, refiriéndose a las verdades religiosas del orden natural y a las causas que pueden extraviar, obscurecer y pervertir la inteligencia, tiene páginas de verdadera elocuencia y de las mejores que se han escrito en Chile.

He aquí una muestra. Después de hablar de la desastrosa suerte del entendimiento humano abandonado a sí propio en las sociedades paganas, dice:

"La historia de la razón en el seno de las sociedades cristianas no es más feliz. Las mayores luces con que cuenta, las nuevas fuerzas de que dispone, débelas a que vive en contacto con el catolicismo, el cual ha sabido educarla y dirigirla, corregir sus extravíos, curar sus flaquezas, exaltar y sublimar sus virtudes. Pero, toda vez que, orgullosa con los adelantos que le ha comunicado la fe, ha tratado de emanciparse de su dependencia, su obra ha sido, como siempre, no de edificación, sino de destrucción. Ha gastado vanamente sus fuerzas en sostener luchas desgraciadas con el gran sistema cristiano. Al paso que el catolicismo, siempre uno, radiante, excelsa, poderoso, sigue iluminando y rigiendo los destinos del mundo, jamás por su propia virtud ha podido el espíritu humano fundar una religión, constituir un pueblo, moralizar las masas, hacer la felicidad de las almas. En la filosofía, donde asienta sus reales, reina más confusión que en la torre de Babel: se levantan acerca de Dios, acerca del hombre, acerca de la sociedad, acerca de

los orígenes y leyes del mundo, más absurdos y contradictorios sistemas que hay puntos luminosos en el estrellado firmamento, al grado que los sabios tienen menos ciencia que las gentes incultas, y los ingenios menos juicio que los hombres rudos. Algo más que estos sabios y sus escuelas, sabe el que apenas haya sido iniciado en los rudimentos de los dogmas católicos. Como quiera que toda la moral no es más que una derivación de los principios dogmáticos, las tinieblas aglomeradas en el terreno de las abstracciones trascienden a la vida práctica; y el hombre y las sociedades que, aunque quisieran, no pueden escapar a las inflexibles leyes del orden moral, se han visto atacados en sus intereses más vitales y amenazados de perecer en los funestos reciales de las pasiones.

"Cuán mudado de lo que es por su propia virtud se halla el espíritu humano allí donde lo circunda la claridad de la luz revelada! Los dogmas de la religión celeste le comunican cuanto es menester que sepa, le explican todos los problemas que le tocan, calman el vértigo que padece, lo inundan de sabiduría, lo transportan a regiones apacibles y resplandecientes. Sin dejar nada sin satisfactoria respuesta, sin contradecirse jamás, enlazando todas sus nociones en un sistema tan vasto como lógico, dícenos, de dónde venimos, quiénes somos, a dónde vamos; nos dan la razón de ese dualismo de obscuridad y de luz, de mal y de bien, en que se agita la vida terrena; señalan las causas de la felicidad y desventuras de los individuos, de la caída y exaltación de las naciones; asientan los principios del orden general, y especialmente del humano y social; fijan en todas las cosas la parte que cabe al hombre, y la que es de Dios, bondad

inagotable y sabiduría infinita; en una palabra, nos suministran todos los conocimientos así naturales como sobrenaturales que habemos menester para atravesar los mares del mundo sin perecer en las borrascas ni dar contra los escollos, y serenos y triunfantes arribar al puerto de la salud inmortal y de las divinas magnificencias. Tienen estos dogmas la singular propiedad de comunicar su luz a todas las inteligencias, desde la más baja hasta la más alta. Al paso que la filosofía apenas se pone al alcance de los pocos pensadores que hay en el mundo, la revelación a pesar de sus misterios, o más bien, a causa de ellos, desciende hasta las más humildes regiones del humano linaje, proporcionándoles a todos el conocimiento de su origen, de su naturaleza y de su destino e informando sus acciones con los principios de una vida verdadera. Al paso que la filosofía se descamina a menudo y vuelve y revuelve sobre su torcido andar, la revelación va delante en la marcha de las ciencias, las ilumina con sus resplandores y se aprovecha de sus nuevas luces, se acomoda el carácter de cada generación, se apropiá de las necesidades de todas las épocas. Marcha con augusta majestad; deshace a los enemigos que le salen al encuentro; disipa las nubes que va condensando la ignorancia y malicia del mundo; arrastra en su corrida todos los desvaneos de la soberbia humana; y ostenta cada vez nueva fuerza, nueva fecundidad, nuevo esplendor, nueva vida. Tal es la condición de los dogmas revelados. Y, como la verdad lo es todo, como dentro de la unidad de su esencia pasa por misteriosa generación para apropiarse a cada facultad y hacer su bien, y así es para la inteligencia su luz, para la voluntad su regla y para el amor su sustento, en las

sociedades fecundadas por los dogmas católicos se ve al hombre encumbrarse a las más sublimes alturas de ingenio, sabiduría y santidad en tan diversas, multiplicadas y hermosas formas, cuantas admite la complejidad de nuestro ser y de nuestras facultades".

Cuando Fernández Concha trata de la moral, refuta el sistema entonces moderno llamado de la moral independiente, porque ese sistema no considera la moral como parte de la religión, sino como entidad distinta y separable de ella. Algun tiempo después, refutó extensamente y con nuevos argumentos esa misma doctrina en su discurso de incorporación a la Facultad de Teología, de la cual fué nombrado miembro en 1875. No es propiamente un discurso, sino una disertación concisa y seca; pero contundente.

A propósito de la tendencia racionalista a separar la religión de la moral, y como punto de vivo interés en ese tiempo, se ocupa en los derechos atribuídos al error y en la doctrina de los que sostienen que debe separarse la religión de la política. Voy a citar lo que dice acerca de esto último, por venir de autoridad tan competente y ser punto que siempre es de oportunidad. Dice así:

"A virtud de la unidad y armonía que existen en las cosas humanas, el fin del Gobierno no es otro que el fin de la sociedad, no es otro que el fin del hombre, y el fin del hombre no es otro que Dios. La Iglesia y el Estado no se distinguen en el último fin, pues no hay para el hombre si no un solo fin último; se distinguen puramente en que para la Iglesia el último fin humano es su fin inmediato, y para el Estado su fin mediato. Teniendo el Gobierno de la so-

ciedad civil esta relación con el orden espiritual es tan funesto como absurdo separar la religión de la política.

"Supuesta esta relación de que hablamos, ¿es lícito a los católicos abstenerse de la política? . . .

"Tales como están constituidas las sociedades modernas, es una grave obligación de los católicos el no abandonar la política. Cuando los gobiernos eran absolutos, dependiendo todo de su voluntad, no quedaba otro quehacer a los súbditos que el rogar a Dios para que los iluminase y asistiese y, a lo sumo, cuando se pudiera, darles consejo de buen gobierno, de política cristiana. Pero en las sociedades democráticas el pueblo, si no ejerce todo o parte del poder público, tiene siempre una grande influencia en la dirección de sus actos. La multitud, con el ejercicio de sus derechos políticos y mediante la manifestación de sus votos y aspiraciones, contribuye a constituir el gobierno, tiene parte en la elección de los mandatarios y les indica y hasta les impone el camino que han de seguir. De ese poder que el ciudadano tiene respecto a la cosa pública, no es lícito hacer cualquier uso, ni abstenerse. No es lícito ponerle al servicio de intereses privados de ciertos individuos, familias o bandos, pues las cosas públicas se han de regir conforme al bien público. No es lícito abstenerse, porque el amor a la patria es un deber, y no la ama quien con perjuicio de ella no toma la parte que la constitución de la sociedad le da en su gobierno. El ciudadano que abandona sus derechos e influencias políticas, toda vez que su ejercicio sea necesario, se asemeja al padre de familia que desatiende los intereses domésticos así materiales como morales. Ahora, bien, que, atendidas las circunstancias de las sociedades mo-

dernas, sería gravemente perjudicial al bien público así espiritual como temporal la abstención política de los católicos, es evidente. El resultado inevitable de esa conducta sería entregar el Gobierno de la Patria a los hombres de malas ideas y malas intenciones. Y entonces las leyes y los poderes que las aplican y ejecutan serían enemigos del catolicismo. No puede huirse de la peste sin huir del apestado; del propio modo, no pueden evitarse los malos Gobiernos, sin apartar a los que habrían de ser malos gobernantes. Y para conseguir ésto, no tienen los católicos otro medio que combatir en la arena política, haciendo uso de todos sus derechos, interponiendo toda sus influencia, empleando todos los medios que estén a su alcance para constituir y dirigir el poder público conforme a sus principios, reuniéndose y concertándose para hacer el mayor bien que las circunstancias les permitan”.

En la parte que Fernández Concha dedica a la Iglesia, son dignas de nota sus especulaciones sobre el misterio de la Santísima Trinidad y de la Encarnación del Verbo, que dan brillante muestra de sus conocimientos teológicos.

El segundo tomo del *Derecho Público Eclesiástico* está enteramente dedicado a las relaciones de la Iglesia y el Estado. Como ya se dijo, las cuestiones que de esto dimanan enardecían los ánimos en el tiempo en que apareció la obra y eran materia de controversia diaria. El liberalismo triunfaba en la opinión pública y estaba en vísperas de triunfar en el poder. Combatía y negaba los derechos de la Iglesia, y afianzaba los que sobre ella pretendía tener el Estado. Por un lado, apoyaba el regalismo en sus diversas formas, el *exequatur*, el patronato, los recursos llamados de fuerza

y todo lo que envolvía un sometimiento y esclavitud de la Iglesia, en conformidad al grito de guerra: "La Iglesia libre en el Estado libre". Por otro lado le negaba el derecho de propiedad, combatía los institutos monásticos, exigía la libertad de cultos, el matrimonio civil, el cementerio laico, la enseñanza laica, el monopolio de la enseñanza y de la colación de grados, todo esto en forma que la Iglesia saliera perdiendo lo más que fuera posible.

Fernández Concha trata extensamente todos estos puntos, así por el lado histórico, como por el social y filosófico, y es muy interesante conocerlos, porque a menudo vuelven a ser objeto de discusiones y tienen, por tanto, interés permanente. Acerca de ellos expone la doctrina de la Iglesia en todo su integridad, y defiende sus derechos sin ceder un ápice, sin proponer transacciones. En vista de la naturaleza de las cosas, del fin espiritual de la sociedad eclesiástica y del fin temporal de la sociedad civil, resuelve las cuestiones y establece lo que debe ser, dejando a otros la tarea de inquirir lo que pueda o convenga hacerse atendidas las circunstancias y las vicisitudes de los tiempos. No se exalta, ni pasa los límites del raciocinio sereno y correcto; pero no deja por eso de protestar alguna vez, como hijo amante de la Iglesia, de los injustos ataques de que ella es objeto.

"Y la Iglesia, dice, sigue la suerte y la conducta de su Rey. Víctima de la persecución de enemigos, tanto interiores como exteriores, ayer u hoy, aquí o allá, se ve constantemente atacada, escarnecida, asaltada de tribulaciones, cubierta de heridas. Todo lo sufre con magnánima paciencia; mas no porque merezca castigo, pues no tiene ni puede contraer mancha de pecado; ni porque haya quien tenga

autoridad sobre ella, pues es el Reino de Cristo, elevado sobre todos los potentados del mundo: sino porque, según las leyes del orden espiritual, la persecución es prueba de su poder y de sus virtudes; la tribulación, el crisol de su santidad; y la pasión y sangre de los mártires, un riego fecundador. Empero, si la Iglesia es continuo objeto de diferentes ataques, y si los soporta resignada y gustosa, porque así conviene a su mayor exaltación, no por eso deja de protestar, cuál es su poder, su independencia, su supremacía, y obrar a despecho de sus adversarios y verdugos, siguiendo su propia inspiración, conforme a su doctrina, a sus leyes y a su autonomía”.

II

La obra de Fernández Concha más conocida es la *Filosofía del Derecho o Derecho Natural, dispuesto para servir de introducción a las ciencias legales*, y es la obra más notable de la literatura científica chilena. No es más profunda en su género que ella, ni más erudita, la *Gramática de la Lengua Castellana* de don Andrés Bello, y ésta es de orden inferior. Hay diferencia entre los fundamentos de la justicia social y las reglas para hablar correctamente.

La *Filosofía del Derecho* fué publicada en 1877. Fernández Concha era todavía Provisor oficial. En el año siguiente fué nombrado Provicario durante la Sede vacante, cargo que desempeñó mientras duró el gobierno del Ilmo. señor Larraín Gandarillas como Vicario Capitular. Despues hizo un viaje a Europa y, en Barcelona, imprimió la segunda edición de su obra aumentándola considerablemente y

adecuándola para texto de estudio, pues como tal ha servido en la Universidad Católica y en la del Estado.

Todo lo relativo a la moralidad está tratado de una manera absolutamente superior, especialmente la crítica de los sistemas éticos, como ya tuve ocasión de notarlo. Cuando habla del determinismo, una especie de fatalismo, expone y aplica la verdadera doctrina sobre el libre albedrío con suma claridad y sencillez, lo cual manifiesta completo dominio del asunto, porque no es materia fácil sino abstracta y complicada, y, sin embargo, sabe explicarla de una manera que satisface y sin ocasionar en el lector grandes esfuerzos mentales.

Refuta los sistemas erróneos con modo apacible, como el sabio que ve en una deformidad un caso científico curioso cuya explicación bien conoce. En una parte, sin embargo, se enfada. Refutando a Ahrens que desconoce los servicios que ha prestado a la ciencia del derecho natural la filosofía escolástica, demuestra que ésta fué la que demarcó los límites entre esa ciencia y la moral, lo cual no es obra de los modernos como pretende Ahrens. Pero Fernández Concha ama a la filosofía escolástica con el amor entrañable que tiene el verdadero sabio a la ciencia que cultiva, y no sufre que la miren con desprecio o que le roben sus méritos. En el caso a que me refiero, emplea términos que son corrientes en los autores y no significan alteración del ánimo; pero que, en la inalterable moderación de Fernández Concha, son enteramente inusitados y casi puedo asegurar que es la única vez que los emplea. Dice con respecto a la opinión de Ahrens: "pocos errores hay más crasos que éste"; y también: "sólo la *supina ignorancia* de los que la

deprimen (a la filosofía escolástica) . . .” Para él, decir ésto, es como, para otro, dar un puñetazo en la mesa y encarrarse resuelto a todo con el adversario.

Cuando leí ese pasaje, pensé en la impresión que podían ocasionar al señor Fernández Concha las páginas groseras e indignas de un hombre de talento en que Taine, en el primer tomo de su *Historia de la Literatura inglesa*, desahoga contra la filosofía escolástica toda la bilis irreligiosa del materialista más presuntuoso y arrogante. La culpa, sin fundamento, de haber ahogado a la poesía en la Edad Media, escoge algunas de aquellas sutilezas en que cae una ciencia muy estudiada y casi exclusivamente cultivada, sin tocar lo importante y principal de la doctrina; y presenta a Santo Tomás como una especie de resumidero de las más vanas y ridículas cavilaciones.

Siguiendo con la *Filosofía del Derecho*, es particularmente interesante, en la crítica de los sistemas jurídicos, la parte dedicada al individualismo considerado como sistema económico. Fernández Concha tiene gran simpatía por la escuela individualista, reconoce los grandes beneficios que ha prestado y lo mucho que puede esperarse de ella; pero no acepta que llegue hasta el extremo de reducir la acción del Estado exclusivamente a guardar la seguridad general.

Demuestra que la sociedad y la autoridad no tienen su origen en la voluntad del individuo, sino en la naturaleza misma del hombre, el cual está ordenado para vivir en sociedad civil; demuestra que la autoridad es constitutiva esencial de la sociedad, y fundándose en estos puntos, ampliamente desarrollados en diversas partes de su obra, sostiene que la autoridad puede y debe propender a ordenar

la actividad de los ciudadanos conforme a las exigencias del bien común, sin limitarse a ser simple guardián. Ahora bien, cuáles cosas puede tomar a su cargo, el individuo, y cuáles el Estado respetando siempre los derechos del individuo, eso lo dirán las condiciones y circunstancias de cada sociedad.

Nuestro autor nota que los economistas miran la autoridad como elemento puramente económico, siendo así que es elemento de la sociedad y ésta abraza a todo el hombre; y ellos, cuando pretenden fijar el fin de la autoridad y la extensión de sus atribuciones, se salen de su casa y se entran a la ajena, en donde los más cuerdos fácilmente desatinan.

Entre nosotros, el gran periodista don Zorobabel Rodríguez fué discípulo demasiado ardiente de la escuela individualista, y se propasó un tiempo a nivelar y encerrar en un mismo orden, cosas muy diversas entre sí. Obraba con sinceridad y su exceso de celo económico era disculpable, porque estaba estimulado por celo religioso. Rodríguez procuraba que la religión, que en teoría rebajaba hasta ponerla en el derecho común, se escapara de los lazos que la ataban al capricho del Gobierno, fuera libre y progresara en terreno fértil como es el de nuestra sociedad. No debemos olvidar que, en el tiempo en que Rodríguez sustentaba esas teorías, la religión era entre nosotros ridiculizada y perseguida, y no era raro que los que la defendían, en el ardor de la pelea, pasaran la raya de lo debido.

Fernández Concha, cuando habla de la economía política, se manifiesta muy abierto a todo género de progreso y tiene apreciaciones entusiastas sobre la importancia de la

ciencia económica. He aquí un párrafo en que la sintetiza con verdadera elevación:

"Los estudios económicos, dice, ganando más y más en extensión y profundidad, han manifestado, en el mundo sujeto a sus exploraciones, la existencia de leyes naturales con sanciones propias, así remuneratorias como penales, contra las cuales nada pueden ni la voluntad de los Gobiernos ni la de los particulares; por las cuales se halla establecida la armonía de los intereses individuales, y por las cuales se dividen y clasifican los servicios humanos, se determinan los valores y se reglan, en una palabra, la producción y distribución de la riqueza: trascendiendo estos estudios a los demás dominios del orden social, iluminando las cuestiones en ellos ventiladas, y poniendo de manifiesto y comparando el poder y los efectos de la autoridad y los de la libertad, han reparado ya no pocos errores e injusticias, están por reparar muchos otros, señalan a la política de los Gobiernos vías más seguras, más expeditas y benéficas, y van ensanchando la dignidad, la independencia y responsabilidad del hombre en lo que debe ser de su personal dominio".

Estando en Europa, en 1889, publicó su *Teología Mística* en Barcelona.

Aun para los profanos en esta materia, si han leído las demás obras de Fernández Concha, esta de que hablo no carece de interés, porque en ella se desarrollan y profundizan puntos filosóficos considerados suscintamente en las otras, como la parte en que trata de la representación interior del objeto entendido, o sea, del verbo mental, y me

refiero a esto porque su conocimiento es de utilidad para tener idea clara de la filosofía del estilo.

En la *Teología Mística* nuestro autor estudia y analiza los fenómenos extraordinarios que experimenta el alma llevada por vías especiales a la unión con Dios. Pondré un solo ejemplo. En la vida espiritual de las almas, hay fenómenos en que parece que la voluntad ama sin que haya conocimiento. Ahora bien, es ley de la naturaleza que no es posible querer sino lo conocido, es decir, que la acción de la voluntad es consiguiente al conocimiento del bien que se ama. ¿Cómo avenir esos fenómenos con esta ley de la naturaleza? Aquí entra el estudio de las diversas opiniones sobre este punto, el examen de las operaciones del entendimiento y de la voluntad y buscar una solución a las difíciles, no perdiendo de vista la naturaleza de las cosas y que ésta no puede envolver contradicción. Fernández Concha se mueve en ese mundo de entidades abstractas como si estuviera en su propio elemento, y las maneja en la mano y los acerca a la lámpara o a la ventana, para ver más a la luz si en realidad hay en ellos ciertas cosas que otros aseguran. Manifiesta ahí poderosísima fuerza intelectual. Resuelto un punto pasa a otro más hondo, y así hasta examinar los grados más subidos de la contemplación.

Si a un científico de esos que pupulan ahora en todas partes, petulantes, llenos de ciencia abundante y barata, le hablan de estas materias, abrirá espantado tamaños ojos y clamará socorro creyéndose en plena edad media.

En efecto, hay gran diferencia en la manera cómo consideran al hombre la filosofía cristiana, tanto de la edad media como de la época presente, y el racionalismo actual, por-

que en aquélla cultivan la psicología los filósofos y en éste, los autores de dramas y novelas. Por extraño que parezca, son ellos los que analizan el alma humana, los que pretenden dar a conocerla a la juventud, y a las fuentes donde ésta aprende lo que somos.

No investiga, por cierto, la psicología dramática y novelesca si es posible la contemplación pura, esto es, sin ninguna dependencia de las especies sensibles y de la operación de la fantasía; pero hace sútiles disquisiciones pongo por caso, sobre ciertas regeneraciones morales efectuadas por la propia virtud de amores que, entre la gente de sentido común, son llamados criminales. Que una pasión absorba por completo al individuo y lo aparte de todo lo que no es ella, eso se comprende; pero que una pasión mala en su origen, en vez de empeorar al individuo, lo mejore; que una cosa produzca efectos contrarios a su naturaleza, he aquí un punto de la psicología moderna harto más sutil y curioso que muchísimos de la vida mística. Es un caso que anda por ahí muy analizado. Ciento es que el drama o la novela acaba cuando dicen que comienza la regeneración; pero ésta se da por hecha, y el lector científico, que ahí está estudiando la naturaleza humana, lo acepta todo sin inconveniente.

El filósofo investiga el origen de las ideas y su naturaleza, demuestra que el alma humana es substancial, que es simple, que uno mismo es el ser que piensa y siente. En cambio los nuevos psicólogos observan, estudian, examinan y profundizan, con pretensiones filosóficas y trascendentales, los más mínimos pensamientos, móviles e ideas de una

bailarina que, urgida por necesidades de dinero, resuelve dejar a un amante pobre por otro rico.

Y no me digan que estoy confundiendo el arte con la ciencia, porque, lo repito, los dramaturgos y novelistas intentan y creen hacer obra científica y son ellos los que propagan con más eficacia las doctrinas sobre el hombre y la sociedad, y, si uno pregunta con qué objeto se leen esas producciones, casi todos los lectores contestarán que lo hacen por conocer la naturaleza humana y que es lectura muy provechosa. Cándido, el de Voltaire, habría contestado que leía esos libros por excitarse y complacer su imaginación en las lúbricas escenas de que ellos abundan; pero Cándido era ingenuo y no alcanzó a ser científico.

Abundan también volúmenes sobre sistemas filosóficos y obras científicas que, en forma directa o indirecta, propagan falsas doctrinas relacionadas con lo que es el hombre; pero esta especie de obras no circulan sino entre un número de personas relativamente reducido, y, a los que ya están persuadidos por la psicología de los dramas y novelas, sirven para que puedan aparentar que reconocen un sistema filosófico y que rinden homenaje a la razón. Darwin, Renan y Spencer han sido los más universalmente populares en esta materia; pero su influjo va muy a menos, y sus reemplazantes no sobresalen.

La verdad es que la seudopsicología moderna, que mira con menosprecio a la filosofía cristiana, tiene fundamentos nada filosóficos: en lo principal, es una operación táctica de la incredulidad contra la Iglesia. A principios del último siglo estaba muy esparcido el materialismo más descarado; a mediados, hubo una reacción hacia el orden intelectual;

después volvió a aparecer el materialismo, no tanto en la filosofía como en la importancia extraordinaria y exclusiva atribuida al experimento científico; y últimamente se han encargado las novelas y el teatro de borrar la noción de la espiritualidad del alma, presentando al hombre como un ser animado casi exclusivamente por la vida sensible.

Por medio de la instrucción laica, cuyo resultado indudable y seguro es la indiferencia religiosa en el niño, preparan el terreno. Imbuido en la primordial importancia de la ciencia experimental, el joven se siente alejado de todo lo que pueda inducirlo a meditar sobre sí mismo y sobre su verdadero fin, y entonces el teatro y la novela, tal como ahora son generalmente cultivados, vienen a dar el golpe de gracia, mucho más eficazmente que los sistemas filosóficos que tienden a ese mismo objeto.

Que hay esta especie de complot en el campo literario, aun cuando no de una manera consciente por parte de algunos escritores, claro aparece al que examina en conjunto las obras que están en boga y su tendencia general. Infunden ellas la idea de que, en la naturaleza humana no hay más que sensaciones, instintos; que no hay moral y, si la hay, es una lucesilla opaca que nada alumbría; que no existen los deberes pavorosos de la religión; que el fin del hombre es vivir lo más ampliamente y regaladamente que pueda.

Es evidente el empeño en presentar combinaciones voluptuosas no oídas, nuevas, no imaginadas por otros. Buscan la *nouveauté* en lo deshonesto. Y los críticos coadyuvan a tal tendencia, sobre todo los noveles, cuando los ve uno pasmados de admiración, no delante del arte, que ya

eso es secundario, sino delante de la psicología, del estudio, de la ciencia, de los nuevos horizontes que se abren al conocimiento de la naturaleza humana, con el análisis de los actos sucios de una prostituta o de un desvergonzado libertino. Y éstos son los que miran como atraso y añejez el análisis de lo intelectual, de lo racional, de lo que el hombre tiene de noble, y que lo diferencia de los animales.

En fin, esta es la moda actual del error.

Pasará como las otras, y vendrá una nueva no sabemos por dónde. Lo que sí podemos tener por cierto es que los racionalistas del siglo treinta, o del cuarenta o de más allá hasta donde se quiera, repetirán entonces lo mismo que ahora, con profunda y fervorosa credulidad, que ya la Iglesia Católica puede considerarse muerta, que es una institución caduca y que ha cumplido su evolución.

Cuando uno considera el rumbo de la literatura contemporánea, cuando la contemplamos escarbando en el fango, envuelta en un ambiente cargado de miasmas deletéreos, cuando miramos lo más bajo, acude, de rechazo, el recuerdo de lo más alto, de la vida mística, de las sublimes delicias que en ella experimentan las almas "habitadas al aire puro que se respira en la soledad de lo humano", como dice pintorescamente Fernández Concha.

El que quiera conocer esto, no tiene más que leer las obras de los dos grandes maestros de la mística y, por añadidura, del habla castellana: Santa Teresa, y San Juan de la Cruz.

Para comprenderlos bien, es muy útil la *Teología Mística*. En ella son citados con frecuencia, sobre todo Santa Teresa, ya como autoridad o para explicar situaciones es-

peciales. Así uno puede penetrar su espíritu muy adentro, de modo que, después de conocer la obra de que hablamos, volver a leerlos es casi como leerlos por primera vez, porque nos encontramos con cantidad de cosas en que no habíamos reparado.

Aun por lo que al lenguaje respecta, se gana mucho, como es natural, porque entendemos bien lo expresado y podemos apreciar debidamente el mérito de la expresión. Ahí se aprende a decir las cosas más sutiles, los afectos más delicados, los más complicados estados del alma, sin violentar el lenguaje, ni acudir a palabras laboriosamente inventadas ni a frases retorcidas, como algunos usan ahora. El lenguaje castellano, bien conocido y manejado, basta para todo.

No sé verdaderamente que sea posible manifestar la humildad, la abnegación, el amor a Dios, la ingenuidad, la sensatez, la serenidad, una alma entera, en una palabra, como se manifiesta la propia alma de Santa Teresa en las dos páginas del prólogo de *Las Moradas*, y cito esto porque es un trozo corto y completo; pero en cualquier parte de sus obras hay numerosos rasgos de lo mismo. El que lea ese prólogo con despacio y entendiéndolo bien, no puede dejar de sentir una fragancia de pureza, de sencillez, una fragancia de todas las virtudes, como no exhala poesía alguna: le causará admiración que pueda penetrar un alma más claramente que en ninguno de esos presuntuosos estudios psicológicos; y verá cómo en la vida mística, que es el más alto grado espiritual, se realiza, en cuanto es posible en esta vida de transición, la unión con Dios, esto es la consecución del último fin, el reposo firme, seguro, completo

de lo interior, aun cuando la parte sensible sea agitada por los sacudimientos del curso ordinario de las cosas.

La obra de Fernández Concha, no trata de la historia de la mística, sino de lo relativo a la contemplación; pero, por las fuentes experimentales que suele citar, uno halla motivo para afirmarse en la fe, porque es realmente admirable cómo los místicos, desde el principio del mundo hasta ahora, habiendo vivido en épocas tan diversas por todos sus aspectos y habiendo sido llamados por vías diferentes y misteriosas, se reunen sin embargo, en unos mismos puntos, prorrumpen en exclamaciones iguales y experimentan fenómenos de igual especie. Uno siente algo superior, eterno, que no cambia, que une los tiempos; sentimos una misma fuerza que levanta al hombre y le da conocimiento especial de una misma verdad.

IV

En 1903, el Ilmo. señor Casanova nombró a Fernández Concha, Vicario General, y, en 1901, fué preconizado Obispo titular de Epifanía. Poco después fué nombrado miembro del Consejo de Estado.

En 1900 publicó *Del Hombre, en el orden psicológico, en el religioso y en el social*.

En esta obra, nuestro autor ha procurado reunir en un cuerpo de doctrina los principios que, con respecto al hombre, considerado como ser creado para un fin último, había ya aplicado en sus obras de derecho y de teología. *Del Hombre* es como una especie de tríptico: a un lado, el conocimiento del alma humana; al otro, el estado de sociedad

en que el hombre debe vivir por su propia naturaleza; y, en el medio, el cuadro grande, central, ampliamente desarrollado, la religión.

Cada uno de los órdenes en que considera al hombre es materia muy vasta, dilucidada y estudiada durante siglos, de modo que coordinarlos y condensarlos en una sola obra, me parece que sólo podría hacerse convenientemente en un discurso por el estilo del de la Historia de Bossuet, tomando las líneas generales de cada orden, combinándolas entre sí y formando con todas ellas algo como una sola figura que mostrase al hombre, en esta vida de prueba, tendiendo todo entero por su naturaleza hacia Dios, su perfección y último fin; pero libre para obrar o no; y que mostrase al espíritu del mal, al espíritu anticatólico, tenazmente empeñado en apartarlo de la consecución de su último fin, por medio de falsos sistemas religiosos, sociales, políticos morales; por medio de la persecución injusta, ladrona, sanguinaria; por medio de los mil halagos de la sensualidad y de la soberbia; por medio de la vanidad ocasionada por los descubrimientos científicos, y de las presunciones, harto necias, de los que adoran la ciencia experimental.

Tal como ha tratado el asunto Fernández Concha, no ha hecho sino juntar, bajo un mismo título, tres obras distintas relacionadas unas con otras; pero que forman cada una un cuerpo separado.

La primera, el orden psicológico, y la última, el orden social, contienen puntos de metafísica y de filosofía moral que ya habían sido tratados por Fernández Concha en sus obras anteriores, ya con más, ya con menos desarrollo. Hay pocos puntos nuevos: el más importante es el que trata de

la esencia de los cuerpos. De más está decir que, en las dos partes, la exposición de la doctrina es clara, sobria y sencilla.

Lo notable y excelente que hay en *Del Hombre* es la parte de la religión. Al leerla, un católico no puede menos de experimentar satisfacción y, más que satisfacción, verdadero goce viendo a nuestra religión presentada con tan sólidos e incombustibles fundamentos, tan bien defendida de los ataques de la incredulidad y examinada en todos sus aspectos con tanta serenidad, sinceridad y ciencia. La divinidad de Jesucristo, singularmente, está probada en tal forma que ya no puede pedirse más. Y lo mismo digo de las Escrituras, de los Dogmas, de la Revelación, en fin, de todo.

Los racionalistas, que deberían conocer muy bien esto para juzgar si hay alguna religión verdadera, no tienen noticia de tales cosas, ni idea de los estudios profundos ya hechos y de los que se hacen sobre cualquier punto de la religión, y, sin intentar instruirse en asunto de tan vital importancia, siguen aferrados a lo que les permite vivir moralmente a sus anchas.

Un racionalista, por ejemplo, que no tiene el más mímino conocimiento de las lenguas orientales, que no sabe bien cuáles son las lenguas orientales y que de la Biblia no conoce sino lo que aprendió cuando estuvo estudiando Historia en el colegio, si lee a Renan, se encanta con el estilo y, sin más, le encuentra razón en todo: Jesucristo no es Dios, la Biblia es leyenda, el hombre es el resultado de una evolución. Inútilmente le advierten que Renan está refutado, que ha sido acusado de ligereza y de emplear procedimientos anticientíficos, que se funda en hipótesis. Todo es

en balde. El racionalista, sin que él pueda decir que le consta personalmente, porfiá que Renan comprueba lo que afirma, y que lo otro son falsedades, cuyo conocimiento es innecesario. Nada hay más común que encontrar personas con ideas bien definidas sobre materias que ignoran completamente.

Contando con esto, aparecen de cuando en cuando sabios encargados de combatir a la Iglesia: el sabio orientalista, a quien corresponde descubrir en el último rincón del oriente un manuscrito o piedra con ciertas leyendas, de las cuales resulta que hubo por allá en tiempos remotísimos, un Cristan, hijo de una virgen, y de ahí viene la leyenda de Cristo; el sabio naturalista, que encuentra el cráneo del intermediario entre el mono y el hombre; el sabio geólogo, que, con una combinación de fósiles y de épocas, formaciones y terrenos geológicos, demuestra que la cosmogonía bíblica es completamente falsa.

No bien llegan los rumores de estos descubrimientos periódicos, los racionalistas los acogen como cosa cierta, comprobada, irrefutable. Se comunican unos a otros la noticia, la comentan con gravedad y se felicitan mutuamente de que ya tengan un dato experimental irredargüible acerca de la falsedad del catolicismo. Luego llegan fotografías, y estamos delante de un hecho evidentísimo.

Pasa un poco de tiempo, y comienza el asunto a anularse: el sabio anduvo muy apresurado, hay puntos oscuros y aun contradictorios en sus explicaciones, la cosa no tiene importancia alguna, hay más invención que descubrimiento, las fotografías no aseveran nada sino la figura de lo que alguien quiso poner delante de la máquina foto-

gráfica. Así lo prueban sabios católicos y sabios enemigos de la religión, fastidiados éstos últimos de la gloria que pretende para sí el otro. Y aquello va pasando, se destiñe, luego queda olvidado. Pero el racionalista no vuelve atrás: cree que la inteligencia humana ha dado un paso hacia la verdad aún con este error, y espera confiado en un descubrimiento que irremediablemente ha de venir.

El católico cree y confiesa que su religión es la única verdadera: no necesita conocer otra. El racionalista debe estudiarlas una por una. Mientras tanto, la Iglesia resiste a todos los ataques, y este hecho experimental, extraordinario, no es tomado en cuenta por ellos; pero no por eso es menos admirable. Con razón Fernández Concha considerando la estabilidad de la Iglesia exclama:

"Sin alterarse y sin conmoverse, ha visto perecer multitud de Estados y de Gobiernos; ha visto pasar multitud de instituciones políticas o sociales y venir otras a reemplazarlas; ha visto al mundo cambiar de faz muchas veces, sin padecer menoscabo en la integridad de su doctrina y de su constitución; ha contemplado el continuo desenvolvimiento intelectual de la humanidad civilizada, el gran progreso de las ciencias naturales, el adelantamiento del arte de gobernar y de las legislaciones. Está salva y robusta y se dilata por nuevos espacios. Si un tiempo se levanta contra ella, no tarda mucho en venir otro de reacción en su favor. Si se la arroja de unas partes se propaga por otras: sin cesar predica el Evangelio y convierte nuevas muchedumbres. Reconcílianse con ella no pocos de sus más insignes adversarios, de sus adversarios de la política, de las ciencias y de la literatura. Jamás ha contado con un número de hi-

jos mayor que el de hoy día, después de tan grandes y no interrumpidas persecuciones. Navega por los mares del mundo sin que las continuas tempestades la hagan nunca zozobrar: sigue con marcha triunfante por entre los escollos y los peligros. Está viva, sin señales de muerte; y, al contrario, sus pasadas victorias son signo manifiesto de immortalidad. Si pudiera perecer, ya habría perecido; si no ha perecido antes de hoy, no perecerá después, porque no hay adversidad posible, ni de parte de los hombres, ni de parte de las cosas, ni de parte del tiempo, que ya no haya experimentado, y los hechos han manifestado que ninguna es capaz de aniquilarla".

Después del tratado *Del Hombre*, no ha publicado Fernández Concha sino una traducción del libro del P. Hermann *Mariología*, con un apéndice sobre San José. También debemos mencionar, y es verdaderamente timbre de gloria, que fué el autor del *Sínodo Diocesano*, promulgado por el Arzobispo señor Casanova.

Fernández Concha es el entendimiento superior más poderoso y sano de nuestra literatura; pero no corresponden a ese grado intelectual sus facultades literarias. Es convincente, pero no es persuasivo. A su ciencia vasta y profunda, a su percepción clara de las cuestiones por abstractas que sean, a la dulzura y pureza del alma que se desprende de todo lo que ha salido de su pluma, no une, salvo en muy contadas excepciones, vivacidad, algo de imaginación, vistazos al mundo y a la sociedad, toques ligeros u oportunos, arranques imprevistos, en suma, lo que da simpatía al estilo, y hace que el autor entre en el lector y que el lector se apropie al autor.

Le falta lo accidental; pero que es de importancia, sobre todo en la época presente, en que tanta influencia tiene, para propagar las doctrinas, la manera de decir las cosas. Podrá advertir alguno que, en materias tan trascendentales, eso no debe tomarse en cuenta. Así debería ser; pero lo toman, y el que puede contentar en esto al público y atraer así lectores, cuenta con un mérito muy apreciado.

Tenía ese mérito el filósofo más grande y popular de estos últimos tiempos, el insigne Balmes. No me refiero a obras que, por su materia, son interesantes y aun amenas como *El Criterio* y *El Protestantismo*, sino a obras como su *Filosofía Fundamental*. Aun cuando trata puntos los más abstractos, hay en su estilo algo que es fuerte, nervioso, no sé qué empuje que a uno lo coge, lo contagia y como que lo obliga a tomar partido, por la doctrina que expone.

Esto es lo que falta a Fernández Concha, y voy a poner un ejemplo. Antes de tratar el misterio de la Encarnación del Verbo, en *Del Hombre*, tiene una corta introducción que comienza así:

"Sin embargo, hay entre los misterios cristianos otro que nos da razón cumplida de la representación de la especie humana por Adán y hace brillar ante nuestros ojos las inenarrables perfecciones de Dios, su sabiduría, su justicia, su bondad. Es el misterio de la Encarnación del Verbo Divino: la asunción de una naturaleza humana hasta componer una sola persona con el Hijo de Dios, obra de la mayor magnificencia en ciencia, sabiduría y bondad, ha sido decretada en vista de la caída de los hombres . . ."

Balmes, en la obra citada, toca el mismo punto y tiene también una breve introducción que dice así:

"Hay en la Religión Católica un misterio que la Iglesia celebra con ceremonias augustas, y que el cristiano adora con fe y con amor. El incrédulo ha visto el tabernáculo sacrosanto y, sonriéndose con desdén, ha dicho: "He aquí un monumento de superstición; he aquí al hombre adorando el absurdo". No siendo ésta una obra teológica sino filosófica, podría prescindir de responder a las objeciones de la incredulidad; pero la ocasión me parece tan oportuna para soltar dificultades levantadas por la superficialidad y la ligereza, que no puedo menos de aprovecharla".

Salta a la vista el movimiento del estilo y cómo se manifiesta la personalidad del autor: éste se inclina reverente en presencia del altísimo misterio y al punto se vuelve a los que lo desconocen y, bien seguro de lo que va a decir, los provoca con ademán desdeñoso. Esto parece insignificante y no lo es. Balmes toca la cuerda humana, atrae, despierta afectos. Fernández Concha se aisla, no mira en derredor suyo, no atiende a la época en que vive y sólo se aplica a desenvolver su tesis de una manera clara y bien fundada.

Pero es preciso reconocer que siempre es sincero, noble y correcto. Nunca intenta hacer frases. Expone con cuidado lo que dice y nada dice que no le brote espontáneamente. Carece de condiciones para ser popular; pero las tiene sobradas para instruir plenamente en las verdades que más importa al hombre conocer: lo que él es, con qué objeto ha sido creado y qué relaciones lo ligan con su Creador.

ABDON CIFUENTES

COLECCION DE DISCURSOS, 3 TOMOS, 1916

I

Los discursos de don Abdón Cifuentes, considerados en conjunto, son dignos de nota por su aspecto literario; pero, sobre todo, manifiestan un carácter moral, una abnegación excepcionalmente vigorosa y activa, muy rara en una sociedad como la nuestra, siempre apasionada por las incidencias de la vida política y en extremo apática para el bien público.

Los primeros que pronunció, casi en la adolescencia, y los últimos de su ancianidad, briosa y despejada como pocas, están animados por un mismo espíritu. Decía en 1878, cuando se inauguraba una Convención Conservadora en una época bastante triste para la Iglesia y el partido: "Catholicismo y libertad, digo yo también, señores; adhesión inquebrantable a la fe de nuestros padres y a las libertades públicas, tal es el compendio de nuestra profesión política".

Esta profesión no ha sido en Cifuentes la simple expre-

sión de un propósito, de una creencia, sino verdadero objeto y fin hacia el cual ha dirigido los esfuerzos de su vida entera. Despertar a los católicos, ilustrarlos acerca de sus derechos, unirlos para que sean fuerza eficaz, librarlos de la opresión del liberalismo irreligioso, incitarlos a que conquisten su libertad y defiendan valientemente a la Iglesia, tal ha sido el principal y casi único objeto de sus discursos en las Cámaras, en las reuniones políticas y aun en las sociedades literarias.

Alguien puede pensar que, en esta materia, no habría aquí mucho que hacer, ya que estamos en República y la mayoría profesa la religión católica; pero los discursos de Cifuentes, reflejo fiel de sus esfuerzos y trabajos, nos manifiestan que había y hay todavía muchísimo que hacer.

Nacido en 1836, comenzó a figurar como profesor y periodista en una época en que los católicos descansaban satisfechos con el orden establecido. Veían el hogar cristiano, la piedad en el pueblo, la religión católica reconocida por la Constitución política, el respeto del Gobierno en las ceremonias religiosas oficiales. Pero no percibían el hervor del liberalismo irreligioso que, nuevo todavía, exaltado y ajeno a la práctica, proclamaba doctrinas extremadas, violentas, atropelladoras, sin consideración alguna a lo existente.

Los prelados daban la voz de alarma; pero tenía poco o ningún eco en una sociedad confiada, que consideraba cumplida su misión con la simple observancia religiosa, y que no daba importancia a los ataques más y más desembozados de la prensa liberal. Llegaron éstos a tal punto que los pastores de la Iglesia necesitaron buscar, entre los segla-

res, personas de espíritu apostólico y de suficiente preparación y aptitudes literarias, para salir en la prensa al frente de los liberales. De los primeros elegidos fué don Abdón Cifuentes.

De espíritu propagador, muy instruído y estudioso, de palabra y pluma fácil, lo movía particularmente una especie de caridad hacia el individuo considerado, no sólo con respecto a sus necesidades materiales, sino como miembro social, y esa caridad lo llevaba a ocuparse en el porvenir, el progreso, los derechos y los deberes del pueblo. Tuvo desde temprano y por natural inclinación, espíritu público, y previó necesidades sociales que entonces no se advertían, o no parecían dignas de consideración.

Entre los discursos de Cifuentes está intercalado un relato escrito en su juventud, sin asomos de pretensión literaria, y de tal sinceridad que se lee con la placidez que ocasiona un buen ejemplo, o una acción buena hecha con sencillez e ingenuidad. Con un amigo suyo, miembro de la Sociedad de San Vicente de Paul, visita a varios pobres; se suceden cuadros de miseria, de angustias de infelices que no tienen qué comer. Los compadece y muestra el consuelo en la resignación cristiana; pero también busca el remedio en la adopción de medidas sociales.

Ve, por ejemplo, en una miserable habitación a unos pequeñuelos que están solos sin que nadie los cuide. La madre ha salido a mendigar y no tiene a quien confiar sus hijos. Los dos amigos piensan en que la Providencia vela por ellos. "No quiere esto decir, agrega el relato, que no sería mejor, mucho mejor, que hubiera alguna casa, alguna asociación protectora de la infancia que se encargase del cui-

dado de niños como éstos. Hace falta una sociedad de esta clase". He aquí enunciada, hace más de cincuenta años, la idea de la Sociedad Protectora de la Infancia que ahora es tan popular.

Nota que casi todas las personas socorridas por la Sociedad de San Vicente de Paul son mujeres. Esto lo hace meditar en el porvenir de ellas, en los numerosos oficios en los cuales podrían reemplazar con ventaja a los hombres. "Conviene, pues, dice, abrir caminos a la industria de la mujer; urge que la educación deje de ser el patrimonio de las clases acomodadas y descienda a las masas; urge ilustrar a la mujer, no sólo con el fin de darle aptitudes para que sepa ejercitar su ingenio y actividad en honestos y lucrativos oficios, sino para destruir las mil preocupaciones que reinan en la sociedad".

Estas ideas tan racionales y que ya se están adoptando aquí desde hace algún tiempo, parecían entonces poco menos que simples extravagancias; pero Cifuentes no se arredaba por esto. En un discurso leído en la Sociedad de San Luis en 1865, sostenía francamente el derecho electoral de la mujer, punto que sólo ahora comienza a ser tratado entre nosotros.

Al terminar su visita a los pobres, se siente fortalecido, mejorado, casi santificado por la caridad. "He visto prácticamente, dice, cómo el cristianismo acerca los ricos a los pobres y cómo reconcilia a los pobres con los ricos... He visto resuelto por los más dulces lazos, como son los del amor, el pavoroso problema social que agita y conturba a tantos pueblos".

El relato al cual me refiero, es el único documento de ca-

rácter íntimo, diré así, que ha publicado Cifuentes, y me ha parecido conveniente detenerme en él porque manifiesta rasgos característicos del autor. Por lo que he citado, vemos que la tendencia propia de nuestro orador es el progreso inmediatamente fundado en la religión, en la caridad, en la justicia: es el progreso moral. Esto lo distingue de otros colaboradores eminentes que luego tuvo en el partido conservador. Don Manuel José Irarrázaval procuraba en particular el progreso de las instituciones políticas. Don Zorobabel Rodríguez, el progreso administrativo y económico. Don Carlos Walker Martínez buscaba el triunfo de todos esos ideales, conquistándolos en valiente lucha contra el liberalismo opresor. Cada uno contribuía con sus aptitudes especiales a la consecución del fin común: catolicismo y libertad.

La educación de la juventud atrajo desde muy temprano a Cifuentes: esa es la edad apropiada para asentar las bases de la moral. Profesor desde muy joven en el Colegio de San Luis, pasó a serlo en el Instituto durante muchos años, y ahora mismo, a pesar de su avanzada edad, es profesor de Derecho en la Universidad Católica. En 1855, en la distribución de premios del Colegio de San Luis, pronunció un excelente discurso sobre la Religión y la Ciencia, que es el primero de la colección. En él manifiesta aptitudes oratorias sobresalientes, elocución fácil, calor, solidez, convicción profunda.

Estas cualidades pronto se desarrollaron y fortificaron, bien que experimentando ciertas modificaciones. Sobre todo en los discursos pronunciados en el Congreso, casi todo lo llena la argumentación. Cifuentes es impetuoso, un tanto

a la manera de Donoso Cortés; pero faltan los conceptos que condensan el raciocinio y le dan energía, y falta la imagen que los hace penetradores. Creo yo que su tendencia oratoria es debida a influencias de las cuales habría sido muy difícil substraerse.

A más de profesor, era abogado y ejercía con actividad la profesión. Estas dos carreras tienen que influir precisamente en las condiciones oratorias, en la manera de concebir las cosas y de expresarlas.

El abogado atiende más que a nada a la prueba, a la refutación, a los fundamentos del derecho alegado. Analiza, desmenuza, insiste, da relieve a lo importante, agrupa lo débil. Necesita a menudo extenderse más de lo debido, aunque no quiera, para complacer al cliente, al cual nunca le parece bastante la insistencia en los argumentos, sobre todo en los que a él se le han ocurrido. En esta colección hay dos alegatos en causas que tuvieron resonancia. Esos alegatos participan de la animación oratoria, así como los discursos políticos participan de la argumentación jurídica.

El profesor es circunspecto, prolíjo, amolda las explicaciones a la capacidad de sus alumnos y las reviste de cierta gravedad. Algo de esto se advierte en Cifuentes. Y en el profesor de Historia tienen evidentemente origen los recuerdos de hechos o anécdotas de la historia antigua que muy a menudo aparecen en sus discursos. En ocasiones, son rasgos oportunos; pero en otras, detienen el impulso oratorio, y, en vez de ilustrar o amenizar el asunto, esas tranquilas reminiscencias de cosas tan antiguas forman contraste con las materias del día tratadas con vivo interés y vibrante entusiasmo. Sin embargo, en el conjunto, a todo

se sobrepone su sinceridad profunda, la energía en defensa de la verdad y de los derechos, el estudio concienzudo de la materia y el valor para proclamar sus opiniones.

II

Elegido diputado al Congreso Nacional, Cifuentes no tomó, salvo raras ocasiones, participación en los debates ordinarios, porque no le dejaban tiempo sus ocupaciones; pero entraba sin vacilar en la discusión cuando era atacada la Iglesia o veía un peligro para las libertades públicas.

En 1868 en la Cámara refutó algunos conceptos anticristianos del diputado don Domingo Arteaga Alemparte, manifestados incidentalmente en una acusación a la política gubernativa de esa época, que era liberal conservadora. Este la acusaba, entre otras cosas, de amparar la formación de un partido católico o, como decían entonces, clerical o ultramontano.

No había tal amparo, sino que simplemente los católicos comenzaban a reunirse, a animarse y a sacudir su inercia. El liberalismo exaltado estaba representado en la Cámara por una minoría que, si bien muy reducida, era compuesta de hombres estudiosos, inteligentes y populares, los cuales miraban a los católicos con humos de superioridad aplastadora, y los trataban como a cosa insignificante y buena para nada; pero capaz de convertirse en peligro público.

Cifuentes, oponiendo el evangelio de Cristo al evangelio republicano de Arteaga, replicó de la manera más brillantes, oportuna e irredargüible. Los de la minoría quedaron sorprendidos al encontrar un verdadero orador que

les hacia cara con una impetuosidad, franqueza y preparación a la cual no estaban acostumbrados. No sólo deshizo los argumentos de Arteaga, sino que ensalzó con fervoroso entusiasmo a la religión, e hizo una solemne protestación de fe, acto en esos tiempos de verdadero coraje y necesario, por otra parte, para levantar el espíritu de los católicos.

Don Domingo Arteaga es una muestra notable de las aberraciones a que puede llegar el hombre cuando se deja llevar por el espíritu antirreligioso. Descollaba como humanista, poeta, escritor, crítico. Era entendido en todo género de conocimientos, aun comerciales. Pero tenía a la religión un odio profundo, y ahí real y verdaderamente perdía los estribos. He leído el discurso al cual replicaba Cifuentes. He aquí una pasaje bastante característico:

“El sacerdote, decía, es bueno para formar hombres virtuosos; pero no buenos ciudadanos. Allí donde el desprecio del mundo forma la perfección del alma, no se puede ir a buscar las cualidades del ciudadano. Allí donde se dice que, cuando se recibe una bofetada, se debe poner la cara para recibir otra, no pueden ir a tomar lección los que deben corresponder a una bofetada con otra y morir, si es preciso, en defensa de la patria”.

Que un incrédulo ignorante, un demagogo, un periodista de mala fe, acepte interpretaciones absurdas de los libros santos, y saque de ellas consecuencias contrarias a la verdad, a la historia, al buen sentido, no es de extrañar, lo vemos todos los días. Pero que haga esto un hombre de la mayor cultura, parece increíble.

¿Qué diría Arteaga si hubiera vivido ahora? Vico Mantegazza, en el tomo tercero de la *Historia de la guerra mun-*

dial, que está publicando, trata de la Francia, y dice lo siguiente, confirmado por las noticias publicadas en los periódicos:

"Mucho se habló entonces (poco después de la batalla del Marne) del renacimiento del sentimiento religioso, y del llamado desquite del clero, el cual, hostilizado de mil modos por las leyes de la República atea, bajo Combes y otro de sus sucesores, obró como si quisiera vengarse noblemente dando en todas partes, ya como soldado en el campo de batalla, ya defendiendo al pueblo en las regiones invadidas por el enemigo, los más nobles ejemplos de valor y abnegación.

"Cuando se llevó a cabo la separación de la Iglesia y el Estado, fueron obligados a hacer el servicio militar como todos los demás, y, tratados sin consideración alguna, se burlaban de ellos y los llamaban con el apodo de "sac-au-dos".

"No bien estalló la guerra, esos "sac-au-dos", en las filas del Ejército, como simples soldados, despertaron la admiración de sus compañeros y la gratitud de la nación. Infinitos son los hechos valerosos que ejecutaron, arrojándose entre los primeros a lo más recio de la pelea para animar a los otros, inmediatamente después de haber dicho la misa o de confortar y dar la extramaunción a un moribundo. O bien se sacrificaban con alguna heroica mentira, como aquel Cura de una aldea del Norte de Francia, el cual, en vista de la amenaza que hizo un capitán alemán de incendiarlo todo si no denunciaban al que había disparado contra sus soldados, se adelantó y declaró que él había sido el que había disparado, y al punto fué fusilado.

"Un sacerdote soldado, gravemente herido, se arrastra con esfuerzo sobrehumano para acercarse a otros heridos como él, a los cuales apenas queda un soplo de vida, y una vez a su lado les dice: "Soy sacerdote. Os doy la bendición". Y muere cumpliendo hasta el último suspiro sus deberes de sacerdote, después de haber cumplido los deberes de soldado".

Y el Cardenal Mercier, en su famosa Pastoral, dice:

"La Religión de Cristo impone el patriotismo como ley: nadie es cristiano perfecto si no es perfecto patriota".

Volvamos a Cifuentes. En 1869, los Obispos chilenos debían asistir al Concilio, y el Gobierno solicitó del Congreso una subvención de cinco mil pesos a cada uno para los gastos de viaje. Naturalmente, los de la minoría aprovecharon la ocasión para promover cuestiones teológicas y atacar a la Iglesia. Encabezó el ataque Lastarria, y lo ayudaron don Domingo Arteaga, don Manuel A. Matta, don B. Vicuña Mackenna. He recorrido esos debates, y me maravillo de que los que aquí atacan a la religión nada progresan en esta materia.

Los discursos pronunciados últimamente en la Cámara contra el catolicismo, en nada se diferencian, por lo que toca a la forma de la argumentación, de los que entonces pronunció Lastarria.

Lo primero, respeto profundo a todas las creencias. Nadie piensa atacar a la Iglesia. Pero los católicos, ni siquiera el Papa, siguen la doctrina de Cristo, y por eso ellos van a aclarar las cosas, y a desenmascarar a los que se escudan con el nombre de católicos y con la venerable religión para medrar en política, en la sociedad y en todo. Y comienza

la confusa revista de Papas, concilios, canonistas, teólogos, el *Syllabus*, la Inquisición, el despotismo y la ignorancia amparados por la Iglesia, todo esto ahogado en un mar de palabras, de frases declamatorias, interrogatorias, sembrado de declaraciones e interpretaciones dogmáticas.

Salta a la vista que toda esa historia eclesiástica, toda esa teología y hermenéutica, es tomada a escape de encyclopedias impías, y de esa literatura antirreligiosa de medio pelo que, en los escaparates de sórdidas librerías, se exhibe mezclada con obras pornográficas.

Nuestro orador estaba en su elemento: en el terreno histórico, en la defensa de la Iglesia. Hizo pedazos, como suele decirse, los argumentos de Lastarria. Le probó errores de siglos en las fechas, errores históricos mayores de marca, errores de doctrina. Hasta le probó que había entendido ciertas proposiciones del *Syllabus* al revés de lo que ellas decían.

Lo que más le dolió a Lastarria fué que su adversario le demostrara que ni siquiera sabía bien lo que era la Iglesia, es decir, que ignoraba cosas elementales del catecismo. Como presumía saberlo todo, lo sacó de quicio que lo exhibieran como ignorante de cosas que hasta los niños sabían, y con mucho acaloramiento procuró manifestar que conocía perfectamente el catecismo.

Cifuentes fué reconocido como valiente campeón de la Iglesia y como el primero de los oradores del partido conservador. Los diputados de la minoría se vieron obligados a respetarlo y a estimarlo, por lo menos, casi a la altura de ellos.

Cuando subió a la Presidencia de la República don Fe-

derico Errázuriz Zañartu, fué nombrado ministro de Instrucción el 18 de septiembre de 1871, y entonces procuró ejecutar un proyecto que abrigaba hacía tiempo y en el cual cifraba grandes esperanzas de progreso para la república: la libertad de enseñanza. Como profesor del Colegio de San Luis y del Instituto, había conocido por experiencia propia lo que era el monopolio, y se propuso trabajar en destruirlo.

"Os declaro, señores, decía en la Cámara, que cuando presenciaba las irritantes injusticias, los detestables abusos, los males inherentes a ese absurdo sistema; cuando veía el monopolio convertido en mercado de favores, en fábrica de ridículas soberanías y de omnipotencias opresoras; en máquina de guerra o de favoritismo, en instrumento de opresión y servidumbre; cuando saboreaba sus amargos frutos, hice, señores, desde muy joven, conmigo mismo, un pacto solemne, sagrado de trabajar por su exterminio y de pelear sin descanso por la libertad de la enseñanza".

A mi modo de ver, este monopolio se introdujo sin que nadie lo advirtiera. La Constitución no lo establece. La ley de noviembre de 1842 que creó la Universidad de Chile, le encargó la inspección de los establecimientos de educación particular, y ordenó que el rector confitiera los grados de bachiller y licenciado, y que, para optar a cada uno de estos grados, era necesario rendir un examen público. No disponía otra cosa sobre exámenes.

Cuando se dictó esta ley, tuvieron sin duda presente a la Universidad francesa creada por Napoleón para someter la enseñanza a un mismo régimen y dirigirla según su voluntad. Sin embargo, no creo yo que nuestros legisladores abrigaran el propósito deliberado de implantar un mono-

polio. El reglamento dictado para esa ley era de minuciosidad excesiva en cuanto a la inspección de la enseñanza particular; pero nunca lo pusieron en práctica. Este hecho manifiesta que había en la ley el espíritu de imitar un modelo que consideraban apropiado a las circunstancias, y no un propósito realmente monopolista.

Es casi seguro que no pensaron ni en libertad ni en monopolio. No había Universidad alguna, no había indicios, ni siquiera la posibilidad de que pudiera fundarse otra a más de la del Estado.

Los legisladores de 1842 legislaron para su época, como lo hacen todos. Cuando los tiempos cambian, son modificadas las leyes, según lo vemos a diario. Una ley que se pone en casos en que nadie piensa, origina confusión y da margen para interpretaciones erradas. Racionalmente no debemos culpar a los legisladores de 1842 de haber establecido un monopolio. Los que en realidad lo han establecido son los legisladores que, habiendo cambiado los tiempos y las circunstancias, se han negado a modificar las leyes según los tiempos y las circunstancias.

En cuanto a la forma más irritante del monopolio, más abusiva e injustificada, ese monopolio de los exámenes de los colegios particulares para pasar de un curso a otro, no lo estableció como queda dicho la ley de 1842. Pero sucedía entonces una cosa. A más del Instituto, había pocos colegios particulares, y éstos, para dar mayor autoridad a los exámenes y siguiendo una costumbre adoptada, llevaban sus alumnos al Instituto para que ahí los rindieran. Ese establecimiento era con mucho el más reputado y a todos inspiraba la mayor confianza.

Ahora bien, cuando llegó el caso de aplicar la ley de noviembre de 1842, al año siguiente, el Consejo de Instrucción consultó al Gobierno acerca de la validez de los referidos exámenes. El ministro don Manuel Montt contestó que no necesitaban ser presenciados por comisiones de las Facultades de la Universidad, como se exigía para los exámenes requeridos para los grados, "bastando para su validez, dice la nota, que sigan rindiéndose, como hasta ahora, ante el Rector y profesores del Instituto Nacional".

Me parece probable que don Manuel Montt sólo pensó en mantener lo que ya existía, en aprobar oficialmente lo que se hacía por la costumbre. Y como no hubo innovación alguna, esta medida no levantó la menor protesta, ni nadie creyó en la implantación de un régimen de monopolio.

Pero cambiaron los tiempos y las circunstancias. Llegaron congregaciones religiosas destinadas a la enseñanza y le dieron grande impulso. Por otra parte, comenzó la propagación de ideas liberales exaltadas, hostiles a la religión y tuvieron eco entre algunos profesores del Instituto, los cuales bien comprendieron que tenían en sus manos, como examinadores, los medios de influir en la dirección de la enseñanza, de ejercer presión en los colegios particulares y también de aprovechar estas ventajas en beneficio propio. Hubo severidad inusitada para los colegios de congregaciones religiosas. Hubo examinadores extremadamente benévolos con alumnos a quienes servían de pasantes y con los hijos de personas influyentes, y rígidos con los otros. Un liberal anticatólico, don Diego Barros Arana, llegó a ser rector del Instituto, se esforzó en consolidar la influencia de ese establecimiento, en ser el árbitro de la en-

señanza y marcarle rumbo conforme a sus ideas, todo con el pretexto de la seriedad de los estudios. Hubo protestas; pero tanta era la fuerza de la costumbre, que se reclamaba de los abusos y no del sistema.

Cifuentes comenzó a mover la opinión. En la prensa, en el club, en las reuniones, procuraba demostrar que, por lo menos en la instrucción secundaria, ese monopolio no tenía base legal y carecía de razón de ser, puesto que el examen exigido, para el bachillerato era suficiente; probaba que ese monopolio estancaba la enseñanza, y que sólo servía en buenas cuentas como instrumento para propagar entre los estudiantes ideas políticas y sociales, alejar la competencia y conseguir con la opresión lo que no se obtendría con la libertad. Esto sin contar que los exámenes de los colegios particulares, cada vez más numerosos, dificultaban las clases del Instituto y distraían a los profesores de sus ordinarias tareas. Lo que sostenía era tan cierto que todos le hallaban razón.

III

En tales circunstancias, Cifuentes entró al ministerio de instrucción pública. Desde los primeros días, fiel a su promesa, de luchar por la libertad de enseñanza puso manos a la obra. Halló dificultades entre sus mismos colegas de gabinete liberales. Para el liberalismo, la libertad de enseñanza ya no era asunto de progreso de la enseñanza, sino de predominio político; pero la tenacidad de Cifuentes consiguió algo que era de mucha importancia. En enero de 1872, dictó un decreto muy bien fundado, el cual disponía

que los exámenes que se daban en el Instituto, debían en adelante rendirse en los establecimientos respectivos, y que eran válidos para optar a los grados universitarios, con tal que cumplieran ciertos requisitos.

Naturalmente, para Barros Arana, esto fué un cataclismo. Ya no podía ser árbitro de la enseñanza, ni encaminarla por la fuerza hacia el liberalismo irreligioso. Habló más que nunca de la seriedad de los estudios, y organizó un núcleo de resistencia al ministro de Instrucción, en el mismo Instituto, con profesores y hasta con alumnos. Estos últimos se sublevaron dos veces. Una comisión investigadora, elegida entre las personas más respetables e importantes, muchas de las cuales eran amigas de Barros Arana, comprobó su ineptitud para dirigir un establecimiento de enseñanza, y fué separado del puesto. Según lo he oído a persona muy autorizada, ese informe, del cual no quedó copia en el ministerio, fué llevado a la Cámara y ahí desapareció. Tenía, entre otras, las firma de don Antonio Varas.

Pero los liberales, que habían ganado mucho terreno en el Gobierno hasta el punto de que muy pronto iban a contar entre ellos al Presidente de la República, no quisieron perder el concurso de Barros Arana. Le acomodaron una especie de supervigilancia en la instrucción, y mientras hablaba de la seriedad de los estudios, pudo seguir azuzando la oposición contra el ministro y desprestigiando el decreto que había libertado a los colegios particulares de la tutela del Instituto. El y sus correligionarios exageraron abusos fáciles de corregir, e inventaron otros. Decían que aquello era un feria de exámenes, la ruina de la enseñan-

za, el triunfo de la ignorancia de los padres de familia. Peligraba el porvenir de la patria. El Gobierno, que deseaba deshacerse luego de los conservadores, dejaba subir la marea, y aun parece que la fomentaba ocultamente.

En verdad, no hubo ni ruinas, ni triunfos, ni peligros. Lejos de eso el comienzo de libertad obtenido por Cifuentes, dió nuevo impulso a la enseñanza: se fundaron colegios, se mejoraban los textos de estudios, se ensayaban nuevos sistemas. Pero las horas del ministro conservador estaban contadas. La campaña en contra suya aumentaba rápidamente. Alumnos de colegios fiscales, azuzados por sus profesores, organizaron un asalto al domicilio del ministro de Instrucción. La policía, ayudada por soldados de un cuartel vecino, los dispersó.

¿Qué irritaba a los estudiantes de colegios fiscales? ¿De qué protestaban? De que los demás estudiantes disfrutaran también de las mismas ventajas que ellos gozaban: rendir los exámenes en sus propios colegios, y ser examinados por sus propios profesores. Es decir, que protestaban de que no fueran considerados como alumnos privilegiados, de que no fueran oprimidos los estudiantes de otros colegios. A su edad, no podían tener, en realidad, otros motivos. Tal era la educación cívica de Barros Arana, tales eran los nobles sentimientos que inspiraban a la juventud.

No hay que decir que, después del asalto, vino la interpelación en la Cámara.

La interpelación, que sólo era un pretexto para derribar al ministro de Instrucción, fué iniciada por Guillermo Matta, poeta mediocre que en su tiempo gozó de cierta fa-

ma, en un discurso con notables visos de ridiculez. Cifuentes aparecía convertido en un malvado, de la más refinada malicia. Había hecho sablear sin piedad y con premeditación, a unos niños encantadores, que se habían encontrado reunidos cerca de su casa.

“¡Las cabezas rubias, exclamaba el diputado poeta, los ojos cristalinos, los labios ingenuos, los corazones inocentes, convertidos por obra y gracia del señor ministro de instrucción pública, en peligrosos delincuentes, en pavorosos asesinos, en perversos incendiarios! Todos esos niños, encanto a veces, y zozobra de los padres cariñosos...”

Sobre la marcha replicó el ministro. Refirió sencillamente lo acontecido, y dejó en descubierto la poesía mediocre de Matta, aplicada a lo que fué un verdadero asalto de domicilio, con gritería canallesca y obscena, vidrios rotos, perdidas a los policiales, contusos, cabecillas arrestados.

El debate ocupó varias sesiones, porque Matta formuló un voto de censura al ministro de instrucción pública, por su dirección de la enseñanza. Tomaron parte en la discusión los liberales más conspicuos, todos en contra de Cifuentes, el cual fué defendido por los conservadores, y se defendió con brillo él mismo, atacando valientemente el monopolio, probando su ilegalidad e injusticia y proclamando las ventajas de la libertad de enseñanza.

Cifuentes triunfó, porque el voto de censura fué rechazado por considerable mayoría; pero pocos días después se retiraba del ministerio, en el cual se veía aislado y sirviendo de estorbo para una nueva política francamente liberal.

El liberalismo, dueño exclusivo del gobierno, procuró cuanto antes reparar el daño que había hecho al monopo-

lio el decreto de Cifuentes, y borrar esos vestigios de libertad que podían servir de mal ejemplo.

Con este objeto, en ese mismo año fué presentado un proyecto de ley de instrucción pública. Su discusión en ambas cámaras, duró algunos años: mientras tanto se dispuso que los exámenes de los colegios particulares se rindieran ante comisiones universitarias. Y volvió Cifuentes a combatir el monopolio, a insistir en sus argumentos y reforzarlos, a pesar de que sus esfuerzos por la libertad de enseñanza eran cada día más infructuosos.

IV

Luego el gobierno hostilizó abiertamente a la Iglesia y trató de aplastar al partido conservador. Cifuentes, mientras pudo levantar su voz en la Cámara, a la cual pronto no pudieron entrar los conservadores alejados de ella por la fuerza bruta y el fraude descarado, siguió luchando por las libertades públicas, la libertad de asociación, la libertad parlamentaria. Pero, al mismo tiempo, se entregó con entusiasta ardor a levantar el espíritu de los católicos, para oponerse a la persecución desencadenada en contra de ellos. En banquetes políticos, en actos literarios, en asambleas populares, con infatigable entereza exhortaba a los católicos a la unión, mostrándoles el abismo a que podía arrastrarles su desidia, convenciéndolos de que había llegado el tiempo del combate, animándolos a resistir con las armas legales los atropellos de un gobierno sin escrúpulos.

Su fe y abnegación fueron recompensadas. En 1883, el Jefe de la Iglesia Chilena, el Iltmo. señor don Joaquín La-

rraín Gendarillas, encomendó a algunos caballeros de influencia social y de reconocida piedad, la obra de unir en asociación a los católicos para que, concertando sus esfuerzos y recursos individuales, dieran impulso a todas las obras cristianas, que sostienen, propagan y defienden la causa de la Iglesia.

De ahí nació la Unión Católica de Chile. Don Abdón Cifuentes fué el alma de ella. A mediados de ese mismo año de 1883, pudo presentar los Estatutos provisорios a su Pastor, y el 1.^º de noviembre de 1884, pronunció el discurso de apertura de la primera grande asamblea de la Unión Católica, de la cual era presidente. Esta asamblea, presidida por algunos Obispos de Chile, se componía de más de tres mil personas de la sociedad más escogida de Santiago. Era una resurrección del sentimiento católico.

Con elocuencia expuso las líneas generales y los fines de esta nueva asociación que, entre nosotros, ha regenerado por completo el espíritu católico y le dió desde el principio una energía y abnegación que contrastaba con el desmayo, aletargamiento y secreto egoísmo que entonces dominaba. Cifuentes, lleno de entusiasmo, se extendía en la triple cruzada emprendida por la Unión Católica: la oración, la ilustración, la organización. Ella procuraría impulsar y fomentar todas las asociaciones destinadas a las obras de piedad y caridad cristiana. Debía promover el establecimiento y la multiplicación de los colegios, escuelas, academias, periódicos y libros que difundieran y llevaran a todas partes la doctrina católica. Debía fundar sociedades o círculos para la gente ilustrada y para la clase obrera, destinados a estudiar y defender en común los intere-

ses religiosos y sociales, unir los recursos y los esfuerzos en el fomento de todas las obras católicas, prestar una cooperación eficaz a los trabajos del clero y formar el apostolado laico del catolicismo.

Tan vasto programa, tal cúmulo de proyectos ha sido realizado poco a poco, con ligeras intercadencias, después de las cuales la obra renacia con nuevos bríos hasta alcanzar el grado de prosperidad en que ahora se halla. Y todo se ha llevado a cabo a costa de los particulares, y lidiando con el carácter chileno, indolente, rumboso y disipador para sí, mezquino para lo público, tardo para obrar, y que, apenas puesto en movimiento se siente cansado y quiere sentarse. ¿Cómo la Unión Católica ha realizado estos milagros? Ciertamente nada duradero habría podido hacer sin la oración, que busca y halla en Dios la fuerza que obra y la esperanza que sostiene.

En 1886, Cifuentes inauguró el Círculo Católico de Santiago, y en 1888, la fundación de la Universidad Católica. En este solemne acto pronunció un discurso lleno de ideas amplias, previsoras, dignas de un estadista.

"Desde que la instrucción literaria, decía, se ha puesto al alcance de casi todas las clases sociales, se ha despertado, sin duda, una noble emulación por los estudios y muy especialmente por las profesiones liberales, que han venido seduciendo a todos con sus esperanzas de brillo y de lucro. Mas, aparte de que esas esperanzas van siendo cada día más ilusorias y engañosas, debemos observar que aquella instrucción modelada por la fuerza del monopolio universitario del Estado, en los sistemas y métodos oficiales, deja mucho que desear.

"Esa instrucción se resiente enormemente del exclusivo predominio de la teoría y de un abandono casi completo de sus aplicaciones a la práctica. Se enseñan las nociones de muchas ciencias, pero tan especulativamente y tan sin aplicación a las infinitas ramas de la industria humana, que no prestan servicio alguno a la mayor parte y precisamente a la parte más necesitada de la juventud que las adquiere; ni menos es capaz de dar, como pudiera, impulso vigoroso a la prosperidad de un país como el nuestro, nuevo y por lo mismo escaso de las fuentes de riqueza que en otras partes crea y explota día a día el mundo de las artes industriales".

Y más adelante agrega:

"Señores: es preciso fundar en una vasta escala y de una manera científica la enseñanza industrial del pueblo; es preciso abrir nuevos y variados horizontes a sus vocaciones de actividad y de trabajo; es preciso darle una instrucción más aplicable a sus necesidades; es preciso multiplicar los medios de ganar la vida a esos millares de jóvenes, que serían perversos literatos; pero que pueden ser verdaderos genios en la industria. Aprovechar esas inteligencias y esas fuerzas, que hoy se pierden o se inutilizan, será prestar a la sociedad un insigne beneficio".

La Universidad Católica estaba destinada a realizar esta grande obra, creando facultades especiales para la adquisición de los conocimientos científicos aplicados a los diversos ramos de la industria. Por eso aplaude a la nueva Universidad y recuerda los esfuerzos que él mismo hizo en esta materia cuando fué ministro y cuyo resultado esperaba obtener en tiempo no lejano: pero la inestabilidad

ministerial lo privó de tan grata satisfacción. Y dice: "Después de quince años, veo que es la Iglesia la que piensa realizar mi sueño".

V

Después de la revolución de 1891, en cuya organización tomó parte importante, Cifuentes fué elegido senador por Santiago. A fines de 1892, inició nuevamente una vigorosa campaña en favor de la libertad de enseñanza. He aquí el motivo.

Ya está dicho que, después de su salida del ministerio y mientras discutían la ley sobre enseñanza secundaria y superior, se ordenó que los colegios particulares rindieran los exámenes ante comisiones universitarias. Estas se trasladaban a los colegios, práctica que siguió observándose después de promulgada, en enero de 1879, dicha ley que reconoció y sancionó el monopolio. Pero en 1892, el Consejo de Instrucción determinó que los colegios particulares debían ir a la Universidad, es decir, debían soportar la misma gabela, con otro nombre, de los tiempos en que tenían que ir al Instituto.

Protestó, pues, Cifuentes de esta determinación, y se extendió a todos los puntos que comprende la libertad de enseñanza. Su discurso, que ocupó varias sesiones, es un estudio completo sobre esta materia considerada por todos sus aspectos, examinada a la luz de la razón, de la historia, de la legislación y de la estadística de las naciones más civilizadas. Abunda en citas de los más autorizados escritores y oradores.

De estas citas, la que me parece más oportuna, es la de M. Beugnot, miembro de la Universidad francesa y, por consiguiente, usufructuario del monopolio de la enseñanza en su patria; pero era hombre honrado y sincero, y decía en 1844 en las Cámaras francesa: "Esto no es serio: el miedo a la libertad de la enseñanza es aparente, es un miedo teatral. A lo que se tiene miedo es a la competencia y a la libertad de los adversarios. Lo que se quiere es conservar el monopolio como instrumento de influencia, de poder y de opresión. No convirtamos en comedia las deliberaciones de la Asamblea".

Cifuentes presentó entonces un proyecto de ley, tomando casi textualmente de la ley belga de 1857 y de la ley francesa de 1875, cuyo artículo primero decía, así: "Toda persona puede presentarse a rendir el examen necesario para optar a los grados universitarios, sin distinción del lugar en que haya estudiado ni de la manera cómo haya hecho sus estudios".

En general, había en las autoridades y en el público cierta buena voluntad para hacer algunas reformas en la enseñanza; pero el Consejo de Instrucción Pública se opuso tenazmente a abrir el más pequeño resquicio a la competencia, a conceder la más mínima partícula de libertad. No había modo de contrarrestar su oposición, porque era cabeza de la Universidad, y ésta por la ley figuraba como una especie de corporación independiente y que se generaba a sí misma.

No faltaron defensores al Consejo. Volvieron a hablar de la seriedad de los estudios y de la incapacidad de los

padres de familia para dirigir la educación de sus hijos, con otras razones que habrían hecho sonreír a M. Beugnot.

Hubo polémicas. Algunos padres de familia, junto con reconocer que carecían de conocimientos pedagógicos, preguntaban cuál era la ley natural o escrita que confería a los examinadores fiscales el privilegio de la seriedad. También preguntaban cuáles eran las personas que garantizacen que los directores oficiales de la enseñanza eran realmente capaces para este objeto, pues habían oído decir que abundaban las mediocridades notorias aun en los más altos puestos. Además, aseguraban, como cosa cierta, que en los nombramientos universitarios no era permitido inmiscuirse a nadie de afuera.

Los del monopolio replicaban a esto con enojo. Culpaban a los directores de los colegios particulares de ambicionar únicamente el lucro, y decían que esto los diferenciaba grandemente de los empleados fiscales de instrucción, los cuales percibían mensualmente, con el más noble desinterés, el sueldo y las diversas gratificaciones que les asignaba el presupuesto.

Ello es que, en el senado surgieron dificultades y demoras; y como ya había llegado la época de las vacaciones y urgía el despacho de los presupuestos, el proyecto quedó para mejores tiempos.

Mientras el señor Cifuentes fué senador, tomó parte activa en numerosos asuntos de legislación y de administración pública, como la conveniencia de suprimir el Consejo de Estado, el remate de salitreras, el auxilio fiscal a las Municipalidades y otros de esta naturaleza. Trató todas estas materias con gran conocimiento de las leyes y de las

necesidades del país, y con mucha claridad, cosa que aquí no es nada común. No me detengo en esto para seguirlo más de cerca en su infatigable lucha por el ideal de toda su vida, la libertad de enseñanza.

En 1893, el Gobierno presentó un proyecto de colación de grados, en el cual se suprimían los exámenes anuales, bien que con algunas restricciones que le daban un aspecto de proyecto de transacción. Fué promulgado como ley el 23 de diciembre de ese año. Claro está que no agrado al Consejo de Instrucción. Debía éste hacer algunas cosas para su cumplimiento. No las hizo; nadie pudo compelerlo y la ley quedó en el papel.

Cifuentes vió que nada podría llevarse a cabo, mientras se dejara obrar al Consejo como corporación independiente y no sujeta a fiscalización alguna.

Algunos senadores, en 1907, aprovechando circunstancias políticas favorables, presentaron un proyecto para organizar la Superintendencia de Educación Pública, en conformidad a lo dispuesto por la Constitución, esto es, bajo la dirección del gobierno, que está constitucionalmente obligado a dar cuenta del estado de la educación al Congreso; y, por lo tanto, responder de ella. En el Consejo, el Gobierno estaba representado por una minoría sin influencia; la mayoría salía siempre de la Universidad.

El Consejo movió cielo y tierra. Había que parar el golpe. El ataque era a fondo. Cifuentes, ya de setenta años, defendió el proyecto con calor y vivacidad verdaderamente juveniles. Conocedor como nadie de todo lo relacionado con la dirección de la enseñanza y de las disposiciones legales sobre esta materia, deshizo completamente los argu-

mentos de los defensores del monopolio; pero éstos, con dilaciones y obstrucciones en el Congreso, frustraron el temerario intento. Uno de los medios de que echaron mano los monopolistas para desprestigiar el proyecto, fué alborotar a los estudiantes fiscales, como lo hizo Barros Arana, en los tiempos en que fué atacada la preponderancia del Instituto.

En 1910 discutió el senado un proyecto en favor de las universidades libres presentado por Cifuentes y dos senadores del partido conservador. Conviene recordarlo. Dice así:

"Artículo único.—El Presidente de la República podrá hacer a las universidades o facultades universitarias nacionales que le merecieren confianza por la seriedad de sus estudios, las siguientes concesiones:

"De otorgar grados o diplomas válidos para el ejercicio de cargos públicos y de profesiones liberales: y de recibir exámenes válidos para optar a grados en la Universidad del Estado.

"Para que una facultad universitaria pueda obtener las anteriores concesiones, será preciso que tenga clases de todos los ramos que comprenda la respectiva facultad de la Universidad del Estado.

"Hechas las anteriores concesiones, no podrán revocarse sino por la ley".

Hablar de la discusión de este proyecto es repetir lo que ya está dicho: convicción profunda y muy ilustrada, eloquencia, entusiasmo ardiente por la libertad, de parte de Cifuentes. Y de parte de los defensores del monopolio, indignación, espectáculos terribles, el campo de la enseñanza

desolado y cubierto de ruinas, el triunfo de la incapacidad de los padres de familia, en fin, el miedo teatral de que hablaba M. Beugnot.

Naturalmente, azuzaron a los estudiantes de la Universidad del Estado para que defendieran el monopolio. Hubo cencerradas, blasfemias y pedradas a personas y propiedades. Cifuentes, en su discurso, aludió a estos argumentos del monopolio y refirió lo siguiente:

"Poco después de la segunda cencerrada que recibí en mi propia casa, se me presentó una diputación de algunos alumnos de la Escuela de Medicina, diciendo: "Señor, venimos a protestar contra el atentado de que usted ha sido víctima; nosotros no participamos de semejante manera de proceder. Como miembros de la Federación de Estudiantes asistimos a la primera reunión, en que se propuso la primera cencerrada que debía dársele a usted, pero nos opusimos a semejante propósito porque habiéndose preguntado cuál era el proyecto, se vió que nadie lo conocía. Si no se conoce el proyecto, dijimos, ¿cómo vamos a desaprobarlo? Sin embargo, se contestó, basta que lo presente Cifuentes y lo contradiga Rivera para que sea malo. Se votó la cencerrada y nos ganaron la votación; pero de la misma Escuela fuimos a la imprenta de "La Unión" a comprar el diario en que el proyecto se había publicado y después de leerlo, nos dijimos: ese proyecto es bueno, nos permite escoger entre dos universidades y entre los profesores que sean más de nuestro agrado. Por consiguiente, envuelve una libertad, una ventaja inmensa para los estudiantes.

"Volvimos a la Escuela, y encontramos un grupo de compañeros, delante de los cuales se volvió a leer el pro-

yecto; todos fuimos entonces de opinión que no podía hacerse nada mejor; que con él nadie ganaba más que nosotros los estudiantes, y por eso recibimos la comisión de felicitar a Su Señoría por la presentación del proyecto, y de protestar contra los ataques de que su persona ha sido víctima”.

“Pocos días después, continúa el señor Cifuentes, recibí otra diputación de los alumnos de ingeniería de la Universidad del Estado, que me repitieron la misma cosa, y concluyeron con rogarle que no me cansara en esta campaña de libertad en la cual nadie iba a ganar más que los mismos estudiantes.

“Esto prueba, para fortuna del país, que no todos los que estudian en la Universidad del Estado pertenecen a la edad de piedra, ni están tan atrasados como en esa edad prehistórica”.

Esta es una página curiosa de costumbres estudiantiles de la Universidad del Estado a principios del siglo XX, y como la escena está inmediatamente tomada de la realidad, vale la pena conservarla.

Fué éste el último esfuerzo de Cifuentes, tan infructuoso como los anteriores. Retirado del Congreso, ha continuado cooperando a la consolidación de la Unión Católica. Su palabra, la sola presencia de este defensor esforzado de la libertad y de la Iglesia, ejemplo vivo de constancia en el trabajo, de la fe ardiente, de abnegación completa, levanta el espíritu en las asambleas y da valor y energía para combatir por esos ideales, a los cuales ha dedicado su vida entera.

Cargado de años y merecimientos, contemplará ahora

con gozo la creciente prosperidad del campo católico, en la cual ha tenido participación tan considerable: los patronatos, las escuelas, los círculos de obreros, cada día más florecientes; la Universidad Católica, robusta y pujante, a pesar de las cadenas que la oprimen; esa valerosa juventud que, bien organizada y resuelta, levanta con orgullo la frente, exclamando ella también ¡catolicismo y libertad!

Como sueño que quizás no alcanzaría a ver realizado, esto debió de pasar por la imaginación del que ahora es ilustre y venerado anciano, cuando al terminar el discurso de apertura de la primera grande asamblea de la Unión Católica, decía:

"Las sombras de la noche cubren nuestro campo. Despertad y hagamos adelantar la nueva aurora. Yo saludo en esta asamblea el destello del alba de mejores días".

1917

ZOROBABEL RODRIGUEZ

I

En Chile, como en todas partes, han abundado los publicistas; pero sólo dos han unido, a superiores aptitudes para las ciencias sociales, dotes literarias no comunes para exponer con claridad las doctrinas y agradar al lector con una forma correcta y esmerada: son José Victorino Lastarria y Zorobabel Rodríguez.

Rodríguez era, por condición natural, observador atento de las necesidades del pueblo, de las lecciones de la experiencia y de la parte que tiene la riqueza en el desarrollo social. Llegó a ser periodista y economista notable. No trató de amoldar, como Lastarria, nuestra sociedad a sistemas imaginados en otras partes sino que, apoyado en la religión y en los principios de la ciencia, ocupó sus mejores años en guiar la opinión pública hacia el verdadero progreso y en combatir día por día los obstáculos que se oponían para alcanzarlo. Su influjo en la opinión fué grande y grande también su modestia.

En su mocedad compuso varias poesías y una novela.

De las poesías, unas manifiestan afectos filiales o religiosos, otras tienen intención satírica o dan lecciones morales; hay pocas amorosas. Todas ellas son de mediocridad pasadera, monótona, sin vigor poético. Los versos son poco fluidos y armoniosos. Rodríguez, según cuenta uno de sus biógrafos, confesaba que tenía muy mal oído para la música. Y sería así, sin duda. Su prosa, en partes escogidas, es numerosa y corriente; pero, por lo común, es desigual y algo dura. El principal atractivo de su estilo está en la claridad, sencillez y corrección, y en la naturalidad del tono.

La poesía *La Manta del Jornalero*, es quizás la más espontánea y de arte más sincero. Un jornalero llega faltó de recursos a su hogar. No tiene con qué dar de comer a su familia, y sale a empeñar su manta. Al llevarla, le acude el recuerdo de los servicios que le ha prestado, desde la niñez y se despide de ella tiernamente. La escena está descrita con sencillez y afecto compasivo. Algunos rasgos del carácter de nuestro pueblo están bien percibidos, y el asunto no desdice de las expresiones tal vez demasiado familiares que emplea el autor.

En 1863, cuando contaba 23 años publicó la novela *La Cueva del loco Eustaquio*.

Finge el autor que, visitando una cueva llamada del loco Eustaquio que hay en un cerro vecino a Quillota, encontró en una grieta un manuscrito. Era la historia del mencionado loco escrito por él mismo. Cuenta éste su niñez, su ingenuo e inconsciente amor con una niña del pueblo, las intrigas de una dama de extraños ardores que se enamoró de él y enturbió el cielo de su dicha en términos que, al final bastante precipitado del relato, muere la niña

herida por la dama, muere esta ahogada y Eustaquio se vuelve loco. Solía después refugiarse en la cueva y ahí dejó oculto el manuscrito.

Rodríguez ha querido, al parecer, asociar a un asunto novelesco, recuerdos de su infancia, del hogar de sus padres, de Quillota su pueblo nativo. Tal vez para esto ideó el manuscrito de un loco, recurso usado en esa época en que todavía florecía el romanticismo. Así podría sin faltar a la verosimilitud, hablar de cosas queridas para él. Que ésta era su intención lo comprueban las muchas páginas dedicadas a desahogos de su amor filial, y a describir las costumbres de su tierra y las impresiones del colegio. Estas descripciones están hechas con extremada exactitud y minuciosidad; pero carecen de la gracia y de la observación socarrona que tan singular atractivo dan a los artículos de costumbres. Mientras tanto, el amor de Eustaquio y María, que es el objeto principal de la novela está esbozado con mano inexperta y carece de interés. El manuscrito del loco nada tiene de extravagante. Al principio, el autor, para conservar la ficción, mezcla algunas reflexiones algo extrañas; pero luego el relato se desliza con orden y sosiego. En una parte, Eustaquio dice: "¡Ah! Olvidaba que estoy loco, que nadie me escucha . . . , y luego continúa tan cuerdo como antes. Es una ficción completamente inútil en este caso y además embarazosa.

El estilo de la novela merece ser notado. La frase es correcta, propias las palabras y los chilenismos se subrayan cuidadosamente. Sin embargo, hay demasiado esmero, y esto quita al estilo el carácter propio y la espontaneidad. En ocasiones Rodríguez se propasa al purismo, y tiene aquí

y allí páginas en que, con ingenuo amaneramiento, calca el giro y los términos de frases de Cervantes.

Nuestro autor tuvo siempre inclinación al estilo castizo y correcto, y a los estudios necesarios para conseguirlo. Una circunstancia favoreció desde temprano esta afición. Cursó los primeros años de humanidades en el colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso, y pasó después al colegio de San Luis en Santiago. Aquí tuvo de profesor a don Abdón Cifuentes, el infatigable apóstol de la libertad de enseñanza, a quien acompañó más tarde en sus campañas. El rector, doctor don José Manuel Orrego, que después fué obispo de La Serena, notó el claro entendimiento, la formalidad y aplicación de Rodríguez y, apenas éste se recibió de bachiller en humanidades, lo nombró profesor de gramática castellana. Rodríguez que, a más de su inclinación por este arte, tenía la cualidad de dedicarse con escrupulosidad a las tareas que le encomendaban, como lo demostró toda su vida, estudió con ardor la gramática. Así se explica el esmero un tanto excesivo en el estilo de su novela, que escribió en las horas que le dejaban libres su cátedra y sus estudios de leyes.

La cueva del loco Eustaquio no da a conocer que su autor tuviese aptitudes especiales para la novela. No era ésta, como tampoco era la poesía, el campo en que podían ejercitarse libremente las facultades de Rodríguez, si bien su sensatez y sólidos estudios lo mantenían dentro de los límites convenientes, sin desentonos. Vemos en sus composiciones al hombre que siente vocación de escritor y que, mientras descubre el género literario que le es propio, se ensaya en manifestar los afectos de la juventud. No tardó

en encontrarlo, gracias a circunstancias políticas que conviene conocer.

II

En 1863 el partido conservador distaba mucho de ser un partido floreciente y vigoroso. Las causas que lo habían debilitado fueron explicadas por Rodríguez en unos editoriales muy notables, publicados en *El Independiente* de junio de 1875, escritos en honra de don Manuel José Iarrázaval con ocasión de un viaje que entonces hizo a Europa este gran estadista. He aquí sus palabras. Encierran una lección que nunca debe olvidarse.

"Los últimos años de la administración Montt fueron malos para el partido conservador, no tanto por el fraccionamiento de éste, accidente natural de los partidos que llegan a dominar sin rivales, sino porque no supo comprender la necesidad de llenar los vacíos que la deserción, la muerte o la jubilación iban dejando en sus filas.

"Los bancos de las clases universitarias, en la época en que ocupábamos en ellas un asiento, estaban en su mayor parte llenas de jóvenes que no pertenecían ni a la aristocracia del dinero, ni a la aristocracia de la sangre; y si uno que otro apellido, cuando pasaba el profesor su lista, traía a la memoria los nombres más notables de la independencia o de la política conservadora, salvo rarísimas excepciones, los que los llevaban nada hacían para conservar o acrecentar el heredado lustre. Tomaban el estudio como por distracción; o, a lo más, por no contrariar la voluntad de sus padres y las exigencias sociales que daban cierta im-

portancia a la adquisición de un título universitario; pero una vez éste obtenido, gracias a los empeños de la familia o del Gobierno, arrojaban los libros, para abandonarse a una vida superficial o para preocuparse a lo más de adquirir pronto una fortuna en la hacienda de la familia.

"Un partido que así descuidaba el estudio, por fuerte y poderoso que fuese, tenía necesariamente que sentir, en una decadencia rápida, el castigo de su falta. Las nuevas generaciones llamadas a brillar en las letras y a influir en la política, se iban educando, no sólo lejos del hogar conservador, sino en una atmósfera hostil a ese partido. Los historiadores especialmente, desnaturalizando el pasado, o cuando menos refiriéndolo desde un punto de vista siempre favorable al partido liberal, habían contribuido de una manera eficaz a hacer al partido conservador, entre la juventud, sospechoso de obscurantismo y hasta de monarquismo".

El partido conservador, con la mayor desidia, dejaba el campo libre a sus adversarios. Aliado a liberales de ideas moderadas, formaba parte del gobierno, el cual seguía flojamente el antiguo impulso conservador; pero, en la opinión pública y, sobre todo, entre la juventud, cundían rápidamente las ideas liberales más adelantadas, que se daban la mano con las que sostenían los radicales, partido escaso entonces y que crecía lentamente.

El liberalismo exigía en las leyes reformas contrarias a las doctrinas de la Iglesia, atacaba de una manera más o menos velada a la religión y directamente al clero y a cualquiera institución conservadora. Su prensa tomaba un carácter cada vez más agresivo e irreligioso, sin que hu-

biera un diario que contestara los ataques. *La Revista Católica*, periódico semanal, órgano de la autoridad eclesiástica, no podía replicar oportunamente ni mezclarse en polémicas que no convenían a su objeto.

La gravedad del mal alarmó, por fin, a los conservadores y trataron de fundar un periódico que defendiera a su partido y a la religión católica. La primera dificultad que se presentó fué la falta de redactores. Era preciso buscar jóvenes para ejercitálos en el periodismo.

Rodríguez fué llamado a colaborar en el nuevo periódico junto con don Abdón Cifuentes, y salió a luz, a mediados de 1863 *El Bien Público*. Colaboraron también en él dos futuros prelados de la Iglesia Chilena, don José Manuel Orrego y don Joaquín Larraín Gendarillas. Como folletín publicó *La Cueva del loco Eustaquio*, que se imprimió después en volumen, y fué traducida al italiano por Filippo Pezzi. En 1877 se publicó la segunda edición de esta novela.

Al poco tiempo, Rodríguez, quedó solo a cargo del periódico, que salía dos veces por semana y carecía de cosas necesarias, porque lo fundaron con mucha prisa y pocos recursos.

Ruda y difícil tarea era, en esa época, la del periodista católico que salía a combatir a enemigos que contaban con la popularidad de ideas nuevas, con el entusiasmo de la juventud que habían atraído, y que trataban a sus adversarios con menosprecio y petulancia. Rodríguez, estimulado por secreta confianza en sus fuerzas, abrazó lleno de ánimo la carrera del periodismo, y dejó los estudios de derecho a los cuales se había dedicado con bien poco interés.

Obtuvo, en ese tiempo, el título de bachiller en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas, y no siguió más adelante. Años más tarde, en 1884, obtuvo el título de abogado.

El Bien Público duró pocos meses. El incendio de la Iglesia de la Compañía dió ocasión para que recreudecieran los ataques contra el clero y el partido conservador, y fué necesario fundar un diario que pudiera competir en buen servicio con los mejores de Santiago, que tuviese elementos propios y un capital que le asegurara larga vida. Dejó de publicarse *El Bien Público* y el 1.^o de marzo de 1864 salió el primer número de *El Independiente*.

Tal vez para que el diario se insinuara blandamente en el público, fué nombrado redactor principal don Miguel Luis Amunátegui, liberal bastante moderado en esa época y que figuraba en la Alianza Liberal Conservadora que estaba en el gobierno con don José Joaquín Pérez.

Como redactores auxiliares quedaron don Abdón Cifuentes y Rodríguez; pero Amunátegui no los tomó en cuenta. Publicaba editoriales de sus correligionarios y no permitía tocar puntos religiosos, siendo así que el diario había sido fundado también con ese objeto. Quejáronse de ello los conservadores y Amunátegui renunció al puesto. Lo reemplazaron accidentalmente durante pocos meses otras personas, hasta que tomaron a su cargo el diario don Abdón Cifuentes y Rodríguez. Al cabo de tres años, este último quedó como único redactor. Ya en ese tiempo era periodista de nota y un publicista que rápidamente iba dominando los más árduos problemas económicos y sociales. Por su cordura, ilustración y aplicación al estudio, por el ardor de sus convicciones y su acerada energía para mani-

festarlas, había llegado a ser terrible para sus adversarios y a conseguir, en su partido, considerable influjo que empleó en marcar nuevo rumbo a la política conservadora.

En esta grande empresa tuvo un colaborador inapreciable: don Manuel José Irarrázaval. Poco antes de que se tratara de fundar un órgano del partido conservador, llegó Irarrázaval de Europa, adonde había ido para ilustrarse, sobre todo en ciencias sociales. En diversas universidades de Estados Unidos y de Europa estudió los sistemas políticos, las causas del adelanto y progreso de las sociedades europeas, filosofía, jurisprudencia, idiomas. Volvió resuelto a emplear sus conocimientos, sus grandes bienes de fortuna y sus poderosas influencias sociales en trabajar para que el partido conservador, junto con defender la causa católica, se vigorizara y amoldara a las nuevas circunstancias.

Cuando pensaban fundar *El Bien Público*, Irarrázaval fué el que más trabajó y contribuyó para llevar a cabo ese proyecto. En las oficinas de ese periódico conoció por primera vez a Rodríguez.

Desde entonces los unieron unas mismas aspiraciones y la amistad más estrecha. "Sin ponernos de acuerdo dice Rodríguez, en ningún programa de ideas; sin trazarnos ningún plan de campaña, siempre nos hemos encontrado juntos en el camino de un mismo ideal, de un ideal que, siendo esencialmente conservador, no es, sin embargo, en todos sus ápices, el antiguo ideal del partido".

La evolución que ellos iniciaron, fuente de nueva vida para el partido conservador y de libertades políticas para la República, está expuesta en los siguientes párrafos de los editoriales ya citados:

"Los hombres que fundaron el partido conservador y lo llevaron casi de súbito al apogeo de su gloria, obedecieron a un noble sentimiento de patriotismo: ellos, comprendiendo con admirable buen sentido los males y los remedios de la época, cifraron su empeño en robustecer en las costumbres y en las instituciones el principio de autoridad que una larga anarquía había debilitado y aniquilado casi por completo. Que hicieron bien los prohombres que a tan ardua tarea se consagraron, lo están probando de sobra cincuenta años de paz relativa y de no interrumpidos progresos.

"Pero ya, en 1863, las circunstancias habían cambiado y, con un poco de atención, podía verse que la brújula del interés público señalaba un rumbo distinto al patriotismo. "La reacción en favor del principio de autoridad, como sucede más o menos con todas las reacciones, había traspasado la raya de lo conveniente y de lo justo, de manera que, si las ideas de orden, de probidad política, de religión y de libertad, tan caras al partido conservador, se sentían amenazadas, la amenaza no venía ya ni de las multitudes anárquicas, ni de la soldadesca ambiciosa, sino de gobiernos que ponían sin escrúpulos al servicio de sus intereses de círculo, los poderosísimos elementos que la Constitución del 33 había puesto en manos de la autoridad para matar la anarquía y servir eficazmente los intereses nacionales. La intuición más o menos clara de esa verdad capital es, en nuestro concepto, la causa del buen ánimo con que el partido conservador ha emprendido en los últimos años la obra de las reformas en la justicia y para la libertad, después de haber organizado la República sobre las

bases de la legalidad, del orden y del respeto a los poderes públicos".

Limitar la acción del Estado a la defensa nacional, a mantener el orden, la justicia, la libertad, la seguridad interior, y dejar lo demás a la iniciativa y al esfuerzo individual, este fué, para Rodríguez, el progreso ideal en política. Primero lo columbró vagamente cuando entró a las luchas políticas y creyó necesario, para vigorizar al partido conservador, señalarle nuevo objeto a sus aspiraciones; lo vió después con claridad cuando adelantó, en el estudio de las ciencias sociales; y por último, lo tuvo por verdad inconcusa y convicción arrraigadísima cuando, entregado a los estudios económicos, encontró que esa doctrina era proclamada y defendida por los más notables autores. Nunca la perdía de vista para juzgar los actos administrativos o los sucesos políticos y económicos. A ella enlazaba, como a un centro, todas aquellas campañas que, junto con otros esforzados campeones del partido conservador, como don Manuel José Irarrázaval, don Carlos y don Joaquín Walker Martínez, don Abdón Cifuentes, don José Tocornal, don Ventura Blanco, emprendió por la libertad electoral, la libertad de enseñanza y de profesiones, por las incompatibilidades parlamentarias, la autonomía municipal, extremando él, por su parte, la libertad en el terreno económico.

Lo tachaban de hombre teórico y hasta de visionario; pero se defendía manifestando que sus doctrinas no provenían de mera especulación o discurso, sino de hechos, de lecciones de la experiencia. En la aplicación de los principios podía haber error o inoportunidad; pero una aplicación

equivocada, que naturalmente había de dar malos resultados, o un conjunto de circunstancias que no permitieran la aplicación de los principios, no eran ni podían ser razones para declarar que éstos eran falsos o para calificarlos como puras ilusiones.

Distinguía también las obligaciones del publicista, a quien toca proclamar la verdad científica, y las del político que debe realizarla. "Conviene, sin embargo, dice en uno de sus *Estudios Económicos*, tener muy presente, al aplicar a casos particulares las doctrinas de la Ciencia, que si nada puede excusar en los hombres políticos la ignorancia de esas doctrinas que han de marcar para ellos el término de sus aspiraciones, sería más que una injusticia, una verdadera insensatez exigirles que, para ir a ese ideal, no desviases un ápice de la línea recta y que se obstinaran en realizarlo en un momento dado, aunque fuera dando saltos mortales, sin tomar para nada en cuenta las circunstancias ni las resistencias.

"El deber del político es muy diverso del deber del publicista; pues, mientras la obligación de éste es buscar y proclamar la verdad científica, la de aquél es realizarla, en un territorio y en un tiempo dados, en la medida de lo posible".

En cuanto a la religión, Rodríguez la consideraba como elemento indispensable del progreso social, "que no es evolución física y fatal sino moral, en conformidad a la naturaleza humana. Para este progreso, que es natural y seguro porque el hombre tiende naturalmente a desarrollarse, es necesaria la libertad; pero, para que el hombre no haga mal uso de su libertad y no perturbe o demore el pro-

greso, es necesaria la religión, único freno que el hombre libre acepta sin irritarse ni sentirse lastimado”.

Vemos, pues, que tenía un plan estudiado y que lo desenvolvía con orden y con la mira puesta en determinado objeto. No buscaba la popularidad y afrontaba con noble entereza las veleidades de la opinión. “Detestamos todas las tiranías, decía criticando un folleto de don Benjamín Vicuña Mackenna, combatimos contra toda suerte de despotismo; pero debemos declarar que no hay ningún déspota, ni ningún tirano a quien profesemos una aversión más instintiva e implacable, que a ese fantasma de la opinión pública al cual las turbas ignorantes o los escritores que están a su servicio, acuden siempre que quieren llevar el miedo al corazón de los cobardes. Contra esa tiranía de los más, que no oprimen sino aplastando con su mole, pelearemos una eterna batalla, y en muchas ocasiones hemos pensado que, si hubiéramos de caer alguna vez en la flaqueza criminal de doblar nuestra rodilla ante el error, ello no sería sino cuando lo viésemos en las catacumbas”.

III

Los ocho o diez primeros años que Rodríguez estuvo de redactor en *El Independiente*, fueron los más brillantes de su carrera periodística. Joven, entusiasta, portavoz de un gran partido que despertaba con inesperada pujanza, defensor de la religión y de la libertad, asombró a sus adversarios en las ruidosas polémicas de ese tiempo, con su valentía, sus conocimientos y el formidable empuje de su raciocinio. Los liberales creían que eran ellos los únicos pon-

tífices del progreso y los depositarios de la ciencia, y miraban a los conservadores como a hombres retrógrados, supersticiosos, ignorantes. Así lo decían a cada paso, sin que replicasen voces autorizadas. Se presentó entonces Rodríguez en defensa de sus correligionarios y, equipado a la moderna, salía diariamente a demostrar a los liberales cuánto había de ignorancia en su ciencia, de tiranía en su libertad, de egoísmo en su amor al pueblo y de pequeñez en sus grandes hombres.

La sorpresa, la indignación de los liberales no tenía término, y con razón. Se burlaban de los prelados, del clero, de las prácticas y ceremonias religiosas, de los conservadores respetables. Esto era natural y corriente; pero de ellos nadie se había burlado con ingenio y con justa causa. Protestaban de lo que llamaban procacidad e intemperancia de lenguaje de Rodríguez; pero las protestas se perdían entre sonrisas maliciosas y los aplausos que levantaba el valiente e ingenioso polemista.

Tuvo éste un maestro a quien imitar. En ese tiempo el insigne Luis Veuillot, asombraba al mundo entero por la osadía e ingenio con que hacía cara a los enemigos de la Iglesia. Un periodista católico, en época de lucha religiosa, tenía que experimentar su influencia. Veuillot, a más de una percepción rápida y clara de cualquier asunto por el lado que tocaba a la religión, poseía tres cualidades que arrastran al público: la audacia, la fuerza en el concepto y en la expresión, y el pensamiento imprevisto, la forma nueva que da interés a las cosas y aviva la atención del lector. El que desee conocer una muestra, en asuntos de interés permanente como son los literarios, del ningún respeto

que tenía Veuillot a los que no respetaban a la iglesia católica, aun cuando fuesen grandes talentos próximos al genio, puede leer, en *Les Odeurs de Paris*, el capítulo "Un poeta", en que trata de Víctor Hugo, y las páginas que dedicó a Jorge Sand en *Le Parfum de Rome*, en el artículo "Ideas de una burguesa". Ahí sorprende la exactitud de los juicios, la habilidad para descubrir los defectos y el vigor del sarcasmo con que humillaba a esas cabezas orgullosas.

Rodríguez, dentro de los reducidos límites de nuestra política, imitó al periodista francés con bastante moderación. Sus adversarios lo llamaban el pequeño Veuillot.

En el campo liberal había también periodistas de nota, como Isidoro Errázuriz, de elocuencia tribunicia, y Justo Arteaga Alemparte, de mucha agudeza y finura; pero que, en sus últimos años, cayó en ridículos extremos de afec-tación o amaneramiento. En terreno neutral y moderado, Manuel Blanco Cuartín, lucía sus dotes de escritor ilustrado e ingenioso y aventajaba con mucho a los demás en el estilo: era el suyo más flúido, muy castizo y elegante y unía al carácter chileno la mejor forma española. El brillo de aquella época de nuestro periodismo no ha sido eclipsado en Chile hasta ahora.

Es lástima que Rodríguez no hubiera colecciónado editoriales que manifestasen de una manera algo cabal su labor tan variada en los años en que fué campeón y polemista.

Publicó tres volúmenes de *Miscelánea literaria, política y religiosa*. En los dos primeros reunió poesías y artículos de crítica literaria. Con el tercero comenzaba la parte política, y contiene dos estudios críticos de obras sobre po-

lítica y cerca de cuarenta editoriales. De éstos últimos, pocos se refieren al sistema social y los demás, a puntos que atañen a la emigración, inmigración y colonización.

Rodríguez sostenía que era dinero perdido todo el que se gastara en traer inmigrados, y que al gobierno correspondía únicamente atraerlos por leyes sabias y respetuosas de los derechos de todos. La corriente de la opinión estaba en contra de esta doctrina. El que la defendía predicaba en desierto y era tratado como iluso. Sólo ahora recientemente, después de muchos años y con una experiencia que ha costado algunos millones, ha sido reconocido entre nosotros que nada estable se consigue con procurar artificialmente el aumento de población.

Pero algo obtuvo nuestro periodista en esta materia. Gracias a su constante esfuerzo, a sus sensatas razones, el gobierno resolvió ensayar una medida entonces nueva y que ha seguido practicándose con buen éxito: la de rematar en pública subasta una parte siquiera de los terrenos incultos del sur del país, en vez de regalarlos todos para que los poblasen, como antes hacían.

Esos pocos editoriales colecciónados manifiestan estudio cada vez más profundo, adelanto en los conocimientos, y deseo sincero de llegar a la verdad, como lo manifiesta su franqueza para reconocer los errores. Así, cuando estuvieron enganchando peones para ferrocarriles del Perú en 1868, hubo aquí mucha alarma porque algunos reclamaron por la falta de brazos y ponderaban lo que padecían los jornaleros que habían emigrado, Rodríguez sostuvo que podía impedírseles la salida y que convenía repatriar, a

costa del Erario, a todos esos chilenos engañados por las falsas promesas del contratista.

Tres o cuatro años después ocurrió tratar este mismo asunto de la emigración de trabajadores; pero Rodríguez que ya se había dedicado con empeño a la economía política, no tuvo la misma opinión de antes, sino que aconsejaba que lo mejor era no hacer nada, y decía:

"Nosotros, si hemos de decirlo con franqueza, también hasta una época no muy lejana, caímos en la tentación de arreglar el mundo económico a nuestra manera; y hemos patrocinado alguna vez la idea de repatriar a los chilenos a costa del tesoro público. Pero un poco de meditación y un algo de estudio nos han curado por completo de esa manía; de tal modo que al presente todo intento de cambio en las leyes económicas nos parece tan absurdo como nos parecía cualquier intento de cambio en las leyes que rigen el mundo moral o el mundo físico".

El primer volumen de la parte política de la *Miscelánea* es de 1876. Rodríguez vivió todavía veintiséis años, de modo que no sería la falta de tiempo lo que le impidió continuarla, sino que en esto debieron de influir otras causas que podemos suponer. Debajo del periodista animoso y ardiente de los primeros años se desenvolvía poco a poco el hombre científico, sosegado y sereno. Su inclinación a la economía política aumentaba con más fuerza, los problemas económicos lo atraían irresistiblemente y procuraba dilucidarlos, no sólo con empeño, sino con gusto, con afecto, con esa expansión del que está en su natural elemento.

La fundación, en 1874, de un diario destinado especialmente a defender los intereses católicos, dejó a Rodríguez

más libertad para ocuparse con preferencia en sus asuntos favoritos. Conforme iban pasando los años penetraba él más y más en los secretos de la ciencia, y lo impresionaban menos los diarios accidentes de la política. Su ardor para la lucha disminuía y quedaba la convicción firme, pero tranquila. Trataba los actos administrativos más como materia científica, que como materia política en la cual intervienen intereses de diversa especie. Sus editoriales, siempre provechosos, parecían dissertaciones, lo cual ya no agrada da al público como antes, porque éste comenzaba a exigir al periodismo informaciones rápidas, novedades, asuntos que fueran de oportunidad inmediata.

Cuando Rodríguez recopiló los editoriales de que he hablado, ya se había transformado en parte su carácter de periodista y debió de encontrar ajeno a su nuevo modo de ser el período de lucha que le dió tanta popularidad. Imagino que, a más de otras causas secundarias, esa sería la que principalmente lo hizo dejar incompleta la recopilación que había empezado. Por otra parte, no tendría interés en seguir reuniendo editoriales sobre puntos económicos, porque las doctrinas sustentadas en ellos tenían que ser, tarde o temprano, materia de tratados o de estudios especiales que tendría ya en proyecto.

IV

En 1884 dejó la redacción de *El Independiente* y tomó la de *La Unión*, diario conservador fundado ese mismo año en Valparaíso, cuyas tendencias se avenían con la índole de los trabajos de Rodríguez porque, por publicarse en

una ciudad de mucho comercio, donde no había tanta efer-
vescencia política como en la capital, los asuntos que más
podrían ordinariamente interesar al público eran los co-
merciales y económicos.

En esa misma fecha obtuvo en concurso la cátedra de
Economía Política en la Universidad del Estado, que des-
empeñó hasta 1891.

Mientras fué redactor de *El Independiente*, no bastaba
a su actividad, sobre todo en los primeros año, la labor
del periodista. Para contribuir a la propagación de obras
de lectura amena, sana, provechosa, tradujo la *Historia de Sibila* de O. Feuillet, el *Diario de Eugeuia de Guerin* y
La Ilusión liberal de Veuillot.

En 1870 fué diputado y continuó siéndolo casi sin inte-
rrupción hasta la revolución de 1891. No tenía especiales
dotes de orador y le costaba trabajo expresarse en públi-
co; pero su palabra fué siempre escuchada con interés por
la reconocida sinceridad de su convicciones y porque nun-
ca hablaba sin fundamento.

Merece ser especialmente mencionado el discurso que
pronunció en la Gran Convención Conservadora de 1878,
sobre el estado de la hacienda pública, las causas de su ma-
lestar y los arbitrios a que convendría recurrir para mejo-
rarla. Es un buen discurso, el mejor de Rodríguez, de estilo
inglés, con cambios de tono muy oportunos. En el expone
con brevedad y animación sus doctrinas económicas, con-
trarias a los gobiernos omnipotentes y las aplica al gobier-
no liberal de ese tiempo.

En 1872 publicó *Francisco Bilbao, su vida y sus doc-
trinas*.

Tuvo Bilbao, para los incrédulos, el mérito grande de ser desaforado enemigo de la Iglesia Católica en una época en que, en Chile, los pocos que no la obedecían, la respetaban. Murió en Buenos Aires el año 1868.

Arreciaban los ataques a la Iglesia, cuando se trató de repatriar sus restos y los liberales, aprovechando la ocasión, lo ensalzaron hasta las nubes y lo proclamaron, como es costumbre en estas y parecidas circunstancias, mártir y precursor, gran filósofo, gran escritor, ardiente genio y mil otras cosas, todo para causar algún daño a la Iglesia. Hicieron de él un emblema de todo lo anticatólico.

Rodríguez les salió entonces al paso con su libro que originó una polémica muy ruidosa. No es obra exaltada y declamatoria, como era de suponerlo en vista de las circunstancias en que fué escrita, sino que se refutan en ella, con tranquilidad y moderación, doctrinas anticatólicas y hechos falsos atribuídos a la Iglesia.

La moderación de Rodríguez irritó a los liberales, sobre todo a los más instruidos. Bien sabían ellos lo que había de ficticio y simbólico en ese Bilbao que mostraban al pueblo, y no les convenía que fuese examinado de una manera imparcial y razonada. Trataron, por consiguiente, de borrar la impresión que había ocasionado el libro de Rodríguez, y los más notables escritores liberales esgrimieron contra él su pluma.

Distinguióse Eduardo de la Barra, poeta y escritor muy celebrado por sus correligionarios. Publicó un grueso volumen titulado *Francisco Bilbao ante la Sacristía.—Refutación de un folleto*.

La obra del esclarecido ingenio liberal comienza así: "Las

plumas devotas roen, roen, roen como el ratón. Este obedece a una necesidad imperiosa: sus incisivos crecen sin cesar y es fuerza desgastarlos so pena de la vida. A falta de golosinas roerá la piedra. Aquellas también obedecen a una necesidad no menos imperiosa: luchan por la existencia; hincan sus dientes en la reputación de los vivos y roen los huesos de los muertos”.

De la Barra mantiene este tono en más de 450 páginas bien nutridas. Y todavía le pareció poco, porque agregó a la obra un apéndice con este título: “Quién es Zorobabel Rodríguez”, en el cual injuria y desdeña a su adversario con la decidida intención de aplastarlo y hundirlo para toda la vida.

Ahora el libro de Rodríguez no es interesante, porque Bilbao ya perdió su oportunidad; pero es útil para el católico que desee instruirse en aquellos puntos que un tiempo fueron empleados como argumentos contra el catolicismo, y que están abandonados por usados e inservibles, como las dragonadas, Galileo, la San Bartolomé, y otros así, completamente dilucidados por la historia y que ya no son materia de controversia entre la gente culta e ilustrada.

V

Con el *Diccionario de Chilenismos* (1875), Rodríguez prestó un señalado servicio a las letras chilenas y les dió reputación entre las naciones sudamericanas. En éstas, sobre todo en las del norte, se había despertado vivo empeño en purificar el idioma. Venezuela tenía el *Diccionario de galicismos* de Baralt; Colombia las *Apuntaciones al lengua-*

je bogotano de Cuervo; el Perú, los *Apuntes para un diccionario de peruanismo*, de Juan de Arona, seudónimo de don Pedro Paz Soldán y Unanue. Chile no había dado esta muestra de cultura, hasta que apareció la obra de Rodríguez, que fué favorablemente acogida y comentada en las demás naciones de nuestro continente.

El estaba preparado para un trabajo de esta naturaleza. Antes hemos notado su afición a la pureza del lenguaje desde sus primeras composiciones literarias. Después hizo estudios sobre el quechua, el azteca, el araucano, como lo comprueban sus *Apuntes sobre la poesía indígena de América* (1868) artículo no muy profundo; pero que manifiesta versación en este género de conocimientos.

Con el nombre de chilenismos no sólo comprende Rodríguez las palabras derivadas del quechua o del araucano y los modismos peculiares de nuestro país, sino también toda suerte de impropiedad e incorrección tanto en las voces como en las locuciones. Preparaba, cuando le sorprendió la muerte, la segunda edición, que hace falta porque el *Diccionario* no es completo, sobre todo en cuanto al lenguaje que emplea la gente culta. Gran número de las palabras del *Diccionario* son o muy vulgares o propias de campesinos y de hombres ignorantes. Ciento es que suelen usarse en la conversación familiar aun por las personas educadas; pero bien se guardarían éstas de emplearlas en un escrito literario.

Por esto más aprovecha para hablar bien que para escribir con propiedad. Pero es obra que, en todo caso, conviene consultar: tiene datos curiosos sobre el origen de muchas palabras que son de uso común, y esto despierta

gusto por buscar el verdadero significado de las voces y trae, como consecuencia, el empleo de aquellas que son propias y exactas.

El libro de Rodríguez puede competir con el de Arona; pero no con las apuntaciones del eruditísimo Cuervo ni con el Diccionario de Baralt, bien que de purismo exagerado, obras que, junto con el Diccionario de la Academia, siempre debe tener a su alcance el que aspire a conocer bien el idioma y a escribir correctamente.

Una observación en cuanto a la forma literaria podría hacerse al *Diccionario de Chilenismos*. Rodríguez charla a veces demasiado sobre las palabras y su estilo toma un contoneo al modo clásico que no me parece de buen gusto. Buena es la intención de amenizar la aridez gramatical; pero lo que buscamos en un diccionario es una respuesta clara, breve y precisa, y la charla es inoportuna. Es preciso advertir que Rodríguez no hacía sino seguir una moda que era general en los que escribían sobre los provincialismos; y, que fué acreditada por Cuervo, a cuya erudición abrumadora venía bien algún esparcimiento, y sobre todo por Baralt, que desahogaba su mal humor contra los galiparlistas de una manera muy natural y espontánea, en lo cual lo acompaña de buen grado el lector, porque una de las cosas que verdaderamente enfadan, son los galicismos innecesarios, que más manifiestan la vanidad del que los usa que su ignorancia de la lengua.

Rodríguez cultivó también la crítica con buen éxito. Los jóvenes conservadores habían fundado en 1867 una revista literaria *La Estrella de Chile*. Los liberales, alarmados al ver que los conservadores estudiaban y progresaban, co-

menzaron a atacar a la que llamaban "literatura ultramontana". Rodríguez quiso animar con su ejemplo a esos jóvenes que cultivaban las letras y fué uno de los más entusiastas y constantes colaboradores de la revista. Publicó en ella sus poesías y diversos artículos en que juzga las obras nacionales o americanas de alguna importancia, especialmente aquellas que le daban ocasión para defender a la Iglesia y para manifestar como la religión ha sido siempre propicia al arte y fuente de inspiración y de ennoblecimiento del hombre.

En cuanto a la doctrina puramente literaria, la que mantiene nuestro autor es deficiente y poco segura. Cuando procura determinar los principios del arte, éstos se le escapan y cae en la vaguedad y aun en la declamación.

A su juicio, para producir la obra de arte, debe el artista primeramente buscar un tema, desenvolverlo en seguida con orden y estudio, y, por último, manifestarlo. Este es el sistema que el profesor practica en la clase de composición literaria para ejercitar a los alumnos, y Rodríguez debió de escribir así sus poesías porque tienen sabor retórico. No piensa en la impresión ocasionada por la realidad y en que el objeto del arte es manifestar esa impresión sirviéndose de la realidad misma.

Da también mucha importancia a la divisa "el arte por el arte" y la ataca con energía; impugna el realismo; tiene sobre la representación artística de lo malo y de lo feo, sobre el perfeccionamiento de la naturaleza en la obra de arte, ideas que ahora están anticuadas. Ciento es que la estética estaba entonces poco iluminada; pero creo que Rodríguez no las habría adoptado si hubiese tenido oportunidad.

dad para profundizar estas materias y, sobre todo, si hubiese escrito en tiempos tranquilos y no de lucha como eran esos. Los liberales encontraban belleza en cualquiera obra de arte que pudiera lastimar las enseñanzas de la Iglesia. Ensalzaban la divisa "el arte por el arte", porque la tomaban como emblema de independencia del arte en el orden moral y religioso. Aplaudían el realismo, porque lo miraban como teoría a cuya sombra podían exhibirse, sin inconveniente, las desnudeces de alma o de cuerpo. Los conservadores, por impugnar lo que sus adversarios pregonaban, se cargaron al otro lado y, entre ellos, estuvieron en boga cierto tiempo las teorías retóricas de Batteux y las pudibundas de Yungmann, hasta que comenzaron a llegar acá los volúmenes de la *Historia de las ideas estéticas en España*, de Menéndez y Pelayo, que vinieron a aclarar esta ciencia y a indicar buenos rumbos a la crítica.

Rodríguez, cuando critica obras que le ofrecen campo para reflexiones económicas o políticas, las juzga sin vacilaciones, con certeza, con pleno conocimiento del asunto. Entre los artículos de esta clase es notable el que estudia las *Lecciones de Política Positiva* (1875) de José Victorino Lastarria. En él examina el sistema de Comte y manifiesta los errores en que ese sistema hizo incurrir a Lastarria, la inconsistencia de este cuando llega a soluciones de libertad en pugna con las doctrinas, que lo han guiado, y sus caídas por pura adversión a la Iglesia Católica y a todo lo que podría de algún modo ayudar a propagarla. Este artículo es el más extenso y comprensivo que ha escrito Rodríguez. Ahí encontramos como en resumen casi todas sus ideas sobre puntos de la ciencia social.

Acerca del publicista colombiano don José Eusebio Caro, que también fué distinguido poeta, escribió un artículo (1874) en el cual se extiende principalmente en la necesidad de limitar las atribuciones de los gobiernos. Caro, que pertenecía al partido conservador, creía que en los gobiernos está la fuerza que impulsa el progreso de las naciones y llegaba a la conclusión de que era preciso robustecerlos y aumentarles sus atribuciones. Precisamente lo contrario era lo que sostenía Rodríguez en la prensa, como ya hemos visto, esforzándose en apartar de estas ideas al partido conservador, de manera que las opiniones de Caro le dieron ocasión para explayar las suyas ampliamente.

En su crítica de los *Problemas Contemporáneos* (1884 y 1885) de don Antonio Cánovas del Castillo, vuelve a tratar, entre otros esa misma materia; pero la contempla en un nuevo punto de vista.

Cánovas no era partidario de la doctrina individualista que reduce la intervención del Estado a lo estrictamente necesario. En el citado libro sostiene que, en los tiempos pasados, la autoridad jurídica, económica, social del Estado, se hallaba naturalmente limitada por los derechos individuales. Rodríguez niega perentoriamente esta aserción y entra a probar con la historia, desde la época en que floreció la Grecia hasta fines del siglo dieciocho, tiempo en que aparecieron los economistas e individualistas, no sólo que el Estado nunca se había detenido voluntariamente ante los derechos individuales, sino que los filósofos, políticos o publicistas ni siquiera habían intentado deslindar estos derechos. Son páginas muy interesantes y escritas con particular cuidado en honra, sin duda, del título de miembro

correspondiente que no hacía mucho (1883) le había otorgado la Real Academia Española, y del gran estadista cuyas doctrinas combatía.

Los tres artículos anteriormente citados son ensayos que recuerdan los de Macaulay por la solidez del raciocinio y la naturalidad y desembarazo con que están tratados los asuntos; pero carecen de la variedad y de los rasgos pioneros e ilustrativos que tanto atractivo dan a todas las obras del gran escritor inglés.

Rodríguez no tenía especial afición a la historia nacional. Tocante a ésta sólo dejó la crítica de *Los Precursores de la Independencia* de Miguel Luis Amunátegui (1871). Es un ensayo un tanto descosido, porque ha juzgado cada uno de los tres tomos de que se compone la obra, separadamente y conforme se iban publicando, de modo que hay juicios que se rectifican o que se completan según la opinión emitida al tratar de la parte anteriormente publicada. Contiene la crítica sensatas reflexiones con respecto al carácter de la época colonial, a las causas del sistema de inquilinaje que todavía subsiste, y a la influencia de la Iglesia y especialmente de los jesuítas en la sociedad colonial.

Pero hay un punto en el cual la opinión de Rodríguez es muy discutible. Cree que lo que provocó la revolución de la Independencia fué una causa económica: el sistema extremadamente protecciónsta y restrictivo implantado por España y el aislamiento absoluto en que mantuvo a la colonia. "Si alguien lo duda, dice, imagínese que las cosas hubieran sucedido de otro modo; suponga por un momento que España, mejor aconsejada, hubiese dejado vivir, respirar y moverse a las colonias en libertad completa, res-

petando sus derechos, siendo finalmente en todo y por todo, no su explotadora insaciable, sino su noble protectora. ¿Qué habría sucedido? Muy probablemente lo contrario de lo que sucedió. Si no imposible, la revolución de la independencia habría sido mil veces más difícil de lo que fué; y por lo tanto mucho más ardua habría sido también la tarea de sus precursores".

En uno de los *Estudios Económicos*, escritos más de veinte años después de lo que acabo de citar, sostiene la misma opinión de que el sistema protecciónista fué la principal de las causas que "provocaron", apresuraron y justificaron" la revolución.

No puedo imaginar que el sistema de Rodríguez, inaudito para aquellos tiempos, tuviera los resultados que él dice.

Lo natural es que las colonias, delante de un protector nominal, completamente debilitado y muy lejano, bien pronto habrían querido regirse por sí mismas sin depender de nadie. Habría estallado la revolución mucho antes, contando como precursores a todos los chilenos.

Rodríguez, como economista, atribuye la revolución a causas económicas. Lastarria, como publicista con ribetes de filósofo, la atribuye a causas morales, al espíritu de independencia natural en el hombre; los historiadores liberales, a la tiranía española auxiliada por la religión, y a la proclamación en Francia de los derechos del hombre.

Cada uno piensa en el ramo que cultiva. Pero la causa económica es la menos probable. No la menciona don Manuel de Salas, el hombre más economista de toda la época colonial y que sobrevivió bastante a ella. La causa inme-

diata consistió en los transtornos del gobierno español, cuando tuvo lugar la invasión napoleónica.

VI

Rodríguez, en 1887, fundó con otros colaboradores la *Revista Económica*, de la cual fué director y redactor principal hasta 1891, año en que se suspendió, y terminó definitivamente en 1892.

En 1891 era diputado y suscribió el acta de deposición de Balmaceda. Fué reducido a prisión y relegado al Perú.

A fines de ese año el Ministro de Hacienda don Joaquín Walker Martínez, lo nombra superintendente de Aduanas, cargo que desempeñó hasta su muerte.

En 1893, publicó los *Estudios Económicos*, recopilación de artículos científicos. El primero se titula "La balanza de comercio en 1892" y es un capítulo de la memoria anual que entonces presentó como superintendente de Aduanas. Ahí sostiene y comprueba con datos estadísticos que la influencia de las oscilaciones de la balanza de comercio en el cambio no puede ser sino limitada y transitoria, y que no hay razón para considerar el desequilibrio como signo de decadencia de la riqueza pública y privada. Este artículo interesa también por otra aspecto: muestra la manera superior y concienzuda con que Rodríguez estudiaba los asuntos que correspondían a su cargo.

Los demás artículos tratan del comercio internacional, de la supresión del papel moneda y restablecimiento del régimen metálico, y de otras materias de esta especie que eran entonces y son todavía de mucha oportunidad. No las

estudia en el punto de vista teórico únicamente, sino con respecto a nuestra situación económica, y manifiesta que sabía muy bien aplicar en la práctica los principios de la más completa libertad comercial amoldándolos, sin retractarse en lo menor, a las circunstancias, y deteniéndose ante dificultades que podían ocasionar graves transtornos.

Tenía mucha sensatez y las facultades bien equilibradas. El gobierno lo consultaba con frecuencia y varias leyes que mejoraron el servicio de las aduanas y otras disposiciones económicas se debieron, en gran parte, a su iniciativa y a sus consejos.

Más de una vez, después de la revolución de 1891, le fué ofrecida la cartera de Hacienda y la legación en Ecuador y Centro América, que no aceptó, como no había aceptado, en la administración de don Domingo Santa María, la legación en Méjico. Era hombre de su casa, tranquilo, entregado a sus estudios y nada amigo de honores y dignidades.

En los *Estudios Económicos* hay también un artículo en que delinea la personalidad científica de Mr. Courcelle Se-neuil, que fué su maestro querido y venerado y que enseñó y difundió las doctrinas económicas que, en gran parte, siguió Rodríguez, y digo en gran parte, porque no las aceptó todas. "Escribo, dice ahí, con la libertad de espíritu que no acepta, ni aun del maestro, sino lo que éste en sus lecciones, logra demostrar como positivo y verdadero". Es un rasgo del carácter de nuestro autor que nunca desmintió en su vida.

Aun cuando, en los diarios, Rodríguez, como redactor, expónia sus ideas libremente, siempre tenía que sujetarse den-

tro de cierto marco y mirar si era o no ocasión de decir las cosas. En los artículos de los *Estudios*, habla en nombre propio, sin traba alguna, y suele dar rienda suelta a su entusiasmo por la ciencia. En uno de ellos toca la ley de la oferta y la demanda, la más fundamental de las leyes económicas, y manifiesta su admiración ante ella somo si contemplara el espectáculo más hermoso. Es, sin disputa, la página más bella que ha escrito Rodríguez.

He aquí lo que dice:

"La ley tan conocida de la oferta y la demanda, distri-buye, no sólo las mercaderías entre los diversos mercados del mundo, sino también los hombres entre las diversas profesiones, con una rapidez, con una seguridad, con una sabiduría de que serían completamente incapaces todos los sabios de todas las universidades de la tierra congregados en perpetuo y laborioso Aerópago.

"Esa ley, a semejanza de la Providencia, de la cual es una admirable manifestación, no duerme ni descansa, ni se olvida de nada ni de nadie. Lleva, a través de los mares y de los continentes, lo mismo las joyas y las piedras preciosas con que la hermosura realza su belleza y la vanidad se pavonea ufana, que el trigo con que los obreros de los centros fabriles del Viejo Mundo matan el hambre y reponen las fuerzas agotadas; lo mismo el chispeante champagne, que espuma en los banquetes de los opulentos, y el delicioso café y el habano fragante,— partes consagradas a los cerebros en las grandes fiestas del estómago,— que la humilde yerbamate, con cuya hirviente infusión abriga el suyo la pobre vieja cascada y descomida, o la no menos humilde cinta de a diez centavos con que su hija ata las

negras trenzas y se asoma muy presumida a la puerta del cuarto a ver pasar o sea a vivir que tanto da, según la opinión de Campoamor.

"Esa ley, que siendo muda, manda como el soberano más absoluto, haciéndose obedecer aún por los que no la conocen, y que no se dan cuenta de que la están obedeciendo, opera suavemente y sin violar la libertad, la distribución de los hombres entre todos los oficios, carreras y profesiones a que pueden dedicar su actividad, haciendo por maravilloso modo que deserten de las filas en que hay exceso y vayan a engrosar las que ralean, desparramando los individuos y las familias por las provincias, por las naciones y por los continentes, como podía hacerlo un viento en que respirase la Sabiduría Divina, con las semillas de las plantas útiles, sacándolas de donde les faltase la tierra vegetal y acarreándolas a parajes adecuados para su multiplicación y desarrollo.

"En el Perú incásico, donde eran el Inca y los sabios de su corte los que señalaban anualmente las cantidades y especies de semillas que debían sembrarse en todas las provincias del Imperio, cuentan las crónicas que un año el Soberano y los miembros de la Real Familia vieron con lágrimas en los ojos morir de hambre a los vistosos y canoros huéspedes de las jaulas de palacio porque, desgraciadamente, en el año ese, los encargados de ordenar las siembras, se habían olvidado de la semilla que constituía el único alimento de aquellos pobres pajarillos. La ley de la oferta y de la demanda no está sujeta a semejantes olvidos, y si anda muy solícita para satisfacer a pedir de boca, no sólo las necesidades, sino hasta los caprichos más extra-

vagantes de los ricos, no ha dejado nunca ni dejará jamás de disponer lo conveniente para que no falten ni el mijo ni el alpiste en las pequeñas jaulas en que saltan y gorjean los pajarillos, ni en las ciudades, esas inmensas y revueltas pajareras en que la humanidad se agita, riendo, llorando, trabajando, luchando y esperando”.

¿No es verdad que llega a enternecer el amor a la ciencia profundo, sincero, de lo más íntimo del alma que palpitá en esos períodos y se desborda con la amplitud y elo- cuencia de los grandes afectos? Y he aquí cómo el que pe- netra los misterios de una ciencia, árida o no, descubre en ella secretos encantos, la contempla como cifra y compen- dio de la universal armonía y se siente arrebatado por el esplendor de la verdad.

En 1894 publicó Rodríguez su *Tratado de Economía Política* destinado a servir de texto de enseñanza. Lo co- menzó antes de 1891 y durante la revolución le sirvió de ocupación y entretenimiento en el ocio forzado de su esconde- dite en Quillota y después en el tiempo que estuvo relega- do en Lima.

Esta es la obra que ha escrito con más cariño, aquella en que ha puesto más atención y cuidado, tanto por lo que to- ca a la doctrina como a la forma. La doctrina es la clásica, la de los grandes maestros de la ciencia económica, expues- ta con suma imparcialidad y exactitud y, al mismo tiempo, con la convicción de uno que la ha examinado y compro- bado por sí mismo, de modo que la exposición lleva el se- llo de algo original y propio.

Rodríguez, en este libro, despliega en alto grado las cu- lidades de claridad, sensillez, y lógica que sobresalen en to- das sus obras y que, en un texto de enseñanza, son muy di-

fíciles de alcanzar, porque los textos tienen que encerrarse dentro de ciertos límites, mientras que la claridad y sencillez requieren holguras, y el raciocinio demasiado conciso parece difícil y obscuro.

El *Tratado* tiene también carácter literario, y esto es más raro todavía en obras de tal naturaleza. Rodríguez no da a conocer los principios de la ciencia de una manera impersonal, fría y precisa, sino que trata la materia con calor y viveza, a veces con entusiasmo contenido a duras penas, y, junto con la verdad científica, comunica el amor a esa misma verdad. La obra tiene estilo, expresión literaria escogida, y en esto se diferencia de los textos de enseñanza que propiamente no tienen estilo ni procuran agradar al lector. El *Tratado de Economía Política* no sólo es libro de estudio sino de útil y agradable lectura: atrae por su cuidada forma y trata con brevedad, pero sin estrechez ni apuro, todos los principales asuntos económicos, que cada día están más ligados al progreso y bienestar de las naciones, y los plantea y resuelve con criterio amplio y seguro, sirviendo así a cuantos se interesan por la cosa pública o ven ligados a ellas sus propios intereses.

Esta fué la última obra de Rodríguez. Murió en 1902, de sesenta y dos años. Nunca levantó animosidades personales en contra suya, aun en los períodos de mayor lucha, porque todos reconocían en él intención sana, recto proceder, superioridad de miras y convicciones sinceras. Su vida ofrece el noble ejemplo de un talento superior bien cultivado por esfuerzo propio y bien empleado en procurar, con gran constancia y sin ambiciones de ningún género, el progreso moral y político de su patria.

JUSTO Y DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

LOS CONSTITUYENTES DE 1870, por don Justo y don Domingo Arteaga Alemparte, con un bosquejo crítico por don Roberto Huneeus.—Volumen II de la Biblioteca de Escritores de Chile.

Parece que la Comisión Permanente encargada de formar la Biblioteca no procede en conformidad a determinada norma en la publicación de los volúmenes. A la introducción sigue la obra de Justo y Domingo Arteaga Alemparte *Los Constituyentes de 1870*, y a ésta los *Recuerdos de Pérez Rosales*. Los volúmenes cuarto y quinto contienen discursos de Isidoro Errázuriz, y en el sexto, publicado últimamente, están los artículos de Jotabeche. No hay plan alguno.

El orden de estas obras no tiene, en realidad, importancia; pero, ya que se trata de una publicación estable y completa, convenía seguir, por lo menos en cuanto a las épocas, el orden cronológico, que permite orientarse en la sucesión histórica de las obras con la simple vista de los volúmenes. En todo caso no hay para qué hacer arbitrariamente cosas que pueden hacerse razonablemente.

Era natural que los primeros volúmenes hubieran sido dedicados a los escritores de la época de la Independencia, a artículos seleccionados de nuestros primeros periódicos, a las publicaciones y folletos sobre política y forma de gobierno que propagaban las nuevas ideas sociales que debían constituir nuestra república.

La Biblioteca pudo haberse iniciado con obras de Camilo Henríquez, Martínez de Rozas, José Antonio de Rojas, Manuel de Salas, y así sucesivamente. Las publicará, por cierto; pero les correspondía el primer lugar, cuanto más que la Biblioteca fué creada con ocasión del centenario de la Indenpendencia.

Además, un plan adoptado manifestaría imparcialidad y un fin literario, y que no se aprovechaba la coyuntura para hacer alguna propagación en favor de un partido político. Porque tal como va la publicación, despierta justificado recelo en este punto. Sin contar el volumen de introducción que es abiertamente sectario, de los otros cinco volúmenes hay sólo dos literarios y tres cuya materia es la política, y no la política general, sino nuestra política, las doctrinas que han dividido a los chilenos, presentadas por su aspecto favorable al liberalismo, mostrándolo en su época más brillante, lucida y poderosa.

¿Por qué han sido preferidas las obras de esta especie? Deben de haber influido en ello coincidencias de pequeñas causas: dificultades para publicar luego unas obras y facilidades para otras; pero, dados nuestros hábitos, esa coincidencia infunde sospechas que debieron preverse y evitarse con la adopción de algún orden racional.

Los Constituyentes de 1870 es obra que no necesita em-

pujar a un lado a otras para ocupar un lugar en la Biblioteca: tiene derecho a figurar en ella. Es libro que desperta interés y que tiene méritos propios que todos pueden reconocer.

I

La obra de Justo y Domingo Arteaga Alemparte es formada por una galería de ciento nueve retratos de miembros del Congreso de 1870, llamado Constituyente porque en él debían discutirse proyectos de reforma de la Constitución Política, cuyo objeto era conformarla con la doctrina liberal que estaba entonces en su apogeo y que pronto iba a dominar sin contrapeso en el gobierno.

Los retratos están hechos según el modelo de los de Cormenin, escritor que estuvo en mucha boga a mediados del siglo pasado. Los hermanos Arteaga lo imitaron con bastante acierto, naturalidad y buen gusto, no sólo en las observaciones políticas sino también en las literarias, a las cuales daba Cormenin bastante importancia, sobre todo en sus últimos retratos.

Precede a la obra una introducción de don Roberto Huneeus Gana, que contiene noticias muy minuciosas de la vida de ambos hermanos y de su labor como periodistas y escritores.

Los juicios que sobre ellos emite, están simplemente enunciados y escasamente demostrados. En las pocas páginas que dedica con especialidad a la obra que presenta al público, cita algunos párrafos; pero más para admirarlos que para examinarlos en atención a ciertos principios.

En general, el señor Huneeus parece dominado por un sentimiento de veneración, por un respeto profundo hacia esos dos autores que contribuyeron en gran parte a popularizar las ideas liberales, y a darles atractivos propios para cautivar a la juventud, adornándolas con la galanura de la expresión y las gracias del ingenio.

La labor política de los hermanos Arteaga importa al señor Huneeus más que el libro. Por lo menos, así lo da a entender. *Los Constituyentes de 1870*, dice, es seguramente la obra que más ha personalizado a los Arteaga. Ella sirve como de pedestal a un monumento que jamás solicitaron y que hasta hoy no necesitan". Si no necesitan el monumento literario a juicio del señor Huneeus, claro está que considera más importante y duradera la obra política que realizaron.

Siendo esto así como parece, debió haber hecho un estudio bien desarrollado de la situación social y política en que ellos figuraron. Pero el señor Huneeus evita con el mayor cuidado tocar ese punto. Fuera de algunas pinceladas aquí y allí, de un esbozo tenue y vago hecho al comenzar la introducción, nada dice respecto a esto. Ni siquiera explica por qué se llamó Constituyente al Congreso de 1870.

Cierto es que expone los ideales políticos de los hermanos Arteaga; pero, para estimarlos en lo que valen, era preciso exponer a tiempo, cuál era la necesidad de esas reformas y su razón de ser, qué argumentos tenían sus adversarios para combatirlas. Y esto habría servido además para que el lector tuviese cabal conocimiento de la obra encabezada por el estudio del señor Huneeus.

Ahora nos explicamos todavía el campo en que se mueven los personajes de esa galería; pero este recuerdo va desvaneciéndose. Las generaciones nuevas ya no entienden bien ese campo, y las que vengan más tarde no se lo explicarán con claridad. Porque, aun cuando por la historia sepan, en general, las mudanzas políticas, es preciso estar, en este caso, al cabo de pormenores y circunstancias especiales, a los cuales los dos hermanos se refieren como a cosa sabida de todos. Ellos dan bastantes indicaciones; pero ni están ordenadas en un cuadro, ni siempre son suficientemente imparciales, bien que los autores han tenido la intención de proceder en todo caso con honradez.

Probablemente el señor Huneeus ha temido lastimar a los adversarios del liberalismo y ser tachado de parcialidad; pero, procediendo con pleno conocimiento de los hechos, con recta intención y la circunspección debida, no había por qué temer que se sintiesen lastimados.

Los retratos de los Constituyentes están firmados unos por don Justo y otros por don Domingo. La manera general, es bastante parecido en uno y otro como que imitaban a un mismo modelo, y había mucho de común entre ellos porque seguían unas mismas doctrinas, estaban afiliados en un mismo partido y respiraban una misma atmósfera; pero la naturaleza de sus ingenios era diversa.

Don Justo, el hermano mayor, percibe las semejanzas y diferencias de las cosas más que las causas; analiza la media tinta más que las líneas generales. Tiene una imaginación muy viva, y las semejanzas, las diferencias, los matices toman figura, cuerpo, se mueven e interesan por su variedad y viveza.

De don Federico Errázuriz Zañartu dice: "Dispara contra sus enemigos una pedrada o un machetazo, nunca un golpe delicado o ingenioso. Siempre lleva al debate elementos explosivos; se complace en la borrasca. No se bate, riñe; no es un espadachín sino un pugilista enteramente entregado al ímpetu de sus instintos naturales. Cuando va a hablar, uno sospecha que siente tentaciones de despojarse de su levita. Es un orador de presa. Algo como un Casimiro Perier de piso bajo. Como él, querría llevarlo todo a sangre y fuego".

A veces el autor es arrastrado por esas mismas figuras animadas por su propia imaginación, y se desvía del asunto o lo olvida.

"La palabra del señor Vargas Fontecilla, dice, es chillido, queja, suspiro, lamento, expectación. Corre, tropieza, se asusta, se encabrita, salta, produce sonidos discordantes, jamás una armonía. Sospecha el arte, busca la forma, pero llama a puertas que no abren. Suelen levantarse en él bataholas increíbles. Ya es un escuadrón que se amotina, ya un escuadrón en fuga, ya una línea que vacila, ya un recluta que dispara al acaso y hiere a sus compañeros, ya un bribón que hace fuego contra su propio jefe. No hay medio de introducir la subordinación. En vano se consuman ejecuciones sumarias. El rebelde pasado por las armas no ejemplariza al rebelde que viene tras él. El desorden se hace universal.

"Cuando el orador concluye su arenga, cae fatigado en un sillón con el cansancio de quien ha tentado un esfuerzo sobrehumano. Es un hombre fuera de quicio".

Don Justo es mucho más vivo, ingenioso y brillante que

profundo. Por estas cualidades, acompañadas de cierta abundancia de ideas, era muy apto para ser periodista y folletista. Como era poco profundo, no obligaba a meditar a lectores que siempre están de prisa como los de periódicos y folletos, y como era brillante, variado, y abundaba en pensamientos imprevistos, despertaba y cautivaba la atención. Con sus imágenes presentaba las cosas con claridad y fuerza, y deslumbraba de modo que, aun cuando el asunto sólo era presentado por cierto aspecto, parecía que lo abarcaba por entero.

Cuando se dedicó al periodismo era corriente el editorial o demasiado serio y un tanto declamatorio, o irritable y procaz. Su modo ingenioso, culto y moderno le dió pronto gran popularidad que sirvió no poco para la propagación de las ideas liberales.

Como la imaginación y la agudeza entraban por mucho en el buen éxito que obtenía y esas son cualidades que fácilmente se desbocan, mientras las tuvo sujetas dentro de ciertos límites anduvo bien; pero el natural afán de acrecentar su popularidad lo hizo aflojar las riendas poco a poco y cayó en el amaneramiento.

Discurría por imágenes, acumulándolas, contraponiéndolas. Para darles más realce y vigor, acortaba las frases, las aislaba en párrafos que generalmente no alcanzaban a ocupar un renglón, desmembrada los períodos. Acudía a interrogaciones menudas. En fin, acabó por ser un petímetro literario afrancesado que, más que a nada, atendía a la compostura de su frase y a resaltar por dichos ingeniosos.

Cuando colaboró en *Los Constituyentes* estaba en sus

buenos tiempos; pero ya podía conocerse por dónde comenzaría a flaquear.

Sus aptitudes encontraron natural ejercicio en la descripción de esos caracteres que carecen de luz, color, rasgos señalados, y que se asemejan a un borrón de media tinta.

Tienen las apariencias de tales caracteres aquellos políticos que ocultan hábilmente el propósito de llegar a las más altas cimas del poder y que, desde tiempo atrás, han estado maniobrando entre los partidos para no inspirar recelo a ninguno y conseguir la adhesión de los más populares y numerosos. Lo indefinido del carácter de estos personajes, sus vacilaciones, su retraimiento en conflictos difíciles, su empeño en suavizar asperezas, sus osadías y timideces inexplicables, sus cambios de frente sin razón manifiesta, estos empastes de claro y oscuro, estos matices, atraen a don Justo y se extiende analizándolos como quien está en su propio elemento.

Los retratos que ha hecho con más estudio y desarrollo son los de personajes de esa especie, como don Federico Errázuriz Zañartu y don Domingo Santa María; pero, como carece de profundidad y penetración suficientes, no ve en las vacilaciones y falta de firmeza sino cualidades que deben reformarse. Aun cuando encuentra cualidades tan secundarias en políticos hábiles que agrupaban a otros en torno suyo, las toma por lo que aparecen, no le despiertan desconfianza y no sospecha que puedan ser el resultado de un propósito.

Pocos años después, el curso de los acontecimientos manifestó que se había equivocado cuando atribuía a vacila-

ciones, a falta de firmeza, a defectos de carácter, lo que en el fondo era una cosa resuelta, un objeto tenazmente perseguido mediante el disimulo, las concesiones, la aparente moderación.

En don Domingo Santa María, don Justo no ve nada sino indecisión. Termina así su retrato: "Ministro perpetuamente en candelero, sus subalternos de otra época van tomándole la delantera.

"En estos momentos el poder legítimo, el poder que engrandece, no es el que se adquiere por una triste intriga de palacio o de partido, sino el que decreta el voto de la opinión. Este poder exige firmeza en la actitud y en el propósito. Es preciso ser algo resueltamente.

— "Sed algo! — decimos al señor Santa María. Talento, elocuencia, situación obligan".

Pues bien, al señor Santa María no le convenía ser entonces algo, para poder serlo todo más tarde. Esto era lo que tocaba descifrar a don Justo: por lo menos debía haber buscado un motivo que explicara esa extraña indecisión.

El retrato de don Federico Errázuriz concluye de esta manera:

"¿Cuál es el propósito nacional del señor Errázuriz?

"En vano pedimos un rayo de luz para alumbrar su fisonomía vaga, obscura, siempre cabizbaja y hasta siniestra en ocasiones. Trabajo perdido, no lo encontramos.

"Por un momento se pudo creer que era la reforma. Engaño! Vedle dando aliento a las columnas del retroceso.

"Por un momento todavía, se pudo creer que era el en-

grandecimiento exterior del país. Nuevo engaño! Fué él quien se encargó de clavarlo en la picota.

"Nada se acentúa en el señor Errázuriz sino su ambición. Sólo en ella cree. Su ambición manda y él obedece. ¿Manda perder a un hombre? Le pierde sin vacilar. ¿Manda aplastar un principio? Le aplasta. El buen suceso es una absolución".

Esto publicaba don Justo en 1870. En 1871 subió a la Presidencia de la República don Federico Errázuriz y, en 1881, don Domingo Santa María. Estas dos nebulosas insolubles resultaron dos astros clarísimos y de primera magnitud en el firmamento liberal. Don Justo no dió pruebas de mucha perspicacia.

Pero, si a estos retratos falta el fondo, en cambio la descripción de esos caracteres tales como parecían, está hecha con mucho brío y vivacidad. Son como una sucesión de fotografías instantáneas tomadas en toda especie de situaciones y posturas, si así puedo decir.

El retrato de don Miguel Luis Amunátegui es otro de los más estudiados. Su carácter político, en realidad, era muy dócil a las circunstancias, y don Justo, al describirlo, está en su verdadero elemento; Amunátegui era un hombre de letras, inteligente y estudioso. Por estas cualidades entró a la administración y a la política; pero en las letras se fundaba su popularidad y fueron ellas su más eficaz apoyo. Como político era un curioso empaste de ambición tímida, de inocencia y malicia, que don Justo analiza con nerviosidad ingeniosa.

Estos tres retratos son los más importantes de don Justo. Los tres son bastante buenos por su forma; pero el de

Amunátegui es el más verídico, precisamente por la superficialidad de su carácter político.

Los personajes que no eran núcleo o elemento importante de un partido, como don Francisco Vargas Fontecilla, don Joaquín Blest Gana, don Alejandro Reyes, don Aníbal Pinto (que entonces no daba indicios de llegar a la Presidencia de la República), y otros así que no manifestaban una adhesión entusiasta, fogosa, incondicional a un orden de ideas, sino que contribuían al gobierno procurando equilibrarse entre los varios partidos, son tratados por don Justo con cierto ánimo menospreciativo, quiere abrumarlos, los ridiculiza con finura, y el retrato tiende a la caricatura.

En esos tiempos de lucha, de entusiasmo, de próximo triunfo de ideas nuevas, los políticos moderados por naturaleza o por conveniencia eran el blanco de los ataques de los jóvenes que trabajaban con tezón y que ocupaban los primeros puestos en la contienda. Don Justo es ardiente en el ataque y, una vez que descubre el punto débil, menudea saetazos con mucho vigor.

Tiene muchos otros retratos de pocas líneas, simples reseñas, en que trata de volver a la obscuridad a personajes que no se distinguían en la política y que figuraban en ella ocasionalmente.

A los Constituyentes conservadores, que son pocos, los esboza, en general, con mano algo dura y pesada; pero no se propasa a una parcialidad agresiva. Es un adversario caballeroso, cortés y sincero.

Escribió más o menos las dos terceras partes de la gale-

ría: él se hizo cargo de casi toda la gente menuda que forma un buen número, y que despacha en dos o tres párrafos.

II

Don Domingo se reservó casi todos los personajes de importancia, especialmente aquellos que descollaban como escritores. Don Miguel Luis Amunátegui debió ser motivo de discusión entre los dos hermanos: pertenecía como escritor a don Domingo, pero, sin duda, don Justo por nada consintió en perder esa oportunidad de describir un carácter político bien singular y curioso.

Don Domingo era distinto de su hermano mayor: tenía a la profundidad, a las causas generales. No carecía de imaginación y la gobernaba con mano firme. Era correcto y sereno. Tenía, sobre todo, un gusto literario excelente, muy seguro.

Así como la imaginación y la agudeza caracterizan el ingenio de don Justo y le dieron aptitudes singulares para el periodismo, así el buen gusto y la razón caracterizan a don Domingo y le dieron admirable aptitud para la crítica literaria.

Don Roberto Huneeus, comparando a los dos hermanos, dice que "como críticos literarios campeaban a la misma altura". A mi juicio, esta afirmación está lejos de ser exacta. Don Domingo es un maestro y don Justo un simple aficionado. Aquél es crítico por naturaleza, su modo de percibir está organizado para eso.

Hay entre nosotros pocos escritores que hayan manifes-

tado especiales y naturales aptitudes en cierto sentido con más vigor que don Domingo. Así como don Rafael Fernández Concha es filósofo y don Alberto Blest Gana novelista, así don Domingo es crítico. Esto es lo principal, lo fundamental en él. Fué también periodista, orador, funcionario entendido en asuntos internacionales, político, poeta, gerente de Banco, escribió sobre diversas cosas. Todo lo hacía más o menos bien porque era equilibrado, salvo en un punto que se verá más adelante; pero su terreno propio era la crítica literaria en su más elevada acepción.

Es de advertir que, en ese tiempo, la crítica era cultivada como ejercicio retórico más que otra cosa. Don Andrés Bello no tenía fino el sentido crítico sino para los primores de dicción y de pensamiento y no dió luces en esta materia: era hermosillesco. Los hermanos Amunátegui siguieron la misma escuela y publicaron un grueso volumen sobre los poetas americanos que no valen nada. Saint Beuve, ya era aquí conocido en 1870; pero no se daba importancia a la evolución que había iniciado ahondando las bases de la crítica y buscándolas en la naturaleza humana manifestada en la personalidad de los autores.

Esta evolución ya había sido desarrollada y ampliada por Taine con mucho talento; pero más allá de los límites debidos.

Además, la producción literaria nacional era escasa y de poca importancia. La agitación política era muy grande y absorbía a todos los ánimos. Don Domingo no abundaba en bienes de fortuna y necesitaba aplicarse a diversas materias para ganar la vida. Por eso es de admirar el vigor de su talento crítico que, sin encontrar un terreno favorable,

pudo, sin embargo, brotar y salir a la superficie. No adquirió suficiente desarrollo porque las circunstancias y la temprana muerte de Arteaga, a los cuarenta y cuatro años, no lo permitieron; pero han quedado muestras suficientes para asegurar que era un talento crítico superior, sano, delicado, acompañado de una sensibilidad exquisita y animado por nobles ideales.

Tenía una instrucción literaria sólida, fundada en el estudio de los clásicos. Era muy partidario del estudio del latín, y tradujo la Eneida, ejercicio excelente para dominar la expresión, dar propiedad al lenguaje, y afirmar y depurar el gusto.

Una obra compuesta con fines políticos, como *Los Constituyentes*, no sólo no permitía a don Domingo extenderse en las observaciones literarias cuando había oportunidad de hacerlo, sino que lo forzaba a guardar en la forma de ellas cierta conformidad con las observaciones políticas que los personajes le sugerían. No era posible rebajar o ensalzar demasiado por un aspecto a un individuo que, por otro aspecto, era ensalzado o rebajado. Sin embargo, nuestro autor salva la dificultad sin pecar de parcial. Cuando debe censurar censura, y cuando debe alabar alaba; eso sí que cargando o no la mano en ello según se trate de amigos o adversarios; pero sin desfigurar el juicio literario. Con tal proceder manifiesta que, para él, la crítica era un ministerio que procuraba desempeñar honradamente.

El retrato de don José Victorino Lastarria es el primero que figura en la galería firmado por don Domingo: está bastante desarrollado y hace juego con el de don Domingo Santa María de don Justo.

El carácter de Lastarria está bien estudiado sin omitir los notorios defectos que tenía, principalmente su vanidad y orgullo, todo dicho con buen modo. En cuanto a su obra política y literaria, nuestro autor manifiesta gran admiración; pero le pone reparos al escritor, verdadera osadía con respecto a un hombre que se consideraba de superioridad indiscutible.

Refiriéndose a las *Investigaciones*, encuentra al estilo "cierta grandilocuencia de dudoso gusto". No oculta que hay pesadez en las composiciones satíricas del científico y literato del liberalismo de esa época. "Para valernos, dice, de una expresión muy vulgar, pero muy pintoresca, el señor Lastarria suele dejarse caer con todo el cuerpo sobre el objeto de sus censuras, lo que desvirtúa el efecto del ridículo y despoja de toda festividad a la sátira.

"Y esa propensión al aplastamiento, como diría Víctor Hugo, no se encuentra sólo en el crítico; estalla también, de tarde en tarde, en ciertos arranques del orador".

Habla muy en general de las obras políticas de Lastarria y de sus teorías de gobierno; pero expone el espíritu de ellas en forma moderada y sagaz, y sabe esquivar con arte los toques a fondo.

En el retrato de don Manuel A. Matta, radical respectable y austero y más tenaz que hábil, nuestro autor explica muy bien la idiosincrasia de ese político y escritor. Tenía Matta cariño sincero a las letras y las cultivaba con entusiasmo; pero nunca pudo dominar la expresión ni ordenar convenientemente sus ideas, y lo que escribía resultaba casi siempre estrambótico y con visos ridículos.

He aquí lo que de él dice don Domingo, y hago la cita,

no por lo que a Matta se refiere, porque no merece ser mencionado como escritor, sino para dar un ejemplo de la percepción fina y la expresión acertada de nuestro crítico.

"Dominado por el deseo de ser escrupulosamente exacto, dice cuanto tiene que decir, sin omitir ninguna idea accesoria, ningún incidente secundario, y lo dice echando mano, si es preciso, de palabras desusadas, de neologismos formados al correr de la pluma, y lo dice de un golpe, de un resuello, por compleja que sea su concepción. De ahí que sus largos períodos formen una red inextricable de complementos y proposiciones incidentales, en que el estilo se enreda y pierde su movimiento, y en que la atención del lector acaba por fatigarse.

"El mismo anhelo de completa exactitud le lleva de continuo a la generalización, haciéndole preferir las expresiones más abstractas a las más concretas; lo que suele envolver su pensamiento en cierta atmósfera de vaguedad e indecisión".

He ahí una muestra de esas observaciones exactas, manifestadas con naturalidad y sencillez, y que no sorprenden porque parecen cosa corriente. Y no son cosa corriente, porque no se encuentran en los escritos vulgares sino en los que sobresalen, en los que tienen una percepción clara y ordenada y que pueden manifestarla sin que el lenguaje les ocasione embarazo.

Y así como don Domingo es sagaz para lo más externo de la expresión, lo es también para análisis más sutiles respecto a la concepción misma de las cosas.

He aquí algunas observaciones que hace en el retrato de don Alberto Blest Gana, el único novelista verdaderamen-

te tal que hemos tenido por la espontaneidad y fecundidad de su talento:

"Hay de ordinario reunidos en los romances del señor Blest Gana un estudio acertado del corazón y de sus innumerables resortes, y una gran observación de nuestra sociedad. No es, por cierto, la fidelidad lo que falta a sus pinturas: antes bien, la copia suele ser tan puntual que el pintor se convierte en fotógrafo. Los cuadros se trasladan, a veces, de la realidad al libro sin pasar por el crisol del ideal. Esta falta de idealización artística, si los hace ganar en exactitud material, si los hace groseramente verdaderos, les quita aquella delicadeza, aquella amenidad, aquellas luces y fulgores con que la poesía transfigura la verdad en belleza.

"El arte supremo consiste, no en copiar la naturaleza con los sentidos, sino en copiarla con la fantasía, y el mejor artista no es el más exacto, sino el más patético".

Aquí está condensada en pocas líneas la doctrina del sentido común artístico, la doctrina que tiene su fundamento en la naturaleza, en nuestras aspiraciones normales, en el modo de ser del hombre de todos los tiempos. Esta doctrina podrá ser ocasionalmente olvidada delante de otras nuevas llenas de presunción y audacia; pero en ella encontrará siempre un guía seguro el artista que, desdeñando aplausos fáciles de conquistar con la exageración de modas efímeras, sólo atiende, como decía Dante de sí propio, a inspirarse en el amor, en el sentimiento humano, y a manifestar sinceramente lo que éste dicta, en lo interior del alma.

III

En el artículo en que estudia a don Zorobabel Rodríguez, tiene don Domingo dos páginas muy notables sobre lo que es el diarista, sobre las dificultades de esta profesión y las dotes que exige para ser ejercida eficazmente.

En 1870, Rodríguez no era todavía un economista, sino que estaba en toda su juventud literaria. Lleno de impetuosidad y de ardor, se complacía en la lucha, y fustigaba a los personajes liberales poniéndolos en ridículo con éxito ruidoso.

Don Domingo era liberal muy exaltado, mucho más que don Justo, y por ahí flaqueaba. Odiaba profundamente a la religión católica y menospreciaba a cuantos la defendían. Reconoce ampliamente que Rodríguez es diarista de talento superior; pero le quema la sangre que trate con sorna las doctrinas liberales y a los personajes que pontifican en su nombre. Duda de su sinceridad, le censura las "intemperancias y exaltaciones de polemista" y termina el artículo con un cargo injusto. Dice que, en Rodríguez, cuenta "la causa liberal un adversario implacable, que no sabe respetar ni es de consiguiente respetado".

Claro está que a Rodríguez lo injuriaban los liberales porque daba que reír al público a costa de ellos. No respetaba, es cierto, la presunción, la ignorancia, la mala fe, el error lleno de entonamiento y dogmatismo, ni respetaba a los figurones políticos, a los embaucadores del pueblo, a los dóciles instrumentos del poder; pero sabía respetar lo que verdaderamente era digno de respeto.

Prueba de ello es que, cuando murió don Domingo, el diario de Rodríguez, *El Independiente*, lamentó el fallecimiento y habló del hombre y del escritor en los términos más honrosos, encomiando su talento y la honradez de sus convicciones.

Cuando don Justo se retiró de la prensa minado por la enfermedad que lo llevó al sepulcro, Rodríguez, su contendor perpetuo, escribió un editorial en que le estrechaba calurosamente la mano y mostraba los servicios que don Justo había prestado al periodismo chileno. En el editorial de *El Independiente* de 4 de marzo de 1882, decía entre otras cosas lo siguiente:

"No podríamos decir en elogio de nuestro colega que ha formado escuela, porque desgraciadamente no son las ideas las que regulan el movimiento del mundo político en que vivimos; pero sí podemos afirmar que ha educado, que ha moderado y dado maneras a nuestros hombres de prensa. Con su persistencia en el buen tono, ha concluído por hacer surgir, aun en los más rehacios, el deseo de ajustarse a sus cánones. Hace quince años la prensa diaria de Chile, hosca, erizada, gruñidora, daba miedo y humo; pero no alumbraba absolutamente. Si hoy alumbra por momentos y se presenta a los ojos del observador, mondados los cabellos y las uñas, y más o menos discreta y urbana, ello al ex redactor de *Los Tiempos* se debe en mucha parte".

Don Justo, con este motivo, le escribió la carta que a continuación transcribo. En ella manifiesta rasgos de un carácter noble y delicado, y también podemos notar que don Justo, aun en su correspondencia privada, tenía al

amaneramiento y se empeñaba en buscar pensamientos ingeniosos.

La carta dice así:

"Muy querido amigo:

"Si ya no puedo escribir, todavía puedo agradecer.

"Mil gracias por su amistoso artículo de hoy, que es tan noble como bondadoso.

"Ha sido para mi alma, la visita de un hermano rayo de sol.

"Amistad muy cordial".

La verdad es que Rodríguez no se propasaba en los ataques más allá del límite a que alcanzaban los ataques de los liberales; pero los de él dolían mucho más, porque estaban dirigidos con gran vigor y ojo muy certero. A esto se unía que los liberales miraban muy en menos a los conservadores, o ultramontanos como entonces llamaban a los más decididos, y les parecía verdadera insolencia que un miembro de un partido que era tan poca cosa los tratara sin miramientos.

No faltaban motivos para este menosprecio. El partido conservador, indolente, sin organización u organizado ocasionalmente a medias, apegado al gobierno, sin que sus hombres de viso dejaran un momento sus fincas y negocios para atender la cosa pública, sin que intentara atraer por ningún medio a la juventud, sin que diera, en una palabra, manifestaciones de nada, sino de seguir a la Iglesia y al gobierno, el partido conservador, digo, era impopular y antipático.

Mientras tanto para los liberales todo era sonrosada aurora. Bien pronto iba a resplandecer el día en que podrían

aspirar aires de libertad cargados de aromas de ciencia y de progreso. Prometían y esperaban mavarillas. El número principal de su programa, la gran novedad, era la emancipación de toda autoridad divina. La juventud rebosaba de entusiasmo con semejantes expectativas. Tenían buenos escritores, buenos poetas, buenos oradores, buenos profesores.

Los ultramontanos estaban como abrumados. Es cierto que entre los prelados y el clero había talentos notables, que enseñaban cumpliendo con su elevado magisterio, y refutaban los errores con elocuencia y energía; pero no cultivaban, ni les correspondía hacerlo, los géneros literarios que dan popularidad y que entusiasman a la juventud. Y la juventud estaba entonces en una especie de renacimiento literario animado por un romanticismo liberal, y se alejaba de todo lo que era regla, orden impuesta, sometimiento, freno para la imaginación y las pasiones.

Sólo había dos conservadores que en ese terreno hacían frente con buen éxito al adversario, mientras se formaban apresuradamente, en vista de la inminencia del peligro que al fin alarmaba, jóvenes que pudieran ayudarlos a competir con los liberales. Y así con razón dice don Domingo:

"Don Zorababel Rodríguez de quien ya hemos hablado, don Abdón Cifuentes, de quien vamos a hablar, son los dos niños mimados del partido ultramontano. Aquél es su primera pluma en la prensa diaria; este otro, es su primera palabra en el parlamento.

"Se comprende que el uno y el otro sean festejados, celebrados, admirados calurosamente por un partido tan es-

caso de ilustraciones e inteligencias. El adagio lo advierte: en el país de los ciegos, etc.”.

Había, sin embargo, entre los conservadores, un hombre de gran carácter, de gran ilustración, de abnegación extremada por lo más altos intereses de la República: don Manuel José Irarrázaval. Había viajado y observado mucho, había estudiado la organización política de las naciones más adelantadas. Aplicaba, con intensa energía, sus conocimientos y experiencia a dar nueva y ancha base al partido conservador y a apercibirlo para conquistar las verdaderas libertades públicas. Su labor constante, tenaz y silenciosa influía ya considerablemente en la organización y nuevos rumbos del partido conservador; pero no era bien conocida y estimada sino por los que se iban agrupando en torno de él y lo reconocían como jefe.

Irarrázaval no tenía dotes de orador ni escribía para el público. Por eso, en aquella época de celebridades literarias, no era apreciado como hombre de talento por aquellos que vivían lejos de él como los liberales.

Como miembro del Congreso de 1870, figura en la galería de los hermanos Arteaga; pero es juzgado superficialmente, erradamente, por don Domingo, y aun con malevolencia, me atrevo a decirlo.

No es de extrañar lo primero, porque no lo conocía lo suficiente y veía en él al jefe de un partido odiado. Lo segundo pugna con su nobleza de sentimientos; pero no con la condición humana y sus naturales flaquezas. Nuestro autor insiste recargadamente en los cuantiosos bienes de fortuna de Irarrázaval, en sus cuarteles de nobleza, en su elevada posición social, en sus cualidades como indivi-

duo particular, en la cultura que los viajes dan por sí sólos, para hacer un contraste bien resaltante con la nulidad que le supone como político. Tal proceder es de un hombre despechado. Mientras la fortuna abruma con sus dones a esa nulidad política, a ese señor indolente, él, Domingo Arteaga, lleno de talento y con las más variadas aptitudes que emplea incondicionalmente en el progreso de su patria, vive en la estrechez, sin independencia, con trabajo, sin poder viajar; tiene una contextura débil y enfermiza. Algo se subleva dentro de él. Al desahogarse sin quererlo, comete una falta excusable, una flaqueza más digna de compasión que de censura.

Pinta a Irarrázaval como a un aristócrata egoísta, un Mecenas rumboso, un carácter sin tenacidad, sin ardor, sin vehemencia. Dice que el partido conservador ha encontrado en él "una columna de oro, es decir, una columna de escudos".

Resume su impresión de esta manera: "El señor Irarrázaval no ha mostrado en su carrera pública ni magnanitud de carácter ni dotes de orador, ni las cualidades especiales que necesitaba para desempeñar con lucimiento el papel de jefe temporal del partido ultramontano, que sus amigos y correligionarios se han empeñado en hacerle representar. Bajo este aspecto, se ha parecido mucho a esos reyes del teatro, a quienes suele tocar en el drama un papel secundario y casi mudo".

No debió de ser poca la sorpresa que experimentó don Domingo en 1873, cuando el mudo rey de teatro, sobreponiéndose a la casi invencible dificultad que tenía para expresarse en público, comenzó en el Congreso a luchar

por la libertad electoral contra los liberales que, ya en el poder, en todo pensaban menos en ella; por la justa representación de las minorías, y por la independencia del poder legislativo. Sus discursos no eran elocuentes; pero infundían respeto, porque manifestaban verdaderas dotes de estadista, convicción profunda, sincero amor al progreso y a la libre manifestación de la voluntad popular, noble osadía para acusar ante la nación los excesos del liberalismo autoritario del gobierno.

Había ya muerto don Domingo hacía un año, cuando Irarrázaval inició su campaña para el establecimiento de la comuna autónoma, campaña memorable que él llevó a cabo venciendo con extraordinaria constancia y energía dificultades sin número y aprovechando con habilidad los vaivenes de la política.

Isodoro Errázuriz, ministro de Justicia e Instrucción Pública, en la sesión del Senado de 27 de noviembre de 1889, contestando uno de los discursos de don Manuel José Irarrázaval sobre la comuna autónoma, dijo lo siguiente:

"Debo reconocer también, honorable Presidente, que el debate tiene una circunstancia importante y que podría llamar meramente personal. La atmósfera de respeto y de simpatías que envuelve al Honorable Senador y que proviene del conocimiento que el país tiene de su energía de convicciones, de su vida de estudio y de sus prendas de elevado carácter, dan a su palabra considerable autoridad".

Cuando murió, sus méritos fueron unánimemente proclamados por los jefes de todos los partidos, los cuales le

rindieron uno de los más hermosos homenajes tributados a servidores públicos.

IV

Sigamos examinando a don Domingo como crítico de cuya excelencia ya se han dado algunas pruebas.

Tiene sobre la poesía una página hermosa, de expresión noble y elocuente. No está enteramente limpia de mala semilla, y es de sentirlo, porque sin eso podría ser alabada sin reserva. Dice así:

“Una codicia implacable de riquezas, estimulada por la actividad prodigiosa de la industria y por la multiplicación de las necesidades de la vida, tiende, en este siglo, a dar a los bienes y goces materiales un predominio absoluto sobre la naturaleza humana. La vida física tiende a absorber la vida del espíritu, tiende a ahuyentar el entusiasmo, la abnegación, el patriotismo, los sentimientos expansivos y caballerescos.

“Uno de los mejores correctivos de esa tendencia es la poesía, que opone a las miserias de la realidad las grandezas del ideal, a los placeres groseros de la materia las puras satisfacciones del alma, al apetito que se arrastra por el suelo, la aspiración que se cierne en las altas regiones de la existencia.

“Verdad es que la poesía se resuelve en sentimiento e imaginación, y que la imaginación y el sentimiento han gobernado al mundo por muchos siglos en vez de la razón, y lo han gobernado muy mal.

“Pero, cuando la imaginación se sirve de sus alas para

volar en busca de lo bueno y de lo justo, cuando las vaguedades del sentimiento se transfiguran en una convicción palpitante y radiosa, cuando el poeta se hace ciudadano y apóstol, entonces la poesía es gala y atractivo para la verdad, savia para el patriotismo, aliento para todas las fuertes virtudes de un pueblo libre”.

La mala semilla está en la referencia al mal gobierno de la imaginación y el sentimiento, porque con esto quiere indicar el gobierno con religión, e insinúa que el bueno es el que no la tiene, el gobierno racionalista. Pero no insistamos en tal punto.

Esa página atrae por el afecto, la pasión, la vigorosa tendencia hacia ideales que enaltecen al hombre. Las ideas no ofrecen novedad, son comunes, casi vulgares; pero llevan el sello del autor, las ha hecho suyas y las manifiesta con la sinceridad de una concepción propia, y con dominio completo sobre la expresión.

No está el talento literario en decir cosas que a nadie se les han ocurrido, cosas inauditas, que al fin resultan casi siempre extravagancias sin fundamento; sino en encontrar la expresión más clara y adecuada para cosas que son de común sentir, porque el común sentir se funda en la naturaleza y tiene, por consiguiente, base sólida y verdadera.

Pope, el célebre poeta preceptista inglés, tiene sobre esto, en su *Ensayo sobre la crítica*, un pasaje profundamente sensato. Hablando de aquellos que sólo buscan las agudezas, la novedad de pensamientos brillantes, dice:

“El verdadero ingenio es la naturaleza realzada; es aquello que ha ocupado el pensamiento de muchos sin que hasta

entonces nunca haya sido tan bien expresado, es algo cuya verdad nos deja convencidos a la simple vista, de modo que nos parece un reflejo de nuestro modo de pensar".

La página de Arteaga citada está al comenzar el retrato de Guillermo Matta, y se la sugiere este poeta. Por eso hace en ella alusiones racionalistas, porque Matta fué el gran cantor de las aspiraciones liberales de aquella época.

Don Domingo lo estudia en general como poeta: reconoce francamente que como orador político y como prosista era bastante mediocre. Si bien con reservas un tanto vagas, alaba con entusiasmo sus poesías, sobre todo por las tendencias sociales que en ellas manifiesta. No entra a examinar la forma poética, que si entrara tendría que hacer reservas mayores.

Matta se distinguió por una verbosidad poética inagotable, sonora, retumbante. Sus poesías ocasionan en el primer instante una sensación de algo grande y vago, profundo, dilatado difícil de percibir bien. En realidad es simple apariencia, porque esos pensamientos examinados de cerca se deshacen solos, se vuelven nada, puro ruido. No tanto, sin embargo, que no tenga a veces aquí y allí algo hermoso; pero, en cambio, suele también uno tropezar con ridiculeces de marca o con cosas ininteligibles.

Sus poesías gozaron de bastante popularidad en su tiempo, porque eran la expresión heroica del movimiento liberal en lo que tenía de más esencial, esto es, en el ataque a toda obligación religiosa en política, en moral, en la ciencia, en el amor, en la vida privada. Y arremetió a ojos cerrados, provocando gran escándalo, contra la Iglesia, el Papa, los sacerdotes, las personas devotas.

A Arteaga, como buen racionalista, le disgustaban las cuestiones religiosas y le parecían cosa de la Edad Media, siempre, es claro, que se tratara de defender la religión. Cuando la atacaban con zaña e insolencia encontraba el asunto agradable, oportuno y apropiado para todas las épocas de la historia. Y así saluda con alborozo y mal reprimido aplauso las poesías antirreligiosas de Matta, versos blasfemos que ostentan con énfasis la arrogancia provincial y la soberbia teatral del poetastro.

En el retrato de don Diego Barros Arana, dice de él Arteaga que es "un adversario de las ideas ultramontanas que ha hostilizado más de una vez en el terreno de la instrucción pública". A pesar de este rasgo favorable, Barros Arana es tan falso de atractivos que no despierta sino muy débilmente las simpatías de nuestro autor. Este lo estudia principalmente por su aspecto literario; como político lo considera insignificante. Dice que "su figura política es estrecha y opaca".

Alaba sus trabajos literarios; pero únicamente en lo que merecen ser alabados, esto es, como obra de un investigador sagaz y paciente, y como escritor claro, ordenado, preciso, sin afectación, y nada más. No le atribuye las cualidades superiores que constituyen al verdadero historiador. Encomia su *Historia de la Independencia de Chile* "como crónica y repertorio de informaciones históricas".

En esta denominación de crónica y repertorio de informaciones históricas entra todo lo que escribió Barros Arana: sus diversos libros pueden ser considerados como diversas partes de una misma obra. Y, en este sentido, merece sin duda ser alabado, salvo las informaciones históricas

inútiles que son muchísimas, y salvo también su notable opacidad y estrechez de entendimiento para juzgar los puntos religiosos que encuentra a su paso.

Para Arteaga, Barros Arana tenía un defecto grave. "El sentimiento de la belleza literaria es casi nulo en Barros Arana", dice refiriéndose a sus lecciones de retórica y poética, "de las cuales lo menos malo que puede decirse es que no predicen con el ejemplo".

Sólo el pensar en los sentimientos que despierta la belleza literaria inflama la sensibilidad exquisita de Arteaga y se enfada contra ese gran sabio en pequeñeces.

Dice de la belleza:

"Sus grandes entusiasmos, sus nobles arrebatos, sus visiones tan vagas como luminosas, sus voces llenas de misterio y encanto, sus sacudimientos, sus fiebres, sus delirios no pueden hallar cabida en un espíritu frío, metódico, escudriñador, curioso de saber, ajeno de sentir e imaginar. No hay en ese maestro de bellas letras ni la magia de la palabra, ni el poder de la fantasía, ni la viveza de los afectos profundos".

Respecto a la oratoria, tiene don Domingo apreciaciones muy justas, racionales, exactas, que manifiestan cabal concepto de su verdadera naturaleza y de la forma en que debe ser ejercitada. Casi no hay retrato de *Los Constituyentes* que no tenga observaciones sobre las cualidades oratorias del personaje de que habla.

Tiene, pues, don Domingo Arteaga (y complace reconocerlo ampliamente en un escritor chileno) todas las principales cualidades del crítico, desde la percepción más fina y razonada de la belleza literaria, hasta la corrección y ele-

gancia de la forma. El lenguaje, es cierto, no es suficientemente correcto y castizo; pero la expresión, en general, se distingue por la claridad, la limpieza y un andar seguro y desembarazado que cautivan.

No está a la misma altura como escritor político. En la parte política de sus retratos es metódico, claro, juicioso, penetrador hábil de los caracteres; pero no está en su elemento. Hay algo que lo enfriá, que lo embaraza, que no le deja completa libertad en sus movimientos. A veces es un poco retórico.

Su hermano lo aventaja en esta parte. Con sus figuras e imágenes da relieve a la fisonomía política, entretiene, y le dispensamos de buena gana la falta de profundidad.

Sin embargo, hay retratos políticos de don Domingo que son muy interesantes para la historia de los partidos, especialmente el de don Antonio Varas y el de don José Victorino Lastarria.

Los Constituyentes tienen un artículo final sin firma, que seguramente es debido a la pluma de don Domingo.

No dejo de conocer que esa galería de retratos podía perder en mérito literario, para el lector superficial, por la falta de unidad. Como crítico superior de su propia obra, explica cómo puede haber unidad en esa variedad de personajes, y lo hace con su acostumbrada elevación de miras.

"Ella está desde luego, dice, en el estudio de la personalidad humana, siempre nuevo, siempre inagotable, siempre lleno de atractivos. Nada de lo que es humano nos es indiferente. El cómico latino que lo decía, muchos años ha,

en un verso inmortal, formulaba también una verdad inmortal.

"El mejor interés del hombre es el hombre mismo. Este interés se hace más vivo mientras más considerable es la cantidad de inteligencia y voluntad, de luz y fuerza que hay en el ser humano. Este interés gana en nobleza, elevación y utilidad, a medida que el observador se desprende de todo sentimiento mezquino, e injusto para buscar en el fondo de las almas, no lo que quisiera encontrar la envidia, el rencor, el afecto, la conveniencia del momento, si no lo que hay real y verdaderamente".

Luego después considera la obra como documento histórico, declara que la intención de sus autores ha sido proceder con la mayor imparcialidad, y concluye así:

"El presente libro es la historia de nuestros partidos y vicisitudes políticas durante treinta y tantos años, contada por muchos de los hombres que han concurrido a las venturas y calamidades de Chile.

"Ahí está la más fuerte unidad de estas páginas".

Queda, pues, de manifiesto que don Justo y don Domingo Arteaga han procurado dar a su libro consistencia, duración; que no lo estiman como una simple colección de artículos políticos de oportunidad; que no han pensado hacer pura obra política, sino también verdadera obra literaria.

Y en buena parte la han hecho. Lo hemos visto. También tienen *Los Constituyentes* mérito en cuanto documento histórico, pues nos ofrece, en forma bastante viva, aun cuando algo abigarrada, un cuadro de los comienzos del

liberalismo. Manifiesta además, con penetración y agudeza, el carácter nacional en el aspecto político.

Ahí está muy bien retratada la inclinación del chileno a la política como complemento de influencia social adquirida por la sangre o el dinero; la especie de política más usada entre nosotros, de uniones, desuniones, emboscadas, tragines, cuchicheos, díceres, intrigas grandes y chicas; cierto servilismo hacia el gobierno, que felizmente ha ido desapareciendo con las incompatibilidades parlamentarias y la libertad electoral; la escasez de caracteres firmes, frances, abnegados; la astucia ladina de los grandes ambiciosos; en fin, multitud de cosas de esta especie, en que nos reconocemos, de las cuales nos quejamos a diario, sin que hagamos nada para corregirlas corrigiéndonos.

1911

ISIDOROERRAZURIZ

OBRAS DE ISIDOROERRAZURIZ.—Discursos Parlamentarios.—Introducción y estudio preliminar de don Luis Orrego Luco.—Volúmenes IV y V de la Biblioteca de Escritores de Chile.

I

El estudio preliminar para una edición oficial requiere imparcialidad completa, moderación en las opiniones y cierto modo impersonal de exponerlas.

Don Luis Orrego Luco no ha pensado un momento en que está desempeñando una comisión oficial, y deja correr la pluma a su antojo. Es escritor variado, pintoresco, con momentos felices, ligero, fiel observante de las modas literarias y artísticas europeas. Ha compuesto obras estimables que pecan a veces por falta de cuidado, de pulimento, de adaptación a su objeto.

Su introducción y estudio preliminar es un conjunto algo descosido y desordenado de páginas novelescas, de recuerdos e impresiones personales, de incursiones en campos ajenos. Es una verdadera charla periodística, más pro-

longada de lo que suelen ser, sin que falte la erudición superficial, el recargo de nombres célebres, las frases usadas para llenar blancos, el esfuerzo para estirar los pensamientos de modo que ocupen bastantes líneas, y la precipitación y ligereza para tratar los diversos puntos.

Por presentar a Errázuriz como hombre de incommensurable superioridad, dice Orrego Luco cosas inverosímiles.

A su juicio, para producir un ser tan extraordinario, ha sido necesario que nuestra sociedad hiciera oportunamente preparativos costosos y ensayara difíciles operaciones químicas. "Las sociedades, dice, necesitan mezclarse y combinarse por extraña manera, destilar en alambique el genio de su raza, para llegar a producir un espíritu armonioso del brillo y del poder que encerraba en el suyo Isidoro Errázuriz".

Las hadas se reunieron en torno de su cuna. "Las hadas, reunidas en torno de su cuna, le otorgaron, ya que no las riquezas de la tierra, las más exuberantes y poderosas facultades del espíritu".

Asaltan dudas a Orrego Luco sobre si Errázuriz era un Mirabeau, al cual llama Gabriel Riquetti. "¿Había en Errázuriz el temple de alma de un Gabriel Riquetti de Mirabeau? No es dable decirlo".

Y agrega, con mucha sensatez: "Sería menester que se hubiera hallado en el mismo escenario grandioso y en tan solemne momento histórico de colosales proporciones, para dar la medida de sus fuerzas intelectuales, y morales".

Poco después dice: "Sea de esto lo que fuere, la figura moral de Isidoro Errázuriz ha sido una portentosa combi-

nación de Heine con Mirabeau, del poeta y del escritor con el tribuno”.

Todo esto pasa la raya. Es excesivo.

Ni faltan errores de fechas y de nombres, que no apunto por no pecar de prolíjo.

Como ejemplo de descuido sólo citaré un caso. Comienza el estudio aludiendo a la muerte de Errázuriz. “El día 12 de marzo, dice, a las dos de la madrugada, perdía la tierra americana un grande espíritu”. Y ni ahí ni en otra parte dice en qué año fué eso. Errázuriz murió en 1898.

Orrego Luco lo ensalza en términos tales que uno espera encontrar discursos maravillosos.

No es, por consiguiente, poco desencanto lo que experimenta el lector cuando los primeros discursos que se le ofrecen son unos de 1870, en que el orador acusa al Gobierno por intervención en las elecciones de Cauquenes y que son iguales a todos los que se han pronunciado en las Cámaras desde medio siglo atrás sobre elecciones.

¿Qué objeto tiene conservar discursos así? No versan sobre asunto de interés permanente, nada tienen de particular en su forma oratoria, no reflejan el espíritu de una época, no manifiestan el talento peculiar del orador. Las reclamaciones electorales son un incidente normal en el régimen parlamentario y, pasada la oportunidad, no despiertan interés alguno. A más, en el caso presente, hay continuas referencias a leyes derogadas y olvidadas.

De tan poca importancia como los discursos sobre las elecciones de Cauquenes hay varios otros en la colección: uno sobre las elecciones de Santiago, tres en que se acusa a un Intendente, y otros sobre gratificación y sueldo de em-

pleados públicos, sobre interpretación de artículos de la constitución con respecto a ciertos procedimientos.

Las circunstancias en que se pronunciaron fueron de agitación política; pero ya nadie las recuerda, es cosa pasada. Quizá proporcionarán materia para la historia; pero ahora no pueden dar interés a discursos que carecen de méritos propios.

Y menos interesan todavía porque corresponden a especiales situaciones que Orrego Luco no ha cuidado de exponer en su estudio preliminar, con el orden y claridad debida. Da muy en general noticias de los accidentes políticos en que tomó parte Errázuriz; pero no las aplica de una manera particular y circunstanciada al caso de los discursos de la colección, lo cual es necesario para entenderlos y estimarlos cabalmente.

Aun cuando hay algunos que dilucidan puntos generales, de interés social, contienen alusiones frecuentes a tales o cuales actos de la oposición o del gobierno, a circunstancias que son las que dan el tono al discurso, que explican la poca o mucha viveza del ataque o de la defensa. Es necesario indicar por lo menos, estos datos, para que el lector reconstituya, en cierto modo, mentalmente la escena. Es un trabajo prolífico y poco lucido; pero indispensable.

Así, el discurso pronunciado el 9 de enero de 1886, en que dió un golpe la mayoría gubernativa con violencia para aprobar las contribuciones, cuyo despacho era estorbadó por una numerosa y respetable oposición, no tiene ni siquiera una nota que recuerde esta circunstancia, famosa y única hasta ahora en nuestros anales parlamentarios, y que haga ver el papel de Errázuriz, que fué el de cominar

por última vez a la minoría en nombre de la mayoría gubernativa.

Tampoco tienen anotación o explicación alguna, el discurso de 7 de junio de 1890 en que censuraba al Ministerio de Balmaceda, y el de 8 de julio del mismo año contra el gabinete que ya había recibido un voto de censura, y más directamente contra el Presidente de la República, con ocasión de las huelgas de Tarapacá que se creían fomentadas por el Gobierno para crear dificultades a la Cámara. Esos discursos son el preludio público de la revolución de 1891, un verdadero toque de alarma y fueron pronunciados en circunstancias solemnes. Lo que en ellos dice Errázuriz no son simples amenazas, como rasgos oratorios, sino el anuncio de una catástrofe inminente; pero que todavía era tiempo de evitar.

Ya han pasado algunas generaciones desde entonces y los pormenores de esas luchas pasadas no pueden conservarse frescos. Tampoco la Biblioteca es una simple edición de obras como cualquiera otra edición, sino que tiene por objeto popularizar a nuestros buenos escritores y continuar su memoria en las generaciones venideras. Por tanto hay que mirar a éstas y presentar las obras en forma que cualquier lector de cualquier tiempo futuro pueda imponerse de ellas con los antecedentes necesarios para comprenderlas cabalmente.

Otra gran ventaja tendrían también estos datos, y es la de que nos mostrarían a Errázuriz como político. El orador parlamentario debe ser principalmente estudiado en su vida política. Sus discursos son manifestaciones de ella: en ella debemos buscar el espíritu que los anima, la intención

que los dirige, el objeto a que tienden, el lazo que los une, la comprobación de la sinceridad del orador.

Orrego Luco, admira a Errázuriz con el entusiasmo de un joven hacia un gran artista. Se extasía con su voz, con su talento, con su patriotismo, con sus brillantes campañas por la causa liberal; pero no analiza su labor política.

Hace con respecto a ella indicaciones generales y vagas.

Dice de él: "Si bien nunca faltó a lista cuando las cuestiones que afectaron al credo liberal se hallaban en debate, no por eso se creía obligado a marchar siempre en el seno del partido; hábitos, numerosos y constantes ejemplos de indisciplina parecían autorizarlo a ello".

Y poco después agrega: "Desde la hora en que se iniciaron las reformas civiles, abandona Errázuriz su papel de voluntario, para tomar el de hombre de fila, y calzarse las espuelas de estadista y de jefe. Ya no campeará en adelante por sus propios respetos; su bandera es la bandera de un partido. Conviértete en solidario de una gran obra, en portavoz de una idea, en paladín de levantado propósito: la secularización de las instituciones civiles".

Esto no ilustra suficientemente la personalidad política de Errázuriz.

Orrego Luco estima, como acabamos de verlo, que, cuando atacaba a la Iglesia, Errázuriz se convertía en solidario de una grande obra, en paladín de levantado propósito. Ahora bien, cuando no estaba obligado a marchar en el seno del partido, cuando no atacaba a la Iglesia, ¿qué propósitos tenía? ¿No eran propósitos levantados? ¿No era solidario de grandes obras?

Esto es lo que más importaba dilucidar, porque ahí está

precisamente lo peculiar de Errázuriz. El liberalismo tenía carácter antirreligioso en ese tiempo, de modo que, cuando nuestro orador atacaba a la Iglesia, seguía la corriente, hacía lo que todos. Cuando se separaba de los demás, seguía impulsos propios que debían caracterizarlo. ¿Cuáles eran éstos? No lo dice Orrego Luco. Y bien valía la pena de investigarlo porque está tratando de un verdadero orador.

Errázuriz fué también periodista muchos años y autor de brillantes páginas históricas; pero, en todo lo que escribió, domina el tono y el impulso oratorio que constituía el fondo de su ingenio.

Tenía todas las dotes que corresponden al orador parlamentario: la claridad en la exposición, el vigor y sencillez en la argumentación, el conocimiento de las leyes, el golpe de vista para elegir lo importante y capital del asunto, la brevedad holgada, la oportunidad para generalizar el caso, envolverlo en el interés social y mover los afectos del auditorio.

Era de imaginación viva y clara, y la manejaba con arte. No la ocupaba en comparaciones largas y prolijamente elaboradas, sino en comparaciones breves, en rápidas imágenes, en rasgos brillantes que fijaban un punto, que retorcían un argumento, que herían al adversario en la parte débil o lo ponían en ridículo.

Poseía singularmente el difícil arte de parecer siempre espontáneo, aun cuando hubiera preparado con pausa los discursos. Nada hay en ellos de retórica, no tienen golpes meditados, no anuncian ni manifiestan las líneas de un plan desarrollado con estudio, orden y método. Es siempre vivo,

rápido, como si obedeciera a un impulso inmediato, con encantadoras apariencias de sinceridad y de franqueza.

Con su clarísimo talento, su ilustración y experiencia, con el dominio que su palabra elocuente le daba sobre el pueblo, pudo haber tenido considerable influjo en la política; pero no fué así.

En las luchas políticas no era cabeza, no dirigía, sino que era poderosa ayuda, el brazo derecho del bando al cual se plegaba. Servía para enardecer las discusiones, dar popularidad a doctrinas, entusiasmar a la juventud. Solía en lo mejor retirarse a su tienda, o cambiar de frente o volverse simple espectador.

No emprendía campañas parlamentarias con un fin verdaderamente político, general y elevado; no las emprendía para desarrollar un plan, para contribuir eficazmente al progreso de la República sosteniendo con perseverancia proyectos de libertad o de verdadero adelanto, sino que, con el objeto de sostener o derribar una situación política, entraba al debate con su brillante impetuosidad, daba mandobles recios y lucidos, levantaba tempestad de aplausos, y luego desaparecía y dejaba que otros continuaran la contienda.

Era, pues, como político muy distinto de don Abdón Cifuentes y de don José Manuel Irarrázaval. Los aventajaba bastante como orador, sobre todo al último; pero éstos eran verdaderos servidores de la nación, que concebían un ideal de libertad y de progreso, y luchaban por él sin desaliento, con firme constancia, con porfía, contra la hostilidad de los Gobiernos y la inercia del público.

El proceder de Errázuriz, no tenía explicación satisfac-

ria. Con frecuencia no sabía el público por qué unas veces estaba con el Gobierno y otros con la oposición, por qué unas veces estaba con un grupo de su partido y otras con otro, por qué seguía las aguas de tal o cual candidato, por qué entraba a la arena de los debates o se retiraba de ella.

Circulaban rumores desdorosos para el popular orador, rumores que más de una vez, en plena Cámara, le fueron lanzados a la faz como acusación fundada y cierta.

Entre los discursos parlamentarios que publica la Biblioteca, hay uno, el de 28 de noviembre de 1885, que ofrece uno de estos casos a que me refiero.

Replicando Errázuriz a francas y ardientes acusaciones que le habían hecho los diputados don Augusto Matte y don Guillermo Puelma Tupper, dijo lo siguiente:

"Señor: Estas palabras de probidad y honradez política en boca de los hombres públicos, como la virtud en las mujeres, son alhajas de gran precio que deben guardarse cuidadosamente, porque hacerlas relucir con mucha frecuencia hace sospechar que sólo sean falsa pedrería.

"Por eso es, señor, que ayer, y aun hoy, no hay quien formule cargos concretos de peculado contra el diputado que habla; hay murmuraciones, ataques insidiosos e intrigas únicamente. Pero yo tengo el derecho de decir que, si soy sindicado de peculado, debo serlo de frente y con franqueza, porque a un sindicado de peculado, no se le llama honorable diputado, ni se le concede prerrogativa ni confianza alguna; con un reo de peculado no se discute ni se cambian frases: a los inmorales, a los reos de peculado, se les acusa, se les prueba su delito y se les condena.

"El señor Puelma Tupper.—Eso es lo que vamos a hacer.

"El señor Errázuriz.—¿Quién será, entre tanto, el que se atreve a iniciar este proceso?

"El señor Matte.—Es lo que estamos haciendo y lo que llevaremos adelante.

"El señor Errázuriz.—Cuando la horda política se ve acosada recurre al arbitrio de las zancadillas viles. Ya veremos el proceso contra mí y contra algunos otros".

Estas acusaciones no eran hechas por conservadores sino por liberales de los más caracterizados.

Es bien extraño que Orrego Luco no haga la menor alusión a estas cosas. Debía haber aclarado el punto. Enaltece hasta las nubes a Errázuriz y, sin embargo, no procura defenderlo de la imputación más grave que puede hacerse a un hombre público. Su silencio mismo induce al lector a suponer que no ha encontrado manera de defenderlo; pero entonces debió decirlo francamente y no presentar a su héroe a la admiración pública sin hacer algunas reservas.

II

Parece que Orrego Luco dispensa a Errázuriz su indisciplina y la falta de móviles elevados, en atención a los abnegados servicios que prestó al credo liberal y, muy singularmente, a la grande obra que hizo y al levantado propósito que tuvo cuando luchó por la secularización de las instituciones civiles, según dice Orrego Luco, esto es, cuando atacó a la Iglesia.

¿Y está seguro nuestro autor de que estos ataques a la Iglesia eran hechos por abnegación al credo liberal? ¿No

serían tal vez impulsados por el interés de complacer a algún Presidente de la República, por mantener una situación ministerial reuniendo con un objeto común grupos dispersos, o por otras maniobras de política de partido? Es lícito, por lo que hemos visto, abrigar dudas sobre la sinceridad de Errázuriz. Y es un hecho efectivo que, si bien era muy aplaudido y admirado como orador, carecía de prestigio como político.

Errázuriz tenía un talento superior a sus obras; en su voluntad estaba haberlas hecho mejores. Carecen sus discursos de la base oratoria más sólida: la convicción sincera y profunda. Esta base, que por sí sola puede llegar a compensar la falta de elocuencia en los discursos de don Manuel José Irarrázaval, no se manifiesta ni en el plan, ni en los arranques oratorios, ni en las protestas de sinceridad, sino en cierta vibración grave, sostenida, que se desprende del discurso, llega hasta nosotros, despierta en el alma el sentimiento del deber. Entonces no exclamamos: ¡qué bello! pero confesamos interiormente: ese hombre no engaña.

Y en el hombre que no engaña habla la naturaleza, habla un fondo humano cuyos dictados siempre son dignos de atención y estudio.

Los discursos de Errázuriz, que merecen conservarse son relativamente pocos; pero bastan para confirmar su fama.

Citaré, entre ellos, uno que pronunció el 2 de septiembre de 1875 para combatir la intervención electoral gubernativa. Aquí levanta y generaliza con extraordinario brío un asunto de por sí vulgar. Tiene rasgos en que pinta a lo vivo lo que llaman legítimas influencias del gobierno. Ata-

ca al Ministro de lo Interior con fogosidad incomparable y con ironía muy mordaz.

Errázuriz en ese tiempo era partidario de la candidatura de don Benjamín Vicuña Mackenna a la Presidencia de la República. El candidato oficial era don Aníbal Pinto. Por esta causa combatía la intervención, que negaba naturalmente el Ministro.

"Si la intervención, decía, no fuese un hecho confirmado por la conciencia de Chile entero, ¿cómo se explicaría que los partidarios de la candidatura a que acabo de referirme (la de oposición) estuvieran denunciando tan estrepitosamente el abuso gubernativo? ¿En fuerza de qué extraña aberración estaríamos proclamando a todos los vienes una circunstancia que es propia para retraer e intimidar a muchos, en este país de hombres mansos y sumisos, por carácter y tradición, al capricho de la autoridad?

"Ah! Bien quisiera yo que se levantara de nuestra conciencia y de la conciencia del país, esta lápida funesta de la intervención que ha aplastado tanta esperanza patriótica y generosa".

Diez años más tarde, en 1885, terminaba la administración Santa María, célebre por haber llevado a extremos inauditos la intervención oficial en las elecciones. Errázuriz estaba entonces con el candidato oficial que era don José Manuel Balmaceda. Gran número de liberales prestigiosos combatían esa candidatura y acusaban al ministerio por la intervención que ya ejercía.

Errázuriz, defendiendo al gobierno, se burla del fantasma de la intervención. Decía en la sesión de 28 de noviembre de 1885:

"Ahí está la cuestión de intervención. ¿Qué es hoy sino el pretexto de una mascarada de carnaval y de un odioso fariseísmo, de falsos pudores y falsos arrepentimientos? Se comienza por engañar al país respecto de la naturaleza y asiento de la enfermedad. Se afirma que los contagiados son los hombres a quienes toca por el momento cubrir la guardia del Estado en los bancos ministeriales, cuando el deber primordial era confesar que es una gangrena de extensión tremenda, que tiene su foco en la conciencia misma del país y de los partidos.

"Hubo un tiempo feliz de unión para los liberales, y puede que esos tiempos vuelvan, en que se estudiaba la cuestión de libertad del sufragio con lealtad y con verdad; en que el primer cuidado, antes de buscar el remedio, era señalar el asiento del mal; en que no se acusaba de intervención a los que mandan, y se proclamaba que la gangrena estaba en el fondo mismo de la conciencia.

"El liberalismo unido tuvo fuerza suficiente para hacer esa confesión y para arrancar a todos la venda; para arrancar a todos los ministros la confesión de que si ellos han pecado, era porque la tierra misma que pisamos está minada por este cáncer".

No podemos negar que todo esto es una palabrería bastante hábil para encubrir la palinodia. Lo mismo, sin cambiar una coma, pudo haber dicho en 1875 si entonces hubiera sido partidario de la candidatura de don Aníbal Pinto.

Los liberales que formaban la oposición al gobierno de Santa María buscaron el concurso de los conservadores. Errázuriz, en el mismo discurso de 1885 del cual acabo de

citar algunos párrafos, procura impedir que se lleve a cabo esa alianza o coalición.

"Hubo una época, dice, en que las alianzas entre liberales y conservadores fueron posibles y dieron sus frutos benéficos para el país. Esa época ya pasó. Ellas se hicieron imposible el día en que el partido liberal, colocado en presencia de arduos problemas de legislación, inició la obra de reforma, llegando sucesivamente a la abolición del fuero eclesiástico, a la proclamación de la igualdad de los cultos ante la ley y dictando las leyes que establecen el estado civil en Chile.

"Se abrió desde entonces entre liberales y conservadores un ancho e insalvable foso; se creó para los unos una situación de defensa y para los otros una de ataque permanente, situación que durará mientras en torno del Estado y en torno de la Iglesia de Chile, haya hombres capaces de convicción y hombres capaces de combate".

Sin embargo de todas estas afirmaciones tan claras y perentorias, Errázuriz, después de iniciada la obra de reforma, había procurado coligarse con los conservadores, para reforzar la candidatura de Vicuña Mackenna, como tuvo que declararlo en ese mismo discurso de 1885 excusando el caso como pudo.

Más tarde, después de la revolución de 1891, no sólo fué coalicionista sino que uno de los motivos que lo indujeron a retirarse de la política, fué el desagrado que le ocasionó la ruptura de la coalición provocada por ciertos liberales influyentes.

"Terminada la guerra civil, dice Orrego Luco, Errázuriz creía necesario continuar en la coalición con los conser-

vadores hasta dejar suficientemente apaciguado el país y asegurado el éxito definitivo del movimiento pasado. No pensaban, por cierto, de igual modo, los precipitados liquidadores de la coalición, que nos han hecho pagar todos los vidrios rotos en hora de alegría inconsciente. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que una tarde se apartó el viejo caudillo liberal del ministerio y de la política, harta el alma de contratiempos y de inesperadas decepciones".

Estas vueltas y revueltas, conocidas de todos, y frecuentes en Errázuriz, quitaban, no el brillo a su palabra ni la viveza a sus ataques; pero sí la eficacia a su acción política.

III

Nuestro orador tiene discursos notables en cuestiones muy importantes de enseñanza, de relaciones entre la Iglesia y el Estado, de implantación de la comuna autónoma.

Cuando los diputados liberales atacaron al ministro Cifuentes porque favorecía la libertad de enseñanza, los acompañó Isidoro Errázuriz, y, en 24 de junio de 1873, pronunció un discurso que propiamente no puede llamarse bueno, porque los fundamentos no son sólidos y no resisten a un examen; pero está hábilmente hecho, con todo el aspecto de una cosa bien estudiada y comprobada.

Supo elegir un terreno favorable.

En la sesión anterior, el diputado por La Unión, un joven conservador muy hábil y entusiasta, don Máximo R. Lira, se había estrenado de la manera más brillante con un discurso sobre la libertad de enseñanza, en el cual defendía al ministro Cifuentes. Es un discurso muy bueno, cla-

ro, valiente, sólido, una excelente pieza oratoria que causó sorpresa y admiración.

Estaba entonces el señor Lira, como varios conservadores que se reunían con don Zorobabel Rodríguez, en todo el fervor de las teorías económicas del libre cambio y del *dejad hacer*. No se contentaban con que pudiera permitirse a los particulares competir libremente en la enseñanza con el Estado, sino que no aceptaban el Estado docente.

El ministro Cifuentes y gran parte de los conservadores no eran de esta opinión: aceptaban el Estado docente; pero en las mismas condiciones de los particulares.

Errázuriz, desentendiéndose de todo esto, relegó a segundo término el asunto principal de la discusión, que era el proceder del ministro delante de los desórdenes de los alumnos del Instituto, y tomó astutamente la teoría del diputado por La Unión como si fuese la verdadera expresión de lo que deseaba el partido conservador y no como simples arranques de un joven y fervoroso economista.

De este modo difundió la especie de que el partido conservador no intentaba en realidad, competir libremente con la enseñanza del Estado sino suprimirla para enseñar a su antojo, mantener al pueblo en la ignorancia, retrogradar a los tiempos de la colonia, y demás especies de este género que todavía circulan muy acreditadas entre los liberales.

Pero Errázuriz, a su vez, se propasa en su defensa de la competencia del Estado para enseñar.

"Creo, dice, que el Estado posee, para dirigir la instrucción secundaria y superior, una competencia que niego a los particulares. La ciencia tiene por enemigo, además del espíritu de secta que la falsea con frecuencia, el espíritu

de codicia de los que generalmente especulan con ella y explotan el presente. Hecho a un lado el Estado ¿quién estaría dispuesto a invertir inmensas sumas en la fundación de colecciones, observatorios y museos? ¿quién adelantaría millones al porvenir? ¿quién los invertiría, a pura pérdida, en obsequio al adelantamiento de la ciencia y de la cultura del país?

"No serán, por cierto, los particulares".

Pues bien, no serán, por cierto, los particulares incrédulos, egoístas, enemigos de sacrificarse por nada que no les dé inmediato provecho, amigos de utilizar los recursos del Estado para conseguir sus propósitos; pero sí serán los particulares creyentes, abnegados por su Dios y por su patria, que no rehuyen sacrificarse por el bien común.

Para no citar sino un solo hecho, ahí está la Universidad Católica que responde a las interrogaciones de Errázuriz. ¿Quién adelantaría millones al porvenir? Los católicos. ¿Quién los invertiría, a pura pérdida, en obsequio al adelantamiento de la ciencia y de la cultura del país? Los católicos.

Por consiguiente, hay ciertos particulares que, por lo menos, pueden tener tanta competencia como el Estado. Luego es justo que estos particulares tengan tanta libertad para enseñar como la tiene el Estado.

El tiempo ha refutado el argumento que Errázuriz presentaba como capital e irredargüible.

Nuestro orador es así: cuando le conviene, afirma con brillo, con ímpetu una cosa, aunque no esté seguro de ella, aunque le conste que no es cierta; la pone como cimiento y edifica encima un pintoresco edificio.

Así también, para contestar a los que decían que el Estado, con la dirección de la enseñanza, podría ejercer y ejercía presión en las conciencias, Errázuriz se hace el admirado por tal cosa y dice solemnemente:

"El Estado moderno tiene por base la más amplia tolerancia; su interés le llama a procurar que las diversas creencias que existen a su sombra se desarrolle con perfecta igualdad y libertad, y no en poner a la ciencia y la enseñanza al servicio de las unas en contra de las otras".

Y esto lo desarrolla elocuentemente. Pero lo que afirma, aplicado a Chile, es cosa para la risa; y él lo sabía demasiado, porque, en ese tiempo, era de lo más público y notorio la hostilidad de Barros Arana a las creencias católicas en el Instituto Nacional, establecimiento que daba el tono a la enseñanza oficial, y su hostilidad a los colegios católicos, que tenían que caer en sus manos, obligados como estaban a rendir los exámenes en el Instituto.

Para formular aserciones falsas con descaro, no había nadie como Errázuriz. A propósito de la enseñanza, citaré una de esas aserciones, que hizo incidentalmente y de paso en un discurso pronunciado en la sesión de 5 de enero de 1884 sobre asuntos meramente políticos y económicos.

"Los conservadores, dijo, y los partidos reaccionarios buscan su fuerza en la ignorancia del pueblo y han tratado siempre de no mejorar su triste condición; y los liberales, por interés y por conveniencia, estamos obligados a hacer todo lo contrario".

Para contradecir estas afirmaciones, y sin hacer mérito de los colegios de primer orden destinados a la gente acomodada y dirigidos por congregaciones religiosas, ahí

están, por lo que al pueblo toca, las escuelas parroquiales, los patronatos, los círculos de obreros, instituciones que los católicos establecen y fomentan sin cesar para mejorar la triste condición del pueblo, para ilustrarlo acerca de sus deberes religiosos y sociales, para cultivar su entendimiento con nociones de las verdades científicas, para darle aptitudes y esfuerzo que lo lleven a la victoria en la lucha por la vida.

Contra hechos así no hay argumentos que valgan. En tiempo de Errázuriz, si bien en escala mucho más reducida que hoy, se ejercitaba ya la acción de los católicos y conservadores lo suficiente para dar un solemne mentis a lo que nuestro orador tan redondamente afirmaba.

Errázuriz era tribuno popular: con frecuencia arrebataba al auditorio en reuniones públicas. En la Cámara conservaba resabios de esa oratoria alborotada, ligera, chispeante, que no se mide en sus apreciaciones y que, antes que nada, procura golpear fuerte y azuzar las pasiones.

IV

En las campañas contra la Iglesia, sobre todo en tiempo de la administración de don Aníbal Pinto y en la de don Domingo Santa María, Errázuriz ayudó poderosamente al liberalismo anticatólico, y tomó como punto especial de estudio el proyecto de ley de cementerios, con el cual se trató de obligar a la Iglesia a que aceptara la promiscuidad de las tumbas.

Con este motivo pronunció varios discursos que son el reflejo de las intenciones que dominaban en el gobierno.

En tiempo de Pinto, habla con moderación, sus ataques a la Iglesia no son enconados; pide tolerancia, arreglo, paz en las tumbas. Emplea con tino la ironía, presenta las cosas con arte y con fundamento en las leyes y en las disposiciones administrativas, de lo cual manifiesta bastante conocimiento.

Como discursos parlamentarios, como defensa de una causa, son piezas dignas de nota. Por cierto que no hablo de su doctrina. Hay en ellos algo vivo, lucido, imprevisible, que mantiene la atención, y hace seguir con verdadero interés lo que se expone. Errázuriz está en su terreno, como escéptico burlón, ingenioso, instruído, conocedor a fondo de los recursos de la tribuna parlamentaria y de los golpes apropiados para levantar aplausos.

Su doctrina, sus argumentos no podían tener eco en los católicos. El proyecto de ley de cementerios tocaba puntos de religión, acerca de los cuales había resoluciones de la Iglesia. Como ella es infalible, única depositaria de la verdad religiosa, única y exclusiva autoridad que puede resolver en aquello que a la religión concierne o toca de cualquier modo, no tenían importancia alguna para los católicos los cuadros patéticos de disensiones en las familias, de cadáveres insepultos que exhibe Errázuriz; ni los raciocinios fundados en decretos, leyes, notas de funcionarios, códigos; ni cuanta cosa se diera para demostrar que la Iglesia no hacía lo que convenía hacer o lo que debía hacer.

Los discursos que Errázuriz pronunció en tiempo de don Domingo Santa María son de otra especie.

Este mandatario, flor legítima del liberalismo autoritario y anticatólico, indignado porque la Santa Sede no acep-

taba como Arzobispo de Santiago a un eclesiástico que él proponía, intentó desquitarse persiguiendo a la Iglesia en toda forma.

Llevó adelante, entre otros proyectos hostiles a ella, el de cementerios, cuya discusión había quedado interrumpida.

Errázuriz, el especialista en cementerios, se prestó para ayudarlo eficazmente en esta materia en la Cámara.

Pero esta vez nuestro orador no estaba en su elemento. No era por temperamento hombre de odios, de venganzas ciegas, de atropellos brutales, y, sin embargo, tenía que justificar y defender hechos ordenados por hombres de esa especie.

El escéptico burlón debía convertirse en sectario furi-bundo; el hombre tolerante y a menudo indolente, en perseguidor encarnizado; el buen compañero, el hombre dado a los refinamientos de la vida y a la sensualidad artística, tenía que ser opresor y feroz verdugo. Hizo lo que pudo; pero el papel que entonces representaba hubo de salirle forzado y sin gracia.

Todos esos discursos son pesados de erudición, presuntuosos, ahuecados, llenos de visajes terribles.

Entre sus provocaciones a la Iglesia, y animando a los diputados para que no temiesen votar la ley, manifestaba Errázuriz, y lo repetía, que las protestas eran pura alharaca, y que las amenazas hechas por la autoridad eclesiástica de execrar los cementerios en que hubiera promiscuidad de tumbas, no tenían más objeto que asustar y que no pasaría nada.

Y no fué así. Llegado el caso, esos cementerios fueron

execrados. El gobierno, para desquitarse y forzar a la Iglesia a que aceptara sus disposiciones, ordenó, contra todo derecho, que no se admitieran cadáveres en los cementerios católicos que pertenecían en propiedad a la autoridad eclesiástica.

Se vió entonces, durante la corta vigencia de esa ley, a los católicos buscando la manera de llevar ocultamente al cementerio bendito los restos queridos. La policía espiaba las casas en que había muerto alguien, y perseguía los cadáveres que no eran llevados al cementerio execrado.

Lo recuerdo muy bien, porque en ese tiempo experimenté la pérdida de un deudo cercano y, para llevarlo al cementerio católico, tuve que aprovechar un carretón que me proporcionó una fábrica. Al aclarar echamos dentro el ataúd envuelto en lonas viejas y amarrado con cordeles gruesos como si fuera un fardo, y yo, con un criado, me fuí en un coche del servicio público como una cuadra más atrás, para no despertar sospechas.

Tocó la buena suerte de que, al llegar al cementerio católico, comenzó a llover torrencialmente, porque esto pasó en el mes de junio y esos fueron años muy lluviosos, y los agentes que rondaban el cementerio debieron de irse a guarecer en el vecindario, de modo que pude entrar el ataúd sin que me lo estorbaran. Previendo el caso de que los agentes me hubieran descubierto, iba yo bien prevenido y resuelto a entablar con ellos relaciones de dinero, como decía Larra. Pero no hubo necesidad.

Esto acontecía en una época que, en textos recientes de historia de Chile, que he visto, es llamada *República Liberal*, y que se extiende desde don Federico Errázuriz Za-

ñartu hasta la revolución de 1891. Desde esta fecha nos clasifican como *República democrática*.

Nótese una coincidencia que a menudo suele observarse. El tiempo en que Errázuriz fué el cooperador de Santa María en su persecución a la Iglesia, es el tiempo en que estuvo más desprestigiado. Por aquellos años los señores Puelma y Matte, llevaron a la Cámara la acusación que ya hemos visto. Ignoro hasta qué punto sería cierta; pero sí puedo asegurar que en el público circulaba como cosa que tenía fundamento, y que a nadie maravillaba.

Sus discursos de 1889, como Ministro de Justicia, de Balmaceda, sobre la comuna autónoma, son de los mejores de Errázuriz, y en ellos dió pruebas de mucha sagacidad política.

La oposición a Balmaceda era ya considerable entre los liberales, y en el gobierno procuraba neutralizar a los conservadores. Don Manuel José Irarrázaval llevaba con mucho empuje el proyecto de comuna autónoma y Balmaceda no quería aceptarlo ni oponerse a él francamente. La situación era bien delicada.

Errázuriz se encargó de contestar a Irarrázaval, y lo hizo principalmente en dos discursos, uno de 27 de noviembre de 1889 y otro el 16 de diciembre del mismo año. Son excelentes y a mi juicio, los que más bien manifiestan sus dotes como estadista y orador parlamentario.

Como siempre, elige muy bien su terreno. No ataca de frente, no desaprueba en el fondo el proyecto de la comuna autónoma, sino que teme que su aplicación sea infructuosa, que nuestra organización social, distinta de la europea, no se preste para la reforma. Abriga dudas. Reco-

noce que esta reforma, es impulsada por nobles anhelos, por ideales de progreso; pero el gobierno encargado de llevarla a cabo debe estar bien seguro de que no fracasará. Indica puntos que conviene reconsiderar, trata la materia con pausa y moderación, con conocimiento de ella a fondo, con miradas penetradoras a nuestros usos y costumbres, con innegable sensatez y prudencia: Irarrázaval mismo hizo algunas modificaciones a su proyecto, que fueron aceptadas por Errázuriz.

Poco tiempo después se separó de Balmaceda, se alió con la oposición y fué uno de los más entusiastas cooperadores de la revolución de 1891. Contribuyó en mucha parte a su organización y dirección, y salvó a la causa constitucional de difíciles complicaciones internacionales.

Después del triunfo fué un corto tiempo ministro del nuevo gobierno y luego se retiró de la política.

Falleció en país extranjero desempeñando un cargo diplomático.

Su muerte fué sentida por todos. El verdadero talento es simpático, atrae. Si se extravía, y no está manifiestamente empecinado en el error, confiamos en que puede volver al buen camino. Siempre esperamos de él una idea que sea luz y progreso para la sociedad, satisfacción para el entendimiento, goce para el buen gusto.

1912

MANUEL BLANCO CUARTIN

ARTICULOS ESCOGIDOS DE BLANCO CUARTIN, con una introducción de don Juan Larraín.—Volumen XI de la Biblioteca de Escritores de Chile.

I

Refiere don Manuel Blanco Cuartín, que su padre don Ventura Blanco Encalada era no sólo de instrucción vastísima, sino profunda en diversos ramos, y dice: "Muchas veces me he preguntado a mí mismo y no he podido responderme: ¿por qué, habiendo sido tan estudioso toda la vida, no produjo alguna obra de aliento?"

Aun cuando Blanco Cuartín, insinúa que la escasez y medianía de la producción literaria de su padre provenía de su modestia y de que era enemigo de la ostentación, podemos creer con fundamento que era debida a la falta de aptitudes de escritor, falta que es muy compatible con la ilustración y aun con conocimientos profundos. Entender bien las cosas, y manifestarlas en forma clara, fácil y precisa, son dos operaciones distintas que suelen andar separadas, aun cuando se atraen mutuamente.

Ahora bien, nosotros podemos hacer con respecto a Blanco Cuartín la misma pregunta que él hacía con respecto a su padre, bien que con mucha más extrañeza. ¿Por qué habiendo sido de felicísimo ingenio, con sobresalientes dotes de escritor, tan estudioso e ilustrado, no produjo obra alguna de aliento?

Se dirá tal vez que dedicó gran parte de su vida al periodismo, y que la atención constante a los sucesos tan variados de la vida política y social no le permitió dedicarse, con espacio suficiente, al cultivo de algún ramo del saber. Pero esto no podía ser un obstáculo. Sin salir de nuestra literatura, fué contemporáneo suyo y periodista notable don Zorobabel Rodríguez, y produjo obras de aliento o de alguna consistencia, por lo menos.

No bastan conocimientos variados, inteligencia y escribir con facilidad para llevar a cabo una obra de aliento. Es necesario además tener inclinación natural y algo apasionada hacia un ramo que sea como el centro de la actividad mental. Esta vocación es la que impulsa a investigar una materia, a ahondarla, a reunir datos, a interesarse en cuanto a ella concierne. Los puntos tocantes a ese ramo y los conocimientos de otro orden que con él se relacionan, son objeto de meditación y estudio casi inconsciente en las horas desocupadas. Es un trabajo que no cansa, sino que distrae; que excita y al propio tiempo satisface; que aclara la inteligencia y le da singular penetración; que hace proceder con orden y método; que alienta al autor con la esperanza de ligar su nombre a algo duradero y de coadyuvar eficazmente, por poco que sea, al progreso de la humanidad.

Este principal requisito faltó a don Manuel Blanco Cuartín. Atesoró muchos conocimientos. Fué muy dado a las ciencias naturales: cursó la medicina y no se recibió de médico por una enfermedad al oído. Era muy versado en literatura, en filosofía, en historia. Pero discurría por todos estos campos y no echaba raíces en ninguno, porque ninguno había que ejerciera sobre él una atracción bastante poderosa para sujetarlo.

Tuvo especial predilección por la literatura y escribió ensayos que manifiestan detenido estudio; pero carecen de sello propio, de puntos de vista nuevos. En ellos simplemente devuelve arreglado, ordenado y elegantemente expresado lo que ha recogido en sus lecturas.

La aptitud de Blanco Cuartín para tratar diversas materias, su ilustración, el sesgo satírico de su ingenio, su extraordinaria facilidad de expresión, lo hicieron sobresalir en el periodismo, sobre todo en esa época en que el periodista tenía que ser hombre enciclopédico. Por lo común, en los periódicos sólo había un redactor, a quien correspondía atender todas las secciones del diario y dar variedad a la lectura con artículos de diversa especie. Pero aun en el periodismo, Blanco Cuartín no consiguió hacer obras algo duradera, en el sentido de marcar rumbos a la opinión en puntos de política general. Cuando estaba en plena madurez de su talento y había conquistado merecida reputación como periodista, le faltó un ideal político y social claro, vigoroso y bien determinado.

La colección de don Juan Larraín es deficiente para juzgar a nuestro autor como periodista.

Trató éste infinidad de asuntos, tuvo que ilustrar al pú-

blico en circunstancias difíciles de la vida política y de las relaciones internacionales; tuvo que opinar en puntos importantes para nuestro desarrollo social, e indicar la solución de arduos problemas administrativos. Era oportuno presentar muestras de sus conocimientos en estas materias, de su manera de exponerlas, de las ideas que propuso y de su ingenio para defenderlas.

La mayor parte de los artículos periodísticos colecionados por el señor Larraín son necrológicos. Como los de esta especie no tienen por objeto decir la verdad por entero acerca del difunto, sino honrarlo y condolerse con su familia y amigos, la bondad de ellos está principalmente en las honrosas frases y en los pensamientos oportunos. En esto descollaba Blanco Caurtín. Todos esos artículos son excelentes, sobresaliendo el de don Manuel Montt por la elocuencia, el vigor y nitidez de los conceptos.

Sobre política, hay un artículo ampuloso y declamatorio que trata del respeto que se debe a la opinión pública; otro sobre la necesidad de que los poderes públicos obren de acuerdo entre ellos, cosa bien clara y que no necesitaba dilucidarse con numerosas citas, como lo hace Blanco Caurtín; y, por último, otro titulado "Lo que ha sido y es el Partido Conservador", que verdaderamente da la medida de la fuerza de nuestro autor como periodista. Es muy de sentir que la colección no contenga otros artículos como ese.

Lo publicó en 1860, en *El Mosaico*, como los demás que se acaban de citar.

El partido conservador se había separado del gobierno de don Manuel Montt. Por este motivo, era atacado por la

prensa gobiernista, y Blanco Cuartín, conservador entusiasta y de fila en esa época, replicó a las acusaciones con ese artículo brillante, ingenioso, desenfadado, escrito de un solo impulso y que parece una sola frase desde el principio hasta el fin. En una parte dice:

"Uno de los cargos que también ha creído hacer al partido conservador la prensa del gobierno, con el fin de darle el último golpe, ha sido el de acusarlo de *ultramontanismo*, voz que en su concepto encierra un mundo de acusaciones, y que por lo mismo debe provocar la animadversión de los que profesan sentimientos de libertad y de independencia.

"Fijos, pues, en la idea de hacerlo aparecer como amigo de las persecuciones y de los errores, como el adalid más ferviente de todos los principios que la filosofía ha sepultado en el olvido, como el bando que representa entre nosotros esa oligarquía que tanto daño ha causado en todas partes donde ha llegado a imperar despóticamente la fortuna, halo acusado durante seis años consecutivos la prensa Varista de *ultramontano*, de *retrógrado*, de *aristocrata*, de *atrasado*, etc., y si vamos a examinar el motivo para esos dictados, estamos seguros que no podrán darnos una sola razón ni decirnos otra cosa que una cáfila de insultos y vulgaridades.

"El partido conservador, ha repetido hasta el cansancio *El Ferrocarril*, es *ultramontano*, y para probarlo ha traído a colación el respeto que le merece la religión que profesamos, la solicitud con que ha defendido la pureza del dogma católico, la consideración que cree justo tributar a los Ministros del altar, y la oposición abierta y sostenida que

ha manifestado siempre a toda idea, a toda doctrina que tenga por objeto zalar el edificio de la religión del Estado, que juzga necesario conservar como el mayor bien y la más firme columna de la grandeza de la nación”.

Poco después continúa:

“Si defender el dogma de los ataques de la filosofía racionalista, si propender por la pureza del culto que profesamos, si abogar por el respeto debido a los Ministros de Jesucristo y combatir, en una palabra, todo elemento de trastorno en las ideas religiosas del pueblo, se llama *ultramontanismo*, llámesele así en hora buena, que no es la primera vez que un calificativo denigrante encubre un buen propósito y se aplica a personas reconocidamente acreedoras al amor y al respeto públicos”.

¡Qué estilo más corriente y claro, más elegante, más animado! Nuestros mejores periodistas no tienen párrafos superiores a estos.

II

En la colección figuran también dos artículos de una polémica casi personal que Blanco Cuartín, redactor entonces (1883) de *El Mercurio*, sostuvo con don Zorobabel Rodríguez, redactor de *El Independiente*. Uno se titula “Rancia, pero siempre oportuna respuesta”, y el otro “La Jauría”.

A mi parecer, habría sido mejor no publicarlos. Tienen algunos párrafos elocuentes y dignos; pero los hay en que el autor desciende hasta la injuria vulgar.

¿Con qué objeto remover discordias sepultadas en el ol-

vido, incidencias enojosas que no tuvieron influencia en su época, y que contristán el ánimo por haber acaecido entre personas respetables y dignas de la mayor consideración, no sólo por su probidad y desinterés, sino por su espíritu público y superioridad intelectual?

El señor Larraín, ha tenido sin duda, el propósito de defender a *El Mercurio* de los ataques que le dirigió don Zorobabel Rodríguez hace más de treinta años.

Ese propósito se manifiesta claramente en la introducción del volumen que examinamos. Nos refiere que Blanco Cuartín estuvo breve tiempo en el diario conservador *El Independiente*, recién fundado en 1864, y que en 1866, fué llamado a *El Mercurio* de Valparaíso, "en el cual había de permanecer veinte años, y donde habría de realizar lo más interesante de su carrera de escritor y de periodista".

Más adelante agrega:

"Parece que la prensa que se decía representante del histórico partido conservador chileno no perdonó a Blanco aquél cambio de casa, porque no puede decirse que lo fuera de bandera, y su propio amigo y discípulo, Rodríguez, se hizo en cien ocasiones el agente de aquella injustificada mala voluntad. Dado el grado de cultura alcanzado por la prensa nacional durante los últimos años, nos parece invosímil ahora que un espíritu tan elevado como el del famoso redactor de *El Independiente* descendiera tantas veces a emplear la invectiva personal contra su antiguo maestro y que aquellos dos ingenios selectos se emplearan en prodigarse la injuria mutua, envuelta en frases duras como un latigazo... *El Mercurio*, decimos, era cada día objeto de los ataques de la prensa que se tenía por deposi-

taria del espíritu de los Egaña y los Portales, y su redactor el blanco de los ataques más mal intencionados".

A continuación copia el señor Larraín largos párrafos de los referidos artículos de Blanco Cuartín, vuelve a lamentar que esos dos notables escritores se injuriasen mutuamente, y pasa a otra cosa.

La sucinta explicación del señor Larraín deja en buen pie a Blanco Cuartín, que aparece defendiéndose de ataques inmerecidos; pero deja mal parado a Rodríguez, presentándolo como agresor injusto y procaz, como hombre malévolο e ingrato; y mira a los conservadores que estaban con este ilustre periodista, como a individuos rezagados que no querían abrir los ojos a las nuevas y esplendentes doctrinas conservadoras que, con admirable penetración, había descubierto *El Mercurio*. No olvidemos que de esto hace más de treinta años.

No dudo de que el señor Larraín hable con la más buena fe. En varias partes de la introducción manifiesta una intención recta y sana. Pero, por el modo cómo trata este asunto, sospecho que no ha estudiado los documentos de esa época y no conoce las circunstancias en que tuvo lugar la polémica; y llego a creer que sus ligeras reflexiones son una simple deducción de los artículos de Blanco Cuartín.

Habría deseado volver rápidamente la hoja sobre estos asuntos antiguos, y desagradables; pero no es posible dejar pasar en silencio imputaciones injustas a uno de los grandes hombres del partido conservador y apreciaciones erróneas respecto a este mismo partido, imputaciones y apreciaciones que es preciso refutar, ya que están consignadas en una edición oficial destinada a dar a conocer aquí

y en los países extranjeros las obras y la personalidad de nuestros principales escritores.

Cuando Blanco Cuartín pasó a la redacción de *El Mercurio*, pertenecía éste a un conservador y era un diario tan conservador como cualquiera otro de esta filiación política. Algun tiempo después cambió de dueño y torció hacia las reformas liberales. Blanco Cuartín se dejó inficionar por estas doctrinas, hacia las cuales ya se había manifestado ante algo predisposto. Permaneció conservador en el fondo; pero se contó entre los conservadores laicos.

Tomaron este nombre unos pocos conservadores que creían aceptables y hasta convenientes las reformas liberales; pero, como a ella se oponían las enseñanzas de la Iglesia y todo el clero, y como por este motivo eran tenazmente resistidas por los conservadores, los laicos llegaron a sostener que, en tales asuntos de gobierno, nada tenía que ver la religión ni el clero, y que era éste un intruso guiado por miras ambiciosas. Los conservadores propiamente tales, se mantuvieron firmemente unidos al clero, obedientes a sus prelados e incondicionalmente sometidos a la autoridad del Papa, y entraron para los laicos, como ya lo estaban para los liberales, en la categoría de ultramontanos, retrógrados, aristócratas y atrasados.

Desde que *El Mercurio* y su redactor tomaron el sesgo laico, los conservadores comenazron a refutarlo, cosa racional y muy acostumbrada en aquellos tiempos. Entonces los periódicos sostenían entre ellos interminables polémicas, que no desagradaban en modo alguno a los redactores; antes bien, las celebraban y aun las provocaban, porque les ofrecían materia para los editoriales. La vida pública era

monótona, sobre todo para los periodistas que apoyaban al gobierno autoritario y omnipotente de esas épocas. Los redactores principiantes se lamentaban cuando ningún diario salía a replicarles y atacarlos, porque era como mirarlos en menos, y llegaban hasta desconfiar de sus propias aptitudes. Las polémicas solían alcanzar mucha viveza según los ingenios. En ellas se ejercitaba la ironía en todos los tonos, y con frecuencia se zahería la personalidad del redactor. Todo esto no pasaba de ciertos límites señalados por la cortesía o tolerancia acostumbrada.

De lo que hasta aquí va expuesto, resulta que los conservadores no atacaron a Blanco Cuartín por cambio de casa, como dice, el señor Larraín, sino por cambio de ideas, y resulta también que los ataques de Rodríguez a *El Mercurio* y a su redactor no eran injustificados ni obedecían al prurito de ofender, sino que tenían causas racionales y estaban hechos en la forma usual de aquellos tiempos.

Pasemos ahora a la polémica que dió origen a los dos artículos antes nombrados de Blanco Cuartín.

En 1882, el Presidente Santa María estaba vivamente empeñado en llevar de una vez a cabo las reformas liberales iniciadas de tiempo atrás con respecto al registro civil, al matrimonio civil y al cementerio laico. La Sede de Santiago estaba vacante desde la muerte del señor Valdívieso; y el Presidente confiaba en que, una vez ocupada por el Prebendado don Francisco de Paula Taforó, encontraría en éste eficaz apoyo para vencer la resistencia del clero y de los conservadores.

La Santa Sede ya había manifestado que el señor Taforó carecía de méritos suficientes para el Obispado, pero

Santa María volvió a su pretensión con porfiada insistencia.

En estas circunstancias llegó a Santiago el Delegado Apostólico Monseñor Celestino Dell Frate. Declaró al ministro de Relaciones Exteriores que su mandato era general para atender los intereses de la Iglesia chilena y que, en lo que se refería a la provisión de la Sede Arzobispal, sus instrucciones se limitaban a que informase acerca de ello a la Santa Sede.

El gobierno, a pesar de esto, se obstinó en considerar la misión del Delegado, como especial para tratar el asunto del señor Taforó, probablemente con la intención de que, si no tenían buen éxito las gestiones que seguía haciendo en Roma en favor del prebendado, hubiera un asidero para usar de represalias, cortando las relaciones con la Santa Sede y precipitando las reformas liberales.

En 10 de enero de 1883, el Delegado puso en manos del ministro una carta autógrafa de León XIII al Presidente Santa María, en la cual le manifestaba, con abundancia de razones, que no le era posible acceder a sus deseos y le pedía que presentara otro candidato. Cinco días después, el Delegado recibía sus pasaportes, con la intimación de que saliera del país.

La injuria inferida a León XIII en la persona de su representante; la arrogancia del gobierno que quería imponer su candidato contra la conciencia del Santo Padre; el menospicio a las creencias y a los sentimientos católicos de la gran mayoría de los chilenos, levantaron oleada de indignación como no se había visto entre nosotros.

Los católicos manifestaron su adhesión a la Santa Sede en la forma más solemne y conmovedora. Numerosos y muy principales personajes de nuestra sociedad acompañaron al Delegado hasta el paso de la cordillera. Los periódicos liberales y radicales apoyaron la medida del gobierno, pero guardando ciertas consideraciones a sus adversarios.

De improviso, sin que nadie lo esperara, en *El Mercurio* del 22 de enero, Blanco Cuartín, publicó un violento editorial sobre la despedida de Monseñor Dell Frate. Aplaudía a dos manos la medida del gobierno, declarando que era la más natural y racional. Se burlaba de las protestas de la prensa católica, a la cual motejaba de ultramontana; procuraba poner en ridículo al Delegado, al clero, a los católicos; y hasta hablaba en términos irrespetuosos de León XIII.

¿Cómo explicar la extraña perturbación, el ofuscamiento que padeció ese escritor tan hábil, de tanta experiencia, ese hombre de afectos delicados y que ya llegaba al linderío de la ancianidad? No lo sé. Quizás, en un momento de irreflexión y ligereza, no midió sus palabras ni atendió a la gravedad de las circunstancias.

La impresión que ocasionó en los conservadores este editorial fué, al principio, de desaliento y tristeza, por venir la agresión de quien venía; pero a esto sucedió una indignada protesta.

Rodríguez, hacia quien todos volvieron los ojos, contestó el reto en *El Independiente* del 27 de enero. Dejando a un lado la amistad y el compañerismo, fué duro, durísimo en

la acometida, y sus golpes se dirigieron principalmente a la persona misma de Blanco Cuartín.

Herido éste en lo vivo, desconcertado por las durezas del ataque, perdió su acostumbrada impasibilidad burlona y replicó en el artículo "Rancia, pero oportuna respuesta", mezcla de ira desatinada, de dolor y de congénita dignidad y nobleza.

Su adversario, desahogado ya del primer ímpetu, replicó a su vez el 8 de febrero, explicando y suavizando sus inculpaciones; pero extendiéndose en ellas con irónica compasión. En una parte dice: "Por más que se esfuerce por presentarse como víctima inocente de nuestros furores gratuitos, el colega tendrá que reconocer, si tiene memoria, que de él partió la agresión, no contra nuestra persona—que en tal caso no nos habríamos dado la molestia de recogerla—sino contra hombres, contra ideas, contra creencias e intereses que están muy por encima de las pequeñas vanidades, rencillas y compadrazgos de los diaristas".

Blanco Cuartín, más y más enfurecido, respondió con el artículo "La Jauría", que desde el título es injurioso. Ahí terminó la polémica.

En este último artículo se ve un pedazo de cielo azul. Hablando Blanco Cuartín de su propia condición y naturaleza, dice que es "dócil hasta el extremo de la flaqueza, con todo lo que encierra sentimiento, amor, poesía, idealidad, ilusión celeste". Apresurémonos a seguirlo en el tranquilo campo de las letras donde despliega con libertad su ingenio variado, ligero, amable, y extiende con amplitud su frase elegante y armoniosa.

III

Comienza la colección del señor Larraín con un "Discurso de incorporación en la Academia Chilena".

En el periódico *El Mosaico* de 1860, publicó Blanco Cuartín un ensayo: "Destino de nuestra poesía. Este mismo ensayo, con pocas o insignificantes variaciones, lo presentó un cuarto de siglo después (1885) a la Academia Chilena, como discurso de incorporación; pero no todo, porque es bastante largo, más de cien páginas, y le suprimió la última parte.

Seguramente los de la Academia instarían a Blanco Cuartín para que se incorporase en ella; y, como ya él estaba anciano y quebrantado para componer un discurso digno de su fama, le dirían que presentara esa producción de años atrás.

Tal vez el señor Larraín ha ignorado esto, ya que, sin reparar en que el discurso y el ensayo son una misma cosa, ha insertado los dos trabajos como obras distintas, repitiendo en la colección unas cien páginas sin necesidad alguna. Esto se habría evitado con poner en la parte correspondiente del ensayo, una nota que dijera que lo escrito hasta ese pasaje, había sido íntegramente aprovechado por el autor en su discurso de incorporación.

Esta obra de Blanco Cuartín es la que escribió de más aliento. No sé por qué le dió el título "Destino de nuestra poesía". Quizás en el plan primitivo pensó tratar de la poesía chilena; pero no dice una palabra de ella. Se ocupa en la poesía francesa y más extensamente en la española. Aun

la palabra "Destino" no es aquí clara: no sabemos en qué sentido está tomada.

Este ensayo comienza con algunas consideraciones generales sobre la poesía. Explica Blanco Cuartín que es propio de la humanidad el dolor, que el dolor es el sentimiento, que el sentimiento es la poesía y que, por lo tanto, la poesía es una manifestación del estado social y político de las naciones. Todo esto, confuso en sí mismo, se halla expuesto de una manera vaga y sentimental, en estilo algo declamatorio.

Vemos aquí un reflejo del idealismo romántico que todavía algo duraba en esos años de 1860, mezclado con la nueva tendencia que inició Sainte Beuve en la crítica, estudiando las causas que determinaban el carácter de las creaciones literarias. En las Repúblicas americanas, que desde pocos años gozaban de la vida independiente, reducían los críticos esas causas a la independencia o al servilismo. En este aspecto estudia Blanco Cuartín los poetas, mirando principalmente el carácter más o menos despótico de los monarcas y gobiernos que rigieron a Francia y España, y dando a la literatura un tinte que corresponda a ese carácter. Es un modo de proceder demasiado exclusivo, con estrecha base y que por fuerza tiene que desfigurar las cosas.

La influencia de los gobernantes en la producción literaria puede observarse con cierto grado de verdad en los escritores vulgares o medianos, que son precisamente los que caen en olvido; pero no en los hombres de genio, que son los que caracterizan los períodos literarios ante las generaciones venideras, porque llevan en sí un impulso bas-

tante poderoso para sobreponerse a circunstancias transitorias. En ellos influyen causas generales y profundas no suficientemente conocidas. Taine mismo necesita violentar a veces el carácter literario de esos hombres superiores para encuadrarlos dentro de su sistema bastante amplio, puesto que abarca la raza, el medio social, el carácter del individuo, las circunstancias en que produce. No así Sainte Beuve, el genio de la crítica literaria, que, con admirable tacto, nunca traspasa los límites de lo cierto y comprobado, contentándose con sugerir lo que un ingenio penetrador y el gusto más delicado pueden suponer como probable, en el dilatado campo de las influencias que concurren en la formación de las producciones del arte.

Basta citar algo de lo que dice Blanco Cuartín respecto a los poetas de la época de Luis XIV para que se vea cuán errado es su punto de visto crítico. Pinta a ese monarca como un tirano, un vicioso, con las pinceladas más denigrantes. A tal amo, tales poetas. Y dice nuestro autor hablando de Racine y de Molière:

"Vates cortesanos, como pudiera serlo una coqueta de aquellos días, su poesía, majestuosa, grande y elevada a veces, degenera otras, por falta de energía e independencia del corazón, en sólo versificación artística, que lejos de arrancar una sola lágrima sólo sirve para hacernos sonreír tristemente, pensando en lo que puede la servidumbre hasta en los ingenios más esclarecidos".

Del mismo modo trata a Boileau, y resume así su juicio sobre el siglo de Luis XIV:

"El carácter de la poesía francesa en todo este tiempo es uniforme, brillante a veces como las victorias de la

Francia, triste y cómica como sus derrotas, licenciosa como el impudor de sus costumbres, falsa como el oropel de sus glorias".

¡Qué juicio tan superficial, tan limitado y erróneo sobre el período más admirable de la literatura francesa! Estas no son apreciaciones de un crítico, ni de un verdadero literato, sino de un aficionado que sigue ideas o preocupaciones comunes. En realidad, Blanco Cuartín trata las materias, no como docto en ellas, sino como simple aficionado; pero aficionado de vasta ilustración, de extraordinaria facilidad para expresarse y de mucho dominio sobre la lengua. Es de los que se dejan llevar por las frases, por el ritmo y la cadencia, por las ideas ligeras que revolotean alrededor de la pluma atraídas por las palabras, y dice a menudo más de lo que piensa.

Pero, como al propio tiempo es de gusto delicado, tiene acerca de los autores considerados en el punto de vista puramente literario, apreciaciones exactas, sobre todo de los españoles, que conocía más a fondo, pero estas apreciaciones se conforman con lo que generalmente dicen los críticos y los tratados de literatura. Por esto, no hay para qué entrar en un examen más prolífico de esta obra.

Con ella hace fuego otro ensayo de Blanco Cuartín, titulado "Memoria sobre la historia de la filosofía y de la Medicina". Lo publicó en 1859, en *La Semana*, revista de don Justo y don Domingo Arteaga Alemparte, dirigida con amplitud de criterio político y en la cual colaboraban los jóvenes escritores de ese tiempo. Es curioso y útil recorrerla porque manifiesta la superioridad de la educación literaria de ese tiempo, bien distinta de la indisciplina, pe-

tulancia y frivolidad que hoy dominan en nuestra literatura; y estas cualidades son el fruto natural de la educación literaria impuesta oficialmente, sin fondo filosófico ni clásico; pero rellena de sistemas, de métodos, de últimos adelantos de la ciencia, y de charlatanería pedagógica.

La Memoria no está colecciónada. El señor Larraín la menciona de paso como una de las muchas colaboraciones literarias de Blanco Cuartín para *El Mercurio*. Bien pudo ser reproducida; pero no fué en ese diario donde se publicó por primera vez. No son de extrañar estas equivocaciones del señor Larraín, porque no se cuida de las fechas. Al pie de ningún artículo se halla, como es natural y se acostumbra hacerlo en colecciones de esta clase, el periódico y la fecha en que por primera vez fué publicado.

Merecía la Memoria ser insertada. Está bien escrita, como todo lo de Blanco Cuartín, y manifiesta sus conocimientos en medicina y filosofía, conocimientos de aficionado, vuelvo a repetirlo; pero que dan idea de su ilustración y variedad de estudios. Bajo un plan general y no bien preciso, deja correr la pluma sobre los adelantos de la medicina relacionados con la filosofía, aproximación algo rara y que está hecha de galope y a grandes pinceladas. Tampoco queda aquí el lector científicamente satisfecho, como en el otro ensayo; pero es una lectura de movimiento rápido y agradable.

IV

La mejor de las obras de esta especie de Blanco Cuartín es "Lo que queda de Voltaire" (1876). Parecerá extra-

ño que se dedicara a un estudio tan ajeno de las aficiones literarias chilenas; pero, a más de que a mediados del siglo pasado todavía se hablaba entre nosotros bastante de Voltaire, tenía nuestro autor motivos especiales para conocerlo tal vez más que nadie en Chile.

Su padre, don Ventura Blanco Encalada, hermano del célebre almirante, se educó en España, militó un tiempo bajo la bandera española y después, cuando las Repúblicas americanas se rebelaron, pasó a servir en el ejército francés contra los españoles. Antes de restituirse a su patria, volvió a España y, en Cádiz, contrajo matrimonio con una señorita española, doña Nicolasa Cuartín. Vuelto a Chile, se entregó a sus aficiones de hombre estudioso, y educó las inclinaciones literarias de su hijo don Manuel Blanco Cuartín, nacido en Santiago en 1822.

La casa de don Ventura era un punto de reunión de personas ilustradas. Ahí don Manuel alcanzó a conocer a don José Joaquín de Mora y, aun cuando de corta edad, algo aprovecharía de la conversación de este notable literato español. Así se explica el conocimiento bien poco común que tuvo Blanco Cuartín de la literatura francesa y sobre todo de la española.

Don Ventura Blanco tenía extraños principios religiosos. "Su Dios, dice su hijo, no tenía más formas que las de la Omnipotencia y Misericordia; su religión, más altar que la contemplación de las maravillas de la naturaleza; sus sentimientos, otra mira que la vivificación de los afectos que forman la parte divina del conjunto de nuestra especie". Esto de los sentimientos no se entiende, ni lo entendería Blanco Cuartín cuando lo estaba escribiendo; pero bien se

echa de ver que ha querido decir de una manera delicada y respetuosa, que su padre no profesaba la religión revelada sino que reconocía un Dios a su modo.

En Chile estuvo con el bando liberal. Pero era moderado, tolerante, respetuoso de todas las creencias por erróneas que las considerara. Dejó que su hijo fuese educado en la religión católica, y a su madre y a sus maestros debió Blanco Cuartín esa fe firme y sincera que nunca vaciló, ni aun en aquel extravío laico de *El Mercurio* que nos ha hecho recordar el señor Larraín. Don Ventura murió en 1859. Su hijo tenía entonces treinta y siete años.

Cuando don Ventura estuvo entre los franceses, aficionado como era al estudio e indiferente en religión, leyó con entusiasmo (así nos lo refiere su hijo), los escritores anti-religiosos de la segunda mitad del siglo XVIII y muy principalmente a Voltaire, el más brillante e ingenioso de todos y que todavía ejercía su influencia escéptica y moralmente desquiciadora.

De él tradujo en verso la tragedia *Mérope*, traducción naturalmente ensalzada por su amigo y compañero de doctrinas don José Joaquín de Mora, y numerosas poesías. Es indudable que don Ventura tendría en su biblioteca la colección de las obras de Voltaire, y que aun las recomendaría a su hijo, como obras literarias, por lo menos.

Esto se infiere del siguiente párrafo del estudio de Blanco Cuartín: "Me alegro de haber leído casi todas sus obras, lo que quizás no creerá nadie. El *Ensayo sobre las costumbres* lo traduje a la edad de quince años. Unicamente dos o tres comedias y tres o cuatro opúsculos insignificantes se han escapado de mis lecturas de treinta y cinco años. Y hoy

que estoy con un pie en la senectud, no tengo embarazo en repetirlo, porque a más de que mi fe religiosa ha salido intacta de tantas pruebas, he aprendido algo que alegra la tristeza de mis últimos días”.

Lo que Blanco Cuartín dice en su estudio no es novedad para las personas de alguna ilustración. Su juicio sobre Voltaire resume de una manera fácil, amena y bien fundada, la opinión que ha predominado con respecto a este famoso escritor.

Reconoce la parte, en verdad no muy crecida, que le deben las letras y la investigación científica; admira su ingenio universal y prodigioso, y su estilo tan francés, vivo y transparente; pero condena con energía su malicia diabólica, su falta de sistema filosófico, sus contradicciones y sofismas, las bufonadas sobre aquello que la humanidad más honra y enaltece, su odio profundo e inextinguible a Jesucristo y a la Iglesia, odio que salpica y enloda a casi todas sus obras y que constituye el fondo de muchas de ellas, desfigurando la verdad con descaro y cinismo.

El estudio de Blanco Cuartín tuvo mucha resonancia porque originó una polémica. Un italiano, don Teófilo Mostardi Fioretti, que residía entonces en Chile, salió a replicarle con ínfulas de eruditio, y lo atacó con rudeza, ensalzando a Voltaire a quien proclamaba su Maestro, y menospreciando con afectación y grosería a la Iglesia y a sus ministros.

Claro es que Fioretti, no obraría movido únicamente por impulso propio. Un extranjero, por presuntuoso que fuera, no podía tener gran interés en insultar las creencias católicas en un país como el nuestro. Los impíos y la masone-

ría lo azuzarían y ayudarían para replicar a Blanco Cuartín y prolongar una polémica que, en todo caso, traería para ellos la ventaja de desahogar el odio a la religión, de dar escándalo y de ocasionar perturbaciones en la sociedad. Cosas parecidas vemos ahora de cuando en cuando entre nosotros.

Seis veces replicó Blanco Cuartín. Estaba en su elemento: conocía a fondo a Voltaire y podía dar ancho campo a la ironía. Las simpatías de la sociedad lo acompañaban. Soltó la rienda a su ingenio, abrumó a su adversario comprobándole su ignorancia, le acribilló con oportunas agudezas y obtuvo un triunfo indiscutible.

V

Nuestro autor escribió en sus últimos años unas Memorias; pero no las publicó porque el manuscrito fué consumido en un incendio. La obra habría figurado dignamente en la literatura nacional. Ese género literario, que deja al autor en completa libertad para discurrir a su manera sobre las personalidades y sucesos que le salen al paso, convenía como ningún otro al carácter de Blanco Cuartín. Pero ha dejado un opúsculo que puede clasificarse como Memorias: las "Cartas a Miguel Luis Amunátegui".

Registrando Amunátegui periódicos añejos para descubrir menudencias que nadie recordaba ni había para qué, encontró algunas poesías de don Ventura Blanco Encalada. Según su costumbre, las aprovechó para transcribirlas íntegras, hilvanándolas, también según su costumbre, con apuntaciones biográficas descarnadas y tal cual reflexión

trivial o insignificante. Las poesías eran mediocres y no valía la pena publicarlas.

Fastidióse Blanco Cuartín de que su padre fuera presentado en un aspecto tan secundario, y escribió de él una biografía completa que dirigió por partes a Amunátegui, con el título de *Cartas*; pero sin que pertenezcan al género epistolar. Es una narración continuada y muy interesante. Don Ventura experimentó muchos vaivenes, corrió diversas aventuras y se encontró envuelto en acontecimientos notables. Blanco Cuartín, que lo veneraba y amaba entrañablemente, había recogido de sus labios el relato de esa vida azarosa, conservaba los documentos de varios sucesos, y estaba tan penetrado de todo ello como si lo hubiera visto y presenciado. Por esto podemos estimar la narración como *Memorias*, y me parece muy probable que buena parte de ella, si no toda, formaría parte de la obra perdida.

Las *Cartas* son de bastante mérito; pero no alcanzan a igualarse con *Recuerdos del Pasado*. Blanco Cuartín no tiene la gracia ingenua de Pérez Rosales, ni la sencillez, ni el modo ligero y delicado de tocar los asuntos. Es un tanto amargo, satírico y demasiado absoluto en sus juicios. Exhíbe mucha documentación, tal vez siguiendo la moda de aquellos tiempos. Pero es animado, rápido y atrae con cierta fuerza nerviosa.

A veces le falta la serenidad necesaria para estimar con imparcialidad a los individuos y las circunstancias que influyeron adversamente en su padre. Hay, sobre todo, un caso que requería completo esclarecimiento por tratarse de un gran estadista de honradez intachable, don Diego Portales.

Don Ventura fué, en 1827, ministro de Hacienda del Presidente Pinto. Tuvo lugar entonces la liquidación del Estanco o monopolio del tabaco, té, naipes y licores, que había sido adjudicado a Portales, Cea y Compañía. Portales, en esa época sólo era un comerciante hábil y activo. Aun no había tomado parte directa en la política; pero su genio organizador, su penetración y energía ya iban descolmando rápidamente.

El negocio del Estanco, cuyo riesgo principal era el contrabando, tan fácil entonces, obligó a Portales a ejercer en todas partes una vigilancia odiosa para el pueblo, puesto que era en beneficio de particulares, y expuesta a mil desagradables incidencias. Se despertó la animadversión contra el Estanco, brotaron las dificultades, las quejas llegaron hasta la Cámara, y el negocio no pudo desarrollarse en condiciones normales. Lo peor fué que los contratistas se hallaron imposibilitados para pagar oportunamente en Londres, como era su principal obligación, los dividendos e intereses del empréstito chileno. Discutido el asunto en el Congreso, se acordó la traslación del Estanco al Fisco, y el nombramiento de un tribunal arbitral inapelable para liquidar, en el término de tres meses, las cuentas pendientes entre el Fisco y los contratistas.

La liquidación de un negocio tan vasto, en el breve plazo fijado y en circunstancias difíciles para los contratistas, podía arruinarlos por completo. Y aquí viene la desaventura de Portales con el ministro Blanco Encalada. Aun cuando el Presidente Pinto procuraba allanar a Portales la solución del negocio y conceder la prórroga de un mes que solicitaba y que no traía perjuicio alguno al Fisco, el mi-

nistro Blanco se obstinó en no facilitar cosa alguna al jefe del Estanco y en no conceder la prórroga: quería que éste cumpliera estrictamente lo que estaba dispuesto.

Portales trató de llevar por bien al ministro. Le escribió cartas halagadoras; le mandó a su casa una botijuela de dulce, manifestación de aprecio, según la costumbre de aquellos tiempos; consiguió del Presidente y de personas de influjo que procuraran inducirlo a un avenimiento; pero fué inútil.

Cansado Portales, le escribió la siguiente carta, vivo retrato de su carácter:

"Septiembre 30 (de 1827). Señor: Prometo a usted no volver a presentarme en su casa ni en palacio, porque estoy decidido a no dejarme atropellar por infundados recelos y una obstinación cuya causa no diviso sino en la oculta mala voluntad con que usted ha mirado a la compañía del estanco y muy particularmente a su representante. He dicho, pues, al Presidente que ya que se quiere obligar a tocar recursos extremos, los tocaré, y de modo que se arrepientan, los que han querido precipitarme.—*Diego Portales*".

Después de muchas contradicciones y molestias resolvió don Ventura firmar la prórroga; pero siguió con escrupulosas exigencias en la revisión de las cuentas.

Blanco Cuartín aprovecha la oportunidad para ensalzar largamente la rectitud y probidad de su padre, mostrándolo frente a frente de Portales, e insensible a sus ruegos, halagos y amenazas. Bien; pero adviértase que éste no tenía la influencia que adquirió después. Era sí, como he dicho, un jefe de casa de comercio, que sobresalía por su inteligencia natural y por superiores cualidades de carácter

que dominaban a los que con él trataban y los inducía a seguirlo.

Si Blanco Cuartín se hubiese limitado a alabar a su padre, nada habría qué decir; pero, en contraposición a él, muestra a Portales como a un comerciante arruinado, que trataba de evitar o aminorar su fracaso por medio de procedimientos sospechosos. Aun insinúa con bastante claridad que Portales habría intentado el cohecho si hubiese encontrado el menor resquicio en don Ventura. "Y no se olvide, dice, que esa compañía (la del Estanco), aun así tan desmedrada como se la suponía, habría pagado algunos miles porque se le permitiese tocar uno solo de los recursos que don Diego calificaba de naturales y a cuya oposición no encontraba más fundamento que la negra misantropía de aquel hombre severo "e incorruptible (don Ventura)".

Blanco Cuartín después de referir la desaveniencia, de ensalzar a su padre y dejar entre sombras el proceder de Portales, pasa a otra cosa, sin decir una palabra sobre el resultado de la liquidación del Estanco.

Esto no es justo. Blanco Cuartín tenía mala voluntad a Portales y no la disimula. Causa había, no diré razón, para que la tuviera.

Caído el partido liberal, don Diego Portales empuñó las riendas del gobierno y no permitió que levantara cabeza ninguno de los adictos a la administración anterior. Don Ventura, que se hallaba muy escaso de recursos, vió por largo tiempo cerradas las puertas para obtener un empleo honorable que le permitiera atender a las necesidades de su familia. Su hijo difícilmente habría podido ahogar los

naturales sentimientos de animadversión hacia el hombre en quien veía el causante de las angustias y humillaciones de un padre amadísimo.

¿Por qué el ministro Blanco Encalada se obstinó en ser tan rigoroso con el jefe del Estanco? Es indudable que fué por probidad y por defender los intereses fiscales; pero es preciso tener en cuenta que Portales debía serle antipático. Don Ventura era altivo, y Portales, dominante, aun en las circunstancias en que solicitaba algún favor. Tenía éste ya influencias poderosas que don Ventura miraría como una presión que se ejercía sobre él. El ministro era liberal; el jefe del Estanco, sin estar todavía afiliado en un partido político, era contrario a los liberales por el desorden de su gobierno.

Ahora bien, en los gobernantes, tal vez sin que ellos mismos lo adviertan, la probidad y el celo por los intereses fiscales se acrecienta y excita en alto grado cuando estudian asuntos de alguna persona que les inspira antipatía. Entonces aplican la ley rigorosa e inflexiblemente; las cuentas, aunque sean claras, son examinadas por el revés y el derecho; el expediente es mantenido en prolongado estudio y pasa de informe en informe. Si el solicitante apura, es porque rehuye el examen minucioso. Si busca influencias, quiere ejercer presión. Imagino que algo de todo esto habría en el caso de Portales y don Ventura Blanco Encalada.

He aquí ahora el resultado de la liquidación del Estanco. El tribunal arbitral reconoció un saldo a favor de Portales, Cea y Compañía, de ochenta y siete mil doscientos sesenta pesos y medio real. Y don Diego Portales estaba

tan seguro de la honradez absoluta con que había procedido en su negocio y de la exactitud de sus cuentas con el Fisco, que exigió que agregaran a la sentencia arbitral esta notable cláusula:

"Artículo 10.—Otorgarán (los contratistas) así mismo fianza por la cantidad de cien mil pesos que se adjudican al que les descubra y les pruebe suplantación de partida, inexactitud, dolo o fraude en los libros, sin perjuicio de condenarlos al lasto que corresponde por el error malicioso que apareciese".

VI

Blanco Cuartín oyó a su padre varias anécdotas y cuentecillos de la corte de Carlos IV y de Fernando VII. En la colección viene uno de esos relatos, "Los Borbones en España.—Efecto de un helado de rosa". Si bien aquí nuestro autor tiene una sonrisa agradablemente maliciosa, le falta la sencillez de concepto y de expresión, que es lo que da el principal encanto a estas narraciones. Tiende a discutir sobre historia, recarga pesadamente el relato con reflexiones graves y con la pintura de caracteres y acontecimientos históricos, lo cual hace perder la unidad al conjunto.

La intriga, los diálogos, el escenario, todo tiene mucho de ficticio: parece que aquello pasara en un tablado con decoraciones.

No es este un género que podía cultivar con éxito superior. Sin embargo, su estilo siempre vivo y corriente hace muy fácil la lectura. De todo podrá tener Blanco Cuartín menos de cansado.

Los artículos de crítica literaria y artística que contiene la colección, son más brillantes que sólidos; más abundan en hermosas frases que en razones; manifiestan más lectura que meditación. Son esos artículos por el estilo de los necrológicos: antes él procura cumplimentar a los autores que decir la verdad por entero. Llegado el caso, sabe muy bien señalar los puntos débiles, que calla cuando sólo quiere alabar. Por ejemplo, a Amunátegui, cuando en él se ocupa particularmente, lo estima como buen historiador, y lo fué en efecto en sus primeras obras; pero, cuando lo contradice, como en las *Cartas*, hace alusiones burlonas a la afectada sencillez de su estilo, a su afición a las menudencias, a su pobre manera de concebir la historia. Sus críticas no pueden tomarse como juicio definitivo.

Por la inclinación que, como ya lo hemos visto, él mismo se reconocía hacia "la poesía, la idealidad, la ilusión celeste", ya supondrá el lector que escribió composiciones poéticas. Las escribió, en efecto, y en gran número, entre ellas dos poemas. La expresión poética es copiosa; pero no tiene consistencia. Excita los afectos sin ofrecer un objeto preciso en que puedan posarse. Nos lleva por un sendero de imágenes, que a menudo no conduce a parte alguna.

Cultivó mucho la fábula y particularmente una especie de fábula alegórica, en que hablan el Error, el Sofisma y la Verdad: la Ley y el Derecho; la Pobreza y la Opulencia, y muchos otros personajes de esta clase, cuyo solo nombre nos vuelve fríos e indiferentes. Excusado es advertir que, debajo del poeta, se rebulle el prosista decidido, irónico y elegante.

Blanco Cuartín fué como escritor, lo que son, en el tra-

to social, esas personas ingeniosos, cultas, ilustradas, con un fondo de irónico despecho, que tienen el don de la conversación. Por natural instinto saben escoger, de lo que oyen o leen, aquello que puede interesar; lo retienen, lo acomodan y lo refieren con gracia y cierta naturalidad maliciosa, cautivando a sus oyentes y haciéndoles pasar ratos agradables. De la conversación con tales personas parece que sacamos instrucción y provecho; pero, desvanecida la sensación agradable, queda una utilidad vaga, que no tarda también en desvanecerse, porque, más que en base sólida, está fundada en la oportunidad y en la manera de decir las cosas. Del mismo modo, el talento de Blanco Cuartín atrae más por la expresión que por el fondo. Nos habla muy bien, nos entretiene, nos ilustra; pero, pasado el rato, nos queda sólo el recuerdo de una conversación agradable sobre muchas cosas interesantes.

1914

CUADRO HISTORICO DE LA PRODUCCION INTELECTUAL DE CHILE

Por Jorge Huneeus Gana.—Volumen I de la Biblioteca de Escritores de Chile.

I

La publicación de una Biblioteca de Escritores Chilenos es empresa que, hoy por lo menos, no podría ser llevada a cabo sin el concurso del gobierno.

Nuestros autores de generaciones ya pasadas interesan cada día menos al público. No me parece que sea por indiferencia literaria, sino porque ellos no son en realidad tan excelentes como eran aclamados en su tiempo, y como todavía se sigue repitiendo más bien como eco que como opinión razonada.

El aplauso de los contemporáneos siguen influyendo, durante un período más o menos largo, en épocas posteriores. Cuesta convencerse de que faltan verdaderos méritos literarios en obras que fueron muy admiradas en su tiempo y que dieron a sus autores elevados puestos y general consideración.

Pero es preciso tomar en cuenta que hay numerosas circunstancias que dan a la producción literaria méritos ocasionales que contribuyen mucho a la popularidad y fama. Figuran entre ellas, por ejemplo, la oportunidad con que se publica la obra; la conformidad de ésta con un estado de excitación popular o con el gusto y moda literaria reinante; el mérito simplemente histórico, esto es, el hecho de ser la obra una de las primeras de su especie o una de las primeras que han divulgado tal o cual doctrina; las condiciones personales del autor, su influencia política y social, los puestos que ha desempeñado.

Estas y otras circunstancias envuelven la obra con una atmósfera luminosa y brillante, que perturba el criterio de los contemporáneos y que difícilmente penetran los críticos; pero, a medida que las generaciones van pasando, se mudan también y pasan las modas literarias, los momentos oportunos, las influencias del autor. El brillo se empaña, la luz va disminuyendo hasta que no luce sino lo que hay de exclusivamente propio en la obra.

Con razón se dice que el tiempo es el mejor crítico, no en cuanto las generaciones venideras han de ser forzosamente más ilustradas y perspicaces, sino en cuanto la natural sucesión de las cosas elimina irremediablemente todos los méritos accidentales y transitorios. Por eso, el crítico, para juzgar rectamente la obra de un contemporáneo, debe desnudarse de todas las preocupaciones de que, como perteneciente a su época, participa, con el objeto de ver la obra imparcialmente, o tal como ella ha de mostrarse a las generaciones futuras.

Aun cuando nuestros autores antiguos son de ayer y,

en cierto modo, duran todavía algunas de las circunstancias que favorecieron la fama de sus obras, ya se nota claramente que ésta se va apagando rápidamente, que los méritos se van reduciendo y que es bien poco lo que va quedando.

Si sólo se atiende al mérito intrínscico, serán tal vez muy pocas las obras chilenas publicadas que merezcan formar parte de una Biblioteca; pero no faltan las que pueden servir como documentos históricos para dar testimonio del espíritu de su época, o como punto de comparación para estimar nuestro progreso intelectual, o como indicadoras del carácter nacional.

Esto último no carece de importancia. En las obras literarias de una misma nación, tienen que manifestarse tendencias en una misma dirección y cualidades que permanecen siempre iguales a través de las generaciones. El conocimiento de ellas es precioso para la producción literaria y artística, porque sirve de guía en el campo de la observación social, y no carece de interés para la política, porque el conocimiento del carácter y tendencias del pueblo entra por mucho en la bondad de las disposiciones destinadas a gobernarlo.

Pero estas ventajas interesan todavía aquí a muy pocos, y menos son los que pueden aprovecharlas eficazmente. No habría, pues, por este lado, público suficiente para asegurar el éxito de la Biblioteca. Por eso es necesaria la ayuda del gobierno en una empresa útil que los particulares no podrían proseguir con buen resultado.

Hace años, en 1885, cuando estaba mucho más vivo que ahora el entusiasmo por nuestros escritores que llamamos

antiguos, puesto que aún vivían algunos, unos editores comenzaron a publicar una Biblioteca Chilena. Como prudente precaución y por vía de tanteo, dieron preferencia a las obras que estimaron más amenas y apropiadas para circular en el público: los artículos de Jotabeche, las novelas de Lastarria, las poesías de Sanfuentes, la mejor historia de Amunátegui. La edición, hecha en Leipzig, era muy buena y moderado el precio. Sin embargo, la publicación no hizo cuenta a sus editores y no pudieron seguir adelante.

Es digna, por tanto, de alabanza la idea del gobierno; pero merece algunas observaciones la manera como se está realizando por la Comisión Permanente encargada de formar y publicar la Biblioteca.

Uno de sus primeros acuerdos fué publicar como Introducción a la Biblioteca, la obra *Cuadro Histórico de la Producción Intelectual de Chile*, por don Jorge Huneeus Gana. Así se avisa en la portada de este grueso volumen. Pues bien, consideraciones de orden social y de orden literario muy elementales, aconsejaban que esta obra era impropia para el objeto al cual la destinaban.

Desde las primeras páginas hasta las últimas, está sembrada de expresiones destempladas, de conceptos menospreciativos e hirientes sobre las creencias e instituciones católicas y sobre el partido conservador. Se ve con evidencia que, además del propósito literario, el autor ha tenido también un propósito real y verdaderamente sectario, sin que intente disimularlo en lo menor.

La Biblioteca requería un discurso de introducción, para manifestar en conjunto el progreso alcanzado en nuestra

cultura durante el primer siglo de vida independiente y para dar idea de las obras producidas en Chile; pero no para levantar bandera por tales o cuales doctrinas y zaherir a los que no las siguen. La discreción más vulgar indicaba que no debían hacerse alusiones en ese sentido, y que, cuando fuera preciso decir algo respecto a la religión o a la política, debía hacerse con intención sana y con serenidad.

Católicos y rationalistas, liberales y conservadores, han contribuído de algún modo al progreso de las letras, de las ciencias y de las artes, y, en este terreno, todos ellos merecen consideración y respeto.

Aun cuando alguien estimara que los conceptos hirientes que aparecen en la obra de Huneeus son justos y merecidos, no dudo que, dado el objeto que se ha tenido en mira al publicarla, los desaprobaría como enteramente inoportunos.

En el discurso de inauguración de un monumento nacional (y como tal debe ser considerada la Biblioteca, puesto que sólo pueden figurar en ella las obras de autores fallecidos) nadie espera encontrar expresiones ofensivas e intemperantes contra las creencias y opiniones políticas de gran número de ciudadanos. Y si el orador se desmanda, no dejará de provocar manifestaciones de protesta por su falta inexcusable de tino, de consideración social y hasta de buena educación.

No hay para qué examinar los conceptos de Huneeus a que me refiero. No son ocasionados por el calor de la discusión, no brotan de razones, ni de exceso de celo en la defensa de una doctrina; están puestos ahí de la manera más fuera de lugar y sólo para herir a sus adversarios en

materias religiosas y políticas. Tampoco son ingeniosos. Como simple muestra, transcribiré dos pasajes.

Este es contra la Iglesia:

"Por lo que toca al llamado Derecho Natural, tampoco nos ocuparemos de él, dado que la evolución positiva ha borrado con su mano incontrarrestable toda esa falsa codificación de principios convencionales, propios sólo de la era dogmática de todas las civilizaciones.

"Así, pues, no se extrañe si en el presente capítulo no hacemos los honores de considerar como ciencia al antiguo Derecho Natural ni tampoco, y por las mismas razones, al viejo Derecho Canónico. En estos ramos, con apariencias jurídicas, no cabe producción original chilena, bien que son sí posibles las reproducciones, traducciones y exhumaciones más eruditas e indigestas de los inacabables volúmenes de las bibliotecas escolásticas y de las ociosas discusiones de la Teología".

El siguiente pasaje es contra el partido conservador:

"Las tendencias pacíficas y tolerantes del gobierno de Pérez habían favorecido entre tanto el desarrollo de las temperancias cléricales, que estallan en los comienzos de la administración de Errázuriz Z. con el atrabiliario ensayo que para hundir los progresos de la enseñanza nacional hiciera su primer Ministro de Instrucción Pública. Estos abusos provocaron una fecunda reacción de libertad que hasta hoy aprovechamos y que trajo por consecuencias históricas los tres hechos intelectuales de carácter más vigoroso en los últimos veinte años: la caída del partido católico político de Chile y el consiguiente afianzamiento en el poder y en la sociedad de los partidos de libertad y de progreso, con

sus respectivas reformas en la enseñanza y en la legislación".

Los otros dos hechos intelectuales de carácter más vigoroso son la fundación de una Academia de Bellas Letras y de una revista, ambas de carácter liberal.

Todo esto no es de obra medianamente seria, sino de folleto destinado a azuzar un partido en época de agitación política o religiosa.

II

El libro de Huneeus, juzgado por su aspecto literario, no es acreedor a la honra que la Comisión le ha dispensado.

La introducción de una Biblioteca de Autores Chilenos debía basarse en nuestra historia civil. No hemos tenido aún genios creadores, talentos extraordinarios, obras originales que, en las diversas ramas de las ciencias, artes o letras, hayan fundado escuelas, señalado nuevos rumbos, abierto nuevas perspectivas. Hemos tenido un desenvolvimiento intelectual normal que, protegido por la relativa estabilidad del orden público, ha llegado a un grado más alto de progreso que en otras repúblicas vecinas.

Los impulsos que, fuera de lo normal, ha tenido nuestra cultura, están íntimamente ligados con acontecimientos políticos, en los cuales aquéllos encuentran su origen y la explicación de su carácter.

Las primeras manifestaciones literarias fueron ocasionadas por la revolución de la Independencia. Más tarde; las contiendas de pipiolos y pelucones hicieron también correr

tinta y aguzaron los ingenios. A mediados del siglo pasado, los emigrados argentinos que huían de la tiranía de Rosas, excitaron el amor propio nacional y originaron un movimiento literario inusitado entre nosotros. Algún tiempo después, mientras el partido conservador se entregaba a la indolencia, el partido liberal, remozado y luciente, atraía a la juventud fomentando las letras y las artes, halagándola con espejismos de libertad, descollando en la oratoria. El partido conservador, caído del poder, sacude su inercia, reforma su programa político, estimula la instrucción, compite con sus adversarios en el terreno literario y artístico, y funda la Universidad Católica, esfuerzo admirable de una nación tan joven, de escasa población y acostumbrada a esperarlo todo del gobierno.

Por cierto que la Universidad Católica, que cada día está más floreciente, no es nombrada por Huneeus, ni hace a ella la menor alusión, como si no existiera. Para él, ese monumento de la iniciativa individual chilena, no es un hecho intelectual de carácter vigoroso como una academia o una revista de vida efímera; pero liberales.

Estos impulsos periódicos abrían campo para la imitación de las escuelas extranjeras, que se reflejaron en diversas épocas en nuestra literatura.

Al lado de este movimiento, el adelanto científico seguía regularmente fomentado y amparado por el gobierno, con la venida de profesores extranjeros.

El cuadro de nuestra producción intelectual debe, por tanto, apoyarse en la historia, siguiendo su desarrollo y ampliéndola particularmente en cuanto al orden literario. Y no conviene precisar demasiado los rasgos del cuadro ni en-

trar en muchos pormenores, porque de otro modo es fácil ceder a la tentación de parecer erudito y dar importancia a obras vulgares o mediocres.

Huneeus ha seguido otro plan. Dedica capítulos especiales a cada ciencia, a cada género literario, a cada arte, y por ellos hace desfilar a todos los autores y artistas. Los más importantes pasan solos, con sus obras; después pasan otros en grupo y el resto, en muchedumbre.

El plan de Huneeus origina confusión. Casi todos nuestros escritores han abarcado diversos géneros literarios, cosa natural en sociedades jóvenes, en que las personas inteligentes son consideradas como aptas para todo o más aptas que las demás, por lo menos. Huneeus, en conformidad a su plan, desmembra a los autores y los examina por parte en cada género que han cultivado. De manera que el lector va encontrando unos mismos nombres en diversas partes y con las repeticiones consiguientes.

Por ejemplo, don Zorobabel Rodríguez no es estudiado en vista del conjunto de sus obras, de la época en que escribió, de las circunstancias que lo rodearon, sino que, en el capítulo de las ciencias económicas, es presentado como economista; en el de la poesía, como poeta; en el de la prensa como periodista; en el de la novela, como novelista, y, en cada caso Huneeus repite algo de lo dicho en otra parte.

Con este método, las fechas se confunden, los géneros se revuelven unos con otros, no percibimos el verdadero carácter del autor ni su mérito relativo. Uno acaba el libro sin ver nada claro y ordenado respecto a la naturaleza de nuestra producción intelectual, sino que queda la impre-

sión de haber leído un catálogo detallado de obras y de autores.

Contribuyen al desconcierto ciertos capítulos preliminares de las diversas partes de la obra en los cuales Huneeus sintetiza, según dice, lo que va a seguir, y la síntesis no es más que una especie de sumario algo ampliado, que anticipa cosas que después vuelve a encontrar el lector.

De los juicios sobre los autores hay no poco que decir. Como no se analizan las obras ni vemos que domine un criterio literario razonado, ni disciplina de ninguna especie, los juicios parecen simples opiniones sin fundamento. Valdría, sin embargo, si Huneeus tuviera autoridad en materia literaria; pero no la tiene.

En 1887, publicó en un volumen con el título de *Plumas*, varias novelas y cuentos. Es obra juvenil que, naturalmente, manifiesta poca experiencia; pero, como ensayo, daba esperanzas. No le falta vivacidad, frescura y cierta inclinación al buen estilo.

Dos años después, dió a luz unos *Estudios sobre España*, hechos con la buena intención de estrechar nuestras relaciones con la madre patria, presentando un cuadro de su progreso intelectual en la época moderna. Desgraciadamente, Huneeus, en vez de ceñirse a puntos que pudieran caber dentro de sus facultades y conocimientos, reunió una cantidad de notas, datos, extractos, pasajes copiados aquí y allí, nombres, apuntes sobre materias de diverso orden, todo relativo a España, y formó un conjunto raro, un amontonamiento indigesto, que más daba indicios de presunción que de buen criterio.

Recuerdo haber leído, en ese tiempo, un párrafo toma-

do de un diario español, en que daban cuenta de ese libro. Hablaban de él con sorna, a pesar de que había sido hecho para alabarlos. En Chile no despertó interés alguno.

Entre los estudios, los hay que tratan de Revilla, Pereda, Bartrina. Son algo extensos, y están escritos en un estilo tan español, y tan español es el modo de juzgar, que uno podría asegurar que ya los había leído en autores españoles sin saber cuáles.

Nuestro autor fué después, durante tres años, redactor de algunos periódicos radicales, sin que se distinguiese como periodista.

Pobablemente entonces perdió esa cierta inclinación al buen estilo y a estudios serios que manifiestan las obras de su juventud que acabo de citar. El que se dedica al periodismo sin tener verdaderas y naturales aptitudes para esta profesión, pierde con seguridad las buenas disposiciones que como escritor podía tener y adquiere malísimos hábitos literarios. Es lo que ha pasado a Huneeus. Valen más las dos obras primeramente mencionadas que ésta que ahora examinada, en la cual no domina el literato sereno y estudioso sino el periodista sin vocación, con su modo exaltado, agresivo e irrespetuoso.

Más tarde sólo ha publicado folletos políticos, de esos que, con el título de *Oiga el País, Balance de la administración tal*, se reparten en épocas de agitación electoral.

En la hoja del *Cuadro Histórico* en que está la lista de las *Obras del mismo autor*, aparecen como tales obras esos folletos, algunos alegatos, tal cual prólogo escrito para el libro de un correligionario, y hasta documentos oficiales como las *Memorias Ministeriales de Justicia e Intrucción Pú-*

blica presentadas al Congreso en 1909. Pero esta especie de publicaciones no puede tomarse en cuenta para calificar la autoridad literaria de un escritor.

Debo advertir que, después de la lista de que acabo de hablar, Huneeus ha agregado otra de *Obras inéditas próximas a publicarse*. Ahí figuran cuatro volúmenes de novelas y cinco volúmenes más sobre distintas materias. Mucho es para tenerlo guardado. Desgraciadamente las reputaciones literarias no se forman por lo que está inédito sino por lo que está publicado. Pudiera ser que, andando el tiempo, salgan a luz estas numerosas obras y den a las opiniones literarias de Huneeus una autoridad que, por ahora, no tienen otro apoyo que los dos libros que publicó en su juventud. Mientras tanto, no sería razonable ni prudente abrir crédito literario a un autor por promesa a plazo indefinido. Y no digo esto último sin causa. En *Plumadas* está anunciada como obra "en preparación" una novela *Tarde*. Pues bien, la misma novela figura como inédita, próxima a publicarse, en la lista del *Cuadro Histórico*. Esta novela luego va a cumplir un cuarto de siglo sin haber adelantado más que pasar del estado de preparación al de inédita próxima a publicarse.

La manera de juzgar Huneeus no es la más apropiada para inspirar confianza. Elogia a sus correligionarios, con exceso y entusiasmo; a sus adversarios, con frialdad y parsimonia y desconoce el mérito a las obras que atacan directamente la doctrina o personaje radicales.

Por ejemplo, de don Eduardo de la Barra dice que es "autor de una acabada y linda página biográfica sobre Francisco Bilbao". La acabada y linda página es un volu-

men de cerca de quinientas páginas llenas de injurias gritadas con voz enronquecida contra la Iglesia y los que la defienden. En cambio, refiriéndose Huneeus a la obrita sensata y moderada, como cualquiera puede verlo, que escribió sobre Bilbao don Zorobabel Rodríguez, dice de este autor: "ese reaccionario y detractor inconsiguiente de Francisco Bilbao".

A ser cierto lo que él afirma, Chile es un jardín exuberante de genios, de grandes talentos, de hombres superiores, muchos de los cuales compiten con los más famosos de Europa y aun llegan a vencerlos. Con esta idea que se ha formado de nuestros escritores, no es extraño que termine declarando con profunda convicción que "la República de Chile ha sido y es la más intelectual del continente americano".

Me parece que cualquiera otra República americana podría obtener a su favor igual declaración, siguiendo alguno de sus escritores el mismo sistema de Huneeus, y creo que, en los países tropicales, nos superarían mucho en las alabanzas a sí propios.

Hay notoria falta de serenidad y de peso en los juicios de Huneeus. Su estilo es ampuloso y vago. Parece que intentara disimular pobreza de conceptos y falta de estudio y conocimiento de los asuntos, con la amplitud de los períodos, con un tono declamatorio y con cierto desparramo de ideas en una misma frase.

Daré muestras para que se vea que no exagero. Son comunes, en la obra, párrafos como el siguiente, en que habla de don Augusto Orrego Luco, considerado como periodista:

"Su pluma impresiona y conquista al lector, sacudiéndole la imaginación con secretos misteriosos y señalándole con la mano enguantada de una forma elegante, las desnudeces más escandalosas de la situación moral que combate. Sus frases son entonces, y sucesivamente, armoniosas, entrecortadas, dramáticas, y cuando se descubren las heces amargadas de las liquidaciones políticas en la copa de las agitaciones públicas, entonces la pluma de Orrego Luco brota sarcasmos trágicos, emoción romántica e imprecaciones magistrales".

Me apresuro a manifestar que el señor Orrego Luco no es, como pudiera creerse por los elogios de Huneeus, un escritor desatentado. Lejos de eso, es un escritor de verdadero talento, correcto y de buen gusto. Estoy cierto de que, si hubiera sido posible, habría dicho a su amigo: Basta. No sigas. Mira que hay gente que está oyendo.

Lo peor es que Huneeus, por poco que se entusiasme, da en lo cursi, y llega a refinamientos superfinales. En esas mismas páginas dedicadas al señor Orrego Luco, que también es médico distinguido, quiere hacer un cumplido al médico y al literato, a un mismo tiempo, y dice:

"Sus frases, de una elegancia fascinadora, respiran un perfume penetrante, que viene a ser a modo de anestésico con que se cloroforma por un momento al lector y que permite al escritor aventurar entonces el bisturí de su ingenio en las más dolorosas y terribles operaciones del diafragma".

En otras ocasiones remonta el vuelo a las más altas cimas de la erudición cursi, domina las épocas de la historia y baraja nombres célebres con la superioridad más visto-

sa. Mencionando un Proyecto de Constitución Chilena presentado al Congreso Nacional por don Manuel A. Matta, recuerda un Proyecto de esa misma especie presentado por Lastarria y dice:

“Bien podría decirse que si el proyecto de Lastarria revela a un soñador de la escuela de Fourier y de Proudhon, vestido con el traje deslumbrante de Comte, de Stuart Mill y de Ahrens, el proyecto de Matta denuncia a un soñador de la escuela de Licurgo y de Solón, vestido con la toga austera de Cantón y de Séneca”.

Lo citado es suficiente. Así es como juzga a los autores. A veces acierta en algún rasgo característico; pero no tarda en perder o desleir esa observación exacta en frases más o menos declamatorias o de pura palabra, en ideas que se van llamando unas a otras más por la cadencia de la frase que por discurso.

III

De todos sus vistazos literarios, uno que es pasable porque es sereno y sensato, aun cuando no ofrece novedad, es el capítulo que trata de la poetisa doña Mercedes Marín de Solar; pero lo termina con un ataque a la religión muy inoportuno.

“Doña Mercedes Marín, dice, es en realidad un poeta, más que una poetisa; y el vigor de sus temas y la conciencia ilustrada de su ejecución, nos haría olvidar que allí canta una dama, si no vinieran a recordárnoslo con frecuencia ciertas delicadezas apasionadas de estilo y ciertos piadosos arranques de esa fe religiosa profunda y sincera que hoy

no caracteriza, por lo general, más que el espíritu de las mujeres".

Los extranjeros que, por no tener otras informaciones de Chile, se guíen por las del señor Huneeus, creerán que aquí los católicos y conservadores, forman una agrupación de individuos atrasados e ignorantes, no tomados en cuenta para nada, sin influencia social y que van disminuyendo más y más cada día. Felizmente las naciones están ahora muy cerca unas de otras para que ignoren el carácter y tendencias dominantes de cualquiera de ellas.

Huneeus, no sólo se deja llevar por simpatías religiosas y políticas, sino también por simpatías profesionales. Es abogado, según advierte en el prólogo, y dedica a las ciencias jurídicas capítulos muy prolijos, y aun entra a dilucidar puntos de derecho, examina los códigos, propone reformas, y, encontrándose en terreno conocido, se entrega sin reserva a sus inoportunidades favoritas.

Cree que los errores que él nota en el Código Civil son debidos a las enmiendas que hizo al proyecto el espíritu conservador. Dice que el proyecto "hubo de sufrir el ataque inevitable del espíritu conservador, de aquel malhadado espíritu de reacción que es acaso el origen más grave del estacionamiento social que sufren hoy algunos pueblos latinos".

En conformidad al programa radical, protesta contra el robustecimiento de la patria potestad, pide que se devuelvan a la mujer las ventajas de que ha sido privada "aprovechando y extremando las consecuencias del antijurídico y antinatural régimen de la indisolubilidad del vínculo matrimonial".

Ensalza al Código Penal por la abolición de los fueros "que, en lo tocante al ramo eclesiástico, constituían ya una fortaleza de impunidad hiriente y retrógrada que amparaba y estimulaba la inmoralidad, el abuso y el delito en una clase social que dispone de mayores recursos que otra alguna para el abuso y la explotación de la ignorancia y del fanatismo humanos".

Son, sin duda, preferibles las páginas en que Huneeus es simplemente cursi, a éstas en que es periodista de tercer orden, porque en aquellas sólo hay mal gusto mientras que en la otras hay además malevolencia.

En un autor con tantos títulos como exhibe en la portada, era de esperar mucho conocimiento de las costumbres sociales y tacto para no chocar con ellas. Sin embargo, Huneeus cae en faltas de esta especie.

No es costumbre que un autor encomie la importancia de sus propias obras, como él lo hace en el prólogo, cuando explica el origen y desarrollo de la composición de su libro con tanta gravedad como si tratara de un monumento literario.

Tampoco es usual que un autor se cite a sí propio como ejemplo de hombre agudo e ingenioso. Cuando habla de don Carlos Walker Martínez lo pinta como tribuno muy violento en sus ataques, y dice: "Verdad fué que estas violencias no quedaron siempre sin condignas respuestas". Y aquí pone una nota que dice así: "Véanse en el Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados los incidentes que tuvo, desde su sillón de Ministro del Interior, en 1898, con el diputado por Osorno, que esto escribe, don Jorge Huneeus Gana".

No es propio, en obras que presumen de serias, dirigir cumplimientos a las señoras y ensalzar sus obras como si se les estuviera hablando en un salón. Tres señoras, nietas de don Andrés Bello, son autoras, una de obras artísticas y dos de obras literarias. Refiriéndose a esos ingenios, dice Huneeus "que juntos representan en la generación actual, para gloria de la mujer chilena, una suma a nuestro juicio mayor de talento y de poder creador artístico, que la del gran Bello y de todos sus hijos, y que serían dignas, cada una de ellas, de un estudio crítico de Sainte Beuve, Girardin o Taine".

Notaré, antes de terminar, un olvido bien extraño en una obra que mencionan tanta cantidad de autores, libros y periódicos que deberían estar olvidados.

Toca de paso a don Vicente Pérez Rosales y sólo cita de él su *Ensayo sobre Chile* y el *Diccionario del Entrometido*, obra secundaria, y no nombra los *Recuerdos del Pasado*, el volumen más interesante que hasta aquí ha publicado la Biblioteca y de bastante mérito en nuestra pobre literatura.

Dice Huneeus refiriendo, en el prólogo, cómo había compuesto su libro:

"Por fin, la ocasión del gran Congreso Científico Panamericano que se celebró en Santiago en octubre y noviembre de 1908, me resolvió a adelantar la terminación de mi trabajo y hube de presentarlo, aunque no terminado todavía, a la respectiva sección del Congreso, en la cual recibí el estímulo de un voto especial unánime de aplauso, propuesto, en vista del objeto, del plan y del desarrollo sintético de la obra, por el eminentísimo profesor norteamericano,

alma de aquellas memorables reuniones y representante de la Universidad de Pensilvania, Mr. Leo Rowe".

No me parece probarable que Mr. Rowe y la respectiva sección del Congreso hayan examinado con mediana atención el grueso manuscrito del señor Huneeus. No tienen importancia estas aprobaciones unánimes que más son asunto de protocolo que de estudio.

Mr. Rowe, sin duda, en este caso no ha pasado más allá de ser el huésped amable que encuentra exquisito, aunque le cueste tragarlo, un plato que le presenta una de las niñas de la casa como hecho por sus propias manos. No podía hacer otra cosa.

Su opinión en este punto tampoco podía ser de mucho peso. En efecto, cualquier chileno de regular ilustración estaba más preparado que Mr. Rowe para calificar los juicios que hace Huneeus sobre nuestros autores.

La Biblioteca de Autores Chilenos servirá frecuentemente de obsequio del Gobierno a personajes y corporaciones extranjeros. Antes de leer nada, agradecerán el obsequio con grandes encomios, que, de seguro, serán citados como aprobación entusiasta. Hojearán después preferentemente el primer volumen, el *Cuadro Histórico*, para tener idea de nuestra cultura, y será bien triste la que se formen cuando vean que el mismo libro que presenta a Chile como nación abundantísima en ingenios de toda especie, es para ellos una prueba de que también en Chile florecen en íntimo y natural consorcio y bajo el amparo oficial, la clerofobia, el mal gusto y la superficialidad palabrera y presuntuosa.

BOSQUEJO DE LA LITERATURA CHILENA

Por Domingo Amunátegui Solar

I

En 1910 se publicó la obra de don Jorge Huneeus Gana *Producción intelectual de Chile*.

Don Domingo Amunátegui Solar acaba de publicar un *Bosquejo de la Literatura Chilena*, grueso volumen que trata el mismo asunto de la obra de Huneeus. La historia de nuestra literatura ha adelantado un poco con esta publicación.

Los juicios de uno y otro pueden calificarse propiamente de comentarios, opiniones, pareceres, términos holgados en que cabe muy bien la falta de doctrina, de juicio propio, y su reemplazo por un eco de lo que otros han dicho.

Huneeus Gana, tiene más instinto literario que Amunátegui; pero es declamador, pomposo, de hueca y sonora grandilocuencia. Ha querido asombrar a los extranjeros con la exuberancia de nuestra producción literaria y les

presenta un enorme canasto de flores de mano. Es parcial, y prorrumpé de la manera más impropia e inoportuna en invectivas contra la Iglesia y el partido conservador.

Amunátegui Solar, evidentemente, no ha pensado en asombrar a nadie, sino en suministrar datos ilustrativos que, aun cuando ya han sido dados por otros, podían presentarse en mejor forma. Y realmente es preferible la expresión entecada, pobre, vulgar, de Amunátegui al rumortoso follaje de Huneeus. Más aceptable es la exposición sencilla de aquél y su modestia para citar a cada paso juicios de otros autores, que la exposición complicada y la pendantesca arrogancia del último.

Amunátegui procura ser imparcial, bien que a menudo parece que, por timidez, no tanto busca la imparcialidad como equilibrar las diversas opiniones. Muy respetuoso de las creencias religiosas y de las ideas políticas de todos, nunca dice algo que pueda lastimarlas. Es un autor bien educado y un tanto encogido.

El que necesite, sobre nuestra pobre literatura, datos más amplios y ordenados que los que ofrecen los diccionarios biográficos, pueden encontrarlos en la obra de Amunátegui.

Con esto no habría más que decir sobre el *Bosquejo*; pero su autor, a más de miembro de la Academia Chilena correspondiente de la Española, es, personaje muy prominente en la instrucción pública y rector de la Universidad del Estado. Es natural que su gusto influya en los profesores y alumnos. Por esto es conveniente indicar ciertas prácticas literarias suyas, defectuosa a mi juicio y que no deberían ser imitadas.

Una de ellas consiste en establecer y desarrollar puntos que entran, no ya en los conocimientos vulgares, sino, si así puede decir, en los conocimientos naturales de toda clase de personas. Es completamente ocioso referirse a ellos. Molesta al lector ocupar la atención en cosas obvias, claras, que están delante de los ojos. Así como las observaciones profundas, brillantes, imprevistas, de los verdaderos ingenios parece que a uno lo levantan, lo avivan y lo vuelven inteligente, así las reflexiones demasiado triviales, ocasionan amodorramiento y depresión de las facultades mentales. Cuando esas reflexiones son frecuentes, el lector pierde su norma para juzgar: al fin no sabe si el autor tiene o no razón, si lo que dice es importante o no es importante, si está exponiendo alguna doctrina o no está exponiendo nada. Sentimos la necesidad de abrir una buena obra para recobrarnos, avivar las facultades y volver al estado normal. No es éste, del todo, el caso con Amunátegui; pero siempre dicho autor está en el camino que a ello conduce. En su obra flota una como bruma de esa especie de reflexiones, que se condensa aquí y allí en observaciones que nada enseñan.

Por ejemplo, cuenta que el doctor Blest padre de nuestro novelista Alberto Blest Gana y de Guillermo el poeta, recibía la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneira, obra que tenía aquí pocos subscriptores: hará de esto unos ochenta años. Este hecho tan natural, sugiere a Amunátegui la siguiente reflexión:

"La cultura ha subido muchos puntos desde aquella fecha, y las líneas de vapores permiten el envío frecuente a Chile de los principales libros que ven la luz a diario en los

centros intelectuales de Europa. Las nuevas obras son recibidas siempre con entusiasmo; pero no ya con el mismo asombro".

Bien. ¿Y qué? Nada. Es una observación que sale al paso.

Hay otras que ocasionan extraña confusión. Uno levanta los ojos del libro y se queda mirando la pared con el entrecejo arrugado y semblante algo estúpido.

"En la época de la colonia, los hijos de los magnates aprendían a leer en silabarios de plata, con punteros de oro. Hoy todas las cartillas se componen de hojas de papel y llevan tapas de cartón.

"En aquellos tiempos lejanos, era muy escaso el número de los que sabían leer: en nuestros días constituye motivo de vergüenza no poder interpretar con facilidad las columnas de un periódico.

"Los resultados se hallan de manifiesto.

"No debe, pues, extrañar que actualmente sea capaz de redactar diarios el hijo de un portero, ni que componga buenos libros quien no ha recibido más instrucción fuera de la necesaria para ser preceptor de escuela".

A veces, entre las verdades aplastadoras, se deslizan errores y mezcla de cosas heterogéneas.

Amunátegui habla de don Manuel de Salas, que fué un gran filántropo, y, como tal, tuvo que escribir notas, informes, en fin, piezas administrativas; pero no fué escritor, ni nada tuvo de literato. No había, pues, para qué citarlo. Lo cita sin embargo, y forma acerca de Salas un barullo notable.

"Si ha de aplicarse, dice, con estrictez la opinión de Re-

villa, según la cual "las composiciones didácticas que no cumplen, siquiera sea secundaria y accidentalmente, con las condiciones de lo bello, no pueden ser consideradas como literarias", las obras de don Manuel de Salas no deben incluirse entre las de esta clase. Pero, en cambio, ellas encierran un mérito superior al descrito por el egregio novelista. Cada una de esas composiciones dió origen a una gran institución benéfica: Hospicio..." Sigue una lista de obras filantrópicas y termina así Amunátegui:

"Si el género literario a que se dedicó don Manuel de Salas no deleita por su belleza estética, beneficia a la humanidad en forma real y positiva".

Ni Revilla escribió una sola novela, sino artículos literarios, sobre todo de crítica, y un volumen de poesías; ni en lo que de él se cita, hay lo más mínimo de particular; ni nada tiene que ver una obra filantrópica con una literaria. ¿Qué obra es superior: la fundación de una sala de hospital o *El Lago* de Lamartine con la música de Niedermeyer? Esta no vale nada para la beneficencia, la otra no vale nada para el arte. Hay cosas que atacan los nervios.

Abruma, por ejemplo, que tratándose del Diario Militar de don José Miguel Carrera, cuyo mérito literario dista bastante del mérito informativo, se nos venga a decir como una novedad que "fué escrito día a día y en presencia de los acontecimientos" y que se den pruebas de ello.

"El hecho de que don José Miguel, dice Amunátegui, redactaba día a día estas verdaderas memorias de su actuación política y guerrera, se colige del método estrictamente cronológico empleado en ellas, y de la prolífica colección de documentos con que trata de certificar las afir-

maciones que estampa". Y todavía sigue acumulando pruebas.

Diario es la relación histórica de lo que ha ido sucediendo por días, o de día en día, en una expedición, viaje, etc. Y el que lleva un Diario, ya toma breves apuntes para desarrollarlos cuando haya ocasión, ya, si el tiempo y las circunstancias lo permiten, escribe desde luego los hechos como han de quedar. ¿Por qué Carrera había de estar escribiendo su diario indefectiblemente el mismo día en que aconteció tal o cual suceso, aun cuando se hallaba cansado, enfermo u ocupado en trabajos que no le dejaran tiempo para nada? ¿Qué prueba el orden cronológico sino que unas cosas sucedieron en tal fecha y otras en tal otra? ¿Qué prueba la colección de documentos sino que Carrera los colecciónó? Amunátegui nos sume en un enjambre de pequeñeces que acaloran inútilmente la cabeza.

Dije antes que procuraba no tanto la imparcialidad como equilibrar los juicios.

En lo que dice de Lastarria, aparece esto plenamente comprobado, y lo elijo porque es autor muy conocido, al cual los liberales van a levantar una estatua. Amunátegui es miembro de la comisión encargada de eso.

Pues bien, junto con declararlo merecedor de un monumento público, lo presenta como escritor, publicista, político y hasta funcionario de segundo orden. Quiere contentar a los liberales que desean fabricarse un grande hombre más, y no se atreve a rebatir a los que han probado que Lastarria era más bulla que otra cosa.

He aquí primeramente cómo lo ensalza. Entresaco las citas aquí y allí, para no transcribir párrafos enteros.

"Don José Victorino Lastarria por excelsas virtudes cívicas se ha hecho acreedor a un monumento público que haga perdurable su memoria".

"Después de don Andrés Bello, nadie con más derecho puede ser considerado uno de los fundadores de nuestra literatura".

"Los *Recuerdos Literarios* constituyen una obra de que puede enorgullecerse nuestro país. Después de leerla hay razón para afirmar que don José Victorino Lastarria es el primero de nuestros literatos".

Su mérito político está en "el establecimiento de las instituciones democráticas que nos rigen", alabanza que le viene a medio mundo.

Cualquiera cree que estas apreciaciones son el resultado del estudio que hace Amunátegui, de Lastarria. No hay tal. Son pesos puestos en un platillo de la balanza para levantar el otro platillo.

Véase ahora cómo estima a Lastarria en la parte en que examina sus obras.

"En Lastarria nunca lució lo que puede definirse numen poético".

"Las poesías y las comedias de Lastarria, no son sino tentativas desgraciadas de un literato que, según opinión general, sobresalía en otros géneros".

"Todos (sus cuentos) carecen de imaginación. La fantasía que los anima da origen a menudo a personajes y situaciones falsas".

"Las narraciones de carácter histórico contienen inexactitudes vituperables".

"Indudablemente, Lastarria no poseyó condiciones ni para el verso ni para la novela".

Sus discursos "no conservan ni el nervio ni el espíritu que transmitía a sus oyentes el audaz tribuno". Poco después, hablando de las lecciones que daba Lastarria en esos discursos, dice que ahora "son flores de artificio fabricadas con maestría".

"Las obras mencionadas (las que escribió como periodista) no sobresalen sin duda por su originalidad: el autor desenvuelve siempre ideas y teorías de distinguidos autores franceses. Es justo, sin embargo, reconocer que ellas han sido compuestas por un espíritu superior, en continuo progreso y que ponen de relieve notables dotes literarias". Esto último es un peso al platillo: no se especifica nada.

El Juicio Histórico sobre don Diego Portales "carece de imparcialidad y se halla lejos de tener los requisitos que debe reunir un capítulo de historia".

"Ninguna de estas distinciones (los elevados cargos públicos que desempeñó) le dieron esa serenidad de espíritu que brilla en la frente de la mayoría de los hombres que se acercan al término de la jornada".

"No nació litigante, ni tenía la habilidad del defensor".

"Como Ministro, no se mantuvo en igual altura que en los bancos de la oposición; como representante de Chile, fracasó en sus gestiones diplomáticas; como magistrado, dió pruebas de poseer probidad e ilustración superiores a su criterio de juez. Algunos de los que habían sido discípulos suyos llegaron a aventajarle en las tareas de gobierno".

¿Y un hombre así merece una estatua? En el aspecto literario, que es el que aquí nos importa, Amunátegui fun-

da la supremacía de Lastarria en los *Recuerdos Literarios* principalmente, y también en sus *Viajes*. Esto es no conocer nuestra literatura. Los *Recuerdos del Pasado* de Pérez Rosales contienen viajes y memorias, y son muy superiores a los de Lastarria. De manera que, ni por este lado, ni por ninguno otro, puede decirse que éste es el primero de nuestros literatos.

Antes de dejar a Lastarria, citaré una observación muy original y curiosa de Amunátegui. El Círculo de Amigos de las Letras se reunía en casa de Lastarria, su fundador, que se hallaba en la calle de la Merced, en la pendiente del Santa Lucía, donde ahora se halla una subida del cerro. A propósito de esto dice Amunátegui: "El local pareció elegido intencionalmente, a fin de representar los anhelos de la juventud, cuyos esfuerzos tendían nada menos que a las cimas de la poesía y del arte".

Si la casa hubiera estado en sitio más bajo que el nivel de la calle. Amunátegui habría dicho que este local elegido intencionalmente, representaba los anhelos de la juventud, cuyos esfuerzos tendían nada menos que a profundizar los conocimientos, buscar la raíz de las cosas y evitar la superficialidad.

II

Hablando Amunátegui de Vallejo o Jotabeche, expone acerca del género de costumbres, ideas que no son exactas.

"Los artículos de costumbres, dice, en ningún país han formado el caudal de grandes corrientes; pues, a causa de su naturaleza, constituyen la especialidad de reducido nú-

mero de literatos. El mencionado género sólo se mantiene de observaciones generales y siempre carece de argumento preciso, por decirlo así, intangible.

"En cambio, los cuentos resultan más vivos, ya que presentan en escena, no seres abstractos o sombras de figuras, sino varones y mujeres de cuerpo entero.

"Nuestros cuentistas de hoy son los legítimos continuadores de la obra de Jotabeche".

Hay naciones que, por su índole, son más aptas que otras para ciertos géneros literarios, como, por ejemplo, la Francia, para la novela. Así es la Inglaterra para el género de costumbres, donde ha llegado al mayor grado de perfección y ha formado caudal de grandes corrientes, cosa que sin duda ignora Amunátegui.

Está en el carácter inglés la observación minuciosa, tranquila, risueña, de las costumbres, consideradas por su aspecto práctico y moral. Muchos escritores ingleses se han distinguido en este género, y lo tratan en forma precisa y tangible, al revés de lo que cree Amunátegui. ¿Qué más precisa y tangible que el argumento de infinitos artículos de costumbres de *The Spectator*, *The Tatler*, *The Guardian*, sobre todo del primero? ¿Qué seres más vivos y reales que sir Roger de Coverley y Will Honeycomb, de Addison? No tiene sentido, afirmar que carecen de argumento preciso artículos como los de Steele, Hazlitt, Hunt, Lamb, que llevan la marca del ingenio agudo, penetrador y generalizador de sus autores.

En Francia y en España, la raza que es más viva, más impresionable a la realidad inmediata poco se aviene con consideraciones morales sobre los hechos de la vida ordina-

ria y ellas le aburren. En España algo consiguieron interesar Estébanez Calderón y Mesonero Romanos. Larra, interesó muchísimo más; pero fué porque llevó al género de costumbres el brío de un formidable satírico y la nerviosidad de un hombre dominado por pasiones violentas. Jotabeche lo imitó dentro de lo que alcanzaban sus modestas facultades de escritor de costumbres.

Amunátegui forma una mezcolanza de los cuentos con los artículos de costumbres, que son cosas bien diversas, porque aquellos relatan para interesar, y éstos manifiestan apreciaciones sobre hábitos, caracteres o modos de ser. De tal mezcolanza saca, no sé como, que "nuestros cuentistas de hoy son los legítimos continuadores de la obra de Jotabeche". No hay tal cosa. Nuestros cuentistas de hoy son imitadores de los cuentos que aparecen a diario en periódicos españoles y no son continuadores de nada.

Por sobre Bilbao resbala Amunátegui con una suavidad que no da idea alguna de lo que fué este agitador público, desequilibrado, lleno de la más ingenua petulancia, y que nunca conoció bien lo que agitaba ni con qué objeto agitaba.

Bilbao, en 1862, tres años antes de morir, envió a su amigo don Miguel Luis Amunátegui, unos apuntes cronológicos acerca de su vida y obras que conserva don Domingo Amunátegui y transcribe íntegramente.

Copio aquí el principio de esos apuntes. Es lo suficiente para ver el desequilibrio mental de su autor.

"1823. Nací en Santiago, en la Alameda. Mi memoria tiene muy presente cuando mi papá me sentaba en sus rodillas en los Congresos de los años 26 y 28; y los diputados

que jugaban conmigo: Argomedo, Lira, Orjera, tu papá creo, Rodríguez.

"Recuerdo tendría cinco o seis años cuando me agitó notablemente lo que hoy llamamos mundo ideal, de fuerza, de gloria, de heroísmo: vivía en una especie de encantamiento. (¡Qué niño más prodigioso!)

"Todo esto se echó a perder desde que me hicieron católico, Perdí una sublime espontaneidad e inocencia, 7, 8, 9 años.

"... Desterrado mi papá, me llevó al Perú. Tenía 11 años. Allí se desarrolló en mí el *ascetismo católico*, y estuve *tocado*. Es la época más triste de mi vida".

Bilbao, por un lado o por otro, estuvo *tocado* toda la vida.

Más que los disparates citados divierte representarnos en la imaginación un Congreso de diputados que asisten con sus niños, los cuales juegan con los diputados amigos de sus padres.

De don Benjamín Vicuña Mackenna, habla Amunátegui con desenfado, claridad y resolución rarísimas en él.

"Por desgracia, dice, en su primer libro, Vicuña Mackenna daba también muestras de los principales defectos que afearon su producción literaria: incorrección en el decir, superficialidad en los juicios, inexactitud de los hechos, vulgaridades frecuentes, falta de armonía en la composición".

Todo lo cual no es de extrañar, si se atiende a la manera cómo hizo sus estudios, según Amunátegui.

"Vicuña Mackenna no hizo estudios metódicos; puede decirse que no adquirió su primera ilustración en los colegios, sinó en todas partes: en los salones, en las calles, en

los clubs, en las haciendas de su familia, en el cerro Huénlen de la ciudad".

Amunátegui admira con gran entusiasmo a Barros Arana, no tanto por sus obras históricas que alaba moderadamente, si no como maestro y educador de la juventud, y lo presenta como víctima de adversarios empeñados en contrarrestar los esfuerzos que él hacía para mejorar la instrucción pública.

"Las innovaciones, dice, introducidas por Barros Arana en el plan de estudios, su firme propósito de dar mayor amplitud a las pruebas del bachillerato en humanidades, y la estrictez que exigía en los exámenes de fines de año, le enemistaron con los directores de la enseñanza privada y con numerosas familias influyentes.

"En esta fecha los alumnos de los colegios de Santiago sólo en el Instituto podían dar exámenes válidos para grados universitarios.

"Barros Arana fué destituído del cargo de rector.

"La autoridad de que gozaba sólo era comparable a la que tenía don Andrés Bello cincuenta años atrás".

No fué el celo por la instrucción pública lo que levantó adversarios a Barros Arana, si no el celo para servirse del puesto de rector del Instituto como de instrumento en favor de un partido político, atacando con disimulo la enseñanza privada que era principalmente católica, con estrictez y trabas que sólo eran para ella; formando de la enseñanza un monopolio insopportable e injusto; oponiéndose a toda libertad e iniciativa privada en esta materia; propagando entre los alumnos y profesores ideas subversivas contra el gobierno que entonces todavía era conservador y

que iniciaba la libertad de enseñanza impulsado por el gran estadista cristiano, patriota y amante del progreso don Abdón Cifuentes.

Aquello de que la autoridad de que gozaba Barros Arana, sólo era comparable a la que tuvo don Andrés Bello, es una fantasía de Amunátegui.

La nación entera acataba en Bello al sabio ilustre, al talento superior, al gramático insigne, al poeta virgiliano, al legislador, al profesor de Derecho Internacional, al maestro que sólo buscaba el adelanto intelectual de su segunda patria, sin que ni un momento perturbaran su serenidad y rectitud las apasionadas contiendas políticas que bullían a su alrededor.

Barros Arana fué combatido por toda la sociedad católica como sectario y opresor en el terreno de la instrucción pública, donde dominaba por medio de la fuerza gubernativa. Tenía esa inteligencia limitada y estrechez de espíritu acompañada de tenacidad y del instinto de la menudencia, que obra maravillas aplicada a la investigación de los hechos. Sólo compuso obras históricas de esta clase, felizmente para él en una época en que aquí se celebraba la publicación de documentos más que una creación literaria o un nuevo sistema filosófico o social. También compuso textos para la enseñanza secundaria combinando textos de diversos autores, operación vulgar; pero cuyo mecanismo no era bien conocido en esos tiempos. Seco, árido, no se halla en sus obras un sólo pensamiento noble y elevado, ninguna de esas miradas de conjunto propias del talento que en un golpe de luz muestran las cosas y las relaciones que tienen entre sí, ni una descripción viva, ni un impulso ve-

hemente, ni una flor de poesía. Nada: agrupaciones, clasificaciones, disquisiciones interminables de hechos de toda clase: importantes, secundarios, inútiles, de menudencias ridículas. Siempre parejo, monótono: es una máquina que está trabajando. Sus obras se consultan como un diccionario o un índice de informaciones.

III

Amunátegui habla de su padre, el historiador don Miguel Luis Amunátegui, en términos muy discretos. Presenta un simple catálogo de sus obras o cita opiniones de diversos autores. A propósito de él, cuenta que Lastarria, Santa María, Barros Arana, los dos hermanos Gallo, los dos hermanos Matta, se reunían con frecuencia en casa de don Miguel Luis, y agrega:

“Lastarria bautizó esta tertulia con el expresivo y cariñoso nombre de la picantería no sólo por la familiaridad y franqueza que los jóvenes usaban unos con otros, cuanto porque a menudo alguno de ellos compraba a los vendedores de la Alameda dulces o panes que repartía en la tertulia”.

Amunátegui Solar defiende el sistema histórico de las menudencias, en el cual también se ha ejercitado, con una razón muy curiosa:

“Se censura a menudo, dice, que los escritores chilenos consagren tantos desvelos y tantas páginas a sucesos históricos de poca importancia. Esta rigurosa crítica no tiene justificación cuando nace de los labios de un compatriota: no hay hecho insignificante en la tierra natal”.

Lo que esta defensa tiene de curioso, es que se basa en una proposición falsa y contradicha por las obras de los mencionados historiadores.

"No hay hecho insignificante en la tierra natal", dice como aforismo inconcuso Amunátegui. Sin embargo, él mismo y de igual modo, los otros historiadores, han dejado de referir una enorme cantidad de hechos. Han elegido aquellos que, a su juicio, eran de alguna importancia, y han dejado a un lado aquellos hechos de la tierra natal que consideraban insignificantes, esto es, de poca o ninguna importancia. Si no hubiera habido para ellos hecho insignificante, habrían tenido que vaciar en sus obras todos los archivos.

Lo que se impugna a nuestros historiadores, es que, por falta de criterio, o por tenerlo perturbado a causa del excesivo instinto de la menudencia, o por el deseo de multiplicar los volúmenes y pasar por escritores fecundos, o por interesar a familias de influjo, han estimado como si fueran de importancia muy numerosos hechos que no la tienen.

Empeñado Amunátegui en defender un género que ha cultivado, llama aristarcos y críticos injustos a los que censuran esa especie de historia que consiste en compilar documentos.

Llega a decir:

"Muchos capítulos, y aun libros enteros de nuestra historia patria, brillan por su exquisito arte literario, y no son inferiores a las obras de buenos escritores europeos".

Desgraciadamente, no señala dónde están esos libros maravillosos. Yo no los he visto. No cita ni media página, cosa que pudo y debió haber hecho, así como cita páginas

de poesías de autores que él mismo califica de poco o ningún mérito.

Pero, en una parte, Amunátegui, dice algo que da muchas esperanzas a los que desean ver enmendado el rumbo de la historia nacional. El mismo, tan aficionado a transcribir documentos y a seguir las huellas de los pasados historiadores chilenos, declara ahora lo siguiente:

"No sería lícito sostener que se han agotado los archivos en lo que toca a nuestra vida de nación; pero si que ha llegado el momento de defender la tesis sostenida con tanto brío hace ochenta años por Lastarria. Estudiados prolijamente los hechos, comprobados con el testimonio inapelable de los documentos, y descubierta la verdad social y política que esos hechos entrañan corresponde ahora deducir de ellos la interpretación científica de nuestra historia patria".

Lo importante aquí es que se da por terminada la era de los documentos. Ahora vamos a filosofar, dice Amunátegui. Pero imagino que se tropezará con la misma dificultad que impidió filosofar a Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Vicuña Mackenna. Ellos estudiaron prolijamente los hechos, los comprobaron con el testimonio inapelable de los documentos, descubrieron la verdad de lo que había ocurrido. ¿Qué les impedía filosofar? ¿Por qué no filosofaron un poco? Sencillamente porque no eran capaces de hacerlo. Lo mismo pasará hasta que se levante algún buen historiador. Lastarria tenía relumbrones de publicista; pero como no había estudiado los hechos, filosofaba y declamaba en el aire.

IV

No seguiré a Amunátegui en sus juicios sobre los poetas, los novelistas, los autores dramáticos. No hay en ello nada de interesante. Casi la mitad del *Bosquejo* está dedicado a transcripciones de poesías y a referir el argumento de cuanta novela y drama se ha publicado entre nosotros. Amunátegui va anotando: esto es verosímil, esto no es verosímil, la siguiente poesía es muy hermosa.

Su gran poeta es Guillermo Matta. Este no es de los que cantan sino de los que tocan la trompeta en cualquiera circunstancia. Cuando corresponde hacerlo, resulta bien el toque como en "América a las armas"; pero es una que otra vez. Rómulo Mandiola llamaba a Matta "el del guitarrón". Pero Amunátegui es loco por todo lo de él, y lo defiende con ferocidad.

"Un crítico chileno, dice, ha llegado hasta la残酷 cuando juzga que Guillermo Matta "en su edad madura se dejó llevar del prurito de poetizar a lo sociólogo en un prosaísmo seco y amanerado".

No nombra a ese crítico cruel e inhumano. Eso lo dijo el poeta Francisco A. Concha Castillo, en su discurso de incorporación a la Academia Chilena correspondiente de la Española, hombre el más justo, sano, bueno, medido, pacífico que pueda hallarse, y particularmente entendido en materia poética.

De cuando en cuando asaltan al árido autor de *El Bosquejo* unos ímpetus poéticos de la manera más imprevista, sobre todo con don Salvador Sanfuentes.

"Don Salvador Sanfuentes, dice, fué discípulo de Bello en la más amplia acepción de la palabra, e inspirado en sus consejos dió a luz poéticas leyendas, de igual manera que en los bosques del sur florecen hermosas enredaderas de copihues entre las brillantes hojas de canelo".

Para contar que Sanfuentes murió cinco años antes que Bello, se sirve de imágenes extraordinariamente complicadas.

Dice que aquel poeta "rindió la cabeza al sueño eterno un lustro antes que don Andrés se despidiera para siempre de sus amigos".

El juicio de Amunátegui sobre la mejor novela chilena *Durante la Reconquista* de don Alberto Blest Gana, no es en manera alguna satisfactorio. Expone el argumento, nota algunas partes que le parecen inverosímiles, ensalza sobre todo a ño Camara, *roto* idealizado conforme a cierto tipo de servidores fieles que es muy común en las novelas de aventuras, y hasta dice que la novela habría ganado reducida a un solo volumen. No indica lo que constituye la superioridad de esa notable obra de arte: la amplitud de la concepción que abarca, en admirable conjunto, la firme resolución de todas las clases sociales de soportar los mayores sacrificios y desgracias antes que doblegarse a la tiranía, y la vigorosa realidad de numerosas escenas y descripciones.

En cuanto a la observación de que la novela podría reducirse a un sólo tomo con ventaja, más acertado habría sido hacer esa observación con respecto a los infinitos marmotretos de nuestros grandes y pequeños historiadores.

Será preciso decir algo acerca de una explicación que da

Amunátegui, de la esterilidad de nuestros novelistas. Es punto que interesa a cuantos aquí cultivan este género, que actualmente predomina en la literatura universal y tiene eficaz e incontestable influencia en todas las naciones.

"No es en igual modo fácil exhibir a la sociedad culta, cuya fisonomía actual se compone de rasgos francamente inciertos propios de un país en formación.

"Blest Gana escribió hace sesenta años notables novelas de esta especie; pero debe tomarse en cuenta el hecho de que entonces, de 1854 a 1864 nuestras clases altas conservaban muchos de los hábitos y preocupaciones coloniales...

"Hoy se observa en los salones un cambio radical. Nuestras costumbres, nuestras recepciones, nuestras ideas y sentimientos, van colocándose cada día más cerca de lo que ocurre en el viejo mundo.

"Sería tesis insostenible... la de que en Santiago no se verifican sucesos dramáticos, dignos de constituir el enredo de una novela. Pero en una sociedad poco numerosa habría imprudencia en narrar esos lances, cuyos actores descubriría el público en el acto. Esta es la explicación de la relativa esterilidad de los novelistas chilenos".

La verdad es que esta explicación se ofrece naturalmente a todo el que, comenzando a cultivar las letras, se ensaya en un género al cual lo lleva el ambiente literario y los impulsos imaginativos de la juventud. Pero esa explicación no puede satisfacer al que tenga cierta experiencia en las letras, porque es una simple excusa de la falta de aptitudes o de fecundidad.

Es error manifiesto decir que la novela no prospera entre nosotros porque el estado transitorio de nuestra sociedad no ofrece argumentos interesantes, o porque, por ser reducida, hay peligro de retratar a lo vivo lo que en ella acaece. En las conversaciones, en las reuniones sociales, en los periódicos, en la vida ordinaria, en la observación interior, puede hallarse en cualquier momento asuntos para cien novelas. Los proporciona una sociedad de costumbres establecidas tanto como una que se halla en estado de transición, y casi más esta última porque hay en ella más variedad de caracteres y de circunstancias. El peligro de que se levante alboroto si el novelista descubre lances efectivamente acaecidos, es buscado por los que quieren aumentar la circulación de su obra; pero hay mil maneras de disimular el origen del argumento.

El novelista debe tener la facultad de observar la realidad, no como el vulgo, sino artísticamente, esto es, descubriendo en ella caracteres que la hagan servir para fines artísticos. Donde el profano nada ve, donde el artista mediocre ve poco y confusamente, el verdadero artista ve mucho y con claridad. Si examinamos el armazón de una buena novela, quedamos admirados de su sencillez, de las pocas y comunes piezas de que se compone y vemos que la novela consiste propiamente en la vida que le da el autor.

El novelista debe tener imaginación pronta y fecunda para combinar lo que ha observado, y arte para presentarlo de manera que agrade, interese e impresione.

He aquí cualidades muy escasas entre nosotros. La observación de la realidad, el espíritu psicológico que tanto

requiere la novela moderna, sólo se halla en forma de penoso esfuerzo para imitar a autores extranjeros. La imaginación es pobre. Todos lo reconocen. Aún nos tildan de positivos y prácticos. El arte, el gusto, el esmero en hacer bien las cosas, la educación literaria, no brillan ciertamente en las producciones chilenas. ¿Por qué achacar la esterilidad de nuestros novelistas a determinadas circunstancias? La materia sobra. La inspiración que le da vida es lo que falta.

1921

OBRAS DRAMATICAS CHILENAS

TEATRO DRAMATICO NACIONAL, (Tomo I), precedido de un prólogo de don NICOLAS PEÑA M.—Volumen IX de la Biblioteca de Escritores de Chile.

I

El título de Teatro Dramático Nacional que ha dado a su recopilación don Nicolás Peña M., no me parece que sea el más apropiado, y es de oportunidad hacer algunas observaciones sobre el calificativo “nacional” aplicado a las obras literarias, porque sobre este punto se ha escrito mucho últimamente entre nosotros.

El señor Peña toma ese calificativo en el sentido amplísimo de cosa producida en Chile; pero, en literatura y particularmente con referencia al teatro, tiene un significado restringido y de orden superior. Y así es corriente decir que, en España, el teatro nacional se inició con Lope de Vega, aun cuando antes de este maravilloso ingenio hubo varios autores dramáticos españoles. En Francia, comenzó con El Cid de Corneille, y Corneille no fué el primer francés que compuso obras para el teatro. En Inglaterra, el tea-

tro fué nacional desde sus orígenes, porque no estuvo sometido a la influencia de la literatura clásica latina, y llegó al más alto grado de profundidad humana y de poesía con Shakespeare.

Hay, pues, diferencia, literariamente hablando, entre obra chilena y obra nacional, y puede haber obras chilenas que no sean nacionales.

Es calificada de nacional la obra que manifiesta en forma apreciable el modo de pensar y sentir de la nación, esto es, las cualidades dominantes o más o menos permanentes del carácter nacional, con las modificaciones accidentales de la época en que fué compuesta la obra.

Toda obra literaria, sea cual sea su mérito, lleva en sí algo nacional, puesto que el autor es un producto de su nación y de su época; pero el escritor vulgar recibe de una manera difusa e indeterminada estas influencias y no penetra sus rasgos característicos. Es necesario, para abrir camino, un talento superior con tendencias por lo menos a genio, que, guiado por su inspiración, perciba distintamente el carácter nacional, lo desenvuelva de las circunstancias que lo encubren, y lo manifieste con viveza y energía. Una vez descubierto el carácter, se funda la escuela nacional, y los ingenios inferiores tienen un guía que los encamine con seguridad.

Lope fué el primero que manifestó en sus personajes con gran realce las cualidades más características del español y su modo de concebir y sentir la religión, la monarquía, el amor patrio, el honor. Antes de él, los autores dramáticos imitaban a los clásicos o buscaban desorientados y sin rumbo al verdadero personaje español; pero no lo descubrían.

Creen algunos que la nacionalidad está en las costumbres y que, con darles importancia y describirlas minuciosamente, hacen obra muy nacional. Las costumbres, cuando no provienen de simple capricho o del afán de imitar modas extranjeras, manifiestan el carácter nacional; pero son manifestaciones superficiales y accidentales, duran períodos muy cortos y cambian constantemente. Lo que ayer era aceptado, hoy es ridículo y pasado de moda. Mientras tanto, el carácter permanece uno mismo a través de las edades en lo que tiene de esencial. Las costumbres, en la obra literaria, sirven como auxiliares para determinar la época y dar colorido local.

Tampoco está la nacionalidad en que el asunto de la obra y los personajes sean tomados de la nación y en que la escena pase principalmente en el país. Estos son accesorios que dan más verosimilitud al argumento, y que permiten desenvolver con más propiedad y verdad el carácter. Los grandes autores dramáticos han compuesto cantidad de piezas con argumentos cuya acción pasa entre extranjeros y en otros países; pero los personajes de ellas piensan y sienten como los individuos de la nación del autor, y esto es lo que importa. Acabamos de recordar que la primera obra nacional francesa tiene por argumento un episodio de la vida del Cid.

Hay también quienes creen dar carácter popular a la obra haciendo hablar a los personajes del pueblo en su jerga; pero, como el carácter no está en el modo de pronunciar las palabras ni en el mal uso del lenguaje, ese recurso no pasa de ser una puerilidad si se emplea de continuo. Algunos términos o expresiones populares usados aquí

y allí, bastan para dar colorido o cierto "olor a pueblo". Lo demás es realidad afectada, y no tanto sirve para dar realce al carácter como para disimular su falta con apariencias vistosas.

Nuestro carácter todavía no ha sido descubierto literariamente. No hemos tenido ningún talento superior que sepa percibirlo con claridad y manifestarlo con energía. No hay obra dramática que nos pinte como somos. Vemos personajes nacidos en Chile, que pertenecen a la sociedad culta o al pueblo, que tal vez obran conforme a las costumbres populares; pero esos mismos personajes sin dejar de ser lo que son, podrían haber nacido en otra parte, pertenecer a otra sociedad y adoptar otras costumbres.

Nuestros novelistas tampoco han logrado manifestar el carácter nacional. Abundan en minuciosos cuadros de costumbres, en personajes furiosamente arrastrados por las pasiones que en Europa circulan como de última moda, en razonamientos sobre toda clase de materias: abundan en lo que es fácil de notar; pero no en aquello que es difícil de penetrar. Nos presentan un cuadro más o menos parecido de nuestro estado social, con las opiniones reinantes y las modas actuales en todo orden de cosas; pero el carácter nacional no aparece.

El que lo ha columbrado más de cerca es don Alberto Blest Gana, el mejor de nuestros novelistas. Suele ofrecer rasgos que reconocemos propios del chileno, siendo de notar que más se encuentran en los personajes secundarios de sus novelas que en los principales. En estos últimos, Blest Gana tiende a lo ideal, mientras que, en los otros, es más espontáneo, se deja llevar libremente por su instinto y

es más real. Así, en *Durante la Reconquista*, su mejor novela, ha procurado pintar con mucho realce, en el mozo Cámará, al hombre del pueblo, a nuestro "roto", y le ha resultado un héroe de novela, que no es raro encontrar en las novelas de cualquier país. Mientras que doña Clarisa, que aparece de cuando en cuando como envuelta en cierta penumbra, ofrece en esbozo rasgos muy ciertos de la señora chilena, sencilla, sumisa, de resignación silenciosa en la desgracia, con impulsos de altivez aristocrática.

A mediados del siglo pasado, la época era más apropiada que ahora para conocer nuestro carácter, operación en todo caso dificultosa porque nuestra raza no es completamente homogénea: en la gente culta predomina la sangre española y, en el pueblo, la sangre indígena. En la época a que me refiero, la sociedad chilena había ya sacudido lejos de sí la tutela española y no experimentaba aún la influencia de otras naciones: se manifestaba, pues, tal cual era de por sí.

El que quiera penetrar nuestro carácter encontrará en los personajes de esa época indicios verdaderos de nuestras cualidades, y es muy satisfactorio recordar que son cualidades de buena clase.

Ahora estamos, en cierto modo, en una época de adolescencia, imitando con gravedad y presunción las modas europeas, y no por cierto las buenas sino las malas y aparatosas. Es difícil, en esta disipación social, conocer a fondo lo que somos; pero las cualidades fundamentales de nuestra nacionalidad se conservan, se desarrollan sin que lo advirtamos, y llegará el tiempo, más temprano o más tarde según las circunstancias, en que dominará socialmente el ver-

dadero carácter chileno y también literariamente, si algún talento poético superior llega a nacer entre nosotros.

Por ahora, hablar y discutir sobre la nacionalidad de nuestro arte literario no me parece que sea cosa de real importancia. No tenemos esa nacionalidad sin duda alguna, y más indudablemente todavía, no la tiene ninguna de las obras dramáticas colecciónadas por el señor Peña M.

II

Las obras dramáticas chilenas que, por haber fallecido sus autores, pueden figurar en la Biblioteca, son pocas y, en general, de escasa importancia. Sólo manifiestan con mediano arte, algunas tendencias accidentales originadas por circunstancias históricas ya de la vida política, ya del desenvolvimiento literario.

El señor Peña M. juzga con acierto las obras que presenta al público. Las estima en poco o nada, salvo una que otra, y da excusas por incluir en la colección algunas que no tienen mérito suficiente; pero dice que las incluye como muestras del arte dramático en épocas anteriores, y para que veamos "cómo entendían los autores lo que era una obra teatral en el preciso momento de escribirla y de ponerla en escena".

Es digna de alabanza esta franqueza. Lo ordinario es que el autor de una introducción recomiende al autor de la obra y lo alabe y ensalce, para que la obra circule. Aun cuando no hay temor de que la Biblioteca no circule, puesto que el gobierno la imprime y distribuye numerosos ejemplares

gratis, sin embargo los que han escrito las diversas introducciones se han excedido en las alabanzas.

En realidad, hablando en general, las obras dramáticas colecciónadas no dan materia para un estudio crítico. Por esto, era de creer que el señor Peña M. hubiese escrito una introducción bastante corta. No ha sido así, sino que ha escrito un prólogo de más de ciento treinta grandes páginas, la introducción más larga que hasta ahora ha publicado la Biblioteca, y todavía no está terminada, sino que el señor Peña M. avisa que la continuará en el segundo tomo de su colección.

La verdad es que, si examinamos la introducción o prólogo, encontramos que comprende dos partes bien distintas. En sus últimas catorce páginas está el verdadero prólogo: no era necesario más. El resto es un libro del señor Peña M. sobre la historia de las obras dramáticas representadas en Chile.

A mi juicio, no debió publicarse en la Biblioteca porque, según el decreto que la organiza, sólo puede contener obras de autores fallecidos.

Haré, sin embargo, algunas observaciones sobre este estudio histórico de autor vivo que se ha introducido en la Biblioteca so capa de prólogo.

Podemos decir que es de ayer la producción dramática chilena, y ha seguido desde sus primeras obras modelos extranjeros. No tiene todavía historia.

En cuanto a las representaciones dramáticas, nada que valga la pena hay que decir de ellas. Claro está que en los primeros tiempos de la colonia, actores improvisados habían de representar diálogos y piecesillas conforme a lo que

en España era costumbre hacer en los festejos. Después hubo representaciones ocasionales de obras dramáticas españolas, y más tarde comenzó tal cual empresario a solicitar autorización para establecer casa de comedias, hasta que aquello se fué regularizando.

Es lo normal y corriente, de manera que un estudio histórico de dichas representaciones ha de venir a parar en una retahila de gacetillas que dan noticias del empresario tal, de las dificultades que tuvo para el despacho de su solicitud, de los términos del contrato, de la casa de comedias que estableció, de los precios que pedía por los asientos, de las obras que se presentaban, de los actores, de lo que decían de ellos los periódicos, de qué sé yo cuántas menudencias. Todo esto alternado con transcripciones de pasajes y con el insopportable relato de argumentos de piezas dramáticas insignificantes y olvidadas.

Ya teníamos sobre esto un libro de don Miguel Luis Amunátegui: *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*.

El estudio histórico del señor Peña M. es por el mismo estilo, en partes más amplio, en partes más compendiado, y se acerca a nuestros días.

Hay personas que estiman que esto es muy interesante. No lo dudo; pero es preciso tener en cuenta que el interés que tales cosas despiertan en esas personas no proviene del mérito literario sino que es interés de coleccionista. El coleccionista procura sobre todo completar su colección, nada desecha, para él nada hay insignificante de lo que a ella corresponde. Mira el valor intrínseco como relativamente

secundario. Lo que nadie tiene, lo que es más raro y escaso, eso es lo que más estima.

El estudio del señor Peña M. es una simple colección. Dice en una parte, refiriendo punto por punto la tramitación de una solicitud del empresario Aranaz: "El informe es bastante extenso y la única pieza de este expediente conocido hasta esta fecha, pues he relatado por lo largo las peripecias del empresario Aranaz, sólo porque estaban inéditas y he logrado conocerlas por la amabilidad de don Enrique Matta Vial, que me ha facilitado copia del expediente hasta ahora desconocido".

El señor Peña M. relata por lo largo las peripecias de un empresario, no porque el conocimiento de ellas importe mucho o poco, sino sólo porque estaban inéditas, es decir, porque no estaban colecciónadas.

Este mismo criterio, domina en Amunátegui y en todos los historiadores de esa época. En *Las primeras representaciones* abundan noticias como la siguiente. Habla de cierto teatro arreglado de cualquier modo y dice: "He podido consultar un estado de sus entradas y gastos, el cual manifiesta haber habido para el dueño del café una ganancia líquida de \$ 3,393 deducidos los gastos y la porción que correspondía a los empleados principales".

El señor Peña M. no se queda en zaga y compite con su modelo. Refiriéndose a un nuevo teatro de la calle de Merced esquina de Mosqueto, dice: "Probablemente para este teatro se dictó el reglamento encontrado entre los papeles de don Pedro Díaz de Valdés, publicado en el número 3 de la "Revista de Historia y Geografía". Es muy intere-

sante lo que se refiere al precio de las localidades, pues es-
tas prueban que el teatro era de bastante capacidad".

Y nos da los diversos precios de los asientos, los núme-
ros y la colocación de los palcos, y otras indicaciones de es-
ta clase, muy interesantes para el señor Peña M. y que no
menos debieron serlo para los que, en aquellos tiempos,
asistían a las funciones.

En la Biblioteca de Escritores no deben figurar obras co-
mo la del señor Peña M.: su lugar está en ciertas revistas
de historia especialmente destinadas para los aficionados a
colecciones de papeles y documentos antiguos.

III

Nuestro autor suele propasarse a dar opinión sobre pun-
tos ajenos a su estudio y que son delicados por su natura-
lezza y requieren conocimientos especiales.

Discurriendo sobre las procesiones religiosas, habla de
liturgia, y comienza así el párrafo: "Sin creer como el ilus-
tre Galdós que la liturgia no sólo se contenta con el sim-
bolismo del ritual ordinario..." En este caso lo que uno
puede hacer es disimular la sonrisa, y advertir amigable-
mente al señor Peña M. que la liturgia no es materia lite-
raria sino eclesiástica, y que no es la opinión de Galdós la
que convendría citar.

Refiriéndose, a las dificultades que solían tener las auto-
ridades religiosas y civiles de la colonia y de los comien-
zos de la república para autorizar representaciones teatra-
les, por las consecuencias que ello podía acarrear en la mo-
ralidad pública, el señor Peña M. da su dictámen en forma

científicamente majestuosa y decisiva. Dice que el teatro "nunca tendrá otra finalidad que la de toda obra de arte: la manifestación de la belleza, pues en esto consiste su substantividad independiente".

Parece que el señor Peña M. sabe que Dios hizo buenas todas las cosas; pero ignora, probablemente, que el hombre, abusando de la libertad que Dios le concedió, suele usar de ellas con malos fines. Hay muchísimos autores de obras dramáticas muy celebrados que hacen consistir esa grave y profunda substantividad independiente en halagar las pasiones. Mira, pues, con cierta lástima las discusiones que sobre este punto se levantaban, y especialmente a un padre Silva y un padre Urrutia, terribles enemigos de las representaciones teatrales.

Dice: "Esta cuestión tan debatida de si el teatro es moral o inmoral, era imposible que hubiera podido ser resuelta por espíritus estrechos, pues si por una parte las almas piadosas creían que el teatro era inmoral, los espíritus más cultos, como Camilo Henríquez, la mayor ilustración de la época, creían en el papel educativo y docente del teatro". Y, apartándose de estas opiniones, resuelve el caso del modo que antes queda expuesto.

Las antiguas discusiones sobre la moralidad del teatro son tema muy aprovechado por nuestros coleccionistas de documentos, porque les proporciona la ocasión de copiar largas notas, y sobre todo ofrece, a los coleccionistas liberales, la ventaja de tratar el asunto con cierta socarronería y de darle visos de ridiculez, con lo cual esperan perjudicar en algo a la religión sin dar muestra de tal propósito.

Si el señor Peña M. hubiera estudiado esta materia, ha-

bria visto que ella había sido objeto de discusiones entre toda clase de ingenios en los países más adelantados. Procede, por tanto, con ligereza cuando califica de espíritus estrechos a los Obispos Humanzoro, Alday, Sobrino Mina-yo, y a los terribles padres Silva y Urrutia: seguían ellos doctrinas sustentadas por hombres de talento, aun cuando después se haya reconocido que no son del todo exactas. Y vería también que la solución que él da fundándose en el fin de la obra de arte, es enteramente inoportuna y anti-científica.

Para que el lector tenga idea clara de este asunto y del error en que está el señor Peña M., transcribiré, por venir muy al caso y ser de escritor autorizado como el que más, lo que dice don Marcelino Menéndez y Pelayo en una nota del tomo segundo de su *Historia de las ideas estéticas en España*, que es como sigue:

"Nada he dicho en esta obra de los escritores que en pro o en contra discurrieron sobre la licitud de las representaciones dramáticas y sobre su valor ético, con argumentos muy semejantes a los que en Francia se adujeron en las dos célebres controversias de Bossuet con el P. Caffaro, y de Rousseau con D'Alembert.

"En rigor, esta cuestión no pertenece a la Estética, que no da luz ni principios para resolverla, sino a la ciencia de las costumbres, a la Etica. Lo contrario sería involucrar dos criterios distintos, haciendo que el uno y el otro padeciesen y se maleasen de resultas de la mezcla.

"Por otra parte, en la España del siglo XVII, los teólogos que combatieron el teatro, prescindían en absoluto de su valor como creación artística, limitándose a repetir las

invectivas de los Santos Padres contra los espectáculos, o acusándolos de ser cátedra de pestilencia y oficina de dishonestades. Los defensores, por el contrario, aceptando el principio de la trascendencia moral de la comedia, hacían mucho hincapié en considerarla como escuela de costumbres.

"Ni unos ni otros hacían aplicación de sus ideas abstracta a las obras que real y verdaderamente se representaban, de donde nacía el que se extremasen ciega y fanáticamente en el encomio o en la censura genéricas e indeterminadas. Por otra parte, tampoco se levantaban hasta explicar las relaciones metafísicas entre el bien y la belleza, por lo cual su argumentación carecía de todo valor científico".

Tenemos, pues, que grandes ingenios habían también tratado esta cuestión, y que, perteneciendo ella a la Etica, no puede ser simplemente resuelta por la Estética, como lo pretende el señor Peña M. Y nada tienen de ridículo los teólogos de la colonia y de los primeros tiempos de la república por seguir tradiciones que, en esa época, eran adoptadas por muchos en Europa.

Antes de dejar el prólogo, haré todavía una observación. Hablando el señor Peña M. de los diálogos que se recitaban cuando aún no eran aquí conocidos los autos sacramentales, dice: "A fin de que se tenga una idea de lo que eran esos diálogos, voy a transcribir uno muy popular en su tiempo en España, especialmente en Cádiz, de donde pudo venir a Chile ya que la brevedad de él y su malicia son propicias para que fácilmente en el oído pueda quedar".

Transcribe íntegramente el diálogo: es una de esas com-

posiciones populares, ingenuas y sencillas, que, en forma recreativa, enseñaban el misterio de la Eucaristía. No tiene el menor grano de malicia, ni se concibe que pudiera tenerlo, puesto que fué hecha en tiempos de fe profunda; pero es natural que, considerado ese diálogo ahora con espíritu escéptico, se preste para hacer sonreír al incrédulo o al indiferente en religión. ¿Lo ha trascrito para esto el señor Peña M. y ha inventado aquello de la malicia para prevenir el ánimo y sazonar la cita? Probablemente no ha pensado lo que ha hecho. Creemos más bien que es falta de tacto.

IV

Pasaré ahora a decir dos palabras sobre las obras dramáticas colecciónadas. Sólo hablaré de la peor que es la primera, y de la mejor que es la última: las demás son de una medianía que no da materia para un análisis.

La primera es *La Camila* de Camilo Henríquez. Reconociendo el señor Peña M. que esta pieza, como obra dramática, no tiene mérito alguno, da varias razones para publicarla, y la que parece más atendible es la de ser obra de un eminente prócer de la Independencia.

Por esta misma razón creo que no debería haberla publicado. Es tan poca cosa, da tan pobre idea de las aptitudes dramáticas del autor y de su criterio para estimar, siquiera aproximadamente, el mérito de su obra, que casi es una falta de consideración exhibir esta muestra de su incompetencia artística.

Camilo Henríquez esperaba con infantil ingenuidad, que

La Camila sería representada en todos los teatros del mundo, y ni siquiera lo fué en Chile, desengaño que le arrancó públicas lamentaciones. En realidad, él es el único que habla; los personajes, hombre y mujeres, no hacen más que bosquejar editoriales sobre todos los puntos que el fundador del periodismo en Chile trataba en la prensa. A veces, desahogan afectos de gratitud y cariño de Camilo Henríquez hacia individuos o asociaciones cuya labor benéfica o nobleza de alma excitaba su admiración y respeto.

A los primeros que alaba en esta forma es a los jesuítas. Es digno de nota que el padre de la patria más encomiado por su ilustración y por su espíritu cívico, y que también ha recibido el aplauso de los incrédulos por su indisciplina religiosa, haya reconocido los méritos de esa orden en términos casi elocuentes y profundamente sinceros. He aquí ese pasaje.

Don José, patriota de Quito, se ha refugiado, huyendo de los españoles, en una selva de las márgenes del Marañón y dice con ocasión del hallazgo de una cruz:

"Los jesuítas señalaron en estos rudos países su celo apostólico y su beneficencia. Ellos ganaron con beneficios el corazón de las tribus salvajes. Formaron muchas poblaciones. Les hicieron conocer el pudor y la decencia. ¡Qué respetables aparecen a los ojos del hombre pensador aquellos extranjeros, que enseñaron a estos pobrecitos a labrar la tierra; a amar a sus esposas; a criar sus hijos, como se hace en los pueblos civilizados, aficionándolos al trabajo y a las costumbres blandas y benéficas! Ellos procuraban que la humanidad olvidase las atrocidades de los conquistadores de América".

Lo mejor de la colección es sin disputa *El Tribunal del Honor* de don Daniel Caldera.

No es una de esas obras compuestas a fuerza de excitar la imaginación, a fuerza de reflexionar, de echar mano de recursos retóricos, de llenar con trabajo un plan vagamente delineado, de agregar palabras y frases a ciencia cierta de que no se agregan ideas.

Caldera se impresionó artísticamente con la narración de un escándalo social en que estaba envuelta gente principal.

Pero la inspiración artística es muy diversa según son los autores. A unos descubre hasta las mayores profundidades de la naturaleza humana, hasta aquello que hay de permanente en el hombre. A otros muestra los rasgos característicos de una raza o nación. A otros señala lo que es propio y particular de un individuo y que lo distingue de los demás. A otros manifiesta los resultados de las pasiones en ciertos momentos decisivos de la vida del individuo. La inspiración recorre una larga y variadísima escala desde lo más profundo hasta lo más superficial.

La inspiración de Caldera es de las superficiales. Lo que artísticamente lo ha impresionado es algo casi fisiológico: la inquietud, la ansiedad, la angustia, el terror de una mujer honrada que cae vencida por una pasión culpable.

La escena culminante del drama y que da el título de *Tribunal del Honor*, es aquella en que el marido ofendido, después de matar al amante, obliga a la esposa culpable a comparecer delante de él como delante de un juez. Le muestra un proceso que ha formado con las cartas interceptadas de los amantes, con lo que él había observado ocul-

tamente, con la acusación que él hacía y con la defensa de su mujer, que también ha hecho como si al propio tiempo fuese abogado de ella. Pronuncia la sentencia de muerte en nombre del tribunal del honor, constituido por él mismo, y la ejecuta. Este proceso lo ha preparado ocultamente durante tres meses, en que ha estado soportando en silencio la infidelidad de su esposa.

Semejante proceder parece inverosímil y ridículo. Don Juan, el marido, fué militar de la Independencia, sorprende a los amantes sin que lo vean, y, en vez de acometerlos, se retira a meditar y, como si hubiese sido un magistrado de inveteradas costumbres, emprende la tarea de formar privadamente un proceso criminal a su mujer. El mismo presta delante de sí mismo declaraciones, acumula documentos, acusa, defiende, sentencia. Y, en la escena a que me he referido mientras María, su mujer, está temblando de angustia, él insiste en que lea el mamotretto. A más la escena tiene pormenores de realismo de mal gusto.

Expuestas así las cosas, la escena debería fracasar y arrastrar en la caída a toda la pieza. Y sin embargo, no pasa esto. La escena impresiona realmente. ¿Por qué? Porque aquí no nos interesa el sentimiento del honor, manifestado por don Juan de una manera vulgar, jactanciosa y más de palabra que de hecho; no nos interesa tampoco el terrible desengaño de don Juan, porque es individuo un tanto solemne, sentencioso y poco simpático, y sabemos que su mujer lo estimaba sin amarlo; ni nos interesa el amor culpable de María, porque es un amor sin rasgos característicos, que no sale de lo común.

Lo que nos commueve e interesa son las angustias de Ma-

ría, que van en aumento desde el principio de la pieza y que llegan al colmo en la escena final. En el modo de proceder de don Juan, en sus imprecaciones, en el proceso, en los pormenores de extremado realismo, no vemos lo que tienen de extraño, inoportuno o ridículo, sino que en todo eso miramos instrumentos de tortura para aumentar el terror que experimenta María y que termina en una lucha desesperada por evitar la muerte.

En el arte es aceptado lo que contribuye a dar fuerza y realce al objeto principal, aun cuando sea ello en sí mismo defectuoso o poco conforme con la naturaleza. La verosimilitud, en tales casos, abarca hasta los mayores extremos.

Es curioso observar cómo a veces la inspiración obra con independencia de la voluntad. Caldera, sin caer en la cuenta de la naturaleza de su impresión y de la verdadera causa de ésta, creyó evidentemente que aquello que lo había impresionado era el honor ultrajado de un esposo recto, caballeroso, lleno de los afectos más nobles. Todo lo ordenó con este fin: procuró realzar en lo posible el carácter de don Juan, y la escena del proceso no tiene otro objeto. Pero el resultado es otro. El honor y el carácter de don Juan quedan en segundo término, y lo que realmente impresionó a Caldera, esto es, las angustias de María, es lo que predomina, y en forma tal que hace servir para su propia manifestación aquello que el autor había ideado con otro intento.

El Tribunal del Honor es quizás la única de nuestras producciones teatrales que manifiesta con evidencia un soplo de inspiración. Gracias a ésta, Caldera ha andado bien encaminado en el difícil arte de la composición dramática.

Las diversas escenas están bien graduadas y enlazadas, y todas concurren al desenlace. Cierto es que el diálogo carece de vivacidad y de soltura y que hay descuido en los pormenores; pero debo advertir que Caldera, antes de esta obra, sólo había arreglado para la escena un argumento tomado de una novela de Bulwer. Nada tampoco compuso después. Su drama fué como un hallazgo o acierto casual. Era pues natural que fuera deficiente en partes que requieren experiencia en el manejo de los recursos escénicos, y el gusto que da una sólida educación literaria.

1913

ORADORES SAGRADOS CHILENOS

Volumen X de la Biblioteca de Escritores de Chile.—Selección y
prólogo por don Manuel Antonio Román.

I

La introducción de este tomo de la Biblioteca es de carácter principalmente anecdótico y ameno; pero también contiene algunas reflexiones generales sobre la oratoria sagrada.

Respecto de una de estas reflexiones querría yo hacer no diré un reparo, sino una insinuación. El punto no carece de importancia, y tal como está enunciado, me parece que no ha de manifestar con precisión la idea del autor, don Manuel Antonio Román, miembro prominente de nuestro clero y bien conocido en las letras por interesantes y eruditas investigaciones filológicas.

Dice el señor Román: "Hay enorme diferencia entre la palabra escrita en la calma y silencio del gabinete, por más que se la presente adornada con todas las galas del buen decir, y la que brota espontáneamente de la inspira-

ción de la gracia o de las circunstancias del asunto. La una agrada y deleita más, pero la otra penetra con más agudeza y profundidad, persuade y arrastra; la primera debe equiparse a las flores artificiales que fabrican las criaturas; la segunda a las flores naturales, que con nada pueden compararse, porque son obra del Creador".

De aquí se infiere, si no me equivoco, que el señor Román estima que la predicación improvisada es la más recomendable y eficaz; y esto se fundaría en cierta incompatibilidad que él ve entre el trabajo del gabinete y lo que sugieren las circunstancias del momento mismo en que se habla.

En la oratoria política, hay por lo general, diferencia entre el discurso previamente escrito y el improvisado. Es difícil prever con seguridad las circunstancias en que ha de pronunciarse. El auditorio suele experimentar bruscas mudanzas de opinión. De la discusión nacen nuevos puntos de vista. Sucesos que acaecen de un momento a otro, datos recién descubiertos, declaraciones de personajes, transacciones que comienzan a abrirse paso, nuevas ideas propuestas por los periódicos del día, todas estas son cosas que el orador debe tener en cuenta y que pueden cambiar el modo de considerar el asunto. Hay que replicar y discutir. Es preciso tratar la materia tal como está en el momento de tomar la palabra. El auditorio bien comprende estas dificultades y, como de ordinario está excitado por afectos más o menos vivos, atiende principalmente a las líneas generales del plan, a los grandes rasgos, a los pensamientos profundos, ingeniosos y entusiastas, y no exige especial cui-

dado y perfeccionamiento en el desarrollo y en los pormenores del discurso.

El caso es distinto en la oratoria sagrada. El estado de ánimo del auditorio es siempre más o menos igual, es tranquilo, recogido, atento a cada frase porque de ella espera sacar una enseñanza, un consejo fructuoso que lo guíe en la vida para dominar las pasiones y enderezarlo al cielo. No hay réplica ni discusión. La doctrina es invariable. Las circunstancias en que debe pronunciarse la oración son conocidas con exactitud. Nada obsta por consiguiente, para que el predicador, en su gabinete, imagine que ya está en el púlpito y componga su oración como si se hallara en el momento mismo de pronunciarla, teniendo la ventaja de poder corregirla y ordenarla y dar así más eficacia y duradero resultado a lo que la inspiración le dicte.

Fácil es conocer al predicador que improvisa: carece de plan, pasa de un punto a otro tocándolo ligeramente, promete ahondar un punto y lo olvida, repite una misma cosa variando las expresiones, insiste en mover los afectos a fuerza de exclamaciones.

Entre el discurso escrito y el improvisado hay varios grados: puede el orador escribir solamente algunas partes, o preparar bien el plan y los puntos principales, hacer esquemas, dejar las partes secundarias a la improvisación del momento. El buen resultado de esto depende de la mayor o menor solemnidad del acto, pues un acto solemne exige más cuidado que uno que lo sea poco; y también depende de la condición del auditorio, y singularmente de la práctica o costumbre que tenga el orador respecto de puntos que le sean bien conocidos. La improvisación parcial o to-

tal, en la oratoria sagrada, puede tener buen éxito en pláticas de carácter en cierto modo familiar, o en alocuciones a gente sencilla, y es indispensable entregarse a ella en casos de imposibilidad para prepararse por falta de tiempo u otra circunstancia. Pero, siempre que sea posible, me parece que el orador sagrado cuando se dirige a gente culta, debe prepararse de la manera más completa que pueda, ya escribiendo la oración, ya estudiando el asunto en forma que la oración pueda ponerse por escrito como se ha pronunciado, con la seguridad de que así satisfará más a su auditorio.

El señor Román insinúa que la preparación completa da un sabor retórico y quita la eficacia que lleva en sí la manifestación inmediata de las ideas y afectos; pero el sabor retórico y artificial, las figuras laboriosas, los pensamientos rebuscados, el esmero y la pulcritud excesivas, no provienen de la preparación, sino de la falta de gusto y de la falta de vigor de las ideas y afectos. El predicador de gusto poco educado y de ideas débiles y difusas, es artificial aún en la improvisación. El de gusto educado y de ideas claras y vigorosas, será fácil y natural aún en la oración más cuidadosamente preparada, como lo atestiguan las obras de los buenos predicadores.

II

Pasando a la colección de nuestros oradores sagrados, dice el señor Román que, en la elección de las piezas, ha preferido, por lo general, las oraciones fúnebres "tanto porque son los discursos que se preparan con más atención

y madurez, cuanto porque darán a conocer al mundo entero lo que han sido nuestros grandes hombres. Todo el que las lea, nos parece que exclamará: “¡Qué hombres tan superiores ha tenido Chile!”

Suponiendo que en el mundo se ocupen en nosotros, creo que, si miran a las virtudes, al celo, a la ilustración de nuestro clero y de los beneméritos ciudadanos que son ensalzados en los elogios fúnebres, podrán sentir algún movimiento de entusiasmo; pero, si consideran lo que toca el arte oratorio, dudo de que se expresen con igual admiración.

A mi juicio las piezas colecciónadas no reunen cualidades suficientes para que sean declaradas de mérito notorio, y no forman excepción en nuestra literatura, que, en ningún género, cuenta con obras verdaderamente superiores.

Los oradores sagrados que figuran en la colección son ilustrados, son moderados, no caen en exageraciones de mal gusto, desenvuelven los puntos correctamente, emplean con oportunidad los movimientos oratorios, abundan en el deseo de santificar las almas y atraerlas a la virtud; pero escasea en ellos la verdadera inspiración oratoria. En las oraciones fúnebres resalta demasiado el empeño de amoldarse a los modelos de fama universal, y especialmente a Bosuet, el mayor de todos. Falta el movimiento espontáneo. Dominan la materia, pero no dominan el género. Carecen de pensamientos luminosos que dilatan el horizonte, descubren ocultos repliegues del corazón humano, y presentan en forma nueva y penetradora aún las verdades más conocidas.

La inspiración oratoria es un don especial como la ins-

piración poética. Aun cuando comúnmente damos el dictado de orador a todo el que sabe expresarse en público con cierto orden, facilidad y elegancia, distinguimos entre el que simplemente habla bien y el orador propiamente tal.

Se funda esta distinción en el modo que uno y otro tienen de concebir las cosas. El que sólo habla bien, las concibe de una manera común y corriente; pero las manifiesta con claridad, con abundancia de expresiones, con frases bien cortadas, con comparaciones oportunas. Puede interessarnos, convencernos y aun persuadirnos, si agrega calor y vivacidad a sus palabras, y si las dice con entusiasmo realzado por lo voz, la pronunciación y el gesto.

El orador propiamente dicho concibe las cosas de una manera más general y profunda. Parece que la verdad o lo que estima como tal se le ofrece impresionándolo de golpe con su majestad y grandeza y dando elevación a los conceptos. Esta concepción, esta emoción, es lo que el orador procura comunicar al auditorio, y es lo que, expresado en el lenguaje noble y elevado que le corresponde, constituye la elocuencia. Es algo como la poesía, con la diferencia de que el poeta no lleva otro fin que la belleza, mientras que el orador tiene también el fin útil de darnos a conocer la verdad y movernos a seguirla para nuestro provecho.

Seguir de cerca a Bossuet en la oración fúnebre es arrisgado. Desde el principio, no diré que se remonta, sino que aparece en la cumbre dónde está en su elemento, y no desciende. Los que lo imitan comienzan también en tono muy elevado y lo mantienen mientras pueden mantenerse en alto con ideas generales; pero, no bien llegan al caso concreto, a la vida del personaje al cual elogian, descienden y ne-

cesitan echar mano de cierta fraseología y de rasgos oratorios para no desdecir del tono de la introducción. Esto da a la oratoria un aspecto artificial, sobre todo en la lectura, en que no realzan al discurso la solemnidad de las circunstancias y las cualidades personales del orador. Que éste mida sus fuerzas y no prometa lo que no puede cumplir es más seguro que ajustarse a un modelo tan soberano como el genio de Bossuet. Casi todas las oraciones fúnebres de la colección pecan por este lado.

Gran dificultad, en la oración fúnebre, es presentar al personaje como encarnación de las virtudes o actos heroicos por los cuales es ensalzado y deducir con naturalidad de este caso particular las aplicaciones prácticas y enseñanzas generales de doctrina, Bossuet es eximio en esto.

Por lo común, nuestros oradores discurren principalmente sobre las virtudes en sí mismas, aplican estas consideraciones a la vida del elogiado, y sacan las enseñanzas más de la doctrina que de la persona que ensalzan. Ven a ésta en las virtudes como un ejemplo de ellas en vez de ver las virtudes en la persona de modo que el orador la tenga siempre como el objeto principal del discurso, y ensalzándola ensalce las virtudes en que resplandeció, y fluyan de ella con naturalidad las enseñanzas.

Del orador que domina dificultades de esta especie, decimos que es superior; pero no puede decirse lo mismo del que las elude y sigue el modo común de concebir estas cosas como generalmente acontece a los oradores en que nos ocupamos.

Así en el panegírico de Santa Teresa (el panegírico es como la oración fúnebre, con la diferencia que elogia a

los santos) de don Joaquín Larraín Gendarillas, podemos ver muy claramente cómo están por un lado las consideraciones generales sobre la religión y por otro la biografía de la Santa, casi sin mezclarse. En su oración fúnebre del Presbítero argentino don Pedro Ignacio Castro Barros, hay más unidad, más fuego, más elocuencia. Esto es debido a ciertos puntos de contacto entre el carácter del señor Larraín Gendarillas y el del señor Castro Barros, como luego diré.

Antes debo advertir que, aun cuando esos dos discursos del señor Larraín Gendarillas dejan que desear como obras oratorias, tienen grandes méritos como estudios religiosos. La doctrina, que sobre todo se refiere a la influencia del catolicismo en la civilización y a la defensa de la libertad de la Iglesia, es muy sólida, muy amplia, está expresada con seguridad y firmeza, y con el calor de las convicciones profundas. Admira verdaderamente que estos discursos sean obra de un joven presbítero de veinticinco años recién ordenado. No manifiestan particulares dotes oratorias, es cierto, y esto se confirma con el hecho de que el señor Román sólo ha colecciónado esos dos ensayos compuestos por el señor Larraín Gendarillas en su juventud; pero dan ellos bien fundadas esperanzas, que se cumplieron, de una inteligencia poderosa, de un propagador de ideas, de un elevado espíritu sacerdotal, de un carácter firme y entero y de ser defensor celosísimo de la libertad de la Iglesia.

Este último rasgo brillaba en el señor Castro Barros. Fué este sacerdote uno de los que cooperaron en forma notable a la Independencia de la República Argentina, y llegó a desempeñar elevados puestos públicos.

Así como trabajó por la libertad de su patria, así también trabajó por la libertad e independencia de la Iglesia. "Una singular anomalía, dice en la oración fúnebre el señor Larraín Gandarillas, encontraba el señor Castro Barros en la revolución americana; la de haber conservado con tanto respeto las cadenas religiosas, después de romper esforzadamente las políticas: pues religioso y político era el yugo de la España".

Trabajó, pues, con todo esfuerzo y tesón el señor Castro Barros por romper en su patria las cadenas que oprimían la religión y que se conservaban con tanto cuidado. Cuando las disensiones de los partidos lo obligaron a salir del suelo natal, vino a Chile donde permaneció hasta su muerte. Aquí, junto con ejercer el ministerio sacerdotal con celo y abnegación ejemplares, procuró sin descanso inculcar en el ánimo de todos los católicos que era deber primordial combatir por la libertad de la Iglesia y defenderla de la tiranía de los gobiernos.

El joven presbítero don Joaquín Larraín Gandarillas conoció intimamente al señor Castro Barros ya anciano, lo acompañó en sus últimos días, recibió sus enseñanzas. Para aprovecharlas tenía el alma muy dispuesta. Ahí aprendió el futuro eminente prelado la energía con que más tarde defendió los derechos de la Iglesia contra los ataques del liberalismo, cuando estuvo al frente del gobierno eclesiástico en uno de los períodos más difíciles que ha atravesado la Iglesia Chilena.

III

El señor Román estima que el mejor de nuestros oradores sagrados ha sido don José Hipólito Salas, Obispo de Concepción. Habla de él, no como crítico sino como admirador entusiasta que no está obligado a guardar límite en los elogios.

Como él se expresa también el Presbítero don Vicente S. Chaparro, que hizo una oración fúnebre del señor Salas que figura en la colección, y dice que tal era el común modo de apreciar las dotes oratorias del popular Obispo.

Sin duda debieron de ser esas dotes muy excelentes, puesto que provocaban tan general entusiasmo. Pero, atendiendo a las muestras que nos ofrece el señor Román, es de creer que buena parte del éxito alcanzado por el señor Salas era debido a las cualidades personales del orador: a su voz poderosa, a la majestad de su acción, a su figura imponente, a la facilidad de la expresión, y a la autoridad y popularidad de que gozaba. El señor Salas fué un Obispo modelo, no sólo con respecto a su grey, sino también con respecto a los intereses generales de la Iglesia chilena. En diversas obras y publicaciones la defendió contra el liberalismo, con brío, valentía y ciencia poco comunes.

En la lectura de un discurso no es posible atender sino a la amplitud y orden del conjunto, al desarrollo de las partes, al tono, a los conceptos, a la elocuencia literaria. En cuanto a las cualidades personales del orador, las imaginamos en conformidad a la impresión que nos acusa la lectura.

El señor Salas se remonta con facilidad, abarca su asunto y no carece de cierta grandeza; pero es desigual. Los rasgos y pormenores de la vida del personaje lo hacen descender a menudo. Su elocuencia suele ser algo vaga: en ocasiones parece un eco sonoro. Su gusto no es muy escogido. Pasa a veces de lo general a lo particular de una manera repentina, casi sin transición.

Estos defectos no impiden que las obras oratorias del señor Salas sean de relativa excelencia; pero no permiten, a mi juicio, que sean estimadas como superiores, y mucho menos que lo comparen a Bossuet. No sé cómo pueden decirse tan de ligero estas cosas. Las alabanzas exageradas perjudican, porque hacen perder la noción del mérito relativo de los ingenios. Levantando lo mediano rebajan lo elevado, desorientan por completo al que se inicia en el arte, y contribuyen a extraviar el gusto. Citaré algo del señor Salas para comprobar lo que digo. Don Vicente S. Chaparro, en la oración fúnebre a que hace poco me he referido, enumera las principales obras del señor Salas, y cuenta entre ellas cuatro o cinco oraciones fúnebres, "de las cuales, especialmente de la del señor Arzobispo Vicuña, se ha dicho que son dignas del gran Bossuet, el tipo y el más alto modelo en el género".

En la colección del señor Román se halla esta oración fúnebre.

La introducción es un tanto desordenada y, para hacer la transición a las virtudes del señor Vicuña, elige la reforma que éste inició en el clero con el objeto de prepararlo para el ministerio parroquial, desatendido por la expul-

sión de los jesuítas y la disminución de las comunidades religiosas.

Termina la introducción con un párrafo en que a grandes rasgos expone que, siempre que Dios aflige la Iglesia, le envía algún consuelo.

Recuerda las persecuciones de los emperadores romanos, la invasión mulsamana, la Reforma y pasa al siglo XVIII.

"El siglo XVIII, dice, alzó contra el cielo su orgullosa cerviz; un espíritu del más funesto vértigo dominó los corazones, y la licencia de las costumbres rompió todos sus diques. La devoción despreciada, los Pastores oprimidos, y el Padre común de los fieles arrancado de su silla, anegaron en lágrimas las Iglesias de Europa; mientras que en el religioso Chile se reunían los elementos que preparaban la decadencia de su piedad.

"Porque, a la verdad, dividida nuestra Diócesis por necesidad en parroquias de una extensión desproporcionada, con feligresías que por su número, colocación de sus habitaciones, y otras circunstancias locales no pueden recibir oportunamente del párroco todos los socorros de la Religión, requerían indispensables auxiliares celosos del ministerio parroquial".

Sigue suministrando datos sobre este punto, y aun emplea términos del derecho canónico. "Sin los beneficios eclesiásticos que abundan en las Iglesias de Europa, y con muy pocas capellanías colativas para servir de cóngruas, nuestro clero secular debía ser insuficiente".

Estar hablando, en tono elevado, de los acontecimientos más trascendentales de la civilización cristiana, para venir

a parar en una mera exposición del estado de las parroquias de Chile en cierta época, es frustrar las esperanzas del auditorio. Nadie negará tampoco que no es de buen gusto emplear términos del derecho en una oración fúnebre. Lo demás es algo superior a la introducción; pero se resiente de cierta monotonía.

De cuando en cuando pasajes elocuentes levantan el tono. La oración en conjunto tiene, como todas las demás del señor Salas, cierto empuje y unción penetradora que la hace digna de un orador sagrado escogido; pero no llevemos más allá el encomio.

Su oración fúnebre por don Domingo Eyzaguirre, comienza con esta frase vulgarísima: "Sin que yo lo diga, vosotros comprendéis muy bien el objeto de esta lúgubre ceremonia". Esta frase inútil, en lugar tan visible, es una notoria falta de gusto.

Y ya que hablo de la introducción del discurso, es de sentir que varios elogios fúnebres de la colección comienzan con la vulgaridad tan antigua, tan manoseada, de preguntar a la concurrencia con qué objeto ha venido o por qué ese lugar está adornado en tal o cual forma.

A veces los oradores, cuando están preparando el discurso, no hallan como comenzar, y acuden a la citada pregunta. Háganla si la necesitan; pero hágansela a sí propios y comiencen el discurso por la contestación que den. Es seguro que así tendrán más buen éxito.

El Arzobispo Casanova comienza así la oración fúnebre en elogio del gran Presidente del Ecuador, García Moreno: "¿Qué extraordinaria desgracia, qué tristísimo acontecimiento, o qué acerbo dolor os reune aquí, señores, cu-

biertos de luto? . . .” Hace varias preguntas de esta especie y da la contestación: “La grandeza no tiene patria y todo el orbe le rinde culto; y a la luz de esas teas fúnebres y en medio de esos tristes despojos de la muerte, yo veo resplandecer un nombre inmortal”. Suprimidas las preguntas, esta contestación habría sido un comienzo noble y sencillo.

Volviendo a la elocuencia del señor Salas, cuyo carácter principal era el entusiasmo y un ímpetu fogoso, no le convenía mucho la oración fúnebre que requiere serenidad majestuosa, y en la cual el pensamiento de la muerte refrena los entusiasmos de la vida. El elogio fúnebre de su íntimo amigo el Arzobispo Valdivieso tiene algunos pasajes de dolor sincero y hondo; pero falta grandeza en el conjunto. En el panegírico de San Agustín, está más en su elemento.

A su elocuencia convenía un asunto como San Agustín en quien admiramos la ciencia brillante y profunda en todo orden de cosas, y virtudes grandes, populares, si puedo decirlo así, que han irradiado a través de las generaciones sin perder nada de su primitivo esplendor.

En ese panegírico no escasean los defectos que he señalado en la oratoria del señor Salas; pero domina con mucha fuerza un sentimiento de admiración ilustrada, comunicativa y ardiente. El orador se ha penetrado en tal manera del espíritu del gran Santo, y manifiesta un deseo tan ardiente de verlo imitado para gloria de Dios y de su Iglesia, que nos sentimos envueltos y arrastrados, en esa ola de entusiasmo. Las faltas de gusto, las desigualdades en la ejecución, el exceso de citas de obras y de nombres de au-

tores, desaparecen en el conjunto revestido de cierta elevación y animado por un poderoso espíritu de fe y de apostólico celo.

Termina el panegírico con una página de elocuencia sencilla, distinguida, noble, la mejor página oratoria, que, a mi juicio, contiene la colección. Dice así:

"Cristianos: en los borrascosos tiempos que atravesamos, la justicia y el derecho, la religión y la sociedad, reciben por doquiera hondas heridas. Volvamos los ojos a Roma para salvar del naufragio común. Allí está el puerto, allí el faro de la humanidad regenerada por Cristo Jesús; porque allí está su Vicario, el inefable maestro de la fe y de la moral. Recibamos como San Agustín la palabra de los sucesores de Pedro, y con ella la verdad será nuestro patrimonio en el tiempo, y la dicha nuestra herencia en la eternidad. Esa palabra atraviesa los espacios, cruza los mares, resuena en los desiertos y en las soledades, y encuentra ecos que la repiten y veneran hasta en las espesuras de los bosques y en la cima de las montañas. Esa palabra es luz y verdad, esperanza y amor para todos los que creen en la palabra del Verbo de la vida. Esa palabra, en San León el Grande, salvó a Roma, y detuvo en sus destructoras conquistas al orgulloso Atila, y esa palabra en los labios del mártir de los tiempos actuales, del inmortal Pío IX, ha enfrenado el furor de las iras revolucionarias, ha desconcertado los planes de los hombres y de los poderes enemigos, y, desarmada y débil en apariencia, ha triunfado ya de los ejércitos que la impiedad y la astucia habían lanzado contra ella. Bendigamos al Señor, y dóciles escuchemos la palabra de nuestro querido y venerado Padre, el Sobera-

no Pontífice, que tiene en sus manos la llave del reino de los cielos y las del gobierno religioso y moral de las sociedades cristianas. Unidos de corazón a la cátedra de San Pedro, inclinemos humildes la cabeza para recibir las bendiciones que desde allí nos envía el santo y venerable viejo que dignamente la ocupa”.

Pasemos el epíteto de viejo que desentonan en la última frase. He aquí un excelente trozo de oratoria sagrada.

Quizás con este mismo espíritu, con esta misma elocuencia habló el señor Salas dos veces en el Concilio Vaticano, mereciendo la aprobación de la asamblea más augusta de la tierra.

IV

El Arzobispo don Rafael Valentín Valdivieso figura en la colección con algunas piezas que se parecen a las del señor Larraín Gandarillas en lo substancial de la doctrina; pero de tono todavía menos elocuente.

No es posible hablar de estos dos Prelados y del señor Salas sin recordar, aunque sea de paso, que a ellos, a sus lecciones, a su ejemplo, debe el clero chileno uno de los rasgos más señalados de su carácter: la resolución, la energía para defender las prerrogativas y la independencia de la Iglesia.

No tenía este espíritu uno de los oradores de la colección, el Prebendado don Francisco de P. Taforó.

Según dice el señor Román, “carecía de ilustración vasta y profunda, pues su educación eclesiástica había sido muy precipitada”. Siempre fué inclinado a la popularidad y no

poco palaciego. En la última parte de su vida, cuando el gobierno estaba en abierta lucha con la Iglesia, se mantuvo aislado del clero y de los buenos católicos, con aplauso del liberalismo triunfante, y llegó a ser el candidato del gobierno para ocupar la sede vacante por la muerte del señor Valdivieso. Esperaban los liberales obtener de él lo que no habían conseguido del vicario capitular de la Arquidiócesis, el señor Larraín Gendarillas, con quien estaba el clero unido sin discrepancia; pero el gobierno fracasó en su intento.

Un sacerdote con tales condiciones no podía tener la unción evangélica; no podía tener esa fuerza oculta que viene de lo que penetra el alma del oyente y la incita a amar y practicar la virtud; fuerza que no está en las palabras ni en los conceptos religiosos, sino en la intención sincera y ardiente, en el espíritu de caridad del orador sagrado.

Si se recortan del sermón sobre el juego, del señor Taforó, y de su oración fúnebre en elogio de don Andrés Bellido, las frases y párrafos destinados a apropiar esos discursos al lugar y ocasión en que debían ser pronunciados, tendremos dos artículos simplemente buenos para una revista literaria.

En el elogio fúnebre en honra de don José Alejo Eyzaguirre hay cierta unción. Pudo haberse encontrado ocasionalmente en esa época el señor Taforó, en un estado de alma animado de verdadera vida espiritual.

En ese elogio fúnebre ha procurado con empeño imitar a Bossuet. El famoso pasaje: "O nuit desastreuse! O nuit effroyable . . .!" está largamente parafraseado.

Cuando la persona elogiada ha muerto de noche, es difícil que no acuda al orador el recuerdo de ese pasaje. Don Esteban Muñoz Donoso, cuyas piezas oratorias superan a las otras en carácter propio y señalado, casi transcribe textualmente una parte del pasaje referido. En la oración fúnebre del P. Zoilo Villalón, exclama: "¡Noche infausta aquélla en que salió de esta casa, como el resplandor de un incendio, la súbita, fatal noticia: El R. P. Villalón se muere, el R. P. Villalón ha muerto!"

Dejando a un lado esta menudencia, me parece que puede estimarse dicha oración fúnebre como una de las mejores de la colección, no por la grandeza y majestad del conjunto, a lo cual tal vez ninguna alcanza satisfactoriamente, sino por la unidad del discurso, porque realza con vigor el carácter del elogiado, por el movimiento y por la fuerza de la expresión.

Inferior a ella es el elogio fúnebre de don Blas Cañas. Aquí el señor Muñoz Donoso alaba la virtud en sí misma, la virtud de la caridad, y la aplica al señor Cañas. "El elogio de la caridad, dice, es la mejor oración fúnebre del héroe de la caridad, del Presbítero don Blas Cañas". No hablaba así Bossuet. Comienza de este modo la oración fúnebre del Canciller Le Tellier: "Alabando al hombre incomparable cuyos funerales celebra esta ilustre asamblea y cuyas virtudes honra, alabaré la sabiduría misma". Sin duda Bossuet recordó entonces lo que San Gregorio Nacianceno decía de San Atanasio: "Alabar a Atanasio es alabar la virtud misma. En efecto, dar a conocer una vida en la cual resplandecieron todas las virtudes juntas, ¿no es reunir todo lo que pueda decirse en elogio de la virtud?"

Estas citas indican el verdadero modo de proceder en el elogio fúnebre, diverso del que expone el señor Muñoz Donoso.

Aun cuando no parezca, hay bastante diferencia entre una y otra manera de considerar el asunto, como puede verse por los resultados.

Bossuet no pierde de vista a su héroe, mientras que el señor Muñoz tiende a hacer un sermón sobre la caridad, y tanto es así que en una parte dice: "No digáis que olvido a mi héroe". Y, en efecto, para el oyente, por lo menos a ratos lo olvida.

El señor Muñoz Donoso figura en la colección con varias piezas oratorias, y en todas ellas exhibe relevantes méritos; pero tiene un defecto: la abundancia de ideas y su escaso desarrollo.

Era poeta de talento, de imaginación viva y difícil de restringir. Con frecuencia se desvía a conceptos puramente poéticos. Esta libertad y movimiento de la imaginación se comunica al entendimiento, y por eso, en los discursos del señor Muñoz Donoso se nota una vivacidad que es excesiva para la oratoria sagrada. Acumula las ideas, no las desarrolla convenientemente, pasa con rapidez de unas a otras, y esto da al discurso un movimiento acelerado, que no es el más adecuado para este género oratorio. Este movimiento conviene a un auditorio excitado; pero no a uno tranquilo, reflexivo, o, si se quiere, indiferente, que, en todo caso, espera oír ejemplos y reglas de conducta, los cuales no pueden aprovecharse como es debido cuando son presentados con precipitación.

El Arzobispo don Mariano Casanova poseía más que nin-

guno el arte del desarrollo. Sabe presentar la idea primordial por diversos aspectos, aplicarla, manifestar lo que contiene. No dice grandes cosas; pero les da importancia diciéndolas en el lugar que les corresponde. No se remonta mucho; pero tampoco desciende. Le falta vigor; pero se insinúa blandamente. Y a todo da realce su gran distinción y una expresión correcta, mesurada y elegante.

En don Alejandro Echeverría, otro de los oradores notables, domina la fuerza de la concepción. Traza las líneas generales con mano firme, y sus ideas son precisas y bastante escogidas. Pero la ejecución carece de suavidad, el movimiento general es algo rudo, en las transiciones no se desliza sino que suele dar un salto más o menos corto. El desarrollo está en un tono enérgico e imperativo y poco insinuante. Se siente que falta naturalidad en algunos pasajes en que procura moderar sus ímpetus y dar descanso al oyente con cuadros que son más meditados que espontáneos.

Del señor Echeverría cuenta el señor Román que anhelaba mucho perfeccionarse en la declamación y que la estudió hasta en algunos actores célebres que nos habían visitado. La acción del orador sagrado más fácilmente puede pecar por exceso que por defecto. A lo que parece, más debe él aplicarse a moderar sus movimientos que a darles importancia, y debería buscar en la acción no tanto gracia y elegancia, com un complemento natural y oportuno de la expresión.

En la colección se hallan varios sermones y tienen más carácter propio que las oraciones fúnebres. Los oradores han seguido en ellos su inspiración sin ajustarse demasiado

a un modelo. No tienen los sermones cualidades que sobresalgan; pero deben alabarse por la sinceridad, la unción, y porque no caen en faltas de gusto.

Sin embargo, habría sido de desear que, sin perjuicio de conservar el carácter propio, en los sermones se hubiese tenido más presente al incomparable Bourdaloue, y al que inmediatamente le sigue, Masillon, que satisfacen, en cuanto es posible pedirlo, al ilustrado y al ignorante, al hombre piadoso y al indiferente.

1914

LOS ROMANCES TRADICIONALES EN CHILE

ROMANCES POPULARES Y VULGARES RECOGIDOS DE
LA TRADICION ORAL CHILENA, por don Julio Vicuña
Cifuentes.—Tomo VIII de la Biblioteca de Escritores de Chile.

I

No hace muchos años, en la segunda mitad del siglo pasado, se comenzaron a investigar y colecciónar en España los romances nacionales que subsistían por tradición oral, como lo estaban haciendo en los otros países europeos. Esta investigación fué promovida principalmente por los estudios *folklóricos*, destinados a anotar y comparar las peculiaridades del habla, las tradiciones y el modo de ser de la porción menos culta del pueblo, para buscar lo que es propio de una nación en cierto orden de producciones literarias y el origen de algunas tendencias comunes a todos los hombres o a una raza. Con esto ganó la colección de romances españoles.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuya prematura muerte deploran las letras españolas y americanas, publicó en el Tomo VIII de su *Antología de poetas líricos cas-*

tellanos, precediéndola de una introducción muy erudita y luminosa, la conocida y excelente colección de Wolf y Holmann, *Primavera y Flor de Romances*, y, para completarla, reunió en el Tomo X de la *Antología* numerosos romances tradicionales recogidos en provincias españolas y entre los judíos españoles de Levante.

Pregunta en una de las anotaciones de ese tomo: “¿Se cantan romances viejos en la América que fué española?” Y se inclina a creer que sí. Cita un pasaje del eminentísimo filólogo don Rufino José Cuervo, donde cuenta que, en un desconocido valle de los Andes, oyó a un inculto campesino relatar los romances de Bernardo del Carpio (llamándolo Bernardino Alcarpio), y de los infantes de Lara. Corrobora su opinión con otros datos tomados de libros americanos; se refiere a brevísimos fragmentos de romances viejos encontrados en ellos, y concluye así la anotación:

“A juzgar por la muestra, nuestros romances deben de andar algo desmedrados en América; pero valgan lo que valieren, será útil reunirlos, sobre todo si los poetas líricos, que allí abundan, no caen en la tentación de retocarlos, sino que los dejan en su primitiva rusticidad”.

Publicaba esto Menéndez y Pelayo en 1900. Pues bien, en esa misma fecha, ya había quien se ocupaba en reunir los romances tradicionales en Chile, sin retocarlos y dejándolos en su primitiva rusticidad, con todas las reglas del *folklore*. Dedicábase a esto don Julio Vicuña Cifuentes, y fruto de tal trabajo es el libro *Romances Populares y Vulgares* que acaba de salir a luz en el Tomo VIII de la Biblioteca de Escritores de Chile.

“Hace doce años, más o menos, dice el señor Vicuña Ci-

fuentes en la introducción, cuando ni aún podía yo pensar que hubiese en la tradición oral chilena romances populares españoles, un discípulo me llevó a clase una estragadísima versión del romance *El reconocimiento del marido*, recogida por él de los labios de un viejo campesino de Buin. Interesado en la indagación, aunque receloso de que se tratase de un caso aislado, logré ponerme en contacto con este individuo, que a pesar de sus muchos años recordaba fragmentos de otros romances, populares y vulgares".

Así inició el señor Vicuña Cifuentes sus investigaciones. Es raro que no tuviese noticias de versiones de romances que, por lo menos en fragmentos, recordarán muchas personas de cierta edad, aprendidos de los huasos y sirvientes. De mí sé decir que, de los que publica nuestro autor, todavía recordaba unos versos que se recitaban en un juego infantil y que son de *El hilo de oro*:

Yo me voy muy enojado
a los palacios del Rey,
a contárselo a la reina
y al hijo del Rey también.
—Vuelve, vuelve pastorcito,
no seas tan descortés,
la mejor hija que tengo,
la mejor te la daré.

Algo también me acordaba de *Blanca Flor y Filomena*, romance que, por ser en parte de sensualidad brutal, sólo se recitaba trunco. Conocía el de *Bartolillo*, que comienza:

Bartolillo ¡guarda el toro!
—Sí, señor, que soy valiente,
y mi sangre no consiente
morir en astas de toro.

En la colección del señor Vicuña Cifuentes he encontrado también versos sueltos que me habían quedado grabados en la memoria desde la niñez.

Nadie pensaba en preguntarse de donde procedían estos romances o *corridos*, como los llaman en nuestro pueblo y también en Andalucía. El asunto de que trataban se entendía a medias o no se entendía, y nadie daba importancia alguna. Era indudable que cualquiera que pensara en ello, había de atribuirles su verdadero origen, esto es, que eran romances viejos españoles, traídos a Chile por tradición oral en épocas más o menos remotas, y puestos a la chilena y estropeados por los recitadores del pueblo.

Aun cuando el señor Vicuña Cifuentes no lo declara, es de suponer que la causa que lo movió a entrar en tales averiguaciones fué el *folklore*, en el cual se ejercita con gran entusiasmo, según lo manifiestan las anotaciones y comentarios de su colección. Podemos creer que ha sido uno de los primeros que entre nosotros ha cultivado esta ciencia nueva, que comenzó a propagarse aquí no hará veinte años. Así se explica que sus alumnos recogieran para él tradiciones orales del pueblo y que haya descubierto una cosa muy conocida; pero cuyo valor científico era completamente ignorado.

La colección en que nos ocupamos comprende cerca de un centenar de romances, y algunos de ellos tienen varias

versiones. Casi todos son de origen español; la décima parte es de origen chileno.

Ahora bien, siendo esto así, no es fácil adivinar las razones que habrá habido para incluir esta colección en la Biblioteca de Escritores Chilenos. Que una Biblioteca de escritores nacionales publique los romances nacionales aunque sean de muy escaso mérito literario, es cosa racional y conveniente, porque esta especie de literatura manifiesta, en forma espontánea y sin alíños, y de una manera muy genuina, el carácter, las costumbres e inclinaciones del pueblo en diversas épocas.

Pero no es razonable mirar como nacional un relato que ha tenido su origen en tierra extranjera y que refiere asuntos ajenos de nuestro modo de ser, aun cuando el pueblo que lo ha recibido por tradición oral lo recita inconscientemente como propio.

La tradición oral substituye vocablos, cambia o desfigura los nombres propios, agrega o quita versos, aquí trunca el relato, allí lo zurce con hilo propio, todo según sea la memoria y la mayor o menor escasez de cultura del que recita. Pero el fondo del asunto y los rasgos principales de la forma y de la expresión quedan más o menos iguales.

En colecciones de poesías españolas figuran versiones de gran parte de los romances que publica el señor Vicuña Fuentes, y, sin embargo, nosotros no tenemos inconveniente para adueñarnos de ellos porque aquí los recita el pueblo y los presentamos como producción nacional puesto que están publicados en una biblioteca oficialmente destinada para la producción intelectual de la nación. Aun, entre los romances, hay tres versiones de *Mambrú*, que son casi tra-

ducciones más o menos libres de la conocida canción francesa *Malbrough s'en va en guerre*. ¿Qué tiene esto de chileno?

Más acertado habría sido publicar la colección por separado, sin darle carácter de producción nacional.

Algo también hay que decir respecto al título *Romances Populares y Vulgares*, que es un tanto afectado, porque los adjetivos "populares y vulgares", aplicados a los romances, tienen un significado técnico. En el título, no están tomados en el sentido de cosa muy difundida en el pueblo y de naturaleza vulgar, como seguramente lo creerá el lector que no esté al cabo de este punto literario, punto que no ha cuidado de explicar el señor Vicuña Cifuentes en la introducción, sino que se refiere a él de un modo accidental y como a cosa sabida.

Los romances tan variados en sus asuntos y compuestos en tan diversas épocas, han sido objeto de clasificaciones numerosas y hasta complicadas; pero necesarias para facilitar su comprensión, agrupando los de una misma especie.

Una de las clasificaciones los divide en populares y vulgares, división sujeta a muchas subdivisiones. Los primeros comprenden a los romances viejos, desde antiguo hasta fines del siglo XVI; y los segundos, a los posteriores a esa fecha, y principalmente a los que nacieron a mediados del siglo XVII.

Se diferencian notablemente en el carácter e inspiración, que es propiamente nacional, ingenua y sencilla, en los populares; mientras que los vulgares manifiestan el carácter, no del pueblo o nación en un solo cuerpo, animado por in-

tereses comunes, sino de una clase inferior, del vulgo, con gustos e inclinaciones distintas a las de otras clases, y son generalmente extensos, pedantescos y abundan en presuntuosa palabrería.

Esta diferencia estriba en una evolución social que, para ser bien comprendida, requiere ciertas consideraciones históricas, que no es del caso recordar. No había para qué hacer esta clasificación erudita en la colección del señor Vicuña Cifuentes, por lo menos en el título, toda vez que no se trataba de considerar los romances como obra literaria, sino simplemente como documentos que valía la pena conservar para futuras disquisiciones, o para compararlos con otras versiones de los mismos romances. Habría bastado el título de "Romances tradicionales en Chile".

No creo que, de esta colección, resulte algún provecho para el Romancero español. Casi todos los romances castellanos que contiene, ya están publicados y en mejores versiones.

II

En punto a la publicación de versiones de un mismo romance, el señor Vicuña Cifuentes va más allá de lo necesario. Las multiplica inútilmente. Da hasta once de *Blanca Flor y Filomena*. Olvida el objeto de presentar varias versiones de un mismo asunto. Se ha estimado que tenía mucho de antojadizo rehacer un romance tradicional sacando de las diversas versiones lo que fuera apropiado; y ha parecido preferible publicar las versiones más importantes,

para que cada cuál pueda comparar unas con otras y ver cuál es la que está más conforme con el carácter primitivo y general de estas poesías. Para esto conviene elegir únicamente aquellas que de algún modo correspondan a ese carácter, y no las que lo desfiguran hasta hacerlo inconocible y disparatado, como a menudo ocurre en las versiones que ofrece el señor Vicuña Cifuentes.

Los romances castellanos tradicionales en Chile, salvo uno que otro, son de muy escaso interés. Como es natural, los que aquí se han conservado no son los que tienen señalado color local, como los caballerescos, históricos o moriscos, sino los novelescos, los que refieren arrebatos sensuales, que no son de los mejores.

Los pocos romances de origen chileno deben interesarnos particularmente; pero tampoco interesan porque son de estofa muy ordinaria y grosera: domina mucho en ellos ya el carácter huaso, ya el jaranero o de matón.

El señor Vicuña Cifuentes conserva en la escritura todas las incorrecciones de pronunciación del recitador, práctica ya aceptada en estos casos, porque contribuye a fijar con cabal exactitud la tradición oral; pero todavía me parece exagerada su minuciosidad en este punto. Hay aquí, como en todas las cosas, un término medio en el cual el buen sentido aconseja detenerse. Lo que pasa más allá, cae en pueril y fastidioso.

Daré una muestra de uno de los romances chilenos que, en la colección, está clasificado como popular, quizás porque manifiesta cierta tendencia a imitar a los de esta especie; pero que es simplemente huaso:

El Vaquero

Da gusto ver un vaquero
por l'oriya'e un espinal
'etras di una vaca negra
sin periya ni señal.

Unos 'icen qu'es di aquí,
otros'icen qu'es di ayá,
yo conozco hien la vaca,
qu'es de negro, obscuro imán.

(sic)

¡Quién tuviera un laso güeno!
¡quién la pudiera piyar:
pa meterl'a un güen potrero
pa que pudiera engordar,
para sacar charqui y grasa
para'acer un charquicán,
y con algunos amigo'
pa po'erla merendar!

De este romance nos da el señor Vicuña Cifuentes tres versiones, de las cuales la más pasable es la transcrita, y nos dice en un comentario. "Tengo por chileno este romance. que no he encontrado en ninguna colección peninsular". Ya lo creo.

Hay una página de un romance chileno clasificado entre los vulgares, *La fiesta de la Candelaria*, que es de un movimiento, de un ímpetu descriptivo verdaderamente notable.

Describe esa fiesta que es muy antigua en Chiloé, y a la cual asiste numeroso pueblo de las islas. La celebran en Carelmapu. A la fiesta religiosa que termina con una pro-

cesión, sigue la inevitable jarana. Dice el romance en esta parte:

Y aquí concluye la fiesta
y viene otra diversión,
suenan todas las guitarras
y más chilla el acordión.
La fritangas de empanadas
se las comen de un tirón;
venden sus quesos los huasos
y no abastece el licor.
Y comienzan las peleas,
y va y viene el bofetón,
y se echan las topiaduras,
frente al macizo varón (1).

Y cuando se acaba el día,
todos, de un sólo tirón,
a embarcarse van de nuevo,
hechos una compasión.
Las guitarras sin sus cuerdas,
resollando el acordión,
botellas y pipería
ya sin pizca de licor.
Ya vuelven las lanchas todas
con muy fuette ventarrón:
viene del Faro cargando
por la proa y estribor.
Y se arma otra vez a bordo
una horrible confusión,
mariada viene la gente
de tanto mar y licor.
Los ojos amoratados,

(1) Vara grande.

destrozado el pantalón,
y sin cobre en el bolsillo,
que todo allá lo jundió.
Las mesas vienen sin patas
y la arteza se quebró,
el sartén, sin pizca e mango,
todito se agujeró.
Muy tristes y pensativos
llegan al muelle en montón:
“de la fiesta ahora vengo”,
contestan a media voz
aquéllos que antes gritaban
tan fuerte como un cañón,
y así concluye la fiesta
hasta próxima ocasión.

Me atrevo a decir que, en ninguna descripción de escenas de esta especie (y abundan en novelas y artículos de costumbres nacionales), hay nada que supere a este pasaje en veracidad, en rapidez, en acertar con el rasgo característico.

Así y todo, después de las citas anteriores, conviene distraer el ánimo de tanto licor y bofetón, de las empanadas fritas, charquicán y pantalones rotos.

Recordemos alguno de esos sencillos romances tradicionales de las provincias españolas. He aquí cómo comienza *La flor del agua*:

Mañanita de San Juan,
mañanita linda y clara,
cuando las perlas preciosas
saltan y bailan en agua,
la Virgen Santa María

de los cielos abajaba
 con un ramo entre las manos
 y un libro po'l que rezaba.
 La Virgen, como es tan buena,
 presto bendijera l'agua:

—Dichosa sea la doncella
 que coja la flor d'esta agua—
 —La hija del Rey lo oyera.

.....

¡Cuánta sencillez, sana alegría y frescura! Es muy viva y graciosa la pintura de los cambiantes y visos del raudal cristalino herido de la luz: "cuando las perlas preciosas saltan y bailan en agua". Y es encantadora la imagen de la Virgen que baja rezando las oraciones de su libro, y con un ramo, que sería de azucenas. El que compuso el romance vería representada así a Nuestra Señora en las vidrieras fulgurantes del templo gótico.

Volviendo a las colección del señor Vicuña Cifuentes, me parece que debe ser estimada como trabajo principalmente folklórico. La parte literaria es insignificante, aun en la introducción, que es pobre, no bien hilada, con pormenores ociosos e inoportunos.

Nada me atrevo a decir de la importancia que podrían tener para el folklore los *Romances Populares y Vulgares*. No estoy iniciado en los misterios de esta ciencia y confieso que no me atrae. Tiene muy pocas obras sintéticas, que aprovechen para el progreso literario y científico los materiales reunidos. En cambio, abunda en colecciónistas, la mayor parte de los cuales extremán las disquisiciones hasta minuciosidades increíbles. Son incansables en acumular ver-

siones de cuentos, romances, adivinanzas, conjuros, en fin, de cuánto se transmite por tradición oral. Comparan unas versiones con otras, hasta en sus más insignificantes pormenores. Notan con la mayor prolijidad las faltas de pronunciación, si la versión es obtenida oralmente; y si alguno del pueblo la ha recogido y la ha escrito para el coleccionista, éste llama la atención a todas las faltas de ortografía que ese individuo comete en su manuscrito. Explican largamente los términos que usa la gente más inculta.

Nos dan noticia exacta del recitador: el nombre, la edad, dónde aprendió el cuento o el romance, en qué aldea o ciudad vive, la provincia a que pertenece esta aldea o ciudad, como si el recitador nunca hubiera de morirse o cambiar de residencia. Si la versión ha sido escrita para el coleccionista, éste no sólo da noticias del que las escribió sino también del que le ha traído el papel manuscrito.

El coleccionista *folklórico* es implacable. Nos obliga a acompañarlo paso a paso en su trabajo y a fatigarnos con él.

Al revés de Horacio, que odiaba al vulgo profano y lo echaba fuera, *odi profanum vulgus et arceo*, el coleccionista ama al vulgo más inculto y lo atrae a sí. El señor Vicuña Cifuentes ha escrito también unas *instrucciones* para insinuarse *folklóricamente* con el pueblo.

En cambio, el coleccionista *folklórico* desconfía del escritor o literato y lo mira de reojo. Si éste aprovecha una versión para hacer un relato agradable y artístico, no la ha mejorado, a juicio del coleccionista, sino que la ha "desnaturalizado" o "falsificado"; pero si la ha variado poco, entonces puede aceptarse el relato "con algunas precaucio-

nes". La versión legítima es la que da directamente el hombre del pueblo, aun cuando él cambie a su antojo lo que le contaron. Esa versión es "documento científico" y sirve de sólida base para las interminables comparaciones y anotaciones que el colecciónista hace con suma gravedad y solemnidad científicas.

El *folklore* tiene muchos y graves problemas. Uno de los más interesantes consiste en seguir, en una serie de cuentos relacionados entre sí, las variaciones que hacen al relato los diversos recitadores, que son principalmente las amas y sirvientes, como todos sabemos. Así lo asegura un distinguido *folklorista*, don Rodolfo Lenz, en su reciente obra, *Un grupo de consejas chilenas*. Dice: "Seguir este libre juego de la imaginación popular en una serie de cuentos emparentados, me parece uno de los problemas más interesantes del *folklore*".

He citado esta obra porque colecciona cuentos maravillosos tradicionales en Chile, los compara entre sí y da diversas versiones. Es un trabajo análogo al del señor Vicuña Cifuentes y más científico.

Su introducción es más interesante, y sus disquisiciones, más extremadas. El señor Lenz está completamente posesionado de su asunto. Defiende con calor el derecho de los niños a gozar de los encantos del cuento de hadas, y habla de esas criaturas inocentes como lo haría una mamita cariñosa.

"¡Cuán poco conocen esos "realistas", exclama el doctor Lenz, el alma del niño, que bota la muñeca que habla y cierra los ojos, para envolver un palo, un zapato en un trapito para acariciarlo como su "huahua" predilecta!"

Mira con desdén a los pedagogos adversarios de los cuentos. "No ha faltado, dice, algún pedagogo de estrechas miras que haya creído dañino permitir a los niños la lectura de esos antiguos cuentos y apólogos, porque contradicen a la realidad de los hechos y pervierten de consiguiente el criterio del niño".

Esta censura va directamente contra la opinión sustentada por el ex rector de la Universidad de Chile, don Valentín Letelier. En su *Filosofía de la Educación* combate enérgicamente la costumbre de entretenér con cuentos maravillosos a los niños, y ataca con dureza a las amas y a las sirvientes por este motivo, sobre todo cuando refieren milagros de santos y converciones extraordinarias de pecadores.

Tal discordancia de opiniones entre dos autores científicos respetables y versados en cuentos para niños, desorienta por completo, y no sabemos dónde averiguar la verdad científica en este punto tan importante para los niños y los padres de familia. Desde que hay nodrizas se están contando cuentos, ¿y todavía no sabemos si esto es conveniente o pernicioso?

Me he alejado, sin quererlo, del coleccionista folklórico. Todavía me queda algo que decir sobre él.

No atiende en lo menor al mérito de los pensamientos ni a las bellezas de la expresión. Un pensamiento de sublime ingenuidad y la mayor ineptia, lo más moral y lo más obsceno, todo esto para él es una misma cosa si está expresado con iguales faltas de pronunciación o de ortografía.

Su campo es ilimitado como el número de recitadores,

incultos, cada uno de los cuales le ofrece una versión diferente.

La civilización le reduce este campo y lo atemoriza. Las regiones incultas van desapareciendo. A juicio del señor Vicuña Cifuentes, la provincia de Chiloé es, para el *folklorista*, la más importante de Chile, por el aislamiento en que siempre ha vegetado y los hábitos sedentarios de sus aborígenes. Esto ha permitido conservar las adivinanzas, los ensalmos y conjuros, los cuentos, los provincialismos, todo lo tradicional, con la mayor pureza, sin que la gente culta haya desnaturalizado esos preciosos documentos, procurando arreglarlos y darle una forma más propia de esta época.

El coleccionista *folklórico* no distingue con claridad el objeto final de su trabajo, aquello para lo cual va a servir. Creo que, en esto, podemos encontrar la explicación de sus minuciosidades, que se parecen mucho a investigaciones inútiles. Sea esto como sea, el coleccionista cree confiadamente en que tarde o temprano han de ser aprovechados los datos que ha reunido. Si tienen razón el tiempo lo dirá, y ojalá que la ciencia y las letras puedan algún día agradecer la improba labor del doctor Lenz y del señor Vicuña Cifuentes.

1912

LA POESIA POPULAR CHILENA

Discurso de incorporación en la Academia Chilena, de don Julio Vicuña Cifuentes.

I

El sólo nombre de poesía popular sugiere muchas cosas agradables: ingenuidad, candor, afectos siempre sencillos hasta en la mayor vehemencia, costumbres primitivas, fragancias campestres, genuino espíritu nacional. Y de todo esto hay en los antiguos cantos populares de las diversas naciones, cantos que, hace más de un siglo, son objeto de numerosos estudios analíticos y comparativos, hechos con algún fin científico, étnico, patriótico o simplemente literario.

Es de advertir que, cuando se trata especialmente de poesía popular, debemos entender aquella que es producida por la masa inculta del pueblo, aun el de las últimas clases sociales, y que manifiesta ideas y afectos colectivos y es ajena de toda individualidad. No es el caso de la poesía profesional, erudita, culta, artística, que todos estos nombres

le dan con respecto a la popular, aun cuando aquella logre popularizarse o divulgarse.

Está universalmente aceptado que la nación que sobresale por la abundancia y calidad de sus poesías populares es la España. Goethe, cuya opinión vale por todas, decía en unas anotaciones al Romancero: "No es posible indicar nación alguna más inclinada que la española a dar inmediatamente cuerpo o forma sensible a la idea en la vida común y ordinaria".

Era de creer que nuestro pueblo hubiera heredado algo del don poético de sus progenitores españoles o, por lo menos, que algo de él hubiera adquirido en los tres siglos en que estuvo bajo la absoluta dependencia de España; pero, del discurso del señor Vicuña Cifuentes, que versa sobre la poesía popular chilena, resulta que ésta es pobre y de calidad inferior.

Dice el nuevo académico en el final del discurso: "El parnaso popular chileno es un monte poco elevado, en cuyas laderas retoñan algunas siemprevivas, ásperos cardos de vistosas flores y arbustos de fruto acedo, al que la madurez, en ocasiones, comunica el agridulce de la poma rústica". Y poco después agrega: "Nuestra poesía popular, pobre como es—y se engañan los que otra cosa digan, ofuscados por un mal entendido nacionalismo—si carece del valor del cuadro acabado, como producto de un pueblo en formación, tiene por modo altísimo el mérito del esbozo de trazos todavía rudos, pero enérgicos y originales".

Vicuña Cifuentes es un laboriosísimo investigador de esta materia. Sobre ella ha escrito diversos estudios, y ha publicado una colección muy completa y con profusas notas

de "Romances populares y vulgares transmitidos por la tradición oral en Chile". Ha de sentir cariño hacia los cantares que buen trabajo le ha costado reunir y comparar. A ese cariño, y tal vez al natural deseo de no amenguar la materia de su discurso, atribuiremos los conceptos con que procura suavizar su juicio. La verdad es que, en las copiosas y escogidas muestras que exhibe de la poesía popular chilena, nada se ve que merezca el calificativo de "modo altísimo" y sí hay mucho que merece el calificativo de "modo bajísimo".

Pobre, sin duda alguna, es nuestro poesía popular; pero, a mi entender, no sólo es pobre sino que el carácter que manifiesta no es el natural y propio del pueblo sino uno creado por especiales circunstancias.

Nuestro pueblo tuvo su origen en la mezcla de españoles e indígenas y se desarrolló bajo el dominio de aquéllos hasta la Independencia. No ha tenido, por tanto, una época primitiva en la cual, libre y dueño de sí mismo, haya podido desenvolver un carácter propio, ajeno de influencias extrañas. Carece de tradiciones, de acontecimientos que en lo antiguo hayan unido a todas las clases sociales con una misma aspiración, de modo que sus cantos sean una manifestación genuina de la raza entera. Ha llegado a gozar de autonomía en una época muy reciente para estos casos, muy moderna, en que la civilización, si no ha penetrado en la masa del pueblo, es divisada por ella; y este solo espectáculo basta para recibir influencias extrañas, como quiera que la civilización es el resultado del adelanto universal.

Durante el régimen español, dominaron aquí en absoluto los romances y cantares españoles que podían avenirse con

la condición de nuestro pueblo, el cual los adoptaba por suyos, imitándolos tal cual vez en conformidad a sus costumbres. Después de la Independencia los romances comenzaron a desaparecer, y quedaron más tiempo los cantares, que poco a poco fueron sustituídos por otros a la manera del pueblo.

Ahora bien, el tono dominante de nuestra poesía popular en sus diversas manifestaciones, es jactancioso, fanfarrón, menoscabiador, agresivo, faltó casi por completo de sentimientos delicados, tiernos, religiosos, y aun carece de la virilidad sencilla y patriótica de los cantos de otras naciones. La persistencia de este tono, que no es natural en gente de hábitos sencillos y de escasas aspiraciones, incita a investigar sus causas.

Vicuña Cifuentes, reconociendo estos defectos de nuestra poesía popular, los explica en forma no del todo satisfactoria.

Entre las muestras que exhibe, hay algunas de fanfarriada brutal, y dice a continuación: "Que esto es burdo, hampesco, desapacible para los oídos e ingrato para el alma, no he de negarlo yo; pero es gráfico, es sincero, porque está en el carácter de nuestro pueblo, adorador de la fuerza, como su antepasado araucano, y fanático del *matonismo*, como su progenitor andaluz".

Diciendo en otra parte que no atraen al pueblo las poesías populares llenas de ternura, y sí la burda copla en que campea el más desdeñoso desapego, agrega: "Y es que en el alma del pueblo chileno ha influido más la desnuda asperza de sus montañas, que los cármenes risueños de sus valles; más el rumor de las olas embravecidas de sus mares,

que parecen incitar a la lucha, que el silencio de sus bosques y la plácida serenidad de sus lagos, que invitan a la contemplación y al ensueño".

Lo que dice Vicuña Cifuentes más parece encaminado a excusar las tendencias de nuestra poesía popular que a explicarlas racionalmente. El individuo que hace consistir su superioridad en la fuerza física o el que admira esta fuerza sobre todas las cosas, bien puede tener afectos suaves y sumisos, amar a la mujer, a la familia, al terruño, y, si canta, cantará estos afectos. Hércules hilaba a los pies de Onfale.

En cuanto a la influencia del paisaje, como éste es sumamente variado en nuestro largo territorio, habría que explicar por qué razón unos paisajes han sido más eficaces que otros. La verdad es que esto es más vago y poético que exacto.

Otra explicación da también Vicuña Cifuentes. Dice que el minero, sin hogar, errante, escéptico y burlón, habituado a mirar las cosas de paso, ha servido de levadura "a la masa en que están mezclados, sin confundirse del todo, el campesino sedentario y amante del terruño, el obrero imprevisor y versátil y el hombre de la costa" y cree que esa levadura en esta masa ha producido "el conglomerado social de la clase más numerosa de los individuos de la raza chilena". No veo qué fundamentos tenga esta opinión. En la época de formación de nuestra poesía popular, el minero era una ave rara en las regiones agrícolas, y lejos de servir de levadura y de ejercer influencia, excitaba simplemente la curiosidad por su indumentaria y por sus danzas especiales.

La causa que procuramos investigar tiene que ser muy general, puesto que nuestra poesía popular muy poco variada, conviene en un todo al pueblo entero, cualquiera que sea la ocupación de los individuos o la región en que habiten. No creo andar descaminado si afirmo que esa causa está en la funesta inclinación del pueblo chileno al vicio de la embriaguez. Para explicar este punto séame permitido emplear chilenismos a granel, porque de otro modo no me sería fácil expresarme con claridad.

II

Nuestra poesía popular, en sus diversas manifestaciones, tonada, zamacueca, canción, coplas, está más o menos directamente destinada a ser cantada en las chinganas de los campos y en las casas de remolienda de las aldeas y suburbios. Nadie va a esos lugares a desahogar afectos íntimos, a llorar tristezas y desengaños, a alimentar esperanzas, y mucho menos a recordar tradiciones que aviven el patriotismo.

Lo que ahí piden al canto es animar la jarana, excitar al tímido, provocar al moderado, corresponder al achispado, satisfacer al valentón medio ebrio, aumentar el consumo de licor, atraer al transeúnte tranquilo, avivar el baile. Si de amor se trata, ha de ser un amor bravío, rumboso, arrogante. Y la letra, el canto, el tamboreo, el zapateo, tienen que aunarse con las exclamaciones del bebedor entusiasta, y con los gritos de los que topean en la vara al lado afuera. El ambiente está saturado de humo de cigarrillos

malísimos, y de olor a chicha, a regüeldos, a fritanga de empanadillas, sopaipillas y picarones.

Cobra más animación el canto. Oyense coplas agresivas sugeridas por algún rival y que la cantora entona inconscientemente. Comienza la disputa, los insultos y las vociferaciones. Se arma la gresca. Las bofetadas van y vienen. Ya hay narices ensangrentadas, mantas y camisas rotas. Las manos buscan cuchillo, y, si no acaece alguna muerte, la fiesta ha terminado en paz.

Este es el teatro en que se exhiben las canciones de nuestro pueblo. Tal es el público que las sugiere, que les da el tono y que las estimula con los aplausos. Canciones que, fuera de este escenario, parecen lacias y descoloridas, y que se cantan con desgano y aburren a los oyentes, ahí en la chingana recobran su intensidad y parecen otras.

Veamos algunos ejemplos. Los tomo de entre los que cita Vicuña Cifuentes, el cual ha escogido los más propios para caracterizar el género.

He aquí unas coplas al gusto del bebedor a quien le da por echarla de hombre formidable y de valiente irresistible:

Soy hombre de pelo en pecho
y de riñoná tapá:
onde pego la corná
hago saltar el afrecho.

Tengo que hacer un puñal
para ponerle un letrero
que diga "Diablo" clarito,
"¡Cerro Blanco, panteón quiero!"

A mí no me mandan medios
 ni me manijan cuartillos:
 este pecho yo lo mando
 y ha de hacer lo que yo digo.

Y nada de raro tiene que este valentón de chingana, una vez con la cabeza despejada y dedicado a sus ordinarias tareas, amaine con la mayor facilidad delante de alguno que le levante el gallo, sin perjuicio de que después lo aceche detrás de una pirca y le tire una pedrada.

A otros les da por rumbosos:

No me ha de querer de balde
 la mujer que a mí me quiera,
 porque le he de regalar
 cuanto tengo y cuanto quiera.

Todos sobre salientes en la chingana, son magníficos y perdularios con sus amigas. Y cuando están ayunos de licor, suele verse que el rumboso le quita a la mujer que lo ha seguido lo poco que tal vez le dió; y no sólo eso, sino que la despoja, de grado o por fuerza, de lo que la infeliz ha conseguido ganar con su trabajo.

Al ebrio, o al que luego lo estará, no le importan un comino las mujeres y entre trago y trago acaba por no importarle nadie nada.

Si dices que sí, me quedo,
 si dices que no, me voy,
 a mí me importa lo mismo
 que digas que si o que no.

Yo no me muero por nadie,
nadie se muera por mí,
solo me parió mi madre
y solo me he de morir.

A las mujeres las tratan como estropajo.

Mi padre me dió un consejo
muy sabio, a mi parecer:
que el hambre y los malos tratos
hacen buena a la mujer.

Si la mujer sale mala
no retarla ni pegarle:
mandarla a la casa e prendas
y el boleto pa su madre.

La mujer que a mí me engañe
se ha de poner pantalones,
el trabuco en las alforjas
y el cuchillo en los corriones.

"Ni el amor conyugal ni el de los hijos son motivos de inspiración para la musa popular, dice el señor Vicuña Cifuentes. En cambio, el hombre del pueblo nunca olvida a la madre . . . "

¡Dónde habrá como la madre
que en todo pone cuidado!
Cuando la madre se muere
quedan los hijos botados.

Preso en la cárcel estoy
por andar por mal camino;
por no hacer caso a mi madre
este ha sido mi destino.

Pero sucede que no hay ebrio que no se enternezca con el recuerdo de la madre. Padre, mujer, hijos, familia, amigos, para eso es como de piedra; pero acudiéndole el recuerdo de la madre, se le remueven las entrañas. Hasta en los vividores y borrachines de las cantinas de buen tono vemos lo mismo. Cuando, de copa en copa, llegan al período de las confidencias íntimas, se acuerdan de la madre, sobre todo si ha muerto. "¡Mi madre! ¡mi madre era una santa!" dice el bebedor con lágrimas en los ojos a su compañero. Y éste con profunda emoción, contesta: "¿Y la mía? Si hay una sola persona en el cielo, esa es mi madre". Generalmente estos tales o ya han muerto a la madre a pesadumbres, o están en vías de hacerlo.

Los velorios son una especie de pequeñas chinganas de luto que se celebran a domicilio, con ocasión de la muerte de un niño de muy corta edad. Como hay que guardar cierta compostura, las coplas reflejan la estupidez y grosería del beodo a quien obligan a estar sosegado.

¡Qué glorioso el angelito
cara de animal vacuno,
que abajo tiene dos dientes
y arriba no tiene ni uno!

¡Qué glorioso el angelito
que se va para los cielos!
Atrás va el padre y la madre
a atajarle con los perros.

¡Qué glorioso el angelito
que está sentado en ese alto!
No se descuiden con él
y vaya a pegar un salto.

¡Qué glorioso el angelito
que del cielo va en camino,
tan distinto de su padre,
tan parecido al padrino!

Hay algunas tonadas que manifiestan con franqueza el espíritu de pura jarana y bochinche de nuestra poesía popular, como "La Quitapena", cuyas últimas coplas son estos:

El día que la cantó
jué el día de mi tío Pancho,
y la gente, por oirla,
le botó la puerta al rancho.

Al ver la puerta en el suelo,
salió mi ñaña enojá,
y le dijo a la Ventura:
¡niña, no les cantís ná!

Y la Ventura siguió
por darle gusto a la gente;
mi ñaña con una tranca
le botó todos los dientes.

Señoras y señoritas,
la fiesta acabó a pencazos:
¡qué más podía esperarse
de remolienda entre huasos!

Nuestro pueblo es religioso y tiene especial veneración a la Virgen Nuestra Señora, madre de los desamparados y consuelo de los afligidos. Apenas se encuentra tal cual copla en honra suya, como era de esperarlo dado el carácter y tendencia de nuestra poesía popular. Pero esas coplas tienen siempre algo de la sencillez y pureza que, como suavísima fragancia, se desprenden del nombre de la Madre de Dios y compenetran el corazón más duro y grosero.

Nadie diga que no cree
aunque sea pecador,
porque la Virgen María
siempre está en el corazón.

III

Algo hay que decir de las pallas.
"En estas justas, dice Vicuña Cifuentes, en que los émulos lidian copla a copla durante horas y aun días enteros,

es donde mejor se puede descubrir la índole de la poesía popular chilena, más ingeniosa que delicada, y en todo momento burlesca y acometedora". Don Adolfo Valderrama, predecesor de Vicuña Cifuentes en la Academia y autor de un estudio sobre nuestra poesía popular, la cual le llena de admiración, da también mucha importancia a los palladores.

A mi parecer, la palla no es lo que propiamente se llama poesía popular, sino que es una costumbre del pueblo, ya hoy muy decaída. Es obra de determinados individuos, en la cual no intentan expresar al sentimiento popular, sino lucir ingenio, mordacidad, oportunidad y, sobre todo, dotes de improvisador.

Si dos poetas repentistas cultos entraran en un certamen de esta especie, nadie vería en ello una manifestación de la índole de la poesía culta, sino lo que en realidad es, un simple juego de ingenio.

La imaginación se pierde en la infinidad de despropósitos, necedades y groserías que han de decir los palladores en esas improvisaciones que duran horas y aun días enteros. La palla más famosa es una antigua entre un tal don Javier de la Rosa y el indio Taguada, de la cual quedan algunos fragmentos. He aquí un par de coplas:

Taguada.—A este viejo abajino,
a este gallo desplumado,
yo le salaré el cogote
y ají le pondré en el rabo.

Don Javier.—A este tordo maulino,
si me anda con muchas maulas,
le desplumaré de suerte
que le vean la callana.

De las consideraciones anteriores, confirmadas con numerosas citas, queda bien en claro que nuestra poesía popular no expresa afectos ingenuos y naturales, sino exaltados por el licor; no manifiesta un carácter, sino los vicios de un carácter.

Suele haber excepciones, que son muy contadas y que nada significan. Y aun con respecto a ellas, en manera alguna es seguro que sean de procedencia legítima del pueblo. Pueden ser de origen español y también de origen culto.

Lo primero no necesita explicación. Cuanto a lo segundo, basta recordar que, en las fiestas campesinas, sobre todo en las provincias, es muy común llamar cantoras y bailar zamacueca. Procuran imitar al pueblo; pero como hay orden, moderación y beben de ordinario pura cerveza, aquello resulta un tanto ficticio, las cantoras están avergonzadas y el canto sale desmayado y tímido. Con todo, algo se excita el ingenio y no falta quien improvise coplas oportunas que se divultan fácilmente, sobre todo cogollos.

¡Qué viva don Pedro Antonio
cogollito de panul!
Si quiere usted que le cante
no sea tan piedra azul.

¡Qué viva el señor don Lucas,
varillita de membrillo!
Con ella le diera yo
a ver si afloja el bolsillo.

¡Qué viva misiá Juanita
cogollito de limón,
candidadito de mi pecho,
llave de otro corazón!

¡Qué viva don Enriquito
agua de olor en redoma!
Ya le tengo preparada
en el cielo una corona.

Y tampoco faltan parrandas, en las cuales gente decente echa una cana al aire con cantoras y muchachas buenas para la zamacueca, y ahí brotan improvisaciones muy del gusto del pueblo, como que los caballeros que así se divierten se vuelven pueblo para estas circunstancias. Aun se propasan a componer estribillos técnicos, como el siguiente que es para los entendidos en leyes. No es por cierto de los que cita Vicuña Cifuentes. La métrica de este estribillo se aviene que es un primor con el tamboleo y el rasgueo en la guitarra:

Código Civil,
Código Penal,
Código de Minas,
Constitucional.

La verdad es que la chingana ha ahogado a nuestra poesía popular. Hasta en eso ha causado daño la funesta inclinación del pueblo a la embriaguez, vicio heredado de los indígenas y que sólo ahora comienza a ser combatido por la autoridad. Cuando se consiga vencerlo, la poesía popular chilena cambiará esencialmente. Es probable que nunca será abundante; es seguro que no tendrá la frescura, sencillez e ingenuidad de lo primitivo; pero algo dejará ver del carácter verdadero de nuestro pueblo, desfigurado ahora por una hábito vicioso y profundamente arraigado.

Vicuña Cifuentes procura hacer, en su discurso, una distinción muy señalada entre el poeta que él llama genuinamente popular y el poeta, también del pueblo, al cual da el calificativo de profesional, "el de las décimas espeluznantes que se imprimen en hojas sueltas, el cronista de todos los crímenes y otros muchos más". Bernardino Guajardo es el de mayores dotes entre todos ellos.

El nuevo académico trata con desprecio, con dureza y hasta con indignación, a ese pobre diablo de poeta profesional. "De este poeta también he de hablaros, dice, no sólo porque a veces es una degeneración del primero (el genuinamente popular), aunque esto se os antoje una paradoja, si no porque al carácter del pueblo se acomoda, halagando sus gustos, sus pasiones y hasta sus vicios".

No me parece que Bernardino Guajardo y los que lo imitan merezcan tan graves acusaciones. La poesía que Vicuña Cifuentes considera como genuinamente popular, de la cual son las numerosas muestras que él ha escogido y que aquí se han dado, ¿acaso no halaga también los

gustos, las pasiones y los vicios del pueblo? Por cierto que sí y en forma mucho peor, porque lo incitan al desprecio de la mujer, a la dureza de corazón, a la jactancia sangrienta, a los trastornos de la bebida. El poeta vulgar podrá satisfacer curiosidades malsanas del pueblo; pero no incita inmediatamente a nada, y aun ensarta como puede algunas moralejas en la retahila de sus versos, que se prolongan flojos y vacíos como charla comadrera.

No estoy de acuerdo con Vicuña Cifuentes en la manera de considerar nuestra poesía popular; pero sí es muy digna de encomio su laboriosidad, la prolíjidad de sus investigaciones, la moderación de sus juicios y la afición decidida a la materia de sus estudios, todo lo cual hace de él un auxiliar muy eficaz de la Academia en todo lo relativo al lenguaje y a las poesías populares de Chile.

En la introducción de su discurso, emplea un concepto que ha entrado en la manera de decir corriente de los discursos académicos, en la parte que elogia al predecesor. Refiriéndose a don Adolfo Valderrama, dice: "el insigne varón a quien entro a substituir, no a reemplazar en esta Academia". Bueno es recordar quién fué el primero que halló esta manera de expresarse muy natural y oportuna.

Voltaire, poco después de haber entrado triunfalmente en París, murió glorificado por aquella misma sociedad decrepita y viciada que él como nadie, aduló, corrompió y socavó, todo a un tiempo. Ya se cernía sobre ella el espantoso castigo. La Academia francesa eligió en lugar de Voltaire, al modesto poeta Ducis, el cual comenzó así su discurso: "Señores, hay grandes hombres que tienen sucesores, pero a los cuales nadie puede reemplazar".

Y ya que me he referido a la manera de comenzar estos discursos, haré otro recuerdo. En ellos, el nuevo académico debe dedicar algún párrafo a declararse indigno de la honra que la Corporación le ha dispensado. He aquí la primera frase del discurso de don Juan Valera: "Señores: Tiempo ha que tuve la honra, deseada con la mayor vehemencia y franca y poco modestamente pretendida por mí, de ser elegido y llamado a tomar asiento en esta ilustre y sabia Academia".

Don Manuel Salas Lavaqui, en el discurso de contestación, diserta sobre el origen de la poesía popular. Punto es éste muy oscuro hasta ahora; pero se presta para formular teorías que, si no conducen todavía a nada seguro, sirven para ilustrar la materia con investigaciones amenas y curiosas. El señor Salas Lavaqui adopta la doctrina expuesta por don Antonio García Gutiérrez en su discurso de incorporación en la Real Academia. Según esa doctrina, la poesía popular española comenzó a manifestarse en el refrán, de ahí pasó a la copla y de ésta al romance. El señor Salas Lavaqui desarrolla dicha teoría con nuevas consideraciones, confirmadas con numerosos ejemplos en lo tocante al refrán, y completa así, en terreno más amplio, el estudio del señor Vicuña Cifuentes sobre la poesía popular chilena.

1916

DOS DISCURSOS ACADEMICOS

Discurso de incorporación de don Domingo Amunátegui Solar,
y contestación de don José Toribio Medina.

Casi todas nuestras sociedades literarias han sido fundadas por jóvenes ansiosos de desahogar sus ilusiones, de conquistar renombre, y de tener un auditorio escogido que sepa apreciar la inspiración poética o la profundidad de los estudios. Aun cuando en ellas se elaboran reglamentos complicados para dilucidar puntos literarios y adelantar en el conocimiento del arte junto con ensayarse en la oratoria, en realidad el principal objeto es la lectura de composiciones y también, si se consigue reunir dinero bastante, la fundación de un periódico para publicarlas. Una vez que los socios han agotado su escaso fondo literario, y cuando estiman que ya han dado suficientes muestras de inspiración o de saber, comienzan a retirarse, la sociedad languidece y no tarda en extinguirse.

En la segunda mitad del siglo pasado, Chile fué relativamente fecundo en escritores de talento, aparte de la ordinaria muchedumbre de jóvenes que cultivan las letras por un entusiasmo ocasional y pasajero. Entonces

se formaron sociedades literarias que tuvieron cierta duración y actividad. Las más notables fueron el Círculo de Colaboradores de la Estrella de Chile (1867) y la Academia de Bellas Letras (1873). Pero el cultivo de las letras no era lo único que animaba a estas sociedades. Había entonces ardiente lucha entre los liberales y los católicos. La Academia propagaba el liberalismo, entonces ensoberbecido y menospreciador de autoridades y religiones; el Círculo mantenía la doctrina católica en las artes y en las letras.

En 1886 se fundó la Academia Chilena correspondiente de la Española, con muy corto número de individuos y sin particular entusiasmo del público. Había empeño en reanudar las relaciones con España después de la guerra de 1865, y esa corporación era uno de los medios apropiados para realizar el intento. Celebró tardías y flojas reuniones durante dos años.

Ha vuelto a funcionar en el año pasado, gracias al esfuerzo de distinguidos literatos españoles que nos visitaron. Hace pocos días ha comenzado a recibir a los nuevos académicos.

Lo dicho hasta aquí manifiesta que, entre nosotros, hay desidia e indiferencia para el cultivo de las bellas letras, ya que las sociedades destinadas a fomentarlo han sido de vida corta y sin actividad, y no han influido en la dirección y educación del gusto. Pero algo hemos adelantado en la cultura, y puede ser que este nuevo impulso de la Academia correspondiente de la Española sea duradero y fecundo.

Somos laboriosos, positivos, sensatos, inclinados al or-

den; pero no tenemos en grado apreciable, inventiva, imaginación, empuje, vigor y originalidad en el concepto. Somos imitadores, con cierta facilidad para aprovechar las ideas ajenas, desenvolviéndolas y aplicándolas a nuestro modo de ser.

Esto puede comprobarse plenamente con el examen de nuestros principales autores, lo cual he intentado en otras ocasiones. Como ahora corresponde tocar este punto sólo en general, bastará indicar dos hechos notorios e innegables. Es el uno que el género más cultivado en Chile, y cultivado de manera preponderante y excesiva, es la historia documentada o, más propiamente, la documentación histórica, género de estudios que requiere menos que ningún otro inventiva y vigor intelectual; bástale aplicación, constancia y método.

El otro hecho es que, mientras las sociedades de bellas letras languidecen y sólo se animan por impulsos ocasionales, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, movida hasta aquí por simple espíritu de investigación, ha tenido el éxito más lisonjero: sus socios son numerosísimos y aumentan constantemente.

Si no abundamos en ideas propias vigorosamente concebidas, las cuales llevan en sí mismas la forma que les corresponde y que sirve de guía para su acertada expresión, debemos buscar el mérito y adelanto literario en la manifestación perfecta de las ideas que hemos adquirido. Si no inventamos, manifestemos bien lo que hemos aprendido. Apliquémonos a mejorar el estilo y la composición; estudiemos la acertada distribución de las partes y la ponderación de los diversos elementos que constituyen la obra;

seamos siempre claros y ordenados; procuremos conformarlo todo a nuestro modo de ser, para dar novedad y carácter propio a elementos ajenos.

La Academia, reuniendo a las personas más sobresalientes del campo literario, servirá para marcar el rumbo, dar el tono, desterrar la inclinación a lo provinciano que hay en los imitadores, es decir, esa tendencia a escoger lo más vistoso de lo que se imita, y a la exageración, al recargo, a la ostentación de conocimientos, al prurito de llamar la atención, de dar golpe, de singularizarse.

Es claro que la Academia ha de atender primordialmente al lenguaje; pero convendría que también influyera eficazmente en el gusto, premiando obras bien escritas, bien compuestas y que se ajusten a nuestra índole. Somos sobrios, casi secos; pero tenemos gusto, y pedimos cierta vivacidad y gracia en la expresión y un tanto de armonía y riqueza en la frase. La ampulosidad, las frases largas y complicadas, la acumulación de ideas, el desarrollo vago y palabroso, todo esto nos cansa y disgusta.

Ello no impide que los escritores que aquí presumen de castizos y conocedores del castellano imiten con preferencia el estilo español académico, que tiende a la verbosidad llena de pompa y a la magnificencia empalagosa. Cuando descienden al estilo popular o corriente, emplean con afectación modismos, giros y términos característicos de la vivacidad española; pero aquí parecen rebuscados y desdicen de nuestra índole reposada y sencilla. Estos escritores que así lucen su caudal de castellano son como esos individuos que, para mostrar que tienen dinero, hacen sonar las monedas en el bolsillo.

Pienso yo que la Academia Chilena podía tomar como ejemplo a la Academia Colombiana correspondiente de la Española. En Colombia nos aventajan y no poco en intelectualidad literaria. No han nacido en nuestro suelo hombres como Caro, Cuervo y muchos otros no tan eminentes, pero sí superiores a nuestros mejores literatos.

Es de advertir que, en Colombia, no son tan positivos como nosotros, y se dedican con más libertad de espíritu al cultivo de las letras.

Don Rafael María Carrasquilla, contestando como director de la Academia Colombiana el discurso de recepción del Doctor Zerda, médico notable y profesor de varias ciencias físicas e históricas, dice:

“Si hubiera que mostrar en Europa un ejemplar auténtico del bogotano, no vacilaría yo en enviar al señor Doctor Zerda. Allí verían el talento claro y perspicaz, la agudeza fina y delicadísima en el trato, la cultura que no lo parece ni se deja sentir; advertirían *la incapacidad para hacer brillar los propios méritos* y la destreza para realizar los ajenos, aquel aire de absoluta desocupación en medio de fecunda actividad, la carencia de ir y venir en angustioso tráfago, *la inutilidad para ganar y conservar dinero*”.

El mismo señor Carrasquilla, contestando otro discurso de recepción, decía de la familia de los Caros, ilustre por don José Eusebio, don Miguel Antonio y otros esclarecidos ingenios: “El desprecio por las riquezas, que eclavizan al hombre, ha sido tradicional entre ellos”.

Los chilenos son de menos literatura y de más aptitudes para ganar y conservar dinero que los colombianos, y

están contentos con ser así. Pero, por ahora, tratamos de que nuestra literatura sea buena, y se pueda mejorar siguiendo el ejemplo que nos da la Academia Colombiana.

También estuvo ella interrumpida largo tiempo, veinte años; pero no por desidia, sino porque frecuentes y violentas borrascas políticas dispersaron a los socios. Reanudó, solemnemente sus sesiones en 1910, con ocasión del centenario de la Independencia.

Su Anuario es una colección interesantísima de discursos que, en su mayor parte, son excelentes, por el buen gusto, la elegancia sencilla y donairosa del estilo, la pureza del lenguaje, la superioridad de los conceptos, y la variedad y profundidad de los conocimientos.

El Anuario de 1910-1911 tiene algunas referencias al espíritu y propósitos de esa Academia que pueden sernos provechosos.

Don Rafael María Carrasquilla, en el discurso citado, dice lo siguiente:

"En las academias como ésta, cuyo fin es mantener limpio, fijar el patrio idioma y darle esplendor, como reza el lema de la Real Academia Española, se llama de preferencia a los puestos de número a los lingüistas y literatos de profesión, pero se admiten también personas consagradas a otros ramos del saber, siempre que no sean ajenas a las humanas letras y traten la lengua patria con honor y respeto. La Academia Española cuenta hoy, para no citar si no un ejemplo, entre sus miembros, al preclaro médico, gloria de su patria y la humanidad entera, luz de la ciencia, don Santiago Ramón y Cajal. Con muchos y loables fines se observa la precitada práctica: con el de tributar

honor al mérito excelso, dondequiera que se encuentre; con el de enaltecer las academias poseyendo entre los suyos a los que son timbre de su nación y de su siglo; y además, porque estos institutos necesitan para su propia labor, la colaboración de los especialistas en las distintas ramas de la ciencia.

"El idioma, en efecto, consta no sólo de las palabras y giros de la lengua familiar y de la literaria, sino de las voces y locuciones científicas. No todas caben en el diccionario de la lengua, que no es enciclopedia de todo conocimiento humano, y que no puede dar carta de vecindad a vocablos semibárbaros, formados contra todo precepto de composición y derivación lingüísticas. Pero muchas palabras, científicas en su origen, han pasado al habla vulgar y corriente, en ocasiones conservando su significado, a veces alterándolo por medio de tropos y otras figuras de dicción. Quizá algún día me sea dado presentaros un humilde ensayo sobre las voces de la filosofía escolástica que han venido al idioma corriente. Para la admisión o rechazo de las locuciones técnicas, para sus definiciones exactas, las academias han menester el auxilio del teólogo, del filósofo y del legista; del naturalista y el médico, del matemático y el ingeniero".

Al terminar este discurso, el señor Carrasquilla, sacerdote de clarísimo y superior talento, tiene unas páginas admirables sobre los adelantos de todo orden del siglo XIX. Nada comparable a eso se ha escrito entre nosotros.

He aquí unos párrafos del discurso de recepción de don Hernando Holguín y Caro, que vienen a tocarnos muy de cerca:

"Las enseñanzas de griego y de latín, así como las de filosofía, habían desaparecido de nuestros planteles de educación, y carecía de todo nervio, de todo vigor, la literatura superficial e incolora que se dictaba en los pocos establecimientos escolares de entonces. Llegóse en el camino de la más extraña exageración a convertir en cuestiones políticas muchos puntos literarios; a considerar como espíritu poco amigo de las libertades públicas a quien fuese aficionado a la lengua latina y se tachaba de algo así como de monarquistas a quienes usasen, por ejemplo, el signo griego al escribir la conjunción copulativa. Cúpole la honra a esta misma Academia de poner fin a aquellas exóticas preocupaciones, y a varios de sus más celosos miembros el dar nuevo y vigoroso impulso al estudio de las humanidades. Oígase lo que sobre esta materia sostenía Holguín en aquel tiempo:

"Desgraciadamente entre nosotros se nota ya el efecto de la tendencia que han mostrado espíritus superficiales a desviar a nuestra juventud del estudio de lo que se ha llamado "los clásicos", estimulando su ignorancia y su indolencia con el sofisma de que una nación inteligente debe ser creadora de su literatura, debe formarse ella misma sus modelos. En hora buena que así fuera, si el estudio de las obras maestras hubiera de conducir sólo a la servil imitación, si hubiera de ser traba puesta al genio para que no pudiera desplegar sus alas. Pero sí, por el contrario, es, como debe ser, alimento y fuerza a un tiempo, estímulo y guía, y brújula en las soledades de lo infinito, polvo de diamante para dar su pureza y su esplendor al diamante mismo, entonces es falta de caridad, es delito, es crimen

desviar a las imaginaciones jóvenes de esas fuentes puras de bellezas y de perfecciones. Por sobre ellas el tiempo nunca pasa: lo bello no está sujeto al capricho de la moda, y en las bellas artes puede decirse que la humanidad tiene poco que descubrir”.

Todo esto reza con nosotros: la falta de enseñanza del latín y la filosofía, la aversión a los clásicos, la literatura superficial y pétulante y hasta aquella ridiculez de tratar como cuestión política el uso de la y griega. Hace muy poco, los diarios liberales estuvieron muy alarmados porque temieron que la Universidad del Estado, de que es dueña el partido radical, adoptara la ortografía de la Real Academia: veían en esto un triunfo del partido conservador.

Aunque entre nosotros es mucho desear, hacemos votos para que esta manera de considerar las cosas no tenga cabida en la Academia Chilena, y para que ésta imite a la Colombiana en dar vigoroso y sólido impulso al cultivo de las letras y en levantarlas sobre las cuestiones políticas. Así tendrá respetabilidad, prestigio y eficaz influencia.

Pero es indispensable que los académicos den en sus obras ejemplo de buen gusto, corrección, manejo del estilo, y que manifiesten conocimientos literarios.

Los discursos pronunciados en la sesión solemne con que ha inaugurado su nuevo período la Academia son en extremo deficientes.

Don Domingo Amunátegui Solar pronunció el discurso de recepción. Es Rector de la Universidad del Estado y ha desempeñado los más altos puestos en el ramo de la

Instrucción Pública. Es también autor de algunas obras de investigación histórica.

Don José Toribio Medina, contestó el discurso. Es bibliógrafo eruditísimo en el ramo de historia, de labor inmensa, y conocido en las grandes bibliotecas de América y Europa.

El discurso del señor Amunátegui Solar versa sobre la influencia de la literatura española en Chile. El desarrollo de este tema requiere una exposición a grandes rasgos del espíritu, carácter y tendencias de la literatura española; de la parte de ella que se conoció en la colonia y que contribuyó a formar el gusto de los naturales; de la desviación que experimentó la naciente literatura chilena después de la Independencia; del acercamiento que hubo cuando el romanticismo europeo y el movimiento literario escéptico penetró en Chile por medio de populares ingenios españoles; y de otras cosas de este tenor, ilustradas con el nombre de los más notables escritores caracterizados con precisión, con algunas citas escogidas y oportunas, y expresado todo en estilo elevado, galano y armonioso. Convenía también decir algunas palabras entusiastas acerca de los beneficios que, para la literatura patria, podía traer la Academia, realzando su importancia y sus propósitos y manifestando una vez más cuanto ennoblece al hombre el cultivo de las letras.

En vez de esto, nos presenta el señor Amunátegui Solar unos cuantos datos que podríamos llamar de librería, sin ninguna idea que los agrupe y relacione, sin indicar causas ni efectos. Se limita a enumerar los autores españoles más leídos en Chile después de 1810, y no hace el menor amago

a caracterizarlos. Aquello es pobre, somero y descarnado.

Entrevera cosas que particularmente le interesan, aun cuando no vengan al caso. Ha sido muchos años director del Instituto Pedagógico, y alaba a algunos profesores, particularmente a uno alemán por haber escrito una Gramática histórica del castellano y encomia los estudios que de este ramo se hacen en el referido Instituto.

Y esto le sugiere la siguiente reflexión:

"Podemos, pues, gloriarnos de que, si en otras comarcas de la América española el idioma de Castilla se conserva con mayor pureza, ninguna como ésta lo ha estudiado en su desarrollo al través de los siglos".

Tenemos muchas cosas así de que podemos gloriarnos. Por ejemplo, podemos gloriarnos de que, si en otras comarcas, la Hacienda Pública está más bien dirigida, en ninguna como en ésta discurre todo el mundo sobre economía política. Podemos gloriarnos de que, si en otras comarcas escriben más bien la historia, en ninguna como en ésta se conocen los documentos que sirven para escribir la historia. Pero estas glorias redundan en descrédito nuestro, porque manifiestan que, conociendo las cosas, no sabemos servirnos de ellas o aprovecharlas.

He aquí una aseveración algo extraña del señor Amunátegui Solar: "El año de 1881, en que apareció entre nosotros, en letras de molde, el Códice de Vivar, gracias a los esfuerzos mancomunados de Bello y de Pizarro, marca fecha memorable para los estudiantes de Chile".

No sé qué entusiasmo puede despertar en los estudiantes el Poema del Cid, del cual no soportarían ni media página de lectura; pero lo que se publicó en 1881 no fué el

Códice de Vivar. Lo declara expresamente el señor Pizarro, en su informe al Consejo de Instrucción Pública.

"Terminados, dice, los estudios sobre la Crónica, aparece el Poema de Cid, o sea, *La Gesta de Mio Cid*, en una forma en que el texto, aun prescindiendo de la ortografía, ofrece muchas diferencias comparado con el de Sánchez; diferencia que provienen de enmiendas que el señor Bello propone, *no para restablecer la lección del códice de Vivar jamás visto por el señor Bello*, sino para acercarse en lo posible a la forma que probablemente presentaba el Poema antes de pasar por manos de inhábiles copistas".

Bello, poco antes de morir, vió una reproducción paleográfica del Códice de Vivar; pero ésta no alcanzó a influir en nada en la edición del Poema que tuvo el propósito de publicar y que no llevó a cabo.

El señor Amunátegui Solar se deja llevar a veces de improviso por ímpetus poéticos meditados con tranquilidad y calma. Refiriendo que Zorrilla y Espronceda eran aquí muy leídos a mediados del siglo pasado, dice:

"Sus libros de vibrantes versos, asegura un contemporáneo, pasaban de mano en mano; y eran prestados por un día, por una noche, por una hora.

"Al cabo de pocos meses, se deshojaban como una flor envejecida.

"El fuego romántico, que encendía las almas, había destruído el papel".

La idea no es para inflamar la imaginación; pero lo curioso es la insistencia en manifestar que aquí leían mucho de prestado, con perjuicio, como es natural, de los libreros. Claro está que lo que desencuadernaba los libros y destruía

el papel no era el fuego romántico, sino el manoseo de los lectores que querían leer de prestado y no se resolvían a gastar dos pesos en la compra de un ejemplar.

El señor Amunátegui Solar tiene no pocas de estas observaciones, insignificantes, supérfluas, y algo incongruentes.

No es el menor defecto del discurso la falta del tono correspondiente a la solemnidad del acto. Desde el principio desentona.

"Por nota verbal del Secretario perpetuo, dice, he tenido conocimiento de que me corresponde suceder a don Baldomero Pizarro . . ."

Este es modo de hablar de la conversación ordinaria, inaceptable en un discurso académico. También emplea términos de impropiedad manifiesta, como "*el contagio* del estudio de la virtud".

Estos son claros indicios de que ha compuesto su discurso a la ligera, por salir del paso, sin dar la debida importancia a lo escogido del auditorio y a las circunstancias solemnes en que iba a pronunciarlo.

Don José Toribio Medina ha guardado las consideraciones que corresponden a la Academia. Su discurso manifiesta meditación y estudio. Está ampliamente desarrollado, y el señor Medina se ha esforzado en darle el tono conveniente. Por desgracia, faltan el gusto y el criterio literario.

En la forma, el discurso afecta un estilo académico antiguo y muy pasado de moda, y lo emplea de una manera tan sostenida y pareja que llega a ser monótono y cansado. Las frases son de extensión desmesurada, y comprenden tanta cantidad de conceptos que uno se confunde; no lo-

gra conocerlos por entero, sino después de mucho rato, cuando acaba la frase.

En el fondo, hay falta de ideas y excesivo acopio de datos, unos adornados con más dibujos y otros con menos. El señor Medina, ya lo he dicho, es un bibliógrafo de grandísima erudición: sabe mucho en esta materia, de modo que nunca le parece que dice lo suficiente, como pasa a todos los investigadores de hechos. Los hombres de ideas superiores y que conocen las causas que relacionan y agrupan los hechos, siempre están temiendo hablar de más, porque con un gesto, con muy pocos conceptos, muestran lo que ven desde arriba. Los otros exponen los hechos o datos uno por uno y, cuando el tiempo es limitado como en los discursos, se dan prisa en la enumeración, y el discurso, toma el carácter de simple reseña.

Es lo que ha acontecido al señor Medina. Cuando enumera el tema, dice que, completando el discurso del señor Amunátegui Solar, va a tratar de la influencia literaria española en el período de la colonia y del aporte literario de la América a la producción propiamente peninsular. Pero, lo mismo que el señor Amunátegui Solar, no asciende a consideraciones generales sino que entra inmediatamente en datos, primero con respecto a Ercilla y después con los que siguieron sus huellas. Nos presenta una larga serie de autores, más o menos insignificantes, justamente olvidados y que nadie lee. Pero el señor Medina los trata, no en conformidad a un criterio literario razonado y superior, como es propio de los discursos académicos, sino como materia bibliográfica, como cosa suya más o menos curiosa que se

complace en mostrar a los demás. Para cada uno tiene un saludo, un recuerdo, un pequeño elogio épico.

Así, por ejemplo, nos presenta "a Sedeño, que pasó al antiguo imperio de los Incas para ser regalo del Parnaso y de su coro; a Dávalos y Figueroa, acreedor, al par de Hojeda, a que se le dedique párrafo aparte; a Diego Martínez de Ribera, cuyo ingenio Cervantes calificaba de divino, al dar con él a Arequipa eterna primavera; a Rodrigo Fernández de Pineda, que gozaba de tal gloria en Occidente que en España no se le podía negar la que merecía su ingenio; y, por fin, a Pedro Montes de Oca, que procedía de las riberas del ameno Tajo..."

Pero este "por fin" no quiere decir que ahí termina la enumeración, sino que se anuncia un corto descanso en Pedro Montes de Oca. Luego continúa: "Ni es posible olvidar entre los poetas que en identidad de condición que los que acabamos de mencionar se hallaron, a Cristóbal de la O., a quien la Fama había ido a buscar a Lima, donde mal se ocultara su heroica y dulce pluma, "única y rara", al decir de Lope...". Y sigue el desfile interminable.

El señor Medina se ha identificado de tal modo con el estilo hiperbólico usado en aquellos tiempos como cosa corriente y que nada significaba, que cita como si fuera crítica racional y verdadera, los elogios descomunales de que los poetas de entonces, aún Lope y Cervantes, solían servirse a vuelta pluma para formar estrofas o redondear los versos.

En la muchedumbre del señor Medina encuentro a un "Antonio Falcón, en quien como Atlante, podía descansar

la Antártica Academia, con tal hipérbole, indicadora del género que cultivara, que

Ya el culto Tasso, ya el escuro Dante
Tienen imitador en ti, y tan diestro
Que yendo tras su luz, les va delante".

De estas citas tienen muchas el señor Medina, y no las trae a cuenta para hacer reír al auditorio.

Sólo he intentado dar una idea general de las cualidades literarias del discurso del señor Medina; pero, en la parte que dedica al elogio reglamentario del señor Amunátegui Solar, hay un punto que el señor Medina debió, a mi juicio, haber tocado someramente, sin insistir en él: me refiero al puesto de Rector de la Universidad del Estado.

Aun cuando no puedo acompañar, sin numerosas salvedades, al señor Medina en las alabanzas a la obra literaria del señor Amunátegui Solar, lo陪伴 con la mayor sinceridad en el encomio a sus cualidades personales. Su laboriosidad en los puestos administrativos que ha desempeñado, su probidad y rectitud, su condición bondadosa y servicial, son reconocidas por todos sin distinción de opiniones políticas o religiosas.

Pero los católicos hemos sentido hondamente su falta de entereza delante de los ultrajes que grupos de estudiantes universitarios han inferido a las creencias católicas, parodiando en las calles más centrales de la capital las ceremonias de nuestra santa religión, blasfemando de ella, llegando hasta vejar a la persona del representante de Su Santidad. Y esto sin provocación alguna, sin lucha doctrinaria

que exaltara los ánimos, sino que obraban movidos por el odio a la Iglesia Católica, odio infundido en ellos desde temprano en colegios del Estado.

La historia de nuestra cultura registrará estos hechos. El nombre del Rector de la Universidad quedará asociado a ellos, y no en forma honrosa, porque no ha tenido bastante valor para condenarlos públicamente.

Por esto no puedo dejar pasar sin reparo la parte del elogio del señor Medina, en la cual, refiriéndose a la carrera pública del señor Amunátegui Solar, dice:

"Y tal carrera, de tantos años consagrado a la enseñanza y a su dirección le lleva al puesto que tan justamente tenía merecido, de Rector de la Universidad, para el cual, como acabamos de verlo, con rara unanimidad que no se producía desde los tiempos de Bello, ha sido nuevamente elegido".

De ningún modo puede asociarse, con justicia el nombre de Bello al del señor Amunátegui Solar en el rectorado de la Universidad. Saltaría esto a la vista si el señor Medina hubiera completado su frase en esta forma: "unanimidad que, en 1867, no obtuvo el sabio don Ignacio Domeyko".

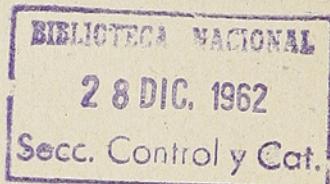
Y no la obtuvo Domeyko, porque era buen católico, y ya en esa fecha la Universidad del Estado comenzaba a dejar de ser la corporación puramente científica y literaria que fundó y dirigió el ilustre venezolano, y a dar cabida a las animosidades políticas y a las tendencias antirreligiosas. Estas últimas han seguido, dominando hasta llegar a los más lamentables extremos. Un católico que tuviera tanta o más ciencia que Bello o Domeyko, sería ahora indudable-

mente derrotado, en la elección de Rector, por cualquier radical insignificante.

Si el señor Amunátegui Solar ha obtenido, la unanimidad de los sufragios, bien puede creerse que, por sus ideas y por su carácter, sirve más que otro como transacción entre los moderados y los violentos del partido político que es dueño de la Universidad.

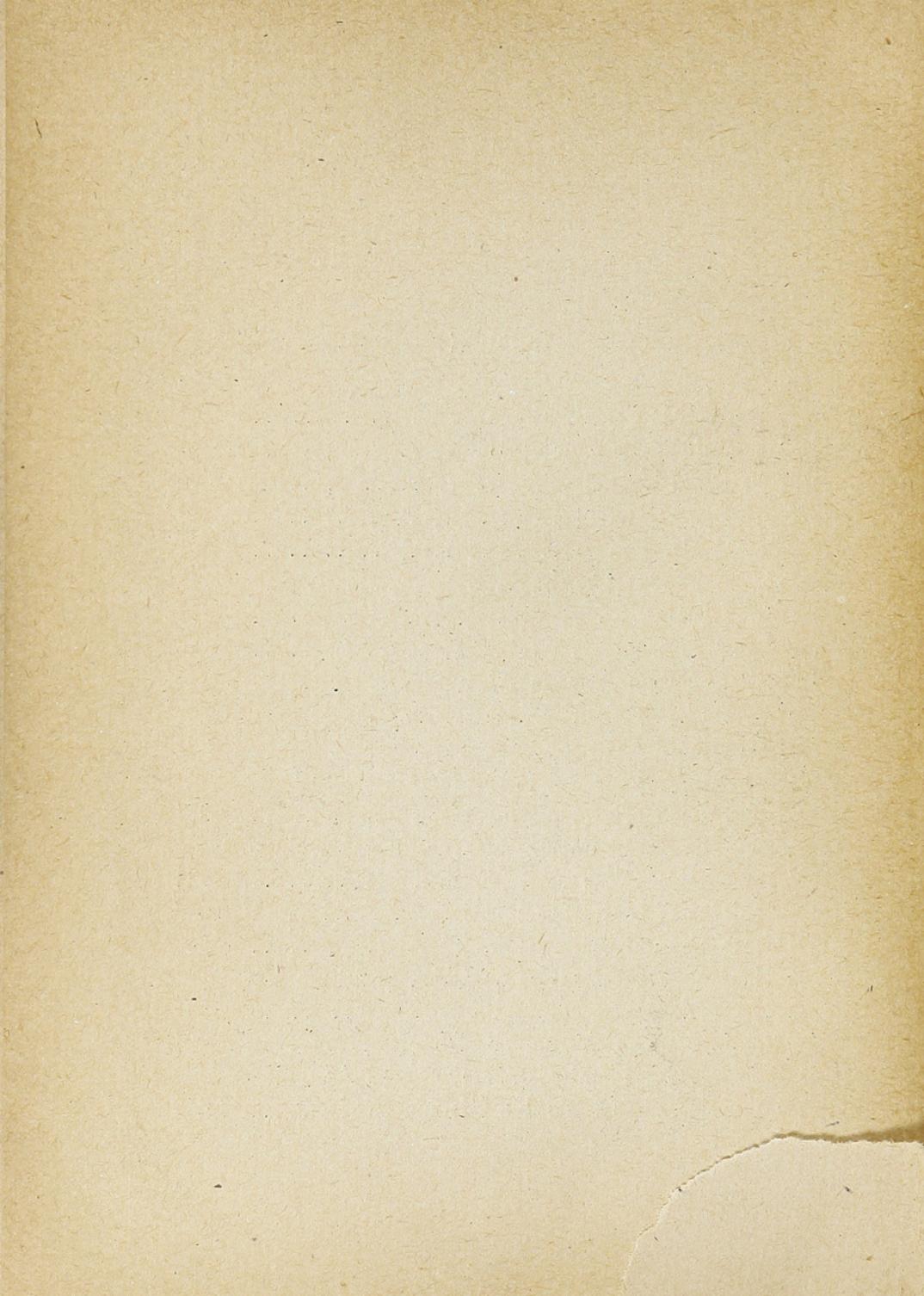
Volviendo a la Academia Chilena, los discursos con que acaba de inaugurar sus sesiones solemnes, obra de conspicuos representantes del espíritu de investigación histórica que domina entre nosotros, patentizan los defectos que esta preponderancia excesiva ha ocasionado en nuestra producción literaria: la falta de elevación, la estrechez de criterio, el empequeñecimiento del asunto, el descuido en la composición y en el estilo. Si la Academia no busca remedio a esto, será su labor bien poco provechosa.

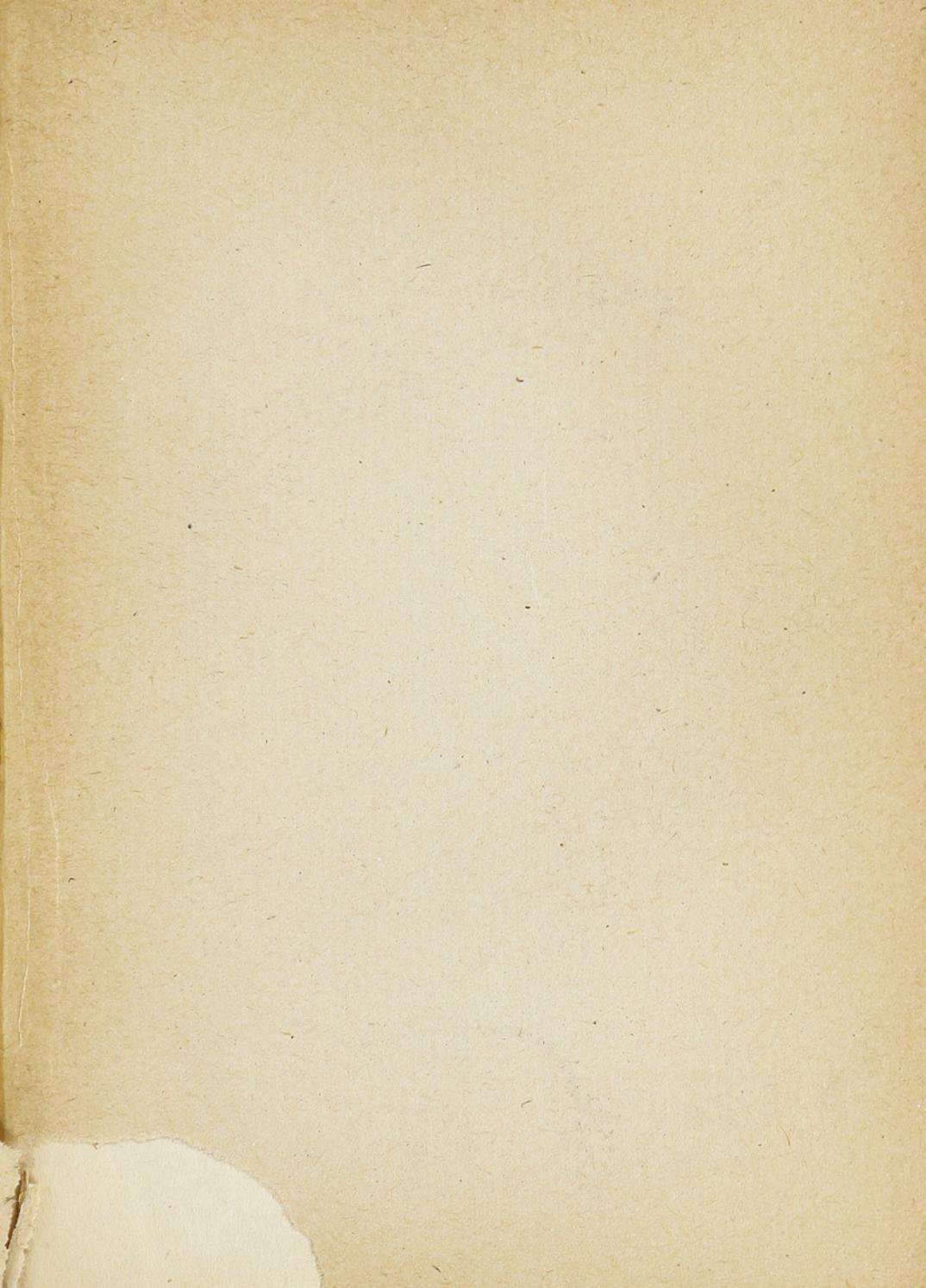
1915

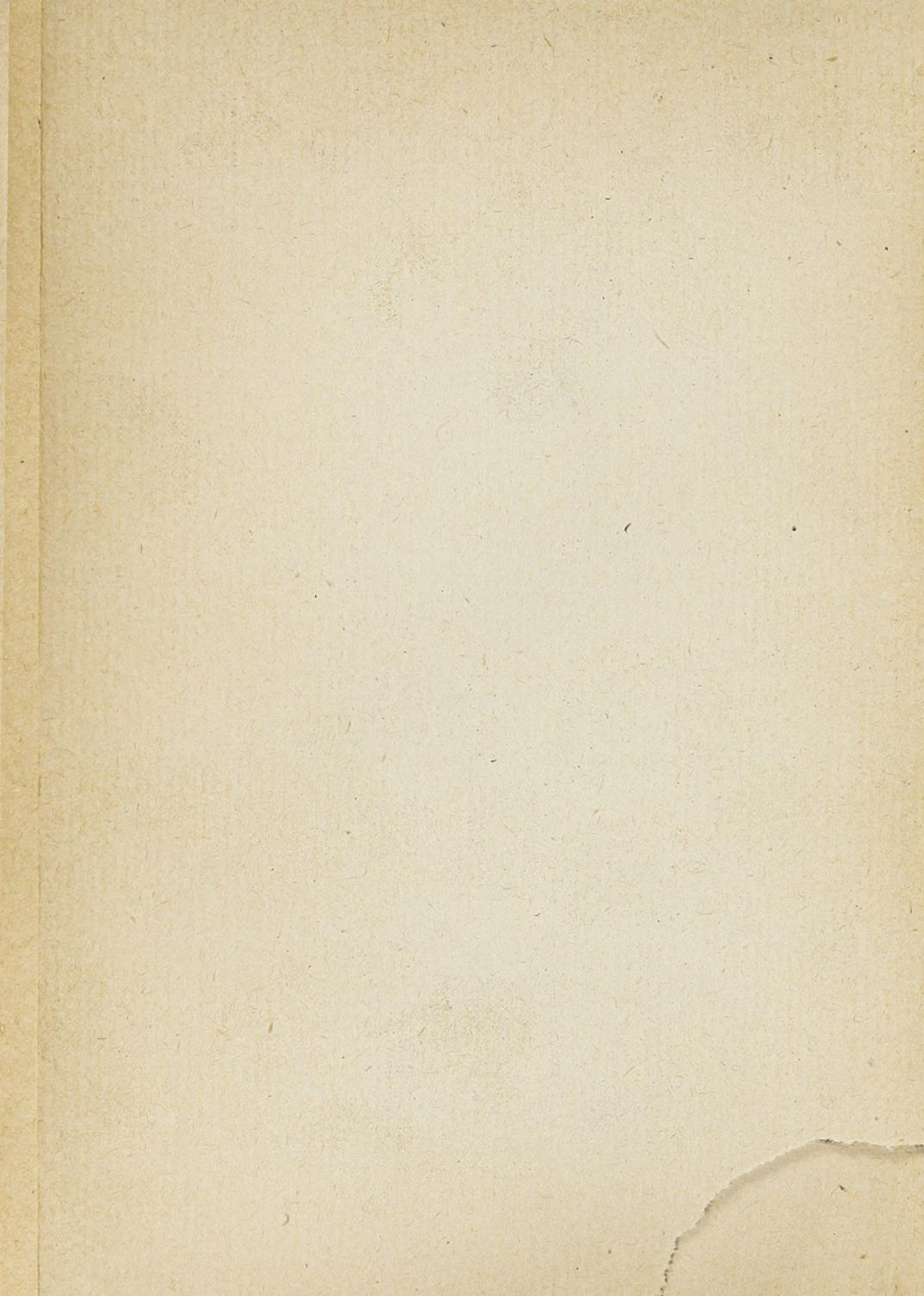


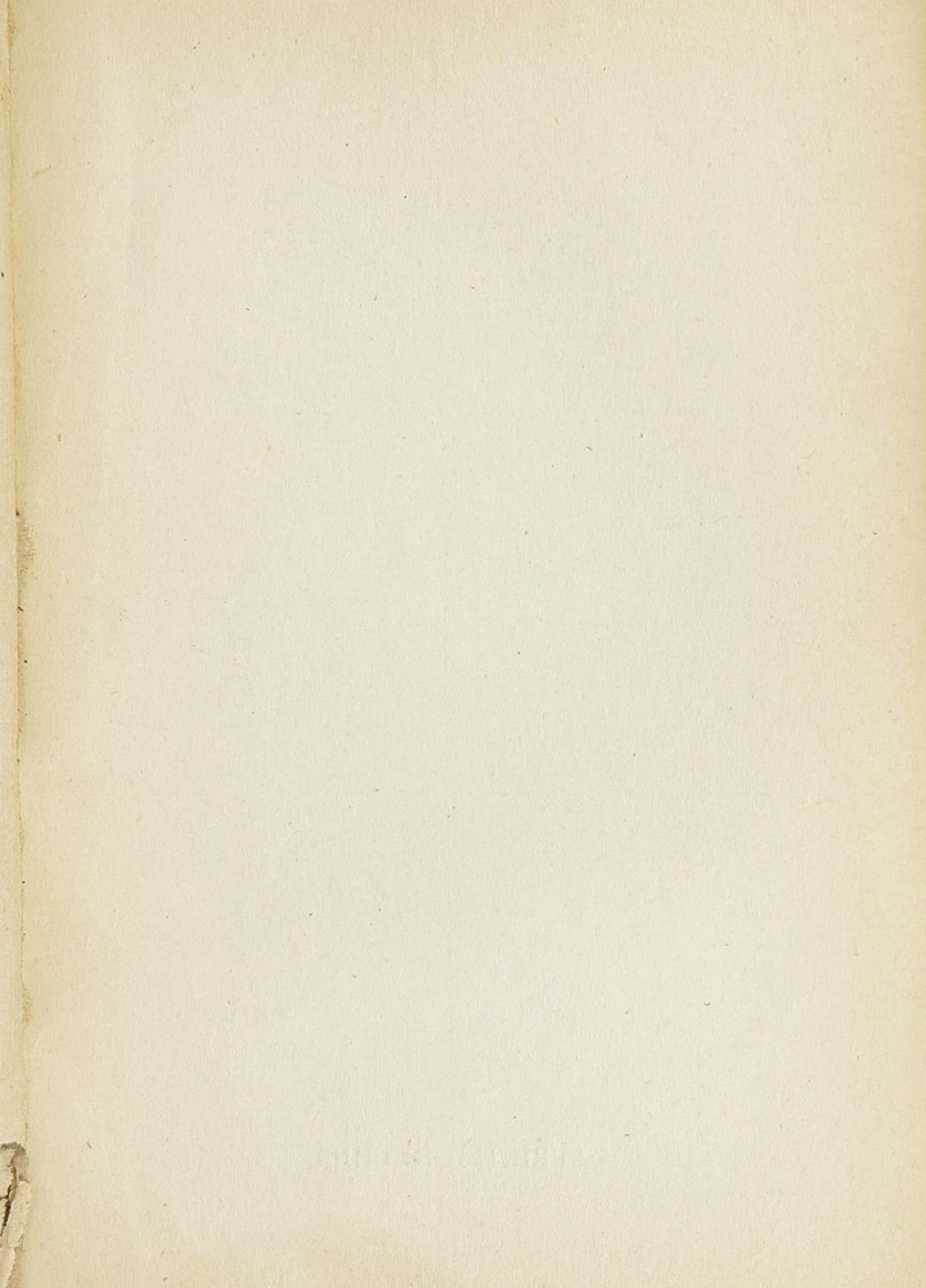
INDICE

	Págs.
Don Pedro N. Cruz. Prólogo	5
José Joaquín Vallejo. Jotabeche	43
Vicente Pérez Rosales	65
Alberto Blest Gana	81
Adolfo Valderrama	97
Rafael Fernández Concha	117
Abdón Cifuentes	151
Zorobabel Rodríguez	181
Justo y Domingo Arteaga Alemparte	215
Isidoro Errázuriz	247
Manuel Blanco Cuartín	271
Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile, por Jorge Huneeus Gana	301
Bosquejo de la Literatura Chilena, por Domingo Amunátegui Solar	321
Obras dramáticas chilenas	343
Oradores sagrados chilenos	363
Los Romances tradicionales en Chile, por Julio Viña Cifuentes	385
La Poesía popular chilena, por Id.	401
Dos discursos académicos, por Domingo Amunátegui Solar y José Toribio Medina	419

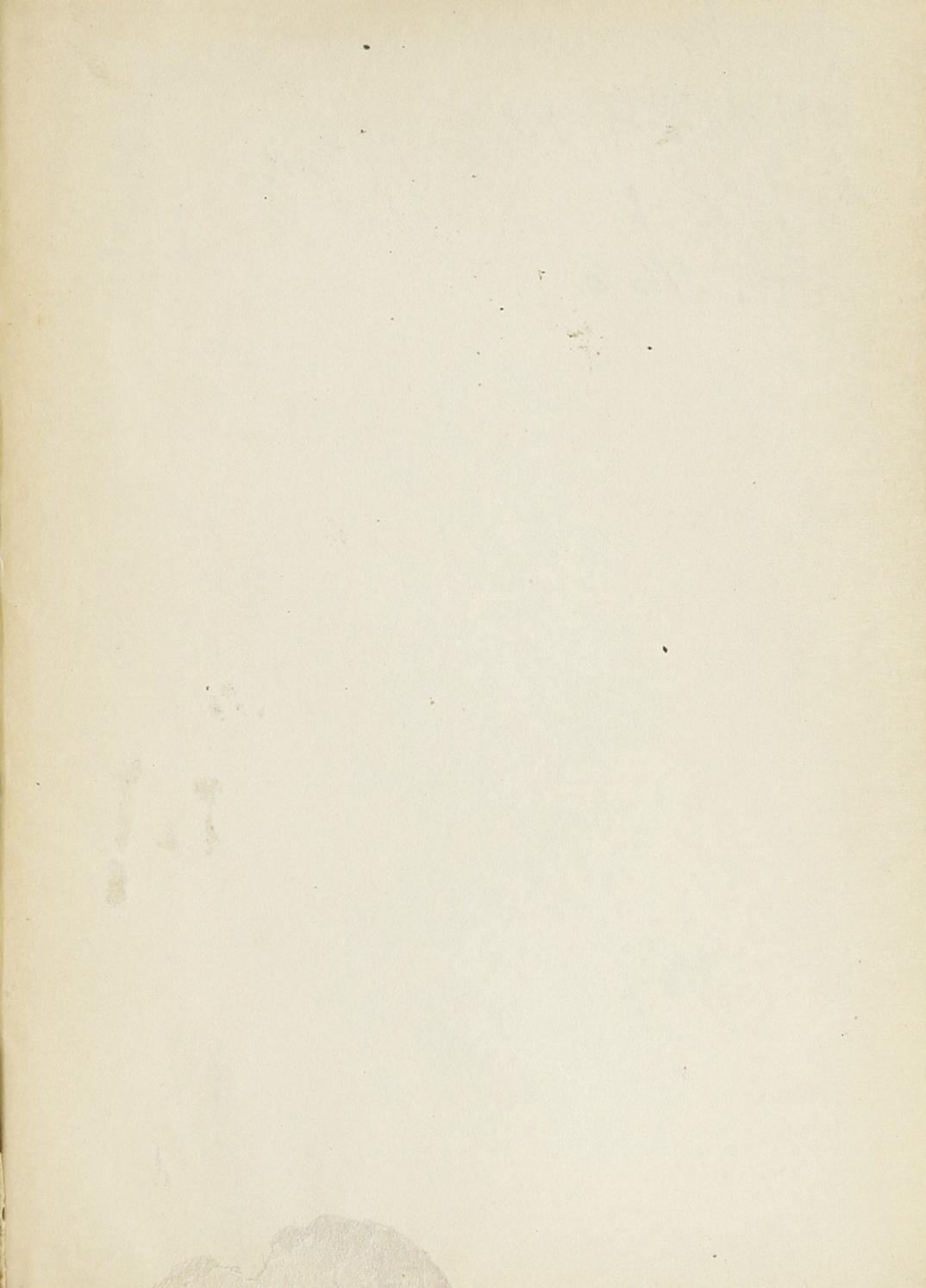








PRINTED IN CHILE



bunch

11(328A-10)

V.2, C.1

AAG 2766

